CRISTIANISMO Y ESPIRITISMO

LEÓN DENIS

INTRODUCCION

No fue un sentimiento de hostilidad o de malevolencia el que dictó estas páginas. Malevolencia no la tenemos por ninguna idea, por persona alguna. Cualesquiera que sean los errores o las faltas de los que se cubren con el nombre de Jesús y su doctrina, el pensamiento de Cristo en nosotros no despierta sino un sentimiento de profundo respeto y de sincera admiración. Educado en la religión cristiana, conocemos todo lo que ella encierra de poesía y de grandeza. Si abandonamos el dominio de la fe catól1ica por el de la filosofía espirita, no olvidamos por eso los recuerdos de nuestra infancia, el altar ornado de flores ante el cual se inclinaba nuestra frente infantil, la gran armonía de los órganos, sucediendo a los cantos graves y profundos, y la luz colada a través de los vitrales coloridos, a jugar en el suelo ladrillado, entre los fieles posternados. No olvidamos que la austera cruz extiende sus brazos por sobre la tumba de los que más amamos en este mundo. Si hay para nosotros una imagen, entre todas venerable y sagrada, es la del ajusticiado del Calvario, del mártir clavado al madero infamatorio, herido, coronado de espinas y que, al expirar, perdona a sus verdugos.

Aun hoy es con viva emoción que escuchamos los lejanos convites de las campanas, las voces de bronce que van a despertar los sonoros ecos de los bosques y de los valles. Y, en las horas de tristeza, nos complace meditar en la iglesia silenciosa y solitaria, bajo la penetrante influencia que en ella acumularan las oraciones, las aspiraciones, las lágrimas de tantas generaciones.

Una cuestión, sin embargo, se impone, cuestión que muchos resolvieran mediante el estudio y la reflexión. Todo ese aparato que impresiona los sentidos y mueve el corazón, todas esas manifestaciones artísticas, pompa del ritual romano y el esplendor de las ceremonias ¿no es un brillante velo que oculta la pobreza de la idea y la insuficiencia de la enseñanza? ¿No fue la convicción de su impotencia para satisfacer las elevadas facu1tades del alma, la inteligencia, el discernimiento y la razón, lo que impelió a la Iglesia hacia el camino de las manifestaciones exteriores y materiales?

El protestantismo, al menos, es más sobrio. Si desdeñan las formas, la decoración, es para mejor hacer sobresalir la grandeza de la idea. Establece la autoridad exclusiva de la conciencia y el culto del pensamiento y de grado en grado, de consecuencia en consecuencia, conduce lógicamente al libre examen, esto es, a la filosofía.

Conocemos todo lo que la doctrina de Cristo encierra de sublime; sabemos que ella es por excelencia la doctrina del amor, la religión de la piedad, de la misericordia, de la fraternidad entre los hombres. Mas, ¿es la doctrina de Jesús la que enseña la Iglesia Romana? ¿Nos fue transmitida la palabra del Nazareno pura y sin mezcla, y la interpretación que nos da la Iglesia ¿está exenta de cualquier elemento extraño o parásito?

No hay cuestión mas grave, mas digna de la meditación de los pensadores, como de la atención de todos los que aman y buscan la verdad. Es lo que nos proponemos examinar en la primera parte de esta obra, con la ayuda y la inspiración de nuestros guías del espacio, alejando todo lo que podría perturbar las conciencias, excitar las malas pasiones, fomentar la división entre los hombres.

Es verdad que este trabajo fue, antes de nosotros, emprendido por otros. Mas el objetivo de aquellos, sus medios de investigación y de crítica eran diferentes de los nuestros. Buscan menos edificar que destruir, al mismo tiempo que, antes de todo, quisiéramos hacer una obra de reconstitución y de síntesis, Nos consagramos a la tarea de apartar de las sombras del tiempo, de la confusión de los textos y de los hechos, el pensamiento básico, pensamiento de vida, que es la fuente pura, el foco intenso y radiante del Cristianismo, al mismo tiempo que la explicación de los extraños fenómenos que caracterizan sus orígenes, fenómenos siempre renovables, que efectivamente se renuevan todos los días ante nuestros ojos y pueden ser exp1icados mediante leyes naturales. En ese pensamiento oculto, en esos fenómenos hasta ahora inexplicados, mas que una nueva ciencia que observa y registra, encontramos la solución de esos problemas que hace tantos siglos hacen dudar a la razón humana: el conocimiento de nuestra verdadera naturaleza y la ley de nuestros destinos progresivos.

Una de las más serias objeciones lanzadas al Cristianismo por la critica moderna es que su moral y su doctrina de la inmortalidad reposan sobre un conjunto de hechos llamados «milagrosos», que el hombre relativamente ilustrado a la luz de las leyes de la naturaleza no podría hoy admitir.

Si los milagros, ayudaron, pudieran haber sido otrora necesarios para fundar la creencia en otra vida, ¿lo serán menos en nuestra época de duda y de incredulidad? y, aparte de eso, ¿a qué causa atribuir esos milagros? No es, como algunos lo pretendieran, a la naturaleza divina de Cristo, porque sus discípulos igualmente los realizaban.

La cuestión, sin embargo, quedará aclarada con una luz intensa, y las afirmaciones del Cristianismo relativas a la inmortalidad adquirirán mas fuerza y autoridad, si fuera posible

establecer que esos hechos, llamados «milagrosos», se produjeron en todos los tiempos, particularmente en nuestros días; que ellos son el resultado de causas naturales, invisibles, que actúan perpetuamente, sometidas, sin embargo, a leyes inmutables, si en ellos, en una palabra, ya no vemos milagros, y sí fenómenos naturales, una forma de la evolución y de la supervivencia del ser.

Es precisamente esta una de las consecuencias del Espiritismo. Por un profundizado estudio de las manifestaciones del mas allá de la tumba, él demuestra que esos hechos ocurrieron en todas las épocas, cuando las persecuciones no les oponían obstáculos; que casi todos los grandes misioneros, los fundadores de sectas y de religiones fueron inspirados mediums; que una perpetua comunión une dos humanidades, uniéndonos a los del mundo terrestre a los habitantes del espacio.

Esos hechos se reproducen a nuestro alrededor con renovada intensidad. Desde hace cincuenta años aparecen formas, se hacen oír voces, nos llegan comunicaciones por vía tiptológica o de incorporación, así como por la escritura automática, Pruebas de identidad, en profusión, vienen a revelarnos la presencia de nuestros parientes, de los que en la tierra amamos, que fueran nuestra carne y nuestra sangre, y de los cuales nos había momentáneamente separado la muerte. En sus prácticas, en sus enseñanzas, aprendemos a conocer ese Mas Allá misterioso, objeto de tantos sueños, debates y contradicciones, En nuestro entendimiento se acentúan y definen las condiciones de la vida ulterior. Se disipa la oscuridad que reinaba sobre tales cuestiones. El pasado y el futuro se aclaran hasta lo más íntimo de sus profundidades.

Así el Espiritismo nos ofrece las pruebas naturales, tangibles, de la inmortalidad y por ese medio nos conduce a las puras doctrinas cristianas, a la misma esencia del Evangelio, que la obra del Catolicismo y la lenta edificación de los dogmas mal cubrieron de tantos elementos incongruentes y extraños. Gracias al estudio escrupuloso del cuerpo fluídico, o perispíritu, él torna más comprensibles, más aceptables, los fenómenos de apariciones y materializaciones, sobre las cuales el Cristianismo reposa integralmente.

Estas consideraciones harán sobresalir mejor la importancia de los problemas suscitados en el curso de esta obra y cuya solución ofrecemos, apoyándonos al mismo tiempo en testimonios de sabios imparciales y preclaros, y en los resultados de experiencias personales, realizadas consecutivamente hace mas de treinta años.

Bajo ese punto de vista, lo oportuno del presente trabajo por cierto a nadie escapará. Nunca la necesidad de aclaración de las cuestiones vitales, a las que se encuentran indisolublemente ligada la suerte de las sociedades, se hizo sentir de un modo más imperioso.

Cansado de dogmas oscuros, de teorías interesadas, de afirmaciones sin pruebas, el pensamiento humano hace mucho se dejó arrebatar por la duda. Una crítica inexorable cribó rigurosamente todos los sistemas. La fe se extinguió en su propia fuente; el ideal religioso desapareció. Concomitantemente con los dogmas, perdieran su prestigio las elevadas doctrinas filosóficas. El hombre olvidó al mismo tiempo el camino de los templos y de los pórticos de la sabiduría.

Para quien quiera que observe atentamente las cosas, los tiempos que vivimos están cargados de amenazas. Parece brillante nuestra civilización, y, todavía, ¡cuantas manchas oscurecen su esplendor! El bienestar y la riqueza se han propagado, mas, ¿ es acaso por sus riquezas que una sociedad se engrandece? ¿ Es el objetivo del hombre en la tierra, por ventura, llevar una vida fastuosa y sensual? ¡No! Un pueblo no es grande, un pueblo no se eleva sino por el trabajo, por el culto de la justicia y de la verdad.

¿En que se convirtieran las civilizaciones del pasado, aquellas en que el individuo no se preocupaba sino con su cuerpo, con sus necesidades y sus fantasías? Se encuentran en ruinas; están muertas.

Volvemos a encontrar, precisamente en nuestra época, las mismas tendencias peligrosas que las perdieran: son las que consisten en tornar todo circunscripto a la vida material, en constituir objeto y fin de la existencia la conquista de los placeres físicos. La crítica y la conciencia materialistas restringieron los horizontes de la vida. Las tristezas de la hora presente acrecentaran la negación sistemática, a la desalentadora idea de la nada. Y de esa manera agravaran todas las miserias humanas; arrebataran al hombre, con las más seguras armas mora1es de que disponían, el sentimiento de sus responsabilidades; socavaron hasta lo más profundo el juicio de su propia conciencia.

Así, gradualmente, los caracteres se van abatiendo, la venalidad crece, la inmoralidad se extiende como una inmensa llaga. Lo que era sufrimiento se convirtió en desesperación. Los casos de suicidio se han multiplicado en proporciones hasta aquí desconocidas. - Cosa monstruosa que en ninguna otra época se vio: este flagelo del siglo hasta a las propias criaturas ha contaminado.

Contra esas doctrinas de negación y muerte hablan hoy los hechos. Una experimentación metódica, prolongada, nos conduce a esta certeza: El ser humano sobrevive a la muerte y su destino es obra suya.

Innumerables hechos se han multiplicado, ofreciendo nuevos subsidios acerca de la naturaleza, de la vida y de la ininterrumpida evolución de los seres. Esos hechos fueran debidamente autenticados por la ciencia. Importa ahora interpretar1os, ponerlos en evidencia y, sobretodo, deducir sus leyes, sus consecuencias y todo lo que de e1los puede resultar para la existencia individual y social.

Esos hechos van a despertar en lo íntimo de las conciencias las verdades ahí adormecidas. Ellos restituirán al hombre la esperanza, con el elevado ideal que esclarece y fortifica. Probando que no morimos enteramente, encaminarán los pensamientos y los corazones hacia esas vidas ulteriores en que la justicia encuentra su aplicación.

Todos, por ese medio, comprenderán que la vida tiene un objetivo, que la ley moral tiene una realidad y una sanción; que no hay sufrimientos inútiles, trabajo sin provecho, ni pruebas sin compensaciones, que todo es pesado en la balanza del divino Justiciero.

En lugar de ese campo cerrado de la vida en que los débiles sucumben fatalmente, en lugar de esa gigantesca y ciega máquina del mundo que tritura las existencias y de la que nos hablan las filosofías negativas, el Nuevo Espiritualismo hará surgir, a los ojos de los que pesquisan y de los que sufren, la portentosa visión de un mundo de equidad, de amor y de justicia, donde todo es regulado con orden, Sabiduría, armónicamente.

Y de esa forma será atenuado el sufrimiento, asegurado el progreso del hombre, santificado su trabajo; la vida se revestirá de mayor dignidad y ennoblecimiento. Porque el hombre tiene tanta necesidad de una creencia como de una patria, como de un hogar. Es lo que explica que formas religiosas, envejecidas y caducas, conserven aun sus adeptos. Hay en el corazón humano tendencias y necesidades que ningún sistema negativo podrá jamás satisfacer. Aun en contra de la duda que la oprime, siempre que el alma sufre, instintivamente se vuelve hacia el cielo. Haga lo que haga, el hombre vuelve a encontrar el pensamiento de Dios en las cantilenas que en la cuna lo adormecían, en los sueños de su infancia, como en las silenciosas meditaciones de la edad adulta.

A ciertas horas, no puede el escéptico mas endurecido contemplar el infinito constelado, el curso de los millones de soles que en la inmensidad se realiza, ni pasar ante la muerte, sin perturbación y sin respeto.

Por encima de las vanas polémicas, las discusiones estériles, hay una cosa que escapa a todas las críticas: es esa aspiración del alma humana a un ideal eterno, que la sustenta en sus luchas, la consuela en las pruebas, y en las horas de las grandes reso1uciones es su inspiradora; es esa intuición de la que, por tras de la escena en que se desarrollan los dramas de la vida y el grandioso espectáculo de la naturaleza, se oculta un poder, una causa suprema, que les reguló las fases sucesivas y trazó las líneas de su evolución.

¿Dónde, sin embargo, encontrará el hombre la segura ruta que lo conduzca a Dios? ¿donde beber la inquebrantable convicción que, de estadio en estadio, lo guiará a través de los tiempos y del espacio, para el supremo fin de las existencias? Y ¿ cual será, en una palabra, la creencia del futuro?

Las formas materia1es y transitorias de la religión pasan, mas la vida religiosa, la creencia pura, desembarazada de todas las formas inferiores es, en su esencia, indestructible. El ideal religioso evolucionará, como todas las manifestaciones del pensamiento. El no podría escapar a la ley del progreso que rige a los seres y a las cosas.

La futura fe que ya emerge de entre las sombras, no será, ni católica ni protestante; será la creencia universal de las almas, la que reina en todas las sociedades adelantadas del espacio, y mediante la cual cesará el antagonismo que separa la ciencia actual de la religión, porque, con ella, la ciencia se tornará religiosa, y la religión se ha de tornar científica.

Ella se apoyará en la observación, en la experiencia imparcial, en los hechos millares de veces repetidos.

Mostrándonos las realidades objetivas del mundo de los espíritus, disipará todas las dudas, destruirá las incertidumbres; franqueará a todos las infinitas perspectivas del futuro.

En ciertas épocas de la Historia, pasan sobre el mundo corrientes de ideas que vienen a arrancar a la Humanidad de su entorpecimiento. Soplos venidos de lo alto encrespan la inmensa turba humana, y, gracias a ellos, brotan de la sombra las verdades olvidadas en las tinieblas de los siglos. Ellas surgen de las mudas profundidades en que duermen los tesoros de las fuerzas ocultas, donde se combinan los elementos renovadores, donde se elabora la obra misteriosa y divina. Se manifiestan bajo inesperadas formas; reaparecen y reviven.

Tal es la situación del moderno Espiritualismo, en que renacen tantas verdades hace siglos ocultas. En su contexto él resume las creencias de los antiguos sabios celtas, nuestro país;

resurge bajo más imponentes formas, para encaminar a un nuevo ciclo de ascensión a la Humanidad en marcha.

PREFACIO DE LA NUEVA EDICION FRANCESA

Diez años pasaran desde la publicación de esta obra. La Historia desarrolló su trama y considerables acontecimientos se realizaran en nuestro país. La Concordata fue denunciada El Estado cortó el lazo que lo prendía a la Iglesia Romana. Enmendados algunos puntos, fue con una especie de indiferencia que la opinión pública recibió las medidas de rigor tomadas por el poder civil contra las instituciones católicas.

¿De donde procede ese estado de espíritu, esa desafección no solamente local, y casi generalizada, de los franceses por la Iglesia? - De no haber ésta realizado ninguna de las esperanzas que había suscitado. Ni supo comprender, ni desempeñar su papel y los deberes de guía y educadora de almas, que asumiera.

Desde hace un siglo, venía la Iglesia Católica atravesando una de las más formidables crisis que registra su historia. En Francia, la Separación vino a acentuar ese estado de cosas y a agravarlo aun más.

Repudiada por la sociedad moderna, abandonada por lo mas granado de la intelectualidad del mundo, en perpetuo conflicto con el nuevo derecho, que jamás aceptó; en contradicción, por tanto, casi en todos sus puntos esenciales, con las leyes civiles de todos los países, rechazada y detestada por el pueblo y, principalmente, por los operarios, ya nada resta a la Iglesia mas que un puñado de adeptos entre las mujeres, los viejos y las criaturas. El futuro cesó de pertenecerle, puesto que la educación de la juventud acaba de serle arrebatada no sin alguna violencia, por las recientes leyes de la República francesa.

Ahí está en el umbral del siglo XX, el balance actual de la Iglesia romana. Desearíamos, en un estudio imparcial, mismo respetuoso, investigar las causas profundas de ese eclipse del poder eclesiástico, eclipse parcial todavía, mas que, en un futuro no remoto, amenaza convertirse en total y definitivo.

La Iglesia es actualmente impopular. Ahora, nosotros vivimos una época en que la popularidad, consagración de los nuevos tiempos, es indispensable a la durabilidad de las instituciones. Quien no posee ese cuño, se arriesga a perecer en poco tiempo en el aislamiento y en el olvido.

¿Cómo llegó la Iglesia Católica a ese punto? - Por la excesiva negligencia que la causa del pueblo mereció de su parte. La Iglesia solo fue verdaderamente popular y democrática en sus orígenes, durante los tiempos apostólicos, períodos de persecución y de martirio; y es lo que entonces justificaba su capacidad de proselitismo, la rapidez de sus conquistas, su poder de persuasión y de irradiación. En el día en que fue oficialmente reconocida por el Imperio, a partir de la conversión de Constantino, se tornó la amiga de los Cesares, la aliada y, algunas veces, la cómplice de los grandes y de los poderosos. Entró en la era infecunda de las argucias teológicas, de las querellas bizantinas y, de ese momento en adelante, tomó siempre o casi siempre el partido del mas fuerte. Feudal en la Edad Media, esencialmente aristocrática en el reinado de Luis XIV, solo hizo a la Revolución tardías y forzadas concesiones.

Todas las emancipaciones intelectuales y sociales se efectuaran contra su voluntad. Era lógico, fatal, que se volviesen contra ella: es lo que en la hora actual se verifica.

Adscripta, en Francia, por mucho tiempo a la Concordata, incesantemente se mantuvo en conflicto sistemático y latente con el Estado. Esa unión forzada, que duraba de un siglo para acá, debía necesariamente terminar en el divorcio. La ley de la Separación acaba de pronunciarlo. El primer uso que de su Libertad, ostensivamente reconquistada, hizo la Iglesia fue lanzarse en los brazos de los partidos reaccionarios, con ese gesto probando que nada, en un siglo, aprendió ni olvidó.

Empeñando solidaridad con los partidos políticos que ya cumplieran su ciclo, la Iglesia Católica, sobretodo la de Francia, por eso mismo se condena a morir en el mismo día, del mismo género de muerte de ellos: la impopularidad. Un papa genial, León XIII, tentó por momentos desligarla de todo compromiso directo o indirecto con el elemento reaccionario; mas no fue escuchado ni obedecido. El nuevo pontífice, Pío X, reatando la tradición de Pío IX, su antecesor, nada juzgó mejor hacer que aplicar las doctrinas del Sílabo y de la infalibilidad. Bajo la vaga denominación de modernismo, acaba él de anatematizar la sociedad moderna y combatir cualquier tentativa de reconciliación, o de conciliación con ella.(*) La guerra religiosa amenaza avivarse en los cuatro cantos del país. El prestigio de grandeza que, con la ayuda del genio diplomático, León XIII había asegurado la Iglesia, se desvaneció en pocos años. El Catolicismo, restringido al dominio de la conciencia privada e individual, nunca mas disfrutará la vida oficial y pública.

¿Cuál es - aun una vez lo inquiriremos - la causa profunda de esa debilitación de la institución más poderosa del Universo?

En nuestra opinión, hay únicamente una causa profunda capaz de explicar ese fenómeno. Creerán los políticos, los filósofos, los sabios encontrarla en las circunstancias exteriores en razones de orden sociológica. Por nuestra parte, iremos a buscarla en el propio corazón de la Iglesia. De un mal orgánico es que ella desaparece, subyugada como en ella se encuentra la sede vital.

La vida de la Iglesia era el espíritu de Jesús que la animaba. El soplo de Cristo, ese divino soplo de fe, caridad y fraternidad universal era, de hecho, el motor de ese vasto organismo, la pieza motriz de sus funciones vitales. Ahora, hace mucho tiempo el espíritu de Jesús parece haber abandonado a la Iglesia. No es mas la llama de Pentecostés la que irradia en ella y en torno de ella; esa generosa llamarada se extinguió y ningún Cristo hay que la reencienda.

Grande y bella, todavía, y benéfica, fue otrora la Iglesia de Francia, asilo de los mas elevados espíritus, de las más nobles inteligencias. En los tiempos bárbaros, era al mismo tiempo la ciencia y la filosofía, el arte y la belleza la oración y la fe. Los grandes monasterios, las célebres abadías se tornaran los refugios del pensamiento. Allí se conservaran los tesoros intelectuales, las reliquias del genio antiguo. En el siglo XIII ella inspiró una gran parte de lo que el espíritu humano produjo de más brillante. Subyugaba a todos aquellos individuos rudos, aquellos bárbaros mal educados, y con un gesto los prosternaba en la actitud de la oración.

Y ahora ya no vive, ya no brilla sino del reflejo de su pasada grandeza. ¿Dónde están hoy, en la Iglesia, los pensadores y los artistas, los verdaderos sacerdotes y los santos? Los pesquisadores de verdades divinas, los grandes místicos adoradores do bello, los soñadores del infinito cedieran su lugar a los políticos combativos y negociantes.

La casa del Señor se transformó en una casa bancaria y en tribuna. La Iglesia tiene un reino que es de este mundo y nada mas que de este mundo. Ya no es el sueño divino el que la alimenta, nada mas que ambiciones terrestres y una arrogante pretensión de todo dominar y dirigir.

Las encíclicas y los cánones substituyeron al sermón de la montaña y los hijos del pueblo, las generaciones que se suceden, apenas tienen por guía un catecismo extravagante, repleto de nociones incomprensibles, en el que se habla de hipóstasis, de transubstanciación; un catecismo incapaz de valer como eficaz socorro en los momentos angustiosos de la existencia. De ahí procede la mayor irreligión. El culto de una determinada "Nuestra Señora" llegó a rendir hasta dos millones por año, mas no hay una única edición popular del Evangelio entre los católicos.

Todas las tentativas de hacer penetrar en la Iglesia un poco de aire y luz y como un soplo de los nuevos tiempos, han sido sofocadas, reprimidas. Lamennais, H. Loyson, Didon, fueron obligados a retractarse o a abandonar el "gremio". El abate Loisy fue expulsado de su cátedra.

Curvada hace siglos, al yugo de Roma, la Iglesia perdió toda la iniciativa toda la energía viril, toda veleidad de independencia. Es tal la organización del Catolicismo que ninguna decisión puede ser tomada, ningún acto consumado, sin el consentimiento y la señal del poder romano. Y Roma está petrificada en su hierática actitud como estatua del Pasado.

El cardenal Meignan, hablando del Sacro Colegio, decía un día a un amigo suyo: "Allá están ellos, los setenta ancianos, curvados al peso, no de los años, y sí de las responsabilidades, vigilantes para que ni una coma sea sacada, ni una coma sea acrecentada al depósito sagrado. " En tales condiciones la Iglesia Católica ya no es moralmente una institución viva, no es mas un cuerpo en el que circule la vida, sino una tumba en la yace, como amortajado, el pensamiento humano.

Hace largos siglos, no era la Iglesia mas que un poder político, admirablemente organizado, jerarquizado; llenaba la Historia con el fragor de sus luchas ruidosas, en compañía de los reyes y emperadores, con los cuales compartía la hegemonía del mundo. Había concebido un gigantesco plan: la cristiandad, esto es, el conjunto de los pueblos católicos asociados, unidos como un ejército formidable en torno al papa romano, soberano señor y punto culminante de la feudalidad. Era grandioso, mas puramente humano.

Al Imperio Romano, minado por los bárbaros, había la Iglesia sustituido el Imperio de Occidente, vasta y poderosa institución en torno de la cual toda la Edad Media gravitó. En esa confederación política y religiosa todo desaparecía, y de ella únicamente dos cabezas emergían: el papa y el emperador, "esas dos mitades de Dios".

Jesús no había fundado la religión del Calvario para dominar a los pueblos y a los reyes, y sí para liberar a las almas del yugo de la materia y propagar, por la palabra y por el ejemplo, el único dogma de redención: el Amor.

Callemos sobre los despotismos solidarios de los reyes y de la Iglesia; olvidemos la Inquisición y sus víctimas y volvamos a los tiempos actuales.

Uno de los mayores errores de la Iglesia, en el siglo diecinueve, fue la definición del dogma de la infalibilidad personal del pontífice romano. Semejante dogma, impuesto como artículo de fe, fue un desafío lanzado a la sociedad moderna y al espíritu humano.

Proclamar, en el siglo veinte, ante una generación febril, atormentada por el ansia de infinito, ante hombres y pueblos que aspiran a la verdad sin poderla alcanzar, que buscan la justicia, la libertad, como el venado sediento busca y aspira al agua de la fuente, el manantial del río, proclamar - decimos - en un mundo así, en adelantada gestación, que un único hombre en la Tierra posee toda la verdad, toda la luz, toda la ciencia, ¿ no será - repetimos - lanzar un desafío a toda la Humanidad, a esa Humanidad condenada, en la Tierra, al suplicio de Tántalo, a las dilaceraciones de Prometeo?

Difícilmente se rehabilitará de esa gravísima falta la Iglesia Católica. En el día en que divinizó a un hombre, se tornó ella merecedora de la increpación de idolatría que Montalembert le dirigió cuando, al serle comunicada, en su lecho de muerte, la definición de la infalibilidad pontificia exclamó: "Nunca he de adorar al ídolo del Vaticano!" Será exagerado el término "ídolo" - Como los Cesares romanos, a quienes era ofrecido un culto, el papa insiste en ser llamado pontífice y rey. ¿Que es él sino el sucesor de los emperadores de Roma y de Bizancio? Su propio vestuario, sus gestos y actitudes, el obsoleto ceremonial y el fausto de su curia, todo recuerda a las pompas cesarianas de los peores días, y fue el elocuente orador español, el religioso Emilio Castelar que exclamó un día, viendo a Pío IX cargado en la sédia, en procesión, a camino de S. Pedro: "Aquel no es el pescador de Galilea, es un sátrapa de Oriente!"

La causa íntima de la decadencia e impopularidad de la Iglesia Romana reside en haber colocado al papa en el lugar de Dios. ¡El espíritu de Cristo se retiró de ella! Perdiendo la virtud de lo Alto, que la sustentaba, la Iglesia cayó en las manos de la política humana. Ya no es una institución de orden divino; el pensamiento de Jesús ya no la inspiran mas y los maravillosos dones que el Espíritu de Pentecostés le comunicaba desaparecieran.

Aun más: atacada de ceguera, como los padres de la antigua Sinagoga, al advenimiento de Jesús, la Iglesia olvidó el sentido profundo de su liturgia y de sus misterios. Los padres ya no conocen la oculta significación de las cosas; perdieran el secreto de la iniciación. Sus gestos se tornaran estériles, sus bendiciones ya no bendicen, sus anatemas ya no maldicen. Fueran apeados hasta el nivel común, y el pueblo, comprendiendo que es nulo su poder e ilusorio su misterio, se encaminó a otras influencias y fue a otros dioses que pasó a inciensar.

En la Iglesia la teología aniquiló al Evangelio, como en la vieja Sinagoga el Talmud había desnaturalizado a la Ley. Y son los cultores de la letra que actualmente la dirigen. Una colectividad de fanáticos mezquinos y violentos acabará por sacar a la Iglesia los últimos vestigios de su grandeza y consumar su impopularidad. Asistiremos probablemente a la ruina progresiva de esa institución que fue durante veinte siglos la educadora del mundo, mas que parece haber fracasado a su verdadera vocación.

De ahí, ¿se debe concluir que el futuro religioso de la Humanidad esté comprometido irrevocablemente, y que el mundo entero deba zozobrar en el materialismo como en un océano de cieno? Lejos de eso. El reinado de la letra acaba, y el del espíritu comienza. La llama de Pentecostés, que abandona el candelabro de oro de la Iglesia, viene a encender otras antorchas. La verdadera revelación se inaugura en el mundo por la virtud de lo invisible. Cuando en un punto el fuego sagrado se extingue, es para avivarse en otro lugar. Jamás la noche completa envuelve en tinieblas al mundo. Siempre en el firmamento titila alguna estrella.

El alma humana mediante sus profundas ramificaciones, zambulle en el infinito. El hombre no es un átomo aislado en el inmenso torbellino vital. Su espíritu siempre está, por algún lado, en comunión con la Causa eterna; su destino es parte integrante de las armonías divinas y de la vida universal. Por la fuerza de las cosas el hombre ha de aproximarse a Dios. La muerte de las Iglesias, la decadencia de las religiones formalistas, no constituyen sintonía de crepúsculo, y sí, al contrario, la aurora inicial de un astro que despunta. En esta hora de perturbación en que nos encontramos, un gran combate se traba entre la luz y las calígines, como sucede cuando una tempestad se forma sobre el valle; mas el zénit del pensamiento continúa siempre inmerso en el azul y en la serenidad.

¡Sursum corda! Es de hecho la vida eterna que ante nosotros se abre ilimitada y radiosa! Así como en el infinito millares de mundos son arrebatados por sus soles, rumbo a lo inconmensurable, en un giro armonioso, ritmado como una danza antigua y ni astro ni tierra alguna vuelve a pasar jamás por el mismo punto, las almas a su turno, arrastradas por la atracción magnética de su invisible centro, prosiguen evolucionando en el espacio, atraídas incesantemente por un Dios, de quien siempre se aproximan sin alcanzarlo jamás.

Es forzoso reconocer que esta doctrina es bien más amplia que los dogmas exclusivos de las Iglesias agonizantes y que, si el futuro pertenece a alguien o a alguna cosa, ha de serlo indudablemente al espiritualismo universal, a ese Evangelio de la eternidad y del infinito!

Febrero, 1910.

(*) Ver, al final del volumen, nota complementaria nº11

1 - Origen de los Evangelios

Hace cerca de un siglo, considerables trabajos emprendidos en los diversos países cristianos, por hombres de elevada posición en las iglesias y en las universidades, permitieran reconstituir los verdaderos orígenes y las fases sucesivas de la tradición evangélica.

Fue, sobre todo, en los centros de religión protestante que se elaboraran esos trabajos, notabilísimos por su erudición y su carácter minucioso, y que tan vivas claridades proyectaran sobre los primeros tiempos del Cristianismo, sobre el fondo, la forma, el alcance social de las doctrinas del Evangelio. (1)

Son los resultados de esos trabajos lo que expondremos resumidamente aquí, bajo una forma que nos esforzaremos por tornar más simple que la de los exegetas protestantes.

Cristo nada escribió. Sus palabras, diseminadas a lo largo de los caminos, fueran transmitidas de boca en boca y, posteriormente, transcriptas en diferentes épocas, mucho tiempo después de su muerte. Una tradición religiosa popular se formó poco a poco, tradición que sufrió una constante evolución hasta el siglo IV.

Durante ese período de trescientos años, la tradición cristiana jamás permaneció estacionaria, ni semejante a sí misma. Alejándose de su punto de partida, a través de los tiempos y lugares, ella se enriqueció y diversificó. Se efectuó un poderoso trabajo de imaginación; y, acompañando las formas que revistieran las diversas narrativas evangélicas, según su origen, hebraico o griego, fue posible determinar con seguridad el orden en que esa tradición se desarrolló y fijar la fecha y el valor de los documentos que la representan.

(1). Esos trabajos se encuentran reunidos en la "Enciclopedia de las Ciencias Religiosas", de F. Lichtenberger, decano de la Facultad de teología protestante de París, la cual puede ser provechosamente consultada por cuantos se interesen, por los estudios de exégesis y de critica sagrada. Aparte de esa obra, se puede recomendar la "Historia de la Teología Cristiana en el siglo Apostólico", por Eduardo Reuss, profesor de teología en Estrasburgo (París, Treuttel y Wurtz, 1.852). - Harnack "La Esencia del Cristianismo, traducción de A. Bertrand (Parías, Fishbacher).

Durante cerca de medio siglo después de la muerte de Jesús, la tradición cristiana, oral es viva, y como el agua corriente en la que cualquiera se puede saciar. Su propaganda se hizo por medio da prédicas por la enseñanza de los apóstoles, hombres simples, iletrados(2), mas iluminados por el pensamiento del Maestro.

No es sino del año 60 al 80 que aparecen las primeras narraciones escritas, la de Marcos al principio, que es la más antigua, después las primeras narrativas atribuidas a Mateo y Lucas, todos, escritos fragmentarios y que se van a acrecentar de sucesivas adiciones, como todas las obras populares. (3)

Fue durante el fin del siglo I, de 80 a 98, que surgió el evangelio de Lucas, así como el de Mateo, el primitivo, actualmente perdido; finalmente, de 98 a l10, apareció, en Efeso, el evangelio de Juan.

Al lado de esos evangelios, únicos después reconocidos por la Iglesia, un gran número de otros venía a la luz. De esos, son conocidos actualmente unos veinte; mas, en el siglo III, Orígenes los citaba en mayor número. Lucas hace alusión a eso en el primer versículo da obra que trae su nombre.

¿Por qué razón fueran esos numerosos documentos declarados apócrifos y rechazados? Muy probablemente porque se habían constituido en un embarazo a los que, en los siglos II y III, imprimieran al Cristianismo una dirección que lo debía alejar, cada vez mas, de sus formas primitivas y, después de haber repelido mil sistemas religiosos, calificados de herejías, debía tener como resultado la creación de tres grandes religiones, en las cuales el pensamiento de Cristo yace oculto, sepultado bajo los dogmas y prácticas devocionales como en una tumba. (4)

Los primeros apóstoles se limitaban a enseñar la paternidad de Dios y la fraternidad humana. Demostraban la necesidad de la penitencia, esto es, de la reparación de nuestras faltas. Esa purificación era simbolizada en el bautismo, práctica adoptada por los esenios, de los cuales los apóstoles asimilaban todavía la creencia en la inmortalidad y en la resurrección, o sea, en la vuelta del alma a la vida espiritual, a la vida del espacio.

De ahí la moral y las enseñanzas que atraían numerosos prosélitos en torno a los discípulos de Cristo, porque nada contenían que no se pudiese aliar a ciertas doctrinas pregonadas en el Templo y en las sinagogas.

Con Pablo y después de él, nuevas corrientes se forman y surgen doctrinas confusas en el seno de las comunidades cristianas. Sucesivamente, la predestinación y la gracia, la divinidad de

Cristo, la caída y la redención, la creencia en Satanás y en el infierno, serán lanzados en los espíritus y vendrán a alterar la pureza y la simplicidad de las enseñanzas del hijo de María.

Ese estado de cosas va a continuar y a agravarse, al mismo tiempo que convulsiones políticas y sociales han de agitar la infancia del mundo cristiano.

Los primeros Evangelios nos transportan a la época perturbada en que Judea, sublevada contra los romanos, asiste a la ruina de Jerusalén y a la dispersión del pueblo judío (año 70). Fue en medio de sangre y de las lágrimas que ellos fueron escritos, y las esperanzas que traducen parece irrumpir de un abismo de dolores, mientras en las almas afligidas despierta el ideal nuevo, la aspiración de un mundo mejor, denominado «reino de los cielos», en el que serán reparadas todas las injusticias del presente.

(2) Exceptuando a Pablo, versado en las letras.

(3) A. Sabatier director de la sección de los Estudios superiores, en la Sorbona, "Los Evangelios Canónicos", pag 5. La Iglesia sintió la dificultad en encontrar nuevamente los verdaderos autores de los Evangelios. De ahí la fórmula adoptada por ella: Evangelio según.

(4) Ver notas complementarias ns. 2,3,4 en el fin del volumen.

En esa época, todos los apóstoles habían muerto, con excepción de Juan y Felipe; el vínculo que unía a los cristianos era bien débil todavía. Formaban grupos aislados entre sí y tomaban el nombre de iglesias (ecclesia, asamblea), cada cual dirigido por un obispo o vigilante escogido electivamente.

Cada iglesia estaba entregada a sus propias inspiraciones; apenas tenía para dirigirse una tradición incierta, fijada en algunos manuscritos, que resumían mas o menos fielmente los actos y las palabras de Jesús, y que cada obispo interpretaba a su talante.

Acrecentemos a estas dificultades tan grandes las que provenían de la fragilidad de los pergaminos, en una época en que la imprenta era desconocida; la falta de inteligencia de ciertos copistas, todos los males que pueden hacer nacer la ausencia de dirección y de crítica, y fácilmente comprenderemos que la unidad de creencia y de doctrina no haya podido mantenerse en tiempos así tormentosos.

Los tres Evangelios sinópticos (5) se encuentran fuertemente impregnados del pensamiento judeocristiano, de los apóstoles, mas ya el evangelio de Juan se inspira en una influencia diferente. En él se encuentra un reflejo de la filosofía griega, rejuvenecida por las doctrinas de la escuela de Alejandría...

A fines del siglo I, los discípulos de los grandes filósofos griegos habían abierto escuelas en todas las ciudades importantes del Oriente. Los cristianos estaban en contacto con ellos, y frecuentes discusiones se trababan entre los partidarios de las diversas doctrinas. Los cristianos, arrebañados en las clases inferiores de la población, poco letrados en su mayor parte, estaban mal preparados para esas luchas del pensamiento. Por otro lado, los teóricos griegos se sintieron impresionados por la grandeza y elevación moral del Cristianismo. De ahí una aproximación, una penetración de las doctrinas, que se produjo en ciertos puntos. El Cristianismo naciente sufría poco a poco la influencia griega, que lo llevaba a hacer de Cristo el verbo, el Logos de Platón.

II - Autenticidad de los Evangelios

En los tiempos lejanos, mucho antes de la venida de Jesús la palabra de los profetas, como rayo velado de la verdad, preparaba a los hombres para las enseñanzas mas profundas del Evangelio.

Pero, ya desvirtuado por la versión de los Setenta, el Antiguo Testamento no reflejaba, en los últimos siglos antes de Cristo, mas que una intuición de las verdades superiores (6).

«Las eternas verdades, que son los pensamientos de Dios - dice una eminente individualidad del espacio - fueran comunicadas al mundo en todas las épocas, llevadas a todos los medios, puestas al alcance de las inteligencias, con paternal bondad. El hombre, sin embargo, las ha desconocido muchas veces. Desdeñoso de los principios enseñados, arrastrado por sus pasiones, en todos los tiempos pasó él al lado de grandes cosas sin verlas. Esa negligencia de lo bello y moral, causa de decadencia y corrupción, impeliría a las naciones a su propia perdida, si la mano de hierro de la adversidad y las grandes conmociones de la Historia, conmoviendo profundamente las almas, no las reconduciesen a esas verdades. »

Vino Jesús, espíritu poderoso, divino misionero, médium inspirado. Vino, encarnándose entre los humildes, a fin de dar a todos el ejemplo de una vida simple y, no obstante, llena de grandeza - vida de abnegación y sacrificio, que debía dejar en la Tierra inapagables trazos.

(5) Son así llamados los de Marcos, Lucas y Mateo.

(6) Ver nota complementaria nº 1, al fin del volumen.

La gran figura de Jesús ultrapasa todas las concepciones del pensamiento. aquí está por que no pudo ella haber sido creada por la imaginación. En esa alma, de una serenidad celeste, no se nota mácula ninguna, ninguna sombra. Todas las perfecciones en ella se funden, con una armonía tan perfecta que se nos figura el ideal realizado.

Su doctrina, toda luz y amor, se dirige sobretodo a los humildes y a los pobres, a esas mujeres, a esos hombres del pueblo curvados sobre la tierra a esas inteligencias quebradas al peso de la materia y que aguardan, en las pruebas y en el sufrimiento, la palabra de vida que las debe reanimar y consolar.

Y esa palabra les es prodigada con tan penetrante dulzura, revelan una fe tan comunicativa, que les disipa todas Las dudas y los arrastra a seguir las pisadas de Cristo.

Lo que Jesús llamaba predicar a los simples «el evangelio del reino de los cielos», era poner al alcance de todos el conocimiento de la inmortalidad y del Padre común, del Padre cuya voz se hace oír en la serenidad de la consciencia y en la paz del corazón.

Poco a poco esa doctrina, transmitida verbalmente en los primeros tiempos del Cristianismo, se altera y complica bajo la influencia de las corrientes opuestas, que agitan a la sociedad cristiana.

Los apóstoles, escogidos por Jesús para continuar su misión, muy bien lo habían sabido comprender; habían recibido el impulso de su voluntad y de su fe. Mas sus conocimientos eran restrictos y ellos no pudieron sino conservar piadosamente, a través de la memoria del corazón, las tradiciones, los pensamientos morales y el deseo de regeneración que les había él depositado en lo íntimo.

En su jornada por el mundo los apóstoles se limitan, pues, a formar, de ciudad en ciudad, grupos de cristianos, a los cuales revelan los principios esenciales; después, van intrépidamente a llevar la «buena nueva» a otras regiones.

Los Evangelios, escritos en medio de las convulsiones que señalan la agonía del mundo judaico, después bajo la influencia de las discusiones que caracterizan los primeros tiempos del Cristianismo, se resienten de las pasiones, de los preconceptos de la época y de la perturbación de los espíritus. Cada grupo de fieles, cada comunidad, tiene sus evangelios, que difieren mas o menos de los otros (7).

Grandes querellas dogmáticas agitan el mundo cristiano y provocan sanguinolentas perturbaciones en el Imperio, hasta que Teodosio, confiriendo la supremacía al papado, impone la opinión del obispo de Roma a la cristiandad. A partir de ahí, el pensamiento, creador demasiado fecundo de sistemas diferentes, ha de ser reprimido.

A fin de poner término a esas divergencias de opinión, en el mismo momento en que varios concilios acaban de discutir acerca de la naturaleza de Jesús, unos admitiendo, otros rechazando su divinidad, el papa Dámaso confía a San Jerónimo, en 384, la misión de redactar una traducción latina del Antiguo y del Nuevo Testamentos. Esa traducción deberá ser, de ahí en adelante, la única reputada ortodoxa y tornarse la norma de las doctrinas de la Iglesia: fue lo que se denominó la «Vulgata».

Ese trabajo ofrecía enormes dificultades. San Jerónimo se encontraba, como él mismo dijo, en presencia de tantos ejemplares cuantas copias. Esa variedad infinita de los textos lo obligaba a una selección y a retoques profundos. Es lo que, asustado con las responsabilidades asumidas, él expone en los prefacios de su obra, prefacios reunidos en un libro célebre. Esta aquí, por ejemplo, lo que él dirigió al papa Dámaso, encabezando su traducción latina de los Evangelios:

(7) Ver nota complementaria nº 3.

"De una vieja obra me obligáis a hacer obra nueva. Queréis que, de alguna suerte, me coloque como árbitro entre los ejemplares de las Escrituras que están dispersos por todo el mundo, y, como difieren entre sí, que yo disponga los que están de acuerdo con el verdadero texto griego. Es un trabajo piadoso, mas es también un peligroso arrojo, de parte de quien debe ser juzgado por todos, juzgar él mismo a los otros, querer mudar la lengua de un viejo es conducir a la infancia al mundo ya envejecido.

"Cuál, de hecho, el sabio y aun el ignorante que, desde que tuviera en las manos un ejemplar (nuevo), después de haberlo recorrido apenas una vez, viendo que se encuentra en desacuerdo con lo que está habituado a leer, no se ponga inmediatamente a clamar que yo soy un sacrílego, un falsario, ¿porqué habré tenido la audacia de acrecentar, substituir, corregir alguna cosa en los antiguos libros?

(Meclamitans esse sacrilegum qui audeam aliquid in veteribus libris addere, mutare, corrigere.) (8).

"Un doble motivo me consuela de esta acusación. El primero es que vos, que sois el soberano pontífice, me ordenáis que lo haga; el segundo es que la verdad no podría existir en cosas que divergen, mismo cuando tuviesen ellas por sí la aprobación de los malos."

San Jerónimo termina así:
"Este corto prefacio tan solamente se aplica a los cuatro Evangelios cuya orden es la siguiente: Mateo, Marcos, Lucas, Juan. Después de haber comparado cierto número de ejemplares griegos, mas de los antiguos, que si no apartan mucho de la versión itálica, los combinamos de tal modo (itacalamo temperarimus) que, corrigiendo únicamente lo que nos parecía alterar el sentido, conservamos el resto tal cual estaba" (Obras de San Jerónimo, edición de los Benedictinos 1693, t. I, col. 1425).

Así, es conforme una primera traducción del hebreo para el griego, por copias con los nombres de Marcos y Mateo; es, en un punto de vista mas general, conforme a numerosos textos, cada uno de los cuales difiere de los otros (tot sunt enim exemplaria quot codices) que se constituye la Vulgata, traducción corregida aumentada, modificada, como lo confiesa el autor, de antiguos manuscritos.

Esa traducción oficial, que debía ser definitiva según el pensamiento de quien ordenara su ejecución, fue, entre tanto, retocada en diferentes épocas, por orden de los pontífices romanos. Lo que había parecido bueno, en el año 386 hasta el 1586, lo que fuera aprobado en 1546 por el concilio ecuménico de Trento, fue declarado insuficiente y erróneo por Sixto V, en 1590. Se hizo una nueva revisión por su orden; mas la propia edición que de ahí resultó, y que traía su nombre, fue modificada por Clemente VIII en una nueva edición, que es la que hoy está en uso y por la cual han sido hechas las traducciones francesas de los libros canónicos, sometidos a tantas rectificaciones a través de los siglos.

Entre tanto, a despecho de todas esas vicisitudes, no dudamos en admitir la autenticidad de los Evangelios en sus primitivos textos. La palabra de Cristo ahí se ostenta poderosa; toda duda se desvanece ante la fulguración de su personalidad sublime. Bajo el sentido adulterado, u oculto, se siente palpitar la fuerza de la primitiva idea. Ahí se revela la mano del gran sembrador. En la profundidad de esas enseñanzas, unidas a la belleza moral y al amor, se siente la obra de un enviado celeste.

(8) La obra de San Jerónimo fue, efectivamente, mismo en su vida, objeto de las más vivas criticas, polémicas injuriosas se trababan entre él y sus detractores.

Al lado, si embargo, de esa potente diestra, la frágil mano del hombre se introdujo en esas páginas, en ellas injertando débiles concepciones, ligadas bien mal a los primeros pensamientos y que, a la par de los arrebatamientos del alma, provocan la incredulidad.

Si los Evangelios son aceptables en muchos puntos, es, todavía, necesario someter su conjunto a la inspección del razonamiento. Todas las palabras, todos los hechos que en ellos están consignados no podrían ser atribuidos a Cristo.

A través de los tiempos que separan la muerte de Jesús de la redacción definitiva de los Evangelios, muchos pensamientos sublimes fueran, olvidados, muchos hechos contestables aceptados como reales, muchos preceptos mal interpretados desnaturalizan la enseñanza primitiva. Para servir a las conveniencias de una causa, fueran mutilados los más bellos, los más opulentos ramos de ese árbol de vida. Sofocaran, antes de revelarse, los fortalecedores principios que habrían conducido a los pueblos a la verdadera creencia, a la que ellos hoy en día todavía buscan.

.

El pensamiento de Cristo subsiste en la enseñanza de la Iglesia y en los sagrados textos, mezclado, sin embargo, de varios elementos, de opiniones ulteriores, introducidos por los papas y concilios, cuyo objeto era asegurar, fortalecer, volver inquebrantable la autoridad de la Iglesia. Tal fue el objetivo perseguido a través de los siglos, el pensamiento que inspiró todos los retoques hechos en los primitivos documentos. A despecho de todo, lo que en la Iglesia resta de espíritu evangélico, verdaderamente cristiano, fue lo suficiente para producir admirables obras, obras de caridad que hicieran la gloria de las iglesias cristianas y que se rebelan contra el hecho de encontrarse asociadas a tantos ambiciosos emprendimientos, inspirados en el apego al dominio y a los bienes materiales.

Sería preciso un gran trabajo para separar el verdadero pensamiento de Cristo del conjunto de los Evangelios, trabajo posible, si bien que arduo para los inspirados, dirigidos por una segura intuición, mas labor imposible para los que solo por sus propias facultades se mueven en ese dédalo en que con las realidades se mezclan las ficciones, con lo sagrado lo profano, con la verdad lo falso.

En todos los siglos, impelidos por una fuerza superior, ciertos hombres se consagraran a esa tarea, procurando desembarazar el supremo pensamiento de las sombras en torno de él acumuladas.

Amparados, iluminados por esa divina centella que para los hombres solo brilla de un modo intermitente, mas cuyo foco jamás se extingue, ellos afrontarán todas las acusaciones, todos los suplicios, para afirmar lo que creen ser la verdad. Tales fueran los apóstoles de la Reforma.

Ellos fueron, en su tarea, interrumpidos por la muerte; mas desde el seno del espacio aun sustentan e inspiran a los que se baten por esa gran causa. Gracias a sus esfuerzos, la noche que pesa sobre las almas comienza a disiparse; rayó la aurora de una revelación mucho más amplia.

Y con el auxilio de las aclaraciones traídas por esa nueva revelación, científica y, al mismo tiempo, filosófica, ya desparramada por todo el mundo bajo el nombre de Espiritismo, o moderno Espiritualismo, que procuraremos limpiar la doctrina de Jesús de la oscuridad en que el trabajo de los siglos la envolvió. Llegaremos, así, a la conclusión de que esa doctrina es simplemente la vuelta al Cristianismo primitivo, bajo más precisas formas, con un imponente cortejo de pruebas experimentales, que tornará imposible todo monopolio, toda reincidencia en las causas que desnaturalizaran el pensamiento de Jesús.

III - Sentido oculto de los Evangelios

Una cierta escuela atribuyó al Cristianismo en general, y a los Evangelios en particular, un sentido oculto y alegórico. Algunos pensadores y filósofos llegaran aun a negar la existencia de Jesús, viendo en él, en sus palabras, en los hechos de su vida, una idea filosófica, una abstracción a la que fue dado un cuerpo, para satisfacer la tradición que al pueblo judío anunciaba un salvador, un Mesías.

En su opinión, no pasaría la historia de Jesús de un drama poético, representando el nacimiento, la muerte, la resurrección de la idea libertadora en el seno del pueblo hebreo esclavizado, o todavía una serie de figuras imaginadas para tornar perceptible a las masas el lado práctico y social del Cristianismo, la asociación de los tipos divino y humano en un modelo de perfección, ofrecido a la admiración de los hombres.

Aceptada semejante tesis, los Evangelios deberían ser considerados fábulas, invenciones. El poderoso movimiento del Cristianismo habría tenido como punto de partida una impostura. Hay en eso una evidente exageración. Si la vida de Jesús no es mas que una ficción, ¿como puede ser acogida por sus contemporáneos, al principio, y después por una larga serie de generaciones?

¿Cuales serían, pues, los verdaderos fundadores del Cristianismo? ¿Los apóstoles? Eran incapaces de tales concepciones. Con excepción de Paulo, que encontró una doctrina ya constituida, la incapacidad de ellos es evidente. La personalidad eminente de Jesús se destaca vigorosamente, del fondo de mediocridad de los discípulos. La menor comparación hace sobresalir la imposibilidad de semejante hipótesis.

No fue difícil, en los Evangelios, distinguir las adiciones de los cristianos judíos, las cuales denuncian claramente su origen, y forman un contraste flagrante con las palabras y la doctrina de Jesús (9). De ahí resulta un hecho evidente, y es que autores imbuidos, a ese respecto, de ideas supersticiosas y estrechas, eran incapaces de inventar una personalidad, una doctrina, una vida, una muerte como las de Jesús.

En ese mundo judaico, sombrío y exclusivista, en el que reinaban el odio y el egoísmo, la doctrina del amor y de la fraternidad solo podía emanar de una inteligencia sobrehumana.

Si las Escrituras no fuesen, en su conjunto, sino un montón de alegorías, una obra de la imaginación, la doctrina de Jesús no habría podido mantenerse a través de los siglos, en medio de las corrientes opuestas que agitaran la sociedad cristiana. Construcción sin cimientos, se habría destruido, desmoronado, golpeada por el huracán de los tiempos. Sin embargo, ella quedó de pié y domina los siglos, a despecho de las alteraciones sufridas, a despecho de todo lo que los hombres hicieran para desfigurarla, para sumergirla en las marañas de una interpretación errónea.

La creencia en un mito no habría sido suficiente para inspirar a los primeros cristianos el espíritu de sacrificio, el heroísmo de cara a la muerte; no les habría proporcionado los medios de fundar una religión que dura ya veinte siglos. Solo la verdad puede desafiar la acción del tiempo y conservar su fuerza, su moral, su grandeza, no obstante los esfuerzos de zapa que procuran arruinarla. Jesús es, positivamente, la piedra angular del Cristianismo, el alma de la nueva revelación. Él constituyó toda su originalidad.

(9) Ver notas complementarias ns. 2 y 3.

(10) Ver "Los Deicidas", por Cahen, miembro del Consistorio israelita.

Aparte de eso, no faltan testimonios históricos de la existencia de Jesús, aunque sea en reducido número.

Suetónio, en la historia de los primeros Cesares, habla del suplicio de «Christus». Tácito y él mencionan la existencia de la secta cristiana entre los judíos, antes de la tomada de Jerusalén por Tito.

El Talmud habla de la muerte de Jesús en la cruz, y todos los rabinos israelitas reconocen el alto valor de ese testimonio (10).

En caso de necesidad, el propio Evangelio, solo por sí, bastaría para dar la prueba moral de la existencia y de la elevada misión de Cristo. Si numerosos hechos apócrifos fueron introducidos en él mas tarde, si las supersticiones judaicas se encuentran allí bajo la forma de narrativas fantásticas y obsoletas teorías, dos cosas en él subsisten, que podrían ser inventadas y presentan un carácter de autenticidad que se impone: - el drama sublime del Calvario y la dulce y profunda doctrina de Jesús.

Esa doctrina era simple y clara en sus principios esenciales; se dirigía a la multitud, sobretodo a los desheredados y a los humildes.- Todo en ella era hecho para mover los corazones, para arrebatar las almas hasta el entusiasmo, iluminando, fortaleciendo las conciencias. Todavía, ella manifiesta las señales de una enseñanza oculta. Jesús habla muchas veces en parábolas. Su pensamiento, siempre tan luminoso, se sumerge a veces en una media oscuridad. No se perciben, entonces, mas que los vagos contornos de una gran idea disimulada bajo el simbolismo.

Es lo que él mismo explica con estas palabras, cuando, citando Isaías (cap. VI, 9), acrecienta:

"Yo les hablo por parábolas, porque a vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos, mas a ellos no les es concedido." (Mateo, XIII, 10 y 11).

Es evidente que había dos doctrinas en el Cristianismo primitivo: la destinada al vulgo, presentada bajo formas accesibles a todos, y otra oculta, reservada a los discípulos y iniciados. Es lo que, al final de cuentas, existía en todas las filosofías y religiones de la antigüedad (11).

La prueba de la existencia de esa enseñanza secreta se encuentra en las palabras ya citadas y en las que mencionamos a seguir. Luego después de la parábola del sembrador, que se encuentra en los tres evangelios sinópticos, los discípulos preguntan a Jesús el sentido de esa parábola y él les responde:

"A vosotros está concedido saber el misterio del reino de Dios; mas, a los que son de afuera, todo se les propone en parábolas;

Para que, viendo, vean y no vean y oyendo, oigan y no entiendan." (Marcos, IV, 11 y 12; Lucas, VIII, 10).

San Pablo lo confirma en su primera Epístola a los Corintios, capítulo III, cuando distingue el lenguaje a usar con hombres carnales o con hombres espirituales, o sea, con profanos o con iniciados.

La iniciación era indudablemente gradual. Los que la recibían eran ungidos y, después de haber recibido la unción, entraban en la comunión de los santos. Es lo que torna comprensibles estas palabras de Juan:

(11) Ver mi obra "Después de la muerte", pags. 9 a 100.

"Vosotros tenéis la unción de Santo y sabéis todas las cosas. Yo no os escribí como si ignoraseis la verdad, mas como a quien la conoce." Iª Epístola de San Juan, cap. II,20 y 27) (12).

Al tiempo de su controversia con Celso, Orígenes defendió enérgicamente al Cristianismo. En su vigorosa apología, habla muchas veces de las enseñanzas secretas de la nueva religión. Habiendo Celso acusado de poseer un carácter misterioso, refuta Orígenes esas críticas, probando que, si en ciertos asuntos especiales solo los iniciados recibían una enseñanza completa, la doctrina cristiana, por otro lado, en su sentido general era accesible a todos. Y la prueba - dice él - es que el mundo entero (o poco falta) está mas familiarizado con esa doctrina que con las opiniones predilectas de los filósofos.

Ese doble método de enseñar - prosigue él, en síntesis - es, además, adoptado en todas las escuelas. ¿Por qué hacer por eso una censura únicamente a la doctrina cristiana? Los numerosos Misterios, celebrados por todas partes en Grecia y en otros países, ¿no son por todos generalmente admitidos?

El fundador del Cristianismo no separaba la idea religiosa de su aplicación social. El «reino de los cielos» era, para él, esa perfecta sociedad de los espíritus, cuya imagen desearía realizar en la Tierra. Mas él debía ir al encuentro de los intereses establecidos y suscitar en torno de sí mil obstáculos, mil peligros. De ahí, un nuevo motivo para ocultar en el mito, en el milagro, en la

parábola, lo que en su doctrina iría a herir las ideas dominantes y amenazar a las instituciones políticas o religiosas.

Las oscuridades del Evangelio son, pues, calculadas, intencionales. Las verdades superiores se ocultan en él bajo velos simbólicos. Ahí se enseña al hombre lo que le es necesario para conducirse moralmente en la práctica de la vida; mas el sentido profundo, el sentido filosófico de la doctrina, ese es reservado a la minoría.

En eso consistía la «comunión de los santos», la comunión de los pensamientos elevados, de las altas y puras aspiraciones. Esa comunión duró poco. Las pasiones terrenas, las ambiciones, el egoísmo, bien rápido la destruyeran. La política se introdujo en el sacerdocio. Los obispos, de humildes adeptos, de modestos «vigilantes» que eran al principio, se tornaran poderosos y autoritarios. Se constituyó la teocracia; a esta, le pareció de interés colocar la luz debajo del celemín y la luz se extinguió. El pensamiento profundo desapareció. Solo quedaran los símbolos materiales. Esa oscuridad tornaba más fácil gobernar a las multitudes. Preferirían dejar a las masas inmersas en la ignorancia, a elevarlas a las eminencias intelectuales. Los misterios cristianos cesaran de ser explicados a los miembros de la Iglesia. Fueron perseguidos como herejes los pensadores, los investigadores sinceros, que se esforzaban por adquirir nuevamente las verdades perdidas. Se hizo la noche cada vez mas espesa sobre el mundo, después de la disolución del Imperio Romano. La creencia en Satanás y en el infierno adquirió un lugar preponderante en la fe cristiana. En vez de la religión de amor predica por Jesús, lo que prevaleció fue la religión del terror.

La invasión de los bárbaros había contribuido poderosamente para hacer surgir ese estado de cosas. Ella hizo volver a la sociedad al estado de infancia, porque los bárbaros invasores, desde el punto de vista de la razón, no pasaban de criaturas. Del seno de las vastas estepas y de las extensas florestas, el mundo bárbaro se lanza sobre la Civilización. Todas esas multitudes, ignorantes y groseras, que el Cristianismo sedujo, produjeron en el mundo pagano en decadencia y en el medio nuevo, en que penetraban, una depresión intelectual.

(12) Ver también nota complementaria nº 4.

El Cristianismo consiguió dominarlas, someterlas, mas en su propio detrimento. Se ocultó el ideal divino; el culto se tornó material. Para impresionar la imaginación de las multitudes, se volvió a las prácticas idólatras, propias de las primeras épocas de la Humanidad. A fin de dominar esas almas y dirigirlas por el temor o por la esperanza, extraños dogmas fueron combinados. No se trató mas de realizar en el mundo el reino de Dios y de su justicia, que fuera el ideal de los primeros cristianos, Después, la profecía del fin del mundo y del juicio final, tomada al pié de la letra, las preocupaciones por la salvación individual, explotadas por los padres, mil causas en suma, desviaran al Cristianismo de su verdadera ruta y sumergieran el pensamiento de Jesús en un torrente de supersticiones.

Al lado, sin embargo, de esos males, es justo recordar los servicios prestados por la Iglesia a la causa de la Humanidad. Sin su jerarquía y sólida organización, sin el papado, que opuso el poder de la idea, aunque oscurecida y desfigurada, al poderío del gládio, se tiene el derecho de preguntar lo que se habría tornado la vida moral, la conciencia de la Humanidad. En medio de esos siglos de violencia y tinieblas, la fe cristiana animó de nuevo ardor a los pueblos bárbaros, ardor que los impelió a obras gigantescas como las Cruzadas, la fundación de la Caballería, la creación de las artes en la Edad Media. En el silencio y en la oscuridad de los claustros el pensamiento encontró un refugio. La vida moral, gracias a las instituciones cristianas, no se extinguió, a despecho de las costumbres brutales de la época. Ahí están servicios que es preciso agradecer a la Iglesia, no obstante los medios de que ella se valió para asegurarse a sí misma el dominio de las almas.

En resumen, la doctrina del gran crucificado, en sus formas populares, quería la obtención de la vida eterna mediante el sacrificio del presente. Religión de salvación, de elevación del alma por la subyugación de la materia, el Cristianismo constituía una reacción necesaria contra el politeísmo griego y romano, lleno de vida, de poesía y de luz, mas no pasando de foco de sensualismo y de corrupción. El Cristianismo se tornaba una pasantía indispensable en la marcha de la Humanidad, cuyo destino es elevarse incesantemente de creencia en creencia, de concepción en concepción, a síntesis siempre y cada vez más amplias y fecundas. El cristianismo, con sus doce siglos de dolores y tinieblas, no fue una era de felicidad para la raza humana; mas el fin de la vida terrestre no es la felicidad, es la elevación por el trabajo, por el estudio y por el sufrimiento; es, en una palabra, la educación del alma; - y la vía dolorosa conduce con mucho mas seguridad a la perfección, que la de los placeres.

El Cristianismo representa, pues, una fase de la historia de la Humanidad, la cual le fue incontestablemente provechosa; ella, la Humanidad, no habría sido capaz de realizar las obras sociales que aseguran su futuro, si no se hubiese impregnado del pensamiento y de la moral evangélicos.

La Iglesia, entre tanto, delinquió, trabajando por prolongar indefinidamente el estado de ignorancia de la sociedad. Después de haber nutrido y amparado a la criatura, ha querido mantenerla en estado de sumisión y servilismo intelectual. No liberó a la conciencia sino para mejor oprimirla.

La Iglesia de Roma no supone conservar el farol divino del que era portadora, y, por un castigo del cielo, o aun, por una justa retracción de las cosas, la noche que ella quería para los otros se hizo en ella misma. No cesó de oponer obstáculos al desarrollo de las ciencias y de la filosofía, al punto de proscribir, de lo alto de la silla de San Pedro, «el progreso - esa ley eterna - el liberalismo y la civilización moderna» (artículo 80 del Sílabus).

Fue, por eso, fuera de ella y aun contra ella, a partir de un cierto momento de la Historia, que se operó todo el movimiento, toda la evolución del espíritu humano. Fueron necesarios siglos de esfuerzos para disipar la oscuridad que pesaba sobre el mundo, al salir de la Edad Media. Se hicieron precisos el Renacimiento de las letras, la Reforma religiosa del siglo XVI, la filosofía, todas las conquistas de la Ciencia, para preparar el terreno destinado a la nueva revelación, a esas voces del mas allá de la tumba que vienen a los millares y en todas las regiones de la Tierra, a atraer a los hombres a las puras enseñanzas de Cristo, a restablecer su doctrina, tornar comprensibles, a todos, las verdades superiores amortajadas en la sombra de las edades.

IV - La Doctrina Secreta

¿Cuál es la verdadera doctrina de Cristo? Sus principios esenciales se encuentran claramente enunciados en los Evangelios. Es la paternidad universal de Dios y la fraternidad de los hombres, con las consecuencias morales que de ahí resultan; es la vida inmortal a todos concedida y que a cada uno permite en sí mismo realizar «el reino de Dios», esto es, la perfección, por el desprendimiento de los bienes materiales, por el perdón de las injurias y el amor al prójimo.

Para Jesús, en una sola palabra, toda la religión, toda la filosofía consiste en el amor:

"Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian y orad por los que os persiguen y calumnian; para ser hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos. Porque, si no amáis sino a los que os aman, ¿qué recompensa debéis tener por eso?" (Mateo, V, 44 y sigts.).

De ese amor el mismo Dios nos da el ejemplo, porque sus brazos están siempre abiertos para el pecador:

"Así, vuestro Padre que está en los cielos no quiere que perezca uno solo de esos pequeñitos."

El sermón de la montaña resume, en trazos indelebles, las instrucciones populares de Jesús. En él es expresada la ley moral bajo una forma que jamás fue igualada.

Los hombres ahí aprenden que no hay mas seguros medios de elevación que las virtudes humildes y escondidas.

"Bienaventurados los pobres de espíritu (o sea, los espíritus simples y rectos), porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados.

Bienaventurados los que son misericordiosos, porque alcanzarán misericordia. - Bienaventurados los limpios de corazón, porque esos verán a Dios." (Mateo, V, 1 a 12; Lucas, VI, 20 a 25).

Lo que Jesús quiere no es un culto fastuoso, no es una religión sacerdotal, opulenta de ceremonias y practicas que sofocan el pensamiento, no; es un culto simple y puro, todo sentimiento, consistiendo en la relación directa, sin intermediario, de la consciencia humana con Dios, que es su Padre:

"Es llegado el tiempo en que los verdaderos adoradores han de adorar al Padre en espíritu y verdad, porque ellos, también, serán los que lo adoren. Dios es espíritu, y en espíritu y verdad es que deben adorar los que lo adoran."

El ascetismo es cosa vana, Jesús se limita a orar y a meditar, en los sitios solitarios, en los templos naturales que tienen por columnas las montañas, por cúpula la bóveda de los cielos, y de donde el pensamiento mas libremente se eleva al Creador.

A los que imaginan salvarse por medio del ayuno y de la abstinencia, dice:

"No es lo que entra por la boca lo que mancha al hombre, y sí lo que de ella sale."

A los rezadores de largas oraciones:

"Vuestro Padre sabe de lo que carecéis, antes de que lo pidáis."

El no exige sino la caridad, la bondad, la simplicidad:

"No juzguéis y no seréis juzgados. Perdonad y seréis perdonados. Sed misericordiosos como vuestro Padre celeste es misericordioso. Dar es mas dulce que recibir".

"Aquel que se humilla será exaltado; el que se exalta será humillado".

"Que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha, a fin de que tu limosna quede en secreto; y entonces tu Padre que ve en el secreto, te la retribuirá".

Y todo se resume en estas palabras de elocuente concisión:

"Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos y sed perfectos como vuestro Padre celeste es perfecto. En eso se encierran toda la ley y los profetas. "

Bajo la suave y tierna palabra de Jesús, toda impregnada del sentimiento de la naturaleza, esa doctrina se reviste de un encanto irresistible, penetrante. Ella está saturada de tierna solicitud por los débiles y por los desheredados. Es la glorificación, la exaltación de la pobreza y de la simplicidad. Los bienes materiales nos tornan esclavos; engrillan al hombrea la Tierra. La riqueza es un estorbo; impide los vuelos del alma y la retienen lejos del «reino de Dios». La renuncia, la humildad, desatan esos lazos y facilitan la ascensión hacia la luz.

Por eso es que la doctrina evangélica permaneció a través de los siglos como la expresión máxima del espiritualismo, el supremo remedio a los males terrestres, la consolación de las almas afligidas en esta travesía de la vida, sembrada de tantas lagrimas y angustias. Es todavía ella la que hace, a despecho de los elementos extraños que vinieran a mezclarle, toda su grandeza, todo el poder moral del Cristianismo.

*

La doctrina secreta iba mas lejos. Bajo el velo de las parábolas y de las ficciones, ocultaba concepciones profundas. en lo que se refiere a esa inmortalidad prometida a todos, le definía las formas afirmando la sucesión de las existencias terrestres, en las cuales el alma, reencarnada en nuevos cuerpos, sufriría las consecuencias de sus vidas anteriores y prepararía las condiciones de su destino futuro. Enseñaba la pluralidad de los mundos habitados, las alternancias de vida de cada ser: en el mundo terrestre, en que él reaparece por el nacimiento, en el mundo espiritual, al que regresa por la muerte, cogiendo en uno y otro de esos medios los frutos buenos o malos de su pasado, Enseñaba la íntima ligación y la solidaridad de esos dos mundos y, por consiguiente, la comunicación posible del hombre con los espíritus de los muertos que pueblan el espacio ilimitado.

De ahí el amor activo, no solamente por los que sufren en la esfera de la existencia terrestre, mas también por las almas que en torno a nosotros vagan atormentadas por dolorosos recuerdos. De ahí la dedicación que se deben las dos humanidades, visible e invisible, la ley de fraternidad en la vida y en la muerte, y la celebración de lo que llamaban «los misterios», la comunión por el pensamiento y por el corazón con los que, Espíritus buenos o mediocres, inferiores o elevados, componen ese mundo invisible que nos rodea, y sobre el cual se abren esos dos pórticos por donde todos los seres alternativamente pasan: la cuna y la tumba.

La ley de la reencarnación se encuentra indicada en muchos pasajes del Evangelio y debe ser considerada bajo dos aspectos diferentes: la vuelta a la carne, para los Espíritus en vías de perfeccionamiento; la reencarnación de los Espíritus enviados en misión a la Tierra.

En su conversación con Nicodemos, Jesús así se expresa:

"En verdad te digo que, si alguien no renace de nuevo, no podrá ver el reino de Dios." Le objeta Nicodemos: "¿Como puede un hombre nacer, siendo ya viejo?" Jesús responde: En verdad te digo que, si un hombre no renace del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. El que es nacido de la carne es carne, y el que es nacido del espíritu es espíritu. No te maravilles de que te diga: os importa nacer otra vez. El viento sopla donde quiere y tu oyes su voz, mas no sabes de donde viene ni para donde va. Así es todo aquel que es nacido del espíritu." (Juan, III, 3 a 8).

Jesús acrecienta estas palabras significativas:
"Tu eres maestro en Israel y no sabes estas cosas?"
Lo que demuestra que no se trataba del bautismo, que era conocido por los judíos y por Nicodemos, y sí precisamente de la reencarnación ya enseñada en el «Zohar», libro sagrado de los hebreos (13).
Ese *viento*, o *ese espíritu que sopla donde le place*, es el alma que escoge un nuevo cuerpo, nueva morada, sin que los hombres sepan *de donde vienen*, *ni para donde van*. Es la única explicación satisfactoria.
En la Cábala hebraica, el agua era la materia primordial, el elemento fructificador. Cuanto la expresión *Espíritu Santo*, que se encuentra en el texto y que lo torna incomprensible, es preciso notar que la palabra *santo* en él no se encuentra en su origen y que fue ahí introducida mucho tiempo después, como se dio en varios otros casos (14). Es preciso, por consiguiente, leer: *renacer de la materia y del espíritu.*
En otra ocasión, a propósito de un ciego de nacimiento, encontrado de paso, los discípulos preguntan a Jesús:

(13) Ver nota complementaria nº 5.
(14) Ver Bellemare, "Espirita y Cristiano", págs. 351 y siguientes.

"Maestro, quien fue el que pecó? Fue este hombre, o su, padre, o su madre, para que él haya nacido ciego?" (Juan,IX. y 2).

La pregunta indica, antes de todo, que los discípulos atribuían la enfermedad del ciego a una expiación. En su pensamiento, la falta precediera a la punición; había sido su causa primordial. Es la ley de la consecuencia de los actos, fijando las condiciones del destino. Se trata ahí de un ciego de nacimiento; la falta no se puede explicar sino por una existencia anterior.
De ahí esa idea de la penitencia, que reaparece en cada momento en las Escrituras: «Haceed penitencia», dicen ellas constantemente, o sea, practicar la reparación, que es el fin de vuestra nueva existencia; retificad vuestro pasado, espiritualizáos, porque no saldreís del dominio terrestre, del círculo de las pruebas, sino después de «*Que hayaís pagado hasta el último ceitil*.» *(Mateo, V, 26).*
En vano han buscado los teólogos explicar de otro modo, que noo sea por la reencarnación, ese pasaje del Evangelio. Llegaran a razonamientos, por lo menos, extraños. Así fue que o sínodo de Amsterdarn no pudo salirse de la dificultad sino con esta declaración: «El ciego de nacimiento había pecado en el seno de su madre» (15).
Era también opinión corriente, en esa época, que Espíritus eminentes venían, en nuevas encarnaciones, a continuar, a concluir misiones interrumpidas por la muerte.
Elías, por ejemplo, volviera a la Tierra en la persona de Juan el Bautista. Jesús lo afirma en estos términos, dirigiéndose a la multitud:

"¿Que salisteis a ver? Un profeta? sí, yo os lo declaro es más que un profeta. Y, si lo queréis comprender, él es el propio Elías que debía venir. - El que tenga oídos para oír, oiga." (Mateo, XI, 9, 14 y 15.)

Mas tarde, después de la decapitación de Juan el Bautista, él lo repite a los discípulos:
"Y sus discípulos lo interrogan, diciendo: ¿Porque, pues. dicen los escribas que importa que haya venido primeramente Elías?

- El, respondiendo, les dice:
Elías, ciertamente, debía venir y restablecer todas las cosas. Mas os lo digo: Elías ya vino y ellos no lo conocieron antes le hicieron cuanto quisieron. - Entonces, entendieron sus discípulos que de Juan el Bautista es que él les hablara." Mateo. XVII,10, 11, 12 y 15).

Así, para Jesús, como para los discípulos, Elías y Juan el Bautista eran la misma y única individualidad. Ahora, habiendo esa individualidad revestido sucesivamente dos cuerpos, semejante hecho no se puede explicar sino por la, ley de la reencarnación.
En una circunstancia memorable, Jesús pregunta a sus discípulos: ¿Que dicen del hijo del hombre?
Y ellos le responden:
"Unos dicen: es Juan el Bautista; otros, Elías; otros, Jeremías u otro de los profetas." (Mateo, XVI, 13, 14; Marcos, VIII, 28).

(15) Esa parábola adquiere mayor relevancia por el hecho de ser el agua, para los judíos cabalistas, la representación de la materia, el elemento primitivo, lo que llamaríamos hoy el éter cósmico.

Jesús no protesta contra esa opinión como doctrina, del mismo modo que no protestara en el caso del ciego de nacimiento. Además, la idea de la pluralidad de las vidas, de los sucesivos grados a recorrer para elevarse a la perfección, no se encuentra implícitamente contenida en estas palabras memorables: «Sed perfectos como vuestro Padre celeste es perfecto» ¿Cómo podría el alma humana alcanzar ese estado de perfección en una única existencia?

De nuevo encontramos la doctrina secreta, disimulada bajo velos mas o menos transparentes, en las obras de los apóstoles y de los padres de la Iglesia de los primeros siglos. No podían estos de ella hablar abiertamente, De ahí las oscuridades de su lenguaje.

A los primeros fieles escribía Barnabé:

“Tanto cuanto pude, creo haberme explicado con simplicidad y nada haber omitido de lo que puede contribuir para vuestra instrucción y salvación, en lo que se refiere a las cosas presentes, porque si os escribiese respecto a las cosas futuras, no comprenderíais porque ellas están expresadas en parábolas.”

En observancia a esas reglas es que un discípulo de San Pablo, Hermas, describe la ley de la reencarnación bajo la figura de “piedras blancas, cuadradas y lapidadas”, sacadas del agua para servir en la construcción de un edificio espiritual. (*Libro del Pastor*, III, XVI,3,5).

“¿Porque fueran esas piedras sacadas de un lugar profundo y enseguida empleadas en la estructura de esa torre, pues que ya estaban animadas por el espíritu? - Era necesario, me dijo el señor, que, antes de ser admitidas en el edificio, fuesen trabajadas por medio del agua. No podrían entrar en el reino de Dios de otra manera que no fuese despojándose de la imperfección de su primera vida."

Evidentemente esas piedras son las almas de los hombres; las aguas (16) son las regiones oscuras, inferiores, las vidas materiales, vidas de dolor y pruebas, durante las cuales las almas son lapidadas, pulidas, lentamente preparadas, a fin de tomar lugar un día en el edificio de la vida superior, de la vida celeste. Hay en eso un símbolo perfecto de la reencarnación, cuya idea era aun admitida en el siglo III y divulgada entre los cristianos.

Entre los padres de la Iglesia, Orígenes es uno de los que mas elocuentemente se pronunciara a favor de la pluralidad de las existencias. Respetable su autoridad, San Jerónimo lo considera, «después de los apóstoles, el gran maestro de la Iglesia, verdad, dice él, que solo la ignorancia podría negar». S. Jerónimo tiene tal admiración por Orígenes que asumiría, escribe, todas las calumnias de las que él fue blanco, ya que, por ese precio, él, Jerónimo, pudiese tener su profunda ciencia de las Escrituras.

En su célebre libro, «De los Principios», Orígenes desarrolla los más vigorosos argumentos que muestran, la preexistencia y la sobrevivencia de las almas en otros cuerpos, en una palabra, en la sucesión de las vidas, el correctivo necesario para la aparente desigualdad de las condiciones humanas, una compensación al mal físico, como al sufrimiento moral que parece reinar en el mundo, si no se admite mas que una única existencia terrestre para cada alma. Orígenes yerra, todavía, en un punto. Es cuando supone que la unión del espíritu al cuerpo es siempre un castigo. Él pierde de vista la necesidad de la educación de las almas y la laboriosa realización del progreso.

(16) Esa parábola adquiere mayor relevancia por el hecho de ser el agua, para los judíos cabalistas, la representación de la materia, el elemento primitivo, lo que llamaríamos hoy el éter cósmico.

Una errónea opinión se introdujo en muchos centros, respecto a las doctrinas de Orígenes, en general, es de la pluralidad de las existencias en particular, que pretenden haber sido condenadas, primero por el concilio de Calcedonia, y mas tarde por el quinto concilio de Constantinopla. Ahora, si nos remontamos a las fuentes (17), reconoceremos que esos concilios rechazaron, no la creencia en la pluralidad de las existencias, y sí, simplemente la preexistencia del alma, tal como la enseñaba Orígenes, bajo esta manera particular: que los hombres eran ángeles caídos y que el punto de partida había sido para todos la naturaleza angélica.

En realidad, la cuestión de la pluralidad de las existencias del alma jamás fue resuelta por los concilios. Permaneció abierta a las resoluciones de la Iglesia en el futuro, y es ese un punto que se hace preciso resolver.

Como la ley de los renacimientos, la pluralidad de los mundos se encuentra indicada en el Evangelio, en forma de parábola:

"Hay muchas moradas en la casa de mi Padre. Yo voy a prepararos un lugar, y, después que haya ido y os haya preparado el lugar, volveré y os llevaré conmigo, a fin de que donde yo esté, vosotros estéis también."(Juan,XIV,2 y 3).

La casa del Padre es el infinito cielo; las moradas prometidas son los mundos que recorren el espacio, esferas de luz ante las cuales nuestra pobre Tierra no es mas que un mezquino y oscuro planeta. Es para esos mundos que Jesús guiará a las almas que se unieren a él y a su doctrina, mundos que le son familiares y donde nos sabrá preparar un lugar, conforme a nuestros méritos.

Orígenes comenta esas palabras en términos positivos:

"El Señor hace alusión a las diferentes estaciones que deben las almas ocupar, después que se hubieren despojado de sus cuerpos actuales y se hubieren revestido de otros nuevos."

V - Relaciones con los Espíritus de los muertos

Los primeros cristianos se comunicaban con los Espíritus de los muertos y de ellos recibían enseñanzas. Ninguna duda es posible sobre ese punto, porque son abundantes los testimonios. Resultan de los mismos textos de los libros canónicos, textos que consiguieran escapar a las vicisitudes de los tiempos y cuya autenticidad es indudable (18).

El Cristianismo reposa enteramente en hechos de apariciones manifestaciones de los muertos y da innumerables pruebas de la existencia del mundo invisible y de las almas que lo pueblan.

Esas pruebas son igualmente abundantes en el Antiguo y Nuevo Testamento. En uno como en otro, se encuentran apariciones de ángeles (19), de los Espíritus de los justos, avisos y revelaciones hachas por las almas de los muertos, el don de profecía (20) y el don de sanación (21). En el Nuevo Testamento son referidas las apariciones del mismo Jesús, después de su suplicio y sepultura.

(17) Ver Pezzani, "La pluralidad de las existencias", páginas 187 y 190.

(18) Ver nota 6, al final del volumen.

(19) En hebreo, el Verdadero sentido de la palabra ángel, melach, es mensajero.

(20) El don de profecía no consistía simplemente en predecir el futuro, y sí, de un modo más extenso, en hablar y transmitir enseñanzas bajo la influencia de los Espíritus.

(21) Ver, respecto al conjunto de esos fenómenos, la nota complementaria nº 7, sobre "Los hechos

Espíritu, cuya vida estuvo relacionada con la de Cristo. Lo mismo se da en muchos pasajes de este libro.

La existencia de Cristo había sido una constante comunión con el mundo invisible. El hijo de María era dotado de facultades que le permitían conversar con los Espíritus. Estos, muchas veces, se tornaban visibles a su lado. Sus discípulos lo vieran, asombrados, conversar un día en Tabor con Elías y Moisés (22).

En los momentos críticos, cuando una cuestión lo embaraza, como en el caso de la mujer adúltera, él evoca a las almas superiores y con el dedo traza en la arena la respuesta a dar, del mismo modo que en nuestros días el médium, movido por una fuerza extraña, traza caracteres en la pizarra.

Esos hechos son conocidos, relatados, mas otros muchos, relacionados con esa permuta asidua con lo invisible, permanecieron ignorados de los hombres, mismo de aquellos que lo cercaban.

Las relaciones de Cristo con el mundo de los Espíritus se afirman por el constante amparo que del Mas allá recibía el divino mensajero.

A veces, a pesar de su coraje, de la abnegación que inspira todos sus actos, perturbado por la grandeza de la tarea, él eleva el alma a Dios; ora, implora nuevas fuerzas y es atendido. Un grandioso soplo le llena la mente. Bajo un impulso irresistible, él reproduce los pensamientos sugeridos; se siente reconfortado, socorrido.

En las horas solitarias, sus ojos distinguen letras de fuego que expresan las voluntades del cielo(23); se oyen voces en sus oídos, trayendo la respuesta a sus ardientes oraciones.

Es la transmisión de las enseñanzas que debe divulgar, son preceptos regeneradores para cuya propagación bajara a la Tierra.

Las vibraciones del supremo pensamiento que anima el Universo le son perceptibles y le inspiran esos sagrados principios que esparcirá y que jamás se han de borrar de la memoria de los hombres.

El percibe celestes melodías y sus labios repiten las palabras escuchadas, sublime revelación, misterio aun para muchos seres humanos, mas para él la confirmación más absoluta de esa constante protección y de las intuiciones que le provienen de los mundos superiores.

Y cuando esa gran vida terminó, cuando se consumó su sacrificio, después que Jesús fue clavado a la cruz y bajó a la tumba, su Espíritu continuó a afirmarse por nuevas manifestaciones. Esa alma poderosa, que en ninguna tumba podría ser aprisionada, aparece a los que en la Tierra había dejado tristes, desanimados y abatidos.

Viene a decirles que la muerte no es nada. Con su presencia les restituye la energía la fuerza moral necesaria para cumplir la misión que les fuera confiada.

Las apariciones de Cristo son conocidas y tuvieron numerosos testigos. Presentan flagrantes analogías con las que en nuestros días son observadas en diversos grados, desde la forma etérea, sin consistencia, con que se aparece a María Magdalena y que no soportaría el más mínimo contacto, hasta la completa materialización, tal como la puede verificar Tomas, que tocó con su propia mano las llagas de Cristo (24). De ahí ese contraste en las palabras de Jesús: «No me toques» - dice él a Magdalena - al paso que convida a Tomas a poner el dedo en las señales de los clavos: «Trae también tu mano y métela en mi costado».

(22) Jesús había escogido discípulos, no entre hombres instruidos, y sí entre sensitivos y videntes, dotados de facultades mediúnicas.
(23)
(24) Juan, XX, 15-17 y 24-25.

Jesús aparece y desaparece instantáneamente. Entra en una casa con las puertas cerradas. En Emaús conversa con dos de sus discípulos que no lo reconocen, y desaparece repentinamente. Está en pose de ese cuerpo fluidico, etéreo, que hay en todos nosotros; cuerpo sutil que es el envoltorio inseparable de toda alma y que un alto Espíritu como el suyo sabe dirigir, modificar, condensar, tornar menos denso a voluntad (25). Y a tal punto lo condensa, que se torna visible y tangible a los asistentes.

Las apariciones de Jesús después de la muerte son la misma base, el punto capital de la doctrina cristiana y fue por eso que San Pablo dijo: *«Si Cristo no resucitó, es vana nuestra fe.*» En el Cristianismo no es una esperanza, es un hecho natural, un hecho apoyado en el testimonio de los sentidos. Los apóstoles no solo creían en la resurrección; estaban convencidos de ella.

Es por esa razón que su prédica adquiría aquel tono vehemente y penetrante, que infundía una convicción robusta. Con el suplicio de Jesús el Cristianismo era herido en pleno corazón. Los discípulos, consternados, estaban prestos a dispersarse.

Cristo, sin embargo, les apareció y su fe se tornó tan profunda que, para confesarla, arrostraran todos los suplicios. Las apariciones de Cristo después de su muerte aseguraron la persistencia de la idea cristiana, ofreciéndole como base todo un conjunto de hechos.

Es verdad que los hombres lanzaron la confusión sobre esos fenómenos, atribuyéndoles un carácter milagroso. El milagro es una postergación de las leyes eternas fijadas por Dios, obras que son de su voluntad, y sería poco digno de la suprema Potencia exorbitar su propia naturaleza y variar en sus decretos.

Jesús, según la Iglesia, habría resucitado con su cuerpo carnal. Eso es contrario al primitivo texto del Evangelio, Apariciones repentinas, con mudanzas de forma, que se producen en lugares cerrados, no pueden ser sino manifestaciones espiritas, fluídicas y naturales. Jesús resucitó, como resucitaremos todos, cuando nuestro espíritu abandone la prisión de la carne.

En Marcos y Mateo, y en la descripción de Pablo (1ª Corínt., XV), esas apariciones son narradas del modo más conciso. Según Pablo, el cuerpo de Cristo es incorruptible; no tiene carne ni sangre. Esa opinión procede de la mas antigua tradición. La materialidad solo vino mas tarde, con Lucas. La narrativa se complica entonces y es adornada con particularidades maravillosas, con la evidente intención de impresionar al lector (26).

Ese modo de ver, como en general toda teoría del milagro, resulta de una falsa interpretación de las leyes del Universo. Lo mismo sucede con la idea de lo sobrenatural, que corresponde a una concepción deficiente del orden del mundo y de las normas de la vida. En realidad, nada existe fuera de la Naturaleza, que es la obra divina en su majestuosísima expansión. El error del hombre proviene de la estrecha idea que él se hace de la Naturaleza y de las formas de la vida, limitadas para él a la esfera trazada por sus sentidos. Ahora, nuestros sentidos apenas abarcan una porción muy restricta del dominio de las cosas. A mas de esos limites que ellos nos imponen, la vida se divide bajo aspectos ricos y variados, bajo formas sutiles, quintaesenciadas, que se gradúan, se multiplican y renuevan hasta el infinito.

(25) Ver nota nº 9, sobre "El perispíritu, o cuerpo fluidico".
(26) Clemente de Alejandría refiere una tradición que circulaba un en su tiempo, según la cual Juan enterrara la mano en el cuerpo de Jesús y lo atravesara sin encontrar resistencia. ("Jesús de Nazaret", por Albert Réville, 29 Vol., nota a la Pág, 470).

A ese dominio de lo invisible pertenece el mundo fluídico, poblado por los Espíritus de los hombres que vivieran en la Tierra y se despojaran de su grosero envoltorio. Subsisten ellos, bajo esa forma sutil de que acabamos de hablar, forma aun material aunque etérea, porque la materia afecta a muchos estados que no nos son familiares. Esa forma es la imagen, o antes, el esbozo de los cuerpos carnales que esos Espíritus animaran en sus vidas sucesivas. Pasan ellos, mas la forma permanece, como el alma, de la que el organismo es indestructible.

Los Espíritus ocupan diferentes posiciones en armonía con su elevación moral. Su irradiación, brillo, poder, son tanto mayores cuanto más alto hubieran subido en la escala de las virtudes, de las perfecciones, y cuanto mayor hubiera sido su dedicación en servir a la causa del bien y de la Humanidad.

Son esos seres, o Espíritus, que se manifiestan en todas las épocas de la Historia y en todos los medios, teniendo como intermediarios a sensitivos especialmente dotados, y que, conforme a los tiempos, se denominan adivinos, sibilas, profetas o médiums.

Las apariciones que distinguen los primeros tiempos del Cristianismo, como las bíblicas épocas más lejanas, no son fenómenos aislados y sí la manifestación de una ley universal, eterna, que siempre presidió las relaciones entre los habitantes de los dos mundos, el mundo de la materia grosera, a la que pertenecemos, y el mundo fluídico invisible, poblado por los Espíritus que llamamos tan impropiamente los muertos (27).

Recién en época reciente fue que ese orden de manifestaciones pudo ser estudiada por la Ciencia. Gracias a las observaciones de numerosos sabios, la existencia del mundo de los Espíritus fue positivamente establecida y las leyes que lo rigen fueran determinadas con cierta precisión.

Se consiguió reconocer la presencia en cada ser humano, de un doble fluídico que sobrevive a la muerte, en el cual fue reconocido el envoltorio imperecible del Espíritu. Ese doble, que ya se desprende durante el éxtasis y el sueño, que se transporta y opera a la distancia durante la vida, se torna, después de la separación definitiva del cuerpo carnal, y de un modo mas completo, en el instrumento fiel y en el centro de las energías activas del Espíritu.

Mediante ese envoltorio fluídico es que el Espíritu preside tales manifestaciones de mas allá de la tumba, que ya no son secreto para nadie, desde que comisiones científicas estudiaran los múltiples aspectos, llegando a pesar y fotografiar a los Espíritus, como lo hicieran W. Crookes con el Espíritu de Katie King, Russell Wallace y Aksakof con los de Abdullah y John King (28).

Es probable que el don de lenguas, conferido a los apóstoles, ofreciese analogías con el fenómeno que, bajo el nombre de xenoglosía, actualmente conocemos. La luz ódica de Reichenbach y la materia radiante explican la aureola de los santos; las llamas o «lenguas de fuego», que aparecerán en el día de Pentecostés, se reproducen hoy e día en los hechos comunicados al Congreso Espiritualista de 1900 por el Dr. Bayol, senador por el Distrito de las Bocas del Rodano (29), y finalmente las visiones de los mártires son fenómenos del mismo orden que los en nuestro tiempo observados en el momento de la muerte de ciertas personas. (30) Así, también, la desaparición del cuerpo de Jesús del sepulcro en que fuera depositado, puede explicarse por la desagregación de la materia, observada hace algunos años en sesiones de experimentación psíquica (31).

(27) Ver mis otras obras, especialmente "Después de la Muerte" y "En lo Invisible" - "Espiritismo y Mediunidad".
(28) W. Crookes - "Pesquisas sobre los fenómenos espiritas"; Russell Wallace - "El moderno espiritualismo"; Aksakof - "Animismo y Espiritismo". Relativos a una serie de fenómenos análogos y más recientes, ver también León Denis - "En lo Invisible" - "Espiritismo y Mediunidad", cap, XX.
(29) Ver "En lo Invisible" - "Espiritismo y Mediunidad", pág. 332.
(30) Ver muerte de Esteban: Actos,Vii,55 y 56.
(31) Ver "En lo Invisible", pág. 346.

Durante mucho tiempo no vieran en eso los hombres sino hechos milagrosos, provocados por el propio Dios o por sus ángeles, opinión cuidadosamente alimentada por los sacerdotes, a fin de impresionar la imaginación de las masas y tornarlas más sumisas a su poder.

En las Escrituras encontramos frecuentes ejemplos de los errores de que fueran objeto esos fenómenos. En Patmos, Juan ve aparecer un genio que, al principio, él quiere adorar, mas que afirma ser el Espíritu de uno de los profetas sus hermanos (32). En ese caso, fue disipado el

error; el Espíritu dio a conocer su personalidad; en cuantos otros casos, sin embargo, no fue él mantenido? Es lo mismo que se da con la intervención, tan frecuente, de los ángeles de la Biblia. Es preciso ponernos en guardia contra las tendencias de los judíos y de los cristianos en el sentido de atribuir a Dios y a sus ángeles fenómenos producidos por los Espíritus de los muertos, y a cuyo respecto competía a nuestra época hacer la luz, restableciéndolos en su verdadera categoría.

En la época de Jesús, la creencia en la inmortalidad estaba debilitada. Los judíos se encontraban divididos respecto de la vida futura. Los escépticos saduceos aumentaban en número e influencia. Viene Jesús. Torna más amplias las vías de comunicación entre el mundo terrestre y el mundo espiritual. Aproxima de tal manera a ls invisibles de los humanos, que ellos pueden de nuevo comunicarse. Con mano fuerte levanta el velo de la muerte y surgen visiones de lo mas profundo de la sombra; en medio del silencio se hacen oír voces; y esas voces vienen a afirmar al hombre la inmortalidad de la vida.

El Cristianismo primitivo afecta, pues, ese carácter particular de haber aproximado a las dos humanidades, terrestre y celeste; volvió más intensas las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible.

Efectivamente, en cada grupo espirita, las personas se entregaban a las evocaciones; había médiums parlantes, inspirados, de efectos físicos, como está escrito en el capítulo XII de la primera epístola de San Pablo a los Corintios. Entonces, como hoy ciertos sensitivos poseían el don de la profecía, el don de curar, o de expeler los malos Espíritus (33).

En la Epístola citada, S. Pablo habla también del cuerpo espiritual, imponderable, incorruptible:

"El hombre es colocado en la tierra con un cuerpo animal, y resucitará con un cuerpo espiritual; del mismo modo que hay un cuerpo animal, hay un cuerpo espiritual, "
(1 Corintios, XV, 44),

Fuera un fenómeno espirita, la aparición de Jesús en el camino a Damasco, lo que había hecho de S. Pablo un cristiano(34); Pablo no conociera a Cristo y, en el momento de esa visión, que decidió su destino, bien lejos estaba de encontrarse preparado para su ulterior tarea.

«Lanzando siempre amenazas de muerte contra los discípulos del Señor», munido contra ellos de ordenes de prisión, seguirá para Damasco a fin de perseguirlos. En este caso, no cabe invocar, como a respecto de los apóstoles se podría hacer, un fenómeno de alucinación, provocado por la constante recordación del Maestro. Esa visión, además, no fue aislada; e todo el subsecuente curso de su vida, Pablo mantuvo asiduas relaciones con lo invisible, particularmente con Cristo, de quien recibía las instrucciones indispensables a su misión. El mismo declara que extrae inspiraciones de los coloquios secretos con el hijo de María.

(32) Apocalipsis, XIX, 10.

(33) Actos, XXI, 11; XXVII, 22-24; III, 3-8; V, 12-16;; VIII, IX, 33 y34; XIV, 8 y sgts.; XIX, 11,12, etc.

(34) Actos, IX, 1-18.

S. Pablo no fue apenas asistido por Espíritus de luz, de los que se hacía el portavoz y el intérprete (35): Espíritus inferiores a veces lo atormentaban, y le era necesario resistir a su influencia (36). Es así que, en todos los medios, para educación del hombre y desarrollo de su razón, la luz y la sombra, la verdad y el error se mezclan. Lo mismo se da en el dominio del moderno Espiritualismo, en el que se encuentran todas los ordenes e manifestaciones, desde las comunicaciones del mas elevado carácter hasta los groseros fenómenos producidos por Espíritus atrasados. Mas esos también tienen su utilidad, desde el punto de vista de los elementos de observación y de los casos de identidad que abastecen a la Ciencia.

S. Pablo conocía estas cosas, aleccionado por la experiencia, él advertía a los profetas (37), sus hermanos, a fin de que estuvieren en guardia contra tales celadas.

Y acrecentaba en consecuencia: «Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas» (I Corínt, XIV, 32), esto es, es preciso no aceptar ciegamente las instrucciones de los Espíritus, y sí someterlas al examen de la razón.

En el mismo sentido, decía S. Juan:

"Carísimos, no creáis a todo espíritu, mas probad si los espíritus son de Dios. " (l Epist., 1V, 1).

Los «Actos de los Apóstoles» proveen numerosas indicaciones acerca de las relaciones de los discípulos de Jesús, con el mundo invisible. Ahí se ve como, observando las instrucciones de los Espíritus (38), los apóstoles adquieren mayor amplitud de visión de las cosas; llegaran a no hacer mas distinciones entre las carnes, a suprimir la barrera que separaba de los gentiles los judíos, a sustituir la circuncisión por el bautismo (39).

Las comunicaciones de los cristianos con los Espíritus de los muertos eran tan frecuentes en los primeros siglos, que instrucciones positivas circulaban entre ellos a ese respecto.

Hermas, discípulo de los apóstoles, el mismo que San Pablo manda saludar de su parte en su Epístola a los Romanos (XVI, 14), indica, en su «Libro del Pastor» (40), los medios de distinguir los buenos de los malos Espíritus.

En las líneas siguientes, escritas hace mil y ochocientos años, se juzgaría hacer la descripción fiel de las sesiones de evocaciones, tales como, en muchos centros, se practican e nuestros días

"El espíritu que viene de parte de Dios es pacifico y humilde; se aleja de toda malícia y de todo deseo vano de este mundo está por encima de todos los hombres. No responde a todos los que lo interrogan, ni a las personas en particular, porque el espíritu que viene de Dios no habla al hombre cuando el hombre quiere, mas cuando Dios lo permite. Cuando, pues, un hombre que tiene un espíritu de Dios viene a la asamblea de los fieles, una vez que se hace la oración, el espíritu toma lugar en ese hombre, que habla en la asamblea como Dios lo quiere." (Es el medium parlante).

(35) II Corint., XII, 2-4.

(36) Ibid., XII, 7-9; Efés., VI, 2.

(37) Se denominaba a los mediums profetas.

(38) En la versión griega de los Evangelios y de los Actos, la palabra espíritu está muchas veces aislada. S. Jerónimo le acrecienta la de santo, y fueran los traductores franceses de la Vulgata que de ahí hicieran el Espíritu-Santo. (Ver Bellemare - "Espirita y Cristiano", págs. 270 e sigts.).

(39) Acto de los Apóstoles, X, 10-16, 28, 29, 44-48; XVI, 6-10; XXI, 4; Epist. Romanos - XIV, 14; 1 Cor. - XII y XIV. - Ver también nota nº 6.

(40) Ese "Libro del Pastor" era leído en las iglesias, como lo son actualmente los Evangelios y las Epístolas, hasta el siglo V. San Clemente de Alejandría y Origenes a él se refieren con respeto. Figura en el mas antiguo catálogo de los libros canónicos recibidos por la Iglesia Romana y fue publicado por Caio en 220.

Se reconoce, al contrario, el espíritu terrestre, frívolo, sin sabiduría y sin fuerza, en que se agita, se levanta y toma el primer lugar. Es importuno, alborota y no profetiza sin remuneración. Un profeta de Dios no procede así."

Los Espíritus manifestaban, entonces, su presencia de mil modos, ya sea tornándose visibles (41), o produciendo la desagregación de la materia, como lo hicieran para libertar a Pedro de las cadenas que lo prendían y retirarlo de la prisión (42), ya sea todavía provocando casos de levitación (43). Esos fenómenos eran, a veces, tan impresionantes que hasta magos se sentían impresionados, al punto de convertirse. (44).

Penetrados de ese espíritu de caridad y abnegación, que les transfundía Cristo, los primeros cristianos vivían en la más íntima solidaridad. «Todo poseían en común» y «eran queridos por todo el pueblo» (45).

La revelación de los Espíritus continúa mucho tiempo después del período apostólico. Durante los siglos II y III, los cristianos se dirigían directamente a las almas de los muertos para decidir puntos de le doctrina.

S. Gregorio, el taumaturgo, obispo de Neo-Cesarea, declara «haber recibido de Juan el Evangelista, en una visión, el símbolo de la fe pregonado por él en su iglesia» (46).

Orígenes, ese. sabio que S. Jerónimo consideraba el gran maestro de la Iglesia, después de los apóstoles, habla muchas veces, en sus obras, de la manifestación de los muertos.

En su controversia con Celso, dice él:

"No dudo que Celso se escarnezca de mí; las burlas sin embargo, no le impedirán decir que muchas personas han abrazado el Cristianismo a su pesar habiendo sido de tal modo su corazón repentinamente transformado por algún espíritu, ya sea por una aparición, ya sea en sueño, que, en lugar de la aversión que nutrían por nuestra fe, la adoptaran con amor hasta el punto de morir por ella. Pongo a Dios por testigo de la verdad de lo que digo; Él sabe que yo no pretendo recomendar la doctrina de Jesucristo por medio de historias fabulosas, y sí con la verdad de hechos incontestables" (47).

El emperador Constantino era personalmente dotado de facultades mediúnicas y sujeto a la influencia de los Espíritus.

Los principales sucesos de su vida - su conversión al Cristianismo, la fundación de Bizancio, etc. - se dan como intervenciones ocultas, de lo que se puede tener la prueba en los siguientes hechos que vamos buscar en la narrativa del Sr. Alberto de Broglie, imparcial y severo historiador, poco inclinado al misticismo (48) :

"Cuando planeaba apoderarse de Roma un impulso interior lo indujo a recomendarse a algún poder sobrenatural e invocar la protección divina con el apoyo de las fuerzas humanas. Grande era sin embargo, el embarazo para un romano piadoso de esa época... Se preguntaba ansiosamente a que Dios iría a implorar ayuda. Cayó, entonces, en absorta meditación de las vicisitudes políticas de que era testigo"

(41) Actos, Xll, 55, 56; lX, l0, 12; XVI, 9 etc.
(42) Actos, Xll, 7-10. Ver también V, 19 y XVI, 26.
(43) Ibid., VIII, 39, 40.
(44) Actos, VIII, 9-13.
(45) Ibid., II, 44-47; IV 32-36.
III, pàgs. 545 y 546.
(46) "Resumen de la Historia eclesiástica", por el abad Racine. San Gregorio de Niza, en su "Vida de S. Gregorio el taumaturgo", se refiere a esa visión. Ver "Obras de S. Gregorio de Niza", edición de 1638, t.
(47) "Orígenes", edición benedictina de 1733, t. I, pags. 361 y 362.
(48) Alb. de Broglie, "La Iglesia y el Imperio romano en el siglo cuarto", t. l, pags. 214 y sigts.

Reconoce que depositar confianza en la multitud de dioses trae infelicidad, mientras que su padre Constancia, secreto adorador del Dios único, terminara sus días en paz.

"Constantino se decidió suplicar al Dios de su padre que prestase mano fuerte a su empresa.

"La respuesta a esa oración fue una visión maravillosa, que él mismo refería, muchos años después, al historiador Eusebio, afirmándola bajo juramento y con las siguientes particularidades: Una tarde, marchando al frente de las tropas, divisó en el cielo, encima del sol que ya declinaba hacia el ocaso, una cruz luminosa con esta inscripción: ***Con este signo vencerás***. Todo su ejército y muchos espectadores, que lo rodeaban vieran como él, estupefactos, ese prodigio. Quedé intrigado con lo que podría significar esa aparición. A la noche lo sorprendió aun la misma perplejidad. Durante el sueño, todavía, el mismo Cristo le apareció con la cruz con que fuera visto en el cielo y me ordenó que mandase hacer, por aquel modelo, un estandarte de guerra que le serviría de protección en los combates. Al amanecer, Constantino se levantó y transmitió a los confidentes la revelación. Después fueran llamados los joyeros y el Emperador les dio instrucciones para que la cruz misteriosa fuese reproducida en oro y piedras preciosas. "

Mas adelante, respecto a la escogida de Bizancio para capital del Imperio, refiere el mismo autor: Cuando los ojos de Constantino se detuvieran en Bizancio, no presentaba ella mas que los destrozos de una gran ciudad.

Al escogerla, creía él no estar desamparado de la intervención divina. Se decía que, por una confidencia milagrosa, fuera informado de que en Roma no estaría en seguridad el Imperio. Referente a esa elección, se hablaba también de un sueño, etc. Filostórgio cuenta que:

"... en la ocasión en que él (Constantino) trazaba con la espada en el puño el nuevo recinto de la ciudad, los que lo acompañaban viendo que él se adelantaba siempre, de modo a abarcar un área inmensa, le preguntaron respetuosamente hasta donde pretendía ir. - Hasta el lugar en que pare quien va delante de mí - respondió" (49).

Es probable que, sin saberlo, padeciese Constantino la influencia de los invisibles, en todo lo que debía favorecer el establecimiento de la nueva religión, en detrimento muchas veces del bien del Estado y de sus propios intereses. Su carácter, su vida íntima, no sufrieran con eso modificación alguna Constantino se mantuvo siempre cruel y astuto, refractario a la moral evangélica, lo que demuestra haber sido, si duda, un instrumento en las manos de las eminentes Entidades cuya misión era hacer triunfar el Cristianismo.

Sobre la cuestión que nos ocupa el célebre Obispo de Hipona, San Agustín en sus “Confesiones” (50) alude él a los infructíferos esfuerzos empeñados por dejar la desarreglada vida que llevaba. Un día en que rogaba con fervor a Dios que lo iluminase, oyó súbitamente una voz que repetidas veces le decía: «Tolle, lege; toma, lee». Habiéndose certificado que esas palabras no provenían de un ser vivo, quedó convencido de ser una orden divina, que le determinaba abrirse a las santas Escrituras y léese el primer pasaje que bajo los ojos le cayese. Fueran exhortaciones de S. Pablo sobre la pureza de las costumbres, lo que leyó.

(49)
(50) Confesiones, Libr. VIII, cap. XII.

En sus cartas menciona el mismo autor «apariciones de muertos, yendo y viniendo en su morada habitual - haciendo predicciones que los acontecimientos vienen mas tarde a confirmar» (51).

Su tratado “De cura pro mortuis”; habla de las manifestaciones de los muertos, en estos términos:

"Los espíritus de los muertos pueden ser enviados a los Vivos, pueden revelarles el futuro, cuyo conocimiento adquirieran, ya sea por otros espíritus, ya sea por los ángeles, ya sea por una revelación divina" (52).

En su "Ciudad de Dios", a propósito del cuerpo lúcido, etéreo, aromático, que es el perispíritu de los espiritas, trata de las operaciones teúrgicas, que lo tornan apropiado para comunicarse con los Espíritus y los ángeles, y obtener visiones.

S. Clemente de Alejandría, S. Gregorio de Niza en su «Discurso catequético», el mismo S. Jerónimo en su famosa controversia con vigilantius, el galo, pronunciarse en el mismo sentido.

S. Tomás de Aquino, el ángel de la escuela, nos lo dice el abate Poussin, profesor en el Seminario de Niza, en su obra «El Espiritismo ante la Iglesia (1866), «se comunicaba con los habitantes del otro mundo, con los muertos que lo informaban del estado de las almas por las cuales se interesaba él, con santos que lo confortaban y le mostraban los tesoros de la ciencia divina» (53)

La Iglesia, por el órgano de los concilios, entendió deber condenar las prácticas espiritas, cuando, de democrática y popular que era en su origen, se tornó despótica y autoritaria. Quiso ser la única a poseer el privilegio de las comunicaciones ocultas y el derecho de interpretarlas. Todos los legos, probado que mantenían relaciones con los muertos, fueran perseguidos como hechiceros y quemados.

Mas ese monopolio de las relaciones con el mundo invisible, a pesar de sus juzgamientos y condenaciones, a pesar de las ejecuciones en masa, la Iglesia nunca lo pudo obtener. Al contrario, a partir de ese momento, las más brillantes manifestaciones se producen fuera de ella. La fuente de las superiores inspiraciones, cerrada para los eclesiásticos, permanece abierta para los herejes. La Historia lo atestigua. Ahí están las voces de Juana de Arco, los genios familiares de Tasso y de Jerónimo Cardan, los fenómenos macabros de la Edad Media, producidos por Espíritus de categoría inferior; los convulsionados de S. Medard, después los pequeños profetas inspirados de Cavennes, Swedenborg y su escuela. Mil otros hechos aun forman una ininterrumpida cadena, que, desde las manifestaciones en la más remota antigüedad, nos conduce al moderno Espiritualismo.

Entretanto, en una época reciente, en el seno de la Iglesia, algunos raros pensadores investigaban todavía el problema de lo invisible. Bajo el título «De la distinción de los Espíritus», el cardenal Bona, ese Fenelon de Italia, consagraba una obra al estudio de las diversas categorías de Espíritus que pueden manifestarse a los hombres.

"Motivo de extrañeza, dice él, es que se pudiesen encontrar hombres de buen sentido que hayan osado negar en absoluto las apariciones y comunicaciones de las almas con los vivos, o atribuirlas a un extravío de la imaginación, o todavía a un artificio de los demonios. "

(51) Carta a Evodius. Ep. CLIX, edición de los Benedictinos. t. II, col. 562, y "De cura pro mortuis", t. VI, col. 523.

(52) De cura pro mortuis, edición benedictina, t. VI, col. 527.

(53) Se lee en la Suma (I, qu. 89, 82.m): "el espíritu (anima separata) puede aparecer a los vivos".

Ese cardenal no preveía los anatemas de los padres católicos contra el Espiritismo (54).

Forzoso es, por tanto, reconocerlo: los dignatarios de la Iglesia que, de lo alto de su cátedra, han anatematizado las prácticas espiritas, se desorientaron completamente. No comprenden que las manifestaciones de las almas son una de las bases del Cristianismo, que el movimiento espirita es la reproducción del movimiento cristiano en su origen. No se recuerdan que negar la comunicación con los muertos, o aun atribuirla a la intervención de los demonios, está ***per se*** en contradicción con los padres de la Iglesia y con los mismos apóstoles. Ya los sacerdotes de Jerusalén acusaban a Jesús de actuar bajo la influencia de Belcebú. La teoría del demonio hizo su época; ahora ya no es admisible.

La verdad es que el Espiritismo se encuentra hoy por todas parte, no como superstición, mas como una ley fundamental de la Naturaleza.

Siempre existirán relaciones entre hombres y Espíritus, con mayor o menor intensidad. Por ese medio, una continúa revelación se propagó en el mundo. Fluye, a través de los tiempos, una gran corriente de energía espiritual, cuya fuente es el mundo invisible. A veces, esa corriente se oculta en la penumbra; se va encontrar disimulada bajo la bóveda de los templos de la India y de Egipto, en los misteriosos santuarios de la Galia y de Grecia; solo de los iniciados y de los sabios es conocida. Mas, también a veces, en épocas determinadas por la voluntad de Dios, surge de los lugares ocultos, reaparece en pleno día, a la vista de todos; viene a ofrecer a la

Humanidad esos tesoros, esas magnificencias olvidadas, que la vienen a embellecer, enriquecer, y regenerar.

Es así que las verdades superiores se revelan a través de los siglos, para facilitar, estimular la evolución de los seres. Con la ayuda de poderosos médiums se tornan patentes, entre nosotros, por la intervención de los Espíritus geniales, que vivieran en la Tierra y que en ella sufrieran por la justicia y por el bien. Esos Espíritus de elite fueran restituidos a la vida del espacio, mas no cesaran de velar por la humanidad y de comunicarse con ella.

En ciertos momentos de la Historia, un soplo de lo Alto roza al mundo; las brumas que envolvían el pensamiento humano se disipan; las supersticiones, las dudas, las quimeras se desvanecen; las grandes leyes del destino se revelan y la verdad reaparece.

¡Felices, entonces, los que saben reconocer y agradecer!

VI – Alteración del Cristianismo. Los Dogmas

Como paletas de oro en las ondas turbias de un río, la Iglesia mezcla, en su enseñanza, la pura moral evangélica a la vacuidad de sus propias concepciones.

Acabamos de ver que, después de la muerte del Maestro, los primeros cristianos poseían, en su correspondencia con el mundo invisible, abundantes fuentes de inspiraciones. Las utilizaban abiertamente. Mas las instrucciones de los Espíritus no siempre estaban en armonía con las opiniones del sacerdocio naciente, que, si en esas relaciones encontraban un amparo, en ellas muchas veces encontraban también una crítica severa y, a veces, aun una condenación.

(54) Ver nota complementaria nº 6, al fin del volumen.

Se puede ver en el libro del padre de Longueval (55) como, a medida que se constituyó la obra dogmática de la iglesia, en los primeros siglos, los Espíritus se alejaron poco a poco de los cristianos ortodoxos, para inspirar a los que eran entonces designados bajos el nombre de heresiarcas.

Montanus, dice también el abad Fleury (56), tenía dos profetizas, dos señoras nobles y ricas, llamadas Priscila y Maximila. Cerinthe también obtenía revelaciones (57) superiores.

Apolonio de Tiana estaba entre esos hombres favorecidos por el cielo, que son asistidos por un “espíritu sobrenatural”: (58). Casi todos los maestros de la escuela de Alejandría eran inspirados por genios superiores.

Todos esos Espíritus, apoyándose en la opinión de S. Pablo: “conocemos solo en parte y profetizamos también parcialmente”, (I Corintios, XIII, 9) - traían, decían ellos, una revelación que venía a confirmar y completar la de Jesús.

Desde el siglo III, afirmaban que los dogmas impuestos por la Iglesia, como un desafío a la razón, no eran mas que un oscurecimiento del pensamiento de Cristo. Combatían el fausto ya excesivo y escandaloso de los obispos, sublevándose enérgicamente contra lo que a sus ojos era una corrupción de la moral (59).

Esa oposición creciente se tornaba intolerable a los ojos de la Iglesia. Los "Heresiarcas", aconsejados y dirigidos por los Espíritus entraban en lucha abierta contra ella. Interpretaban el Evangelio con una amplitud que la Iglesia no podía admitir, sin causar la ruina de sus intereses materiales. Casi todos se tornaban neo-platónicos, aceptando la sucesión de las vidas del hombre y lo que Orígenes denominaba "los castigos medicinales", o sea, puniciones proporcionales a las faltas del alma, reencarnada

en nuevos cuerpos para pagar las faltas del pasado y purificarse por el dolor. Esa doctrina, enseñada por los Espíritus, y cuya sanción Orígenes y muchos padres de la Iglesia, como vimos, encontraban en las Escrituras, estaba mas de acuerdo con la justicia y misericordia divinas. Dios no puede condenar a las almas a suplicios eternos, después de una vida única, y sí debe proporciona los medios de elevarse mediante existencias laboriosas y pruebas aceptadas con resignación y soportadas con coraje.

Esa doctrina de esperanza y de progreso no inspiraba, a los ojos de los jefes de la Iglesia, el suficiente terror a la muerte y al pecado. No permitía afirmar sobre bases convenientemente sólidas la autoridad del sacerdocio. El hombre, pudiendo pagar por si mismo sus faltas, no necesitaba de los padres. El don de profecía, la comunicación constante con los Espíritus, eran fuerzas que, sin cesar, minaban el poder de la Iglesia. Esta, asustada, resolvió poner fin a la lucha, sofocando el profetismo. Impuso silencio a todos los que, invisibles o humanos, con la intención de espiritualizar al Cristianismo, afirmaban ideas cuya elevación la amedrentaba.

Después de haber, durante tres siglos, reconocido el don de profecía, el de mediunidad accesible a todos, conforme la promesa de los apóstoles, un soberano medio de elucidar los

problemas religiosos y fortificar la fe, la Iglesia llegó a declarar que todo lo que provenía de esa fuente no era mas que pura ilusión u obra del demonio.

(55) Historia de la Iglesia Gala, t. I, pag. 84.
(56) Hist. ecles., libr. V, 6.
(57) Hist. ecles. , Libr. II, 3.
(58) Ibid., libr., I, 9.
(59) Padre de Longueval, "Historia de la iglesia gala", I, 84.

Ella se declaró, de lo alto de su autoridad, la única profecía viva, la única revelación perpetua y permanente. Todo lo que de ella no provenía fue condenado, maldecido. Todo ese lado grandioso del Evangelio, del que hemos hablado; toda la obra de los profetas que lo completaba y aclaraba, fue destinado a la sombra. No se trató mas de los Espíritus ni de la elevación de los seres en la escala de las existencias y de los mundos, ni del pago de las faltas cometidas, ni de progresos efectuados y trabajos realizados a través del infinito de los espacios y del tiempo.

Se perdieran de vista todas las enseñanzas; a tal punto se olvidó la verdadera naturaleza de los dones de profecía que los modernos comentadores de las Escrituras dicen que «la profecía era el don de explicar a los fieles los misterios de la religión» (60). Los profetas eran, según ellos, «el obispo y el sacerdote que juzgaban, por el don del discernimiento y las reglas de la Escritura, si lo que fuera dicho provenía del espíritu de Dios o del espíritu del demonio»: - contradicción absoluta con la opinión de los primeros cristianos, que en los profetas veían inspirados, no de Dios mas de los Espíritus, como lo dice S. Juan, en el pasaje de su primera Epístola (IV, I), ya citada.

Un momento, se habría podido creer que, aliada a la profunda perspicacia de los filósofos de Alejandría, la doctrina de Jesús iba a prevalecer sobre las tendencias del misticismo judeo-cristiano y lanzar a la Humanidad en la amplia senda del progreso, a la fuente de las altas inspiraciones espirituales. Mas los hombres desinteresados, que ansiaban la verdad por la verdad, no eran bastante numerosos en los concilios. Doctrinas que mejor se adaptaban a los intereses terrenos de la Iglesia, fueran elaboradas por esas célebres asambleas, que no cesaran de inmovilizar y materializar a la Religión. Gracias a ellas y bajo la soberana influencia de los pontífices romanos que se elevó, a través de los siglos, esa amalgama de dogmas extraños, que nada tiene de común con el Evangelio y le son muy posteriores - sombrío edificio en que el pensamiento humano, semejante a un águila enjaulada, impotente para extender las alas y no viendo mas que un pedacito de cielo, fue encerrado durante tanto tiempo como en una catacumba.

Esa pesada construcción, que obstruyó el camino a la Humanidad, surgió en la Tierra en 325 con el concilio de Nicea, y fue concluida en 1870 con el último concilio de
Roma. Tiene por cimiento el pecado original y por coronamiento la inmaculada concepción y la infalibilidad papal.

Es por esa obra monstruosa que el hombre aprende a conocer ese Dios implacable y vengativo, ese infierno siempre hambriento, ese paraíso cerrado a tantas almas valerosas, a tantas generosas inteligencias, y fácilmente alcanzado por una vida de algunos días, terminada después del bautismo - concepciones que han impelido a tantos seres humanos al ateísmo y a la desesperación.

Examinemos los principales dogmas y misterios, cuyo conjunto constituyen las enseñanzas de las iglesias cristianas. Encontramos su exposición en todos los catecismos ortodoxos.

Comienza con esa extraña concepción del Ser divino, que se resuelve en el misterio de la Trinidad, un solo Dios en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu-Santo.

Jesús trajera al mundo una noción de la divinidad, desconocida al Judaísmo. El Dios de Jesús ya no es el déspota celoso y parcial que protege Israel contra los otros pueblos; es el Dios Padre de la Humanidad. Todas las naciones, todos los hombres, son sus hijos. Es el Dios en quien todo vive, se mueve y respira, inmanente en la Naturaleza y en la consciencia humana.

(60) De Maistre de Sacy, "Comentarios sobre San Pablo", I, 3, 22, 29.

Para el mundo pagano, como para los judíos, esa noción de Dios encerraba toda una revolución moral. A hombres que todo habían llegado a divinizar y a temer todo lo que habían divinizado, la doctrina de Jesús revelaba la existencia de un solo Dios, Creador y Padre, por quien todos los hombres son hermanos y en cuyo nombre ellos se deben afección y asistencia. Ella tornaba posible la comunión con ese Padre, por la unión fraternal de los miembros de la familia humana.

Franqueaba a todos el camino de la perfección por el amor al prójimo y por la dedicación a la Humanidad.

Esa doctrina, simple y grande al mismo tiempo, debía elevar el espíritu humano a alturas admirables, hasta el Foco divino, cuya irradiación todo hombre puede sentir dentro de sí mismo. ¿Cómo fue esa idea simple y pura, que podía regenerar al mundo, transformada al punto de tornarse irreconocible?

Es el resultado de las pasiones y de los intereses materiales que entraran en juego en el mundo cristiano después de la muerte de Jesús.

La noción de la Trinidad, cogida en una leyenda hindú que era la expresión de un símbolo, vino a oscurecer y desnaturalizar esa gran idea de Dios. La inteligencia humana podía elevarse a esa concepción del Ser eterno, que abarca el Universo y da la vida a todas las criaturas: no puede a sí misma explicarse como tres personas se unen para constituir un solo Dios. La cuestión de la consubstancialidad en nada aclara el problema. En vano nos advertirían que el hombre no puede conocer la naturaleza de Dios. En este caso, no se trata de los atributos divinos mas de la ley de los números y medidas, ley que todo regula en el Universo, aún las relaciones que ligan la razón humana a la razón suprema de las cosas.

Esa concepción trinitaria, tan oscura, tan incomprensible, ofrecía, sin embargo, una gran ventaja a las pretensiones de la Iglesia. Le permitía hacer de Jesucristo un Dios. Confería al poderoso Espíritu, al que ella llama su fundador, un prestigio, una autoridad, cuyo esplendor recala sobre ella y le aseguraba su poder. En eso está el secreto de su adopción por el concilio de Nicea. Las discusiones y perturbaciones que suscitó esa cuestión, agitaran los espíritus durante tres siglos y solo vinieran a cesar con la proscripción de los obispos arios, ordenada por el emperador Constancio, y la expulsión

del papa Líbero que se negaba sancionar la decisión del Concilio (61).

La divinidad de Jesús, rechazada por tres concilios, el más importante de los cuales fue el de Antioquía (269), fue, en 325, proclamada por el de Nicea, en estos términos:

"La Iglesia de Dios, católica y apostólica, anatematiza a los que dicen que hubo un tiempo en que el Hijo no existía, o que no existía antes de haber sido generado."

Esa declaración está en contradicción formal con las opiniones de los apóstoles. Ya que todos creían en el Hijo fue creado por el Padre, los obispos del siglo IV proclamaban al Hijo igual al Padre, «eterno como él, generado y no creado», oponiendo así un desmentido al mismo Cristo, que decía y repetía: "mi Padre es mayor que yo".

Para justificar esa afirmación, se apoya la Iglesia en ciertas palabras de Cristo, que, si exactas, fueron mal comprendidas, mal interpretadas. En Juan (X, 33), por ejemplo, se dice : « Respondiéranle los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios.».

La respuesta de Jesús destruye esa acusación y revela su pensamiento íntimo: «No está escrito en vuestra Ley: Yo te digo: Dioses sois» (Juan X, 34) (62).

"Si llama dioses a aquellos a quienes fue dirigida la palabra de Dios. (Juan, X, 35).

(61) Ver, respecto a las particularidades de esos hechos, E. Belemare, "Espírita y Cristiano", pàg. 212.

(62) Esas palabras se refieren al siguiente pasaje del Salmo LXXXI, v. 6: "Yo dije: vosotros sois dioses y todos hijos del Excelso". '

Todos saben que los antiguos, latinos y orientales, llamaban dioses a todos los que, por cualquier motivo, se tornaban superiores al común de los hombres (63). Cristo prefería a esa calificación abusiva, la de Hijo de Dios para designar a los que investigaban y observaban las divinas enseñanzas. Es lo que él expone en el versículo siguiente:

"Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios." (Mat., V, 9).

Los apóstoles atribuían el mismo sentido a esta expresión:

"Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios." (S. Paulo, Epístola a los Romanos, VIII, 14).

Jesús lo confirma en muchas circunstancias:

"¿de Aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo decís vosotros: Blasfemas, porque dije: Soy Hijo de Dios" (Juan, X, 36) (64).

"Jesús le resondió: ¿Porque me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios." (Lucas, XVIII, 19).
- "Yo no puedo hacer por mí mismo nada,; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió."'(Juan, v, 30).

Las siguientes palabras son todavía mas explícitas:

"Pero ahora buscáis quitarme la vida, a mí, un hombre que os ha hablado la verdad, que oyó de Dios; eso Abraham no lo hizo." (Juan,V, 40).

"Habeís oído lo que os dije; Me voy y vengo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais, pues voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo." (Juan, XIV, 28).
"Jesús le dijo: no me toques, porque aún no he subido al Padre; pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios." (Juan, XX, 17).

Así, lejos de exteriorizar la idea sacrílega de que era Dios, en todas las circunstancias Jesús habla del Ser infinito como la criatura debe hablar del Creador, o aún como un subordinado habla de su señor.
Ni aun su madre creía en su divinidad, y todavía ¿quien mas autorizada que ella a admitirla ? ¿No recibiera la visita de un ángel que le anunciaba la venida del Niño, bendecido por el Altísimo y por su gracia concebido? (65) ¿Porque intenta, pues, obstruirle la obra, imaginando que él perdiera el juicio? (66) Hay ahí una contradicción patente.
Los apóstoles, a su vez, no veían en Jesús sino un misionero, un enviado del Cielo, un Espíritu, sin duda superior por sus luces y virtudes, mas humano. Su actitud para con él, su lenguaje, lo prueban claramente.
Si lo hubiesen considerado un Dios, ¿no se habrían prosternado ante él, no sería que genuflexos le hubieran hablado? - al paso que su deferencia y respeto no pasaba el debido a un maestro, a un hombre eminente. Y, además, ese título de maestro (en hebreo rabí) que le dispensaban habitualmente. Los Evangelios dan testimonio de eso. Cuando le llaman Cristo, no ven en ese calificativo sino el sinónimo de enviado de Dios.

(63) Ver nota complementaria numero 8.
(64) Si en su lenguaje parabólica, Jesús algunas veces se denomina hijo de Dios, con mucho mas frecuencia se llama hijo del hombre. Esta expresión se encuentra setenta y seis veces en los Evangelios.
(65) Lucas, I, 26-28.
(66) Marcos, III, 21.

"El les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Pedro, le dijo, Tu eres el Mesías." (Marcos, VIII, 29).
El pensamiento de los apóstoles se encuentra explicado, aclarado por ciertos pasajes de los Actos (II, 22). Pedro se dirige a la multitud:

"Varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por El en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis."

Está el mismo pensamiento expresado en Lucas, XXIV: 19:

"Él les dijo: ¿Cuales? Contestáronle: Lo de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo."

Si los primeros cristianos hubiesen creído en la divinidad de Jesús, si de él hubiesen hecho un dios, su religión se habría probablemente sumergido en la multitud de las que el Imperio Romano admitía, cada cual exaltando divinidades particulares. Los arrebatamientos de entusiasmo de los apóstoles, la indomable energía de los mártires, tenían su origen en la resurrección de Cristo.
Considerándolo un hombre semejante a ellos, veían en esa resurrección la prueba manifiesta "de su propia inmortalidad, S. Pablo confirma con absoluta claridad esa opinión, cuando dice:

"Pues si no hay resurrección de los muertos, ni Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, es luego vana nuestra predica, es también vana nuestra fe. Y somos así mismo convencidos por falsos testimonios de Dios, diciendo que resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si los muertos no resucitan" (67).

Así, para los discípulos de Jesús, como para todos los que atentamente, y sin pasión, estudian el problema de esa existencia admirable, Cristo, según la expresión que a sí mismo aplica, no es mas que el «profeta» de Dios, o sea, un intérprete, un portavoz de Dios, un Espíritu dotado de facultades especiales, de poderes excepcionales, mas no superiores a la naturaleza humana. Su clarividencia, sus inspiraciones, el don de curar que poseía en tan elevado grado, se encuentran en diferentes épocas y en diferentes grados, en otros hombres.

Se puede comprobar la existencia de esas facultades en los médiums de nuestros días, no agrupadas, reunidas de modo a constituir una poderosa personalidad como la de Cristo, mas dispersas, distribuidas en gran número de individuos. Las curas de Jesús no son milagros (68), y sí la aplicación de un poder fluídico y magnético, que nuevamente se encuentra mas o menos desarrollado, en ciertos curadores de nuestra época. Esas facultades están sujetas a variaciones, a intermitencias que en el mismo Cristo se observan, como lo prueban los versículos del Evangelio de Marcos (VI, 4, 5):

(67) I Cor., XV, 13-15.
(68) Lo que se denominan milagros son fenómenos producidos por la acción de fuerzas desconocidas, que la ciencia descubre tarde o temprano, No puede existir milagro en el sentido de postergación de las leyes naturales. Con la violación de esas leyes, el desorden y la confusión entrarían en el mundo. Dios no puede haber establecido leyes para, enseguida, violarlas. Él nos daría así, el más pernicioso ejemplo; porque si violamos la ley, podremos ser castigados, mientras que Dios, fuente de la ley, ¿habrá atentado contra ella?

"Jesús les decía: Ningún profeta es tenido en poco sino en su patria y entre sus parientes y su familia. Y no pudo hacer allí ningún milagro, fuera de que a algunos pocos dolientes les impuso las manos y los curó."

Todos los que han de cerca observado los fenómenos del Espiritismo, del magnetismo y de la sugestión, y deducido de los efectos la causa que los produce, saben que existe una gran analogía entre las curas operadas por Cristo y las obtenidas por los que ejercen modernamente esas funciones. Como él, mas con menos fuerza y éxito, los curadores espiritas tratan de los casos de obsesión y posesión y, con la ayuda de pases, o imponiendo las manos a los individuos, liberan a los enfermos de los males producidos por la influencia de los Espíritus llamados demonios.
"Ya atardecido, le presentaron muchos endemoniados, y arrojaba con una palabra los espíritus, y a todos los que se sentían mal los curaba." (Mateo, VIII, 16).
La mayor parte de las molestias nerviosas provienen de las perturbaciones causadas por extrañas influencias en nuestro organismo fluídico, o perispíritu. La Medicina, que estudia simplemente el cuerpo material, no puede descubrir la causa de esos males y los remedios aplicables a ellos. Por eso es casi siempre impotente para curarlos. La acción fluídica de ciertos hombres, apoyados en la voluntad, en la oración y en la asistencia de los Espíritus elevados, puede hacer cesar esas perturbaciones, restituir al envoltorio fluídico de los enfermos sus vibraciones normales y forzar a que se retiren los malos Espíritus. Era lo que Jesús obtenía fácilmente, como lo obtenían, después de él, los apóstoles y los santos,

*

Los conocimientos difundidos entre los hombres por el moderno Espiritualismo, permiten comprender mejor y definir la alta personalidad de Cristo. Jesús era un misionero divino, dotado de poderosas facultades, un médium incomparable. El mismo lo afirma:

"porque no he hablado de mí mismo; el Padre mismo, que me ha enviado, es quien me mandó lo que he de decir y hablar." (Juan, XII, 49).

A todas las razas humanas, en todas las épocas de la Historia, envió Dios misioneros, Espíritus superiores, llegados, por sus esfuerzos y merecimientos,- al mas alto grado de la jerarquía espiritual. Pueden acompañarse, a través de los tiempos, los surcos de sus pasos. Sus mentes dominan, soberbias, la multitud de los humanos que ellas tienen como misión dirigir hacia las alturas intelectuales.
El cielo los preparó para las luchas del pensamiento; de él recibieron el poder y la intrepidez.
Jesús es uno de esos divinos misioneros y de todos el mayor. Destituido de la falsa aureola de la divinidad, más imponente nos parece él. Sus sufrimientos, sus desfallecimientos, su resignación, nos dejan casi indiferentes, que si fuesen oriundos de Dios, pero nos conmueven, nos impresionan profundamente en un Hermano. Jesús es, de todos los hijos de los hombres, el mas digno de admiración. Es extraordinario en el Sermón de la montaña, en medio de la turba de los humildes. Es mayor todavía en el Calvario, cuando a la sombra de la cruz se extiende sobre el mundo, en la tarde del suplicio.

En él vemos al hombre que ascendió a la eminencia final de la evolución, en este sentido es que se le puede llamar dios, así conciliando a los apologistas de su divinidad con los que la niegan. La humanidad y la divinidad de Cristo representan los extremos de su individualidad, como lo son para todo ser humano. Al final de nuestra evolución, cada cual se tornará un «Cristo», será uno con el Padre y habrá alcanzado la condición divina.

El pasaje de Jesús por la Tierra, sus enseñanzas y ejemplos, dejaran trazos indelebles; su influencia se extenderá por los siglos venideros. Aún hoy, él preside los destinos del globo en que vivió, amó, sufrió. Gobernador espiritual de este planeta, vino, con su sacrificio, a encarrilarlo hacia la senda del bien, y es bajo su dirección oculta y con su apoyo que se opera esa nueva revelación, que, bajo el nombre de moderno espiritualismo, viene a restablecer su doctrina, restituir a los hombres el sentimiento de sus propios deberes, el conocimiento de su naturaleza y dé su destino.

VII - Los dogmas (continuación)
Los sacramentos, el culto

El pecado original es el dogma fundamental en que reposa todo el edificio de los dogmas cristianos - idea verdadera, en el fondo, mas falsa en su forma y desnaturalizada por la Iglesia - verdadera, en el sentido de que el hombre sufre con la intuición que conserva de las faltas cometidas en sus vidas anteriores, y por las consecuencias que acarrean para él. Ese sufrimiento, no obstante, es personal y merecido. Nadie es responsable por las faltas de otro, si en ellas no formó parte. Presentado en su aspecto dogmático, el pecado original, que pone a toda la posteridad de Adán, o sea, a la Humanidad entera, por la desobediencia de la primera pareja, para después salvarla por medio de una iniquidad todavía mayor - la inmolación de un justo -- es un ultraje a la razón y a la moral, consideradas en sus principios esenciales - la bondad y la Justicia. Mas contribuyó para alejar al hombre de la creencia en Dios, que todas las agresiones y todas las críticas de la Filosofía.

No es, en efecto, impunemente que se intenta separar, en el pensamiento y en la consciencia, la idea de Dios de la de justicia. Con eso, lo que se logra es lanzar la perturbación en las almas y provocar un trabajo mental que conduce, forzosamente, a la exclusión de una de esas dos ideas. Ahora, fue la idea de Dios la que estuvo casi por perecer, porque el hombre no puede ver en Dios sino la más alta personificación de la justicia, del amor y de la sabiduría. Todas las perfecciones deben encontrarse reunidas en el Ser eterno.

De su pasado criminal perdió el hombre el recuerdo preciso, mas conservó un vago sentimiento. De ahí provino esa concepción del pecado original, que se encuentra en muchas religiones, y de la expiación que el mismo requiere. De esa concepción errónea derivan las de la caída, del pago y de la redención por la sangre de Cristo, los misterios de la encarnación, de la virgen-madre, de la inmaculada concepción, en una palabra, todo el conjunto del Catolicismo (69).

Todos esos dogmas constituyen una verdadera negación de la razón y de la justicia divinas, si los tomamos al pié de la letra, como lo quiere la Iglesia, y en su sentido material.

(69) "La caída de la humanidad en Adán - dice el abad de Noirlieu en su "Catecismo filosófico para uso de los seculares" - y su reparación en Jesús-Cristo, son los dos grandes hechos sobre los que reposa el Cristianismo. Sin el dogma del pecado original no se concibe mas la necesidad de un Redentor. Por eso nada es enseñado mas explícitamente por la Iglesia que la caída de Adán y sus funestas consecuencias, para todos sus descendientes".

No es admisible que hubiese Dios creado al hombre y a la mujer con la condición de que no se instruyeran. Menos admisible, todavía, es que él haya, por una sola desobediencia, condenado a sus descendientes y a la Humanidad entera a la muerte y al infierno.

«Que pensar, dice y con razón E. Bellemare, de un juez que condenase a un hombre bajo el pretexto de que, hace millares de años, un antepasado suyo cometiera un crimen?» Es, sin embargo, ese odioso papel que el Catolicismo atribuye al juez supremo - Dios!

Es por tales motivos que se justificó el alejamiento y la ojeriza que ciertos pensadores concibieran por la idea de Dios. Es lo que explica, sin disculparla, a la vehemente acusación de un célebre escritor: ¡Dios es el mal!

Si consideramos el dogma del pecado original y de la caída como lo que es, realmente, o sea, como un mito, una leyenda oriental, exactamente como se presenta en todas las cosmogonías antiguas; si destruyésemos de un soplo tales quimeras, todo el edificio de los dogmas y misterios inmediatamente se desmorona. ¿Que restará, entonces del Cristianismo? se me puede

preguntar. Restará lo que él en sí contiene de verdaderamente grande, de vivo y racional, o sea, todo lo que es susceptible de elevar y fortalecer a la Humanidad.

*

Prosigamos en nuestro examen. La soberanía de Dios, dicen los teólogos, se manifiesta por la predestinación y por la redención. Siendo Dios absoluto soberano, su voluntad es la causa final y decisiva de todo cuanto ocurre en el Universo. Agustín es el autor de ese dogma, que él instituye en su lucha con los maniqueos, partidarios de dos principios opuestos: el bien y el mal, y contra Pelágico, que reivindicaba los derechos de la libertad humana. Todavía, Agustín se apoya, para defender su dogma, en la autoridad de S. Pablo, verdadero creador de la doctrina de la predestinación, cuyo enunciado, poco concluyente a nuestro modo de ver, está en el capitulo IX de la Epístola a los Romanos.

Según S. Pablo, cuya teoría fue adoptada sucesivamente por Agustín, por los reformadores del siglo XVI y, mas tarde, por Jansen, Pascal, etc., el hombre no puede obtener la salvación por sus propias obras, arrastrándolo su naturaleza, como invenciblemente lo arrastra, al mal. .

Esa inclinación funesta es el resultado de la caída del primer hombre y de la corrupción que de ella deriva para toda la Humanidad, habiéndose tornado la herencia de todos los hijos de Adán. Y que por la concepción se transmite a los hijos el pecado de los padres. Ese dogma se denomina traducianismo y las iglesias cristianas parecen no percibir que, con esa afirmación monstruosa, se hacen aliadas del materialismo, que proclama la misma teoría bajo el nombre de ley de la herencia.

Todos los hombres, perdidos por el pecado de Adán, serían destinados a la condenación eterna, si Dios, en su misericordia, no hubiese encontrado un medio de salvarlos. Ese medio es la redención. El hijo de Dios se hace hombre. En su vida terrestre, cumplió la voluntad de su Padre y satisfizo su justicia, ofreciéndose en holocausto para salvación de todos los que se unan a su iglesia.

De ese dogma resulta que los fieles no son salvos por un ejercicio de su libre voluntad, ni por sus propios merecimientos, porque no hay libre albedrío ante la soberanía de Dios, mas por efecto de una gracia que Dios concede a sus electos. Llevando ese argumento a todas sus consecuencias lógicas, se podría decir: Es Dios quien atrae a los escogidos y quien aparta a los pecadores. Todo se hace por la predestinación divina. Adán, por consiguiente, no pecó por su libre albedrío. Fue Dios, absoluto soberano, el que lo predestinó a la caída.

Ese dogma conduce a tan deplorables resultados, que el propio Calvino, que lo afirmó con todas sus consecuencias, lo denomina, hablando de los hombres predestinados a la condena eterna, un «horrible decreto» (decretum horribile). «Mas Dios habló, acrecienta, y la razón debe someterse».

Dios habló! ¿Dónde y por quien habló él? En oscuros textos, obra de una imaginación perturbada.

Y para imponer tales opiniones, para sugerirlas en los espíritus, ¡Calvino no reculó ni ante el empleo de la violencia! La hoguera de Servet nos lo atestigua.

Lógica terrible que, procediendo de verdades mal comprendidas, como dijimos mas arriba, se confunde en sus propios sofismas y recurre al hierro y al fuego, con el fin de imponerse y resolver cuestiones inextricables, con el fin de aclarar un embrollo creado por las pasiones y por la ignorancia.

«¿Cómo - replicaba Pelágico a Agustín - nos perdona Dios nuestros pecados y nos imputaría los de otro?»

«Solo hay un Dios - dice S. Pablo (70) - y un solo mediador (71) entre Dios y los hombres, que es Jesucristo, hombre.»

Mediador, o sea, intermediario, médium incomparable, punto de unión que liga a la Humanidad a Dios, ¡ahí está lo que es Jesús! Mediador y no redentor, porque la idea de redención no soporta el examen. Es contraria a la justicia divina; es contraria al orden majestuoso del Universo. Entre los mundos que ruedan en el espacio, la Tierra no es el único lugar de dolor. Otras estancias de sufrimiento hay, en que las almas, cautivas a la materia, aprenden, como aquí, a dominar sus vicios y adquirir cualidades que les permitirán el acceso a mundos más felices.

Si el sacrificio de Jesús fuese necesario para salvar a la Humanidad terrestre, Dios debería el mismo socorro a otras Humanidades desgraciadas. Siendo, sin embargo, ilimitado el número de los mundos inferiores en que dominan las pasiones materiales, el hijo de Dios sería, por eso mismo, condenado a sufrimientos y sacrificios infinitos. Es inadmisible semejante hipótesis.

Con su sacrificio, dicen otros teólogos, Jesús «venció al pecado y a la muerte, porque la muerte es el salario del pecado y un tremendo desorden en la Creación» (72).

Todavía, se muere después de la venida de Jesús, como antes de él se moría. La muerte, considerada por ciertos cristianos como consecuencia del pecado y punición del ser, es, todavía, una ley natural y una transformación necesaria para el progreso y la elevación del alma. No puede ser elemento de desorden en el Universo. Juzgarla de ese modo, ¿no es sublevarse contra la divina sabiduría? Es así que, partiendo de un punto de vista erróneo, los hombres de la Iglesia llegan a las más extrañas concepciones.

Cuándo afirman que, por su muerte, Jesús se ofreció a Dios en holocausto, para la salvación de la Humanidad, ¿no equivale eso a decir, en la opinión de los que creen en la divinidad de Cristo, que se ofreció a sí mismo? ¿Y de que habrá él salvado a los hombres? No de las penas del infierno, pues todos los días nos repiten que los individuos que mueren en estado de pecado mortal son condenados a las penas eternas.

(70) I Ep. a Timoteo, cap. II, 5.

(71) Esa expresión "mediador" es, aparte de eso, aplicada tres veces a Jesús por el autor de la "Epístola a los Hebreos".

La palabra pecado no expresa, en sí misma, sino una idea confusa. La violación de la ley acarrea a cada ser una disminución moral, una reacción de la conciencia, que es una causa de sufrimiento íntimo y una disminución de las percepciones animales. Así, el ser se pone a sí mismo. Dios no interviene, porque Dios es infinito; ningún ser sería capaz de producirle el menor mal.

Si el sacrificio de Jesús salvó a los hombres del pecado, ¿porqué, entonces, todavía los bautizan? Esa redención, en todo caso, no se puede extender sino únicamente a los cristianos, a los que han conocido y aceptado la doctrina del Nazareno. ¿Habría ella, pues, excluido de su esfera de acción a la mayor parte de la Humanidad? Existen aún hoy en la Tierra millares, millones de hombres que viven fuera de las iglesias cristianas, en la ignorancia de sus leyes, privados de esa enseñanza, sin cuya observancia, dicen, «no hay salvación». ¿Que pensar de opiniones tan opuestas a los verdaderos principios de amor y justicia que rigen los mundos?

No, la misión de Cristo no era pagar con su sangre los crímenes de la Humanidad. La sangre, mismo de un Dios, no sería capaz de salvar a nadie. Cada cual se debe salvarse a sí mismo, salvarse de la ignorancia y del mal. Nada fuera de nosotros podría hacerlo.

Es lo que los Espíritus, por millares, afirman en todos los rincones del mundo. De las esferas de luz, donde todo es serenidad y paz, descendió Cristo a nuestras oscuras y tormentosas regiones, para mostrarnos el camino que conduce a Dios: ese fue su sacrificio. La efusión de amor en que envuelve a los hombres, su identificación con ellos, en las alegrías como en los sufrimientos, constituyen la redención que nos ofrece y que somos libres de aceptar. Otros, antes de él, habían inducido a los pueblos al camino del bien y de la verdad. Ninguno lo hiciera con la singular dulzura, con la ternura penetrante que caracteriza la enseñanza de Jesús. Nadie supo, como él, enseñar a amar las Virtudes modestas y escondidas. En eso reside el poder, la grandeza moral del Evangelio, el elemento vital del Cristianismo, que sucumbe bajo el peso de los extraños dogmas de que lo llenaran.

*

El dogma de las penas eternas debe prendernos la atención. Arma temible en las manos de los curas, en las épocas de fe, amenaza suspensa sobre la cabeza del hombre, él fue para la Iglesia un instrumento incomparable de dominio.

¿De donde procede esa concepción de Satanás y del infierno? Únicamente de las falsas nociones que el pasado nos legó respecto de Dios. Toda la Humanidad primitiva creyó en los dioses del mal, en las potencias de las tinieblas, y esa creencia se tradujo en leyendas de terror, en imágenes pavorosas, que se transmitieran de generación en generación; inspirando gran número de mitos religiosos. Las fuerzas misteriosas de la Naturaleza, en sus manifestaciones, lanzaban el terror en el espíritu de los hombres primitivos.

A su alrededor, en la sombra, en todas partes, creían ver formas amenazadoras, prontas a agarrarlos, a apoderarse de ellos.

Esas potencias malignas fueran personificadas, individualizadas por el hombre. De ese modo, creó él los dioses del mal. Y esas remotas tradiciones, legado de las razas desaparecidas, perpetuadas de edad en edad, se encuentran todavía en las actuales religiones.

(72) De Pressensé, "Jesús Cristo, su tiempo, su vida, su obra", pág. 654. Se encuentra esa opinión en muchos autores católicos.

De ahí Satanás, el eterno revelado, el enemigo eterno del bien, más poderoso que el mismo Dios,- pues reina como señor en el mundo, y las almas creadas para la felicidad caen, en su mayor parte, bajo su yugo; - Satanás, la astucia, la perfidia personificadas; después, el infierno y sus torturas refinadas, cuya descripción hace que desvaríen las imaginaciones simples.

Así que, en todos los dominios del pensamiento, el hombre terrestre substituyó las claras luces de la razón, que Dios le dio como segura guía, por las quimeras de su imaginación desorientada.

Es verdad que en nuestra época, criticadora y escéptica, ya no cree absolutamente en el diablo; mas los padres no continúan menos, por ese motivo, enseñando su existencia y la del infierno. De tiempo en tiempo, puede oírse, de lo alto del púlpito, la descripción de los castigos reservados a los condenados, o de las hazañas de Satanás. Y no se trata ya de modestas cátedras de aldea: era bajo las bóvedas de Nuestra Señora de París, que el padre Janvier, en la cuaresma de 1907, pronunciaba estas palabras:

"Imagina mucha gente que el demonio no es mas que un símbolo, una figura literaria que no corresponde a nada en la Creación, una ficción poética, una palabra que sirve para designar al mal y a las pasiones: es un error. El demonio, en la doctrina católica es un ser perfectamente real, una personalidad distinta del resto de la Naturaleza, teniendo vida, acción y dominio propio. Lo que, sin embargo, es infinitamente más temible es la acción ordinaria, continua, ejercida por Satanás en la Creación, la intervención real y oculta que tiene en el curso de los sucesos y de las estaciones, en la germinación de las plantas, en el desatar de los vientos y de las tempestades." (73).

Así se atasca la Iglesia en las doctrinas del pasado. Continúa a proscribir la ciencia y el conocimiento, a introducir en todas las cosas al demonio, hasta mismo en el dominio de la moderna Psicología. Amenaza con las llamas eternas a todo individuo que procura emanciparse de un Círculo que su razón y consciencia repudian. En sus manos, el Evangelio de amor se convirtió en un instrumento de terror.

Justo es, sin duda, que la Iglesia recomiende prudencia a sus fieles; errada, sin embargo, en prohibirles las prácticas espiritas, bajo el pretexto de que emanan del demonio. ¿Es, por ventura, demonio el Espíritu que se confiesa arrepentido y pide oraciones? ¿Demonio el que nos exhorta a la caridad y al perdón? En la mayoría de los casos, en lugar de ser ese personaje astuto y maligno descrito por la Iglesia, Satanás sería completamente destituido del sentido común, al no percibir que trabaja en su contra.

Si hay malos espíritus, a los cuales se podría con razón aplicar ese calificativo, es preciso también no olvidar que esos demonios son perfectibles. Son, por ejemplo, los criminales que la pena de muerte hace pasar para la otra vida, con la blasfemia en los labios y el odio en el corazón. Esos no cesan de dirigir contra los hombres su maléfica influencia, que, con mayor razón, se han de hacer sentir cuando se presenten en las sesiones espiritas en las que no haya, para alejarlos, un conjunto de voluntades suficientemente enérgicas.

Mas, ¿no basta reflexionar un momento en la obra divina, para repeler toda creencia en el demonio? ¿Cómo admitir que el supremo foco del Bien y de lo Bello, la inagotable fuente de misericordia y bondad, haya podido crear ese ser hediondo y malvado? ¿Cómo creer que Dios le haya podido conceder, con la consciencia del mal, todo el poder sobre el mundo, y haya abandonado, como presa fácil, a toda la familia humana?.

(73) P. Janvier, "Explicación de la moral católica". "Él vivió y el pecado". - Ver también "La Libre Palabra", 3 de noviembre de 1907.

No, Dios no podía crear a la inmensa mayoría de sus hijos para perderlos, para hacer su desgracia eterna; Dios no otorgó el poder a quien más abusaría de él, al más inicuo, al más perverso. Eso es inadmisible, indigno de un alma que cree en la justicia en la bondad del Creador. Admitir a Satanás y al infierno eterno es insultar a la Divinidad. De dos una: o Dios posee la presciencia y supo, de antemano, cuales serían los resultados de su obra, y, en este caso, ejecutándola, se hizo el verdugo de sus criaturas; o no previó ese resultado, no posee la presciencia, es falible como su propia obra, y entonces, proclamando la infalibilidad del papa, la Iglesia lo colocó superior a Dios. Es con semejantes concepciones que se inducen a los pueblos al escepticismo, al materialismo. La Iglesia Romana con tal principio incurre en las mas graves responsabilidades.

En cuanto a los castigos reservados a los culpables, como sanción penal y para asegurar la ejecución de la ley de justicia, no hay necesidad de crearlos imaginarios.

Si reparásemos a nuestro alrededor, veremos que por todas partes, en la Tierra, el dolor nos acecha. No es necesario salir de este mundo para encontrar sufrimientos proporcionales a todas

las faltas, condiciones expiatorias para todos los culpables. ¿Porqué buscar el infierno en regiones quiméricas? El infierno está alrededor nuestro. ¿Cuál el verdadero sentido de la palabra infierno? ¡Lugar inferior! Ahora, la Tierra es uno de los mundos inferiores del Universo. El destino del hombre aquí es muchas veces cruel, muy grande la suma de sus males, para que se deban tornar sombrías, por concepciones fantásticas, las perspectivas del futuro. Semejantes ideas son un ultraje lanzado a Dios. No puede haber eternos sufrimientos, y sí únicamente sufrimientos temporales, apropiados a las necesidades de la ley de evolución y de progreso. El principio de las reencarnaciones sucesivas es más equitativo que la noción del infierno eterno; torna efectiva la justicia y la armonía del Universo. Es en el transcurso de nuevas y penosas existencias terrestres que el culpable rescata sus pasados crímenes. La ley del destino está tejida individualmente por nosotros, en la trama de las acciones buenas y malas, que todas se reflejan en nosotros a través de los tiempos, con sus consecuencias felices o funestas. Así cada cual prepara su cielo o su infierno.

El alma, en el período inferior de su evolución, encerrada en el círculo de las vidas terrestres, vacilante, incierta, oscilante entre diversas atracciones, ignorante de los grandiosos destinos que la esperan y del fin de la Creación, yerra, flaquea, se abandona a las pasiones, a las corrientes materiales que la arrebatan. Mas, poco a poco, por el desarrollo de sus fuerzas psíquicas, de sus conocimientos, de su voluntad, el alma se eleva, se libera de las influencias inferiores y sobrevuela hacia las regiones divinas.

Tiempo vendrá en que el mal ya no será la condición de esta existencia; en que los seres, purificados por el sufrimiento, después de haber recibido la larga educación de los siglos, dejarán la senda oscura para encaminarse hacia la luz eterna. Las Humanidades, vinculadas por los eslabones de una íntima solidaridad y de una afección profunda, caminarán de progreso en progreso, de perfección en perfección, hacia el gran foco, para el objetivo supremo que es Dios, realizando así esa obra del Padre, que no quiere la perdición y sí la felicidad y la elevación de todos sus hijos.

*

El argumento principal de los defensores de la teoría del infierno es que la ofensa hecha por el hombre, ser finito, a Dios, ser infinito, es, en consecuencia, infinita y merece pena eterna. Ahora, cualquier matemático dirá que la relación de una cantidad finita con una infinita es nula. Se podría invertir el argumento y decir que el hombre, finito es ignorante, y no sería capaz de ofender a lo infinito, y que su ofensa es nula con relación a este. El no puede hacer mal sino a sí mismo, retardando su elevación y atrayendo los sufrimientos que toda acción culposa engendra.

¿Estarán los jefes de la Iglesia realmente convencidos de la existencia del infierno eterno, ¿no verán en él, de preferencia, un ilusorio espantajo, necesario, sin embargo, a la conducta de la Humanidad? Es lo que se podría creer, comentando las siguientes palabras de S. Jerónimo, el traductor de la Vulgata:

"... Tales son los motivos en que se apoyan los que quieren hacer comprender, que, después de los suplicios y tormentos, habrá consolación, lo que actualmente se debe ocultar a aquellos para quienes es útil el temor, a fin de que, recelando de los suplicios, se abstengan de pecar. (Quae nunc abscondenda sunt ab his quibus timor est utilis, ut, dum suplicia reformidant, peccare desistant)" (74).

Es verdad que S. Jerónimo no dudó en hacer figurar, en el texto del Evangelio, según San Mateo, estas expresiones: «El fuego eterno, o suplicio eterno». Mas las palabras hebreas que así fueran traducidas «no parece, de modo alguno tener el sentido que los latinos les atribuyeran» (75).

No puede ser ese el pensamiento de aquel que dijo: «Dios no quiere que perezca uno solo de esos pequeñitos.» Estas palabras son confirmadas por los apóstoles:

"Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen a tener el conocimiento de la verdad." (8. Pablo, I, Timot., II, 4).

"Dios es el salvador de todos los hombres." (8. Pablo, I, Timot., IV, 10).

"No retrasa el Señor la promesa, como algunos creen; es que pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia." (8. Pedro, II, Epíst., III, 9).

Muchos, entre los padres de la Iglesia, opinan en el mismo sentido. Primero es el maestro de Orígenes, S. Clemente de Alejandría, que dice:

"El Cristo Salvador opera finalmente la salvación de todos, y no apenas a de algunos privilegiados. El soberano Maestro todo dispuso, quiere en su conjunto, quiere en sus pormenores, para que fuese alcanzado ese fin definitivo. "

. (74) S. Jerónimo, Obras, edición benedictina de 1704, t. 1704, col. 514, S. Jerónimo cita los siguientes textos: Rom., XI, 25, 26, 32; Mich. VII, 9, 19, etc

(75) La palabra **eterno**, que tan a menudo se encuentra en las Escrituras, parece no deber ser tomada al pié de la letra, mas como una de esas expresiones enfáticas, hiperbólicas, familiares a los orientales. Es un error olvidar que todos son símbolos e imágenes en sus escritos. ¿Cuantas promesas, pretendídamente **eternas**, hachas al pueblo hebreo o a sus jefes, no tuvieran realización? Donde está esa tierra que los Israelitas debían poseer **eternamente - in aeternum** - (**Pentateuco**, passim). Donde esas piedras del Jordán, que Dios anunciaba que deberían ser, para su pueblo, un monumento eterno (Josué. VI, 7)? Donde esa descendencia de Salomón, que debía reinar **eternamente** en Israel (I Paralipom., XXII, l0), y tantas otras, idénticas promesas? En todos esos casos, la palabra **eterno** parece simplemente significar: larga duración. El termino hebreo **olam**, traducido por eterno, tiene como raíz al verbo alam, ocultar. Expresa un período cuyo fin se desconoce. Lo mismo pasa con la palabra griega **aion** y la latina **aeternitas**. Tiene esta como raíz **aetas**, edad, Eternidad, en el sentido en que lo entendemos hoy, se diría en griego **aidios** y en latín **sempiternus**, de **semper**, siempre. (Ver abad J. Petit, **Resurrección**, de abril 1903). Las penas eternas significan entonces: sin duración limitada. Para quien no les ve el termino, son eternas. Las mismas formas de lenguaje eran empleadas por los poetas latinos Horacio, Virgilio, Estacio y otros. Todos los monumentos Imperiales de los que hablan deben ser, decían ellos, de **eterna** duración.

En seguida, es S. Gregório de Niza que de un modo mas formal se pronuncia contra la eternidad de las penas.

A su modo de ver:

"Hay necesidad de que el alma inmortal sea purificada de sus máculas y curada de todas sus enfermedades. Las pruebas terrestres tienen por objetivo operar esa cura, que después de la muerte se completa, cuando no puede ser concluida en esta vida. Cuando Dios hace sufrir al pecador, no es por espíritu de odio o de venganza; quiere reconducir al alma a él, que es la fuente de toda felicidad. El fuego de la purificación no dura mas que un tiempo conveniente, y el único fin de Dios es hacer definitivamente participar todos los hombres de los bienes que constituyen su esencia" (76).

En nuestros días es monseñor Méric, director del Seminario de S. Sulpício, que largamente expone en sus obras la teoria de la mitigación de los sufrimentos (77). Y la Iglesia, sintiendo talvez que la idea de un infierno eterno hizo su época, no se opuso a la divulgación de esa tesis.

Radica en las mismas preocupaciones la noción del purgatorio, término medio adoptado por la Iglesia, que reculó ante la enormidad de las penas eternas aplicadas a ligeras faltas. La cuestión del purgatorio es de la más alta importancia, pudiendo constituir un vínculo, un trazo de unión entre las doctrinas católicas y las del moderno Espiritualismo. En el pensamiento de la Iglesia Romana el purgatorio es un lugar no definido, indeterminado. Nada impide al católico de concebir los sufrimientos purificadores del alma bajo la forma de vidas planetarias ulteriores, al paso que el protestante ortodoxo, para adoptar la noción de las vidas sucesivas, es obligado dejar de lado sus convicciones, en las que el purgatorio no es admitido.

En la mayoría de los casos, el purgatorio es la vida terrestre con las pruebas que la accidentan. Los primeros cristianos no lo ignoraban. La Iglesia de la Edad Media repelió esa explicación, que habría acarreado la afirmación de la pluralidad de las existencias del alma y la ruina de la institución de las indulgencias - fuente de grandes lucros para los pontífices romanos. Se sabe cuantos abusos de ahí se originaran.

*

Realmente, Satanás no pasa de una alegoría. Satanás es el símbolo del mal. El mal, sin embargo, no es un principio eterno, coexistente con el bien. Ha de pasar. El mal es el estado transitorio de los seres en vías de evolución.

No hay ni laguna ni imperfección en el Universo. La obra divina es armónica y perfecta. De esa obra el hombre no ve sino un fragmento y, todavía, pretende juzgarla a través de sus estrechas percepciones. El hombre, en la vida presente, no es mas que un punto en el tiempo y en el espacio. Para juzgar la Creación, le sería preciso comprenderla enteramente, medir la escala de los mundos que es llamado a recorrer, y la sucesión de las existencias que lo aguardan en el seno de los siglos por venir. Ese vasto conjunto escapa a sus concepciones; de ahí sus errores; de ahí la deficiencia de sus apreciaciones.

Casi siempre lo que llamamos el mal es apenas el sufrimiento; mas este es necesario, porque solo él conduce a la comprensión. Por él aprende el hombre a diferenciar, a analizar sus sensaciones.

(76) Extraído del - "Examen crítico de las doctrinas la religión cristiana", de Patricio Laroque. Las palabras son citadas en griego.

(77) Mr. Méric, "La otra vida", t. II, apéndice.

El alma es una centella proyectada del eterno foco creador. Es por el sufrimiento que ella alcanza la plenitud de su brillo, la plena consciencia de sí misma. El dolor es como la sombra que hace sobresalir y apreciar la luz. ¿Sin la noche, acaso contemplaríamos las estrellas? El dolor quiebra las cadenas de las fatalidades materiales y franquea al alma evasiones hacia la vida superior.

Desde el punto de vista físico, el mal, el sufrimiento, son muchas veces cosas relativas y de pura convención. Las sensaciones varían hasta el infinito, conforme las personas; agradables para unos, dolorosas para otros. Hay mundos muy diferentes del medio terrestre, en los cuales todo sería penoso para nosotros, al paso que otros hombres pueden en ellos vivir cómodamente.

Si hiciéramos abstracción del estrecho medio en que vivimos, el mal ya no nos aparecerá como causa fija, principio inmutable, mas como efectos pasajeros variando con los individuos, transformándose y atenuándose con su perfeccionamiento.

El hombre, ignorante al comienzo de su jornada, tiene que desarrollar la inteligencia y la voluntad por medio de constantes esfuerzos. En la lucha que empeña contra la Naturaleza, la energia se le fortalece, el ser moral se afirma y engrandece. Gracias a esa lucha es que se realiza el progreso y se efetúa la ascensión de la Humanidad subiendo, de estancia en estancia, de escalón en escalón para el bien y lo mejor, conquistando ella misma su preponderancia sobre el mundo material.

Creado feliz y perfecto, el hombre habría quedado confundido en la perfección divina; no habría podido individualizar el principio espiritual existente en él. No habría habido en el Universo ni trabajo, ni esfuerzos, ni progreso; nada, a no ser la inmobilidad, la inercia. La evolución de los seres seria substituida por una triste y monótona perfección. Sería el paraíso católico.

Bajo el látigo de la necesidad, bajo el aguijón del dolor, el hombre camina, avanza, se eleva y, de existencia en existencia, de progreso en progreso, llega a imprimir al mundo el sello de su dominio e inteligencia.

Lo mismo acontece con el mal moral. Como el mal físico, este no es mas que un aspecto pasajero, una forma transitoria de la vida universal. el hombre practica el mal por ignorancia, por debilidad, y sus actos reaccionan contra él. El mal es la lucha que se traba entre las potencias inferiores de la materia y las potencias superiores que constituyen el ser pensante, su verdadero «yo», Del mal, sin embargo, y del sufrimiento nacerán, un día, la felicidad y la virtud. Cuando el alma haya suplantado las influencias materiales, será como si para ella el mal nunca hubiese existido.

No es, pues, el infierno que lucha contra Dios; no es Satanás que arma las celadas por el mundo, no ; es el alma humana que busca, en la sombra, su camino; ella que hace esfuerzos por afirmar su personalidad progresiva y, después de muchos desfallecimientos, caídas y reerguimientos, domina los vicios, conquista la fuerza moral y la verdadera luz. Es así que, lentamente, de edad en edad, a través del flujo y reflujo de las pasiones, el progreso se acentúa, el bien se realiza.

El imperio del mal son los mundos inferiores, tenebrosos; es la multitud de las almas retardatarias que se agitan en las veredas del error y del crimen, en torbellino en el círculo de las existencias materiales, y que, ante la fricción de las pruebas, bajo el látigo del dolor, emergen lentamente de ese piélago de sombra, de egoísmo y de miseria, para iluminarse a los rayos de la caridad y de la ciencia. Satanás es la ignorancia, la materia y sus groseras influencias; Dios es el conocimiento, la sublime claridad, un rayo el cual ilumina toda conciencia humana.

La marcha de la Humanidad se efetuará en busca de las elevadas cumbres. El espíritu moderno se liberará, cada vez mas, de los preconceptos del pasado. La vida perderá el aspecto cruel de los siglos intransigentes, para tornarse el campo fecundo y pacífico, en el cual el hombre trabajará en el desenvolvimento de sus facultades y cualidades morales.

Allá no llegamos ciertamente, todavía; el mal en la Tierra no está extinto; la lucha no terminó, los vicios, las pasiones fermentan en el fondo del alma humana. Hay que temer todavía conflictos terribles y tempestades sociales. Por todas partes, sordos ruidos, vehementes reivindicaciones se hacen oír.

La lucha es necesaria en los mundos de la materia, para arrancar al hombre de su entorpecimiento, de sus groseros apetitos, para preparar al advenimiento de una nueva sociedad. Como la centella brota del rozamiento de las piedras, así, al choque de las pasiones puede surgir un ideal nuevo, una forma superior de la justicia, por la cual la Humanidad modelará sus instituciones.

El hombre moderno ya siente aumentar en sí a conciencia de su papel y de su valor. En breve él se sentirá vinculado al Universo, participando de su vida inmensa; se reconocerá para siempre ciudadano del cielo. Por su inteligencia, por su alma, el hombre sabrá intervenir, colaborar en la obra universal; se tornará creador a su vez; se hará operario de Dios.

La nueva revelación le habrá enseñado a conocerse, a conocer la naturaleza del alma, su oficio y sus destinos. Ella le atestará el doble poder que posee sobre el mundo de la materia y el del espíritu.

Todas las incoherencias, todas las aparentes contradicciones de la obra divina le serán aclaradas. Lo que denominaba mal físico y mal moral, todo lo que se le figuraba negación del bien, de lo bello, de lo justo, se unificará en los contornos de una obra majestuosa y sólida, en la armonía de sabias y profundas leyes.

El hombre verá desvanecerse el sueño aterrador, la pesadilla de la condenación; elevará el alma hasta el espacio en que se expande el divino pensamiento, hasta el espacio de donde desciende el perdón de todas las faltas, el pago de todos los crímenes, el consuelo para todos los dolores, hasta el espacio radiante en que la misericordia eterna asienta su imperio.

Las potencias del infierno se disiparán para siempre; el reino de Satanás habrá acabado; el alma, libre de sus terrores, se reirá de los fantasmas que tanto tiempo la amedrentaran.

*

Deberemos hablar de la resurrección de la carne, dogma según el cual los átomos de nuestro cuerpo carnal, diseminados, dispersos en mil nuevos cuerpos, deban reunirse un día, reconstituir nuestro envoltorio y participar en el juicio final.

Las leyes de la evolución material, la circulación incesante de la vida, el juego de las moléculas que, en innumerables cadenas, pasan de forma en forma, de organismo en organismo, tornan inadmisible esa teoría.

El cuerpo humano constantemente se modifica; los elementos que lo componen se renuevan completamente en algunos años. Ninguno de los átomos actuales de nuestra carne se volverá a encontrar en la ocasión de la muerte, por poco que se prolongue nuestra vida, y los que entonces constituyeren nuestro envoltorio, serán dispersos a los cuatro vientos del infinito.

La mayor parte de los padres de la Iglesia lo entendían de otro modo. Conocían ellos la existencia del perispíritu, de ese cuerpo fluidico, sutil, imponderable, que es el envoltorio permanente del alma, antes, durante y después de la vida terrestre; lo denominaban cuerpo espiritual. San Pablo, Orígenes y los sacerdotes de Alejandría afirmaban su existencia. En su opinión, los cuerpos de los ángeles y de los escogidos, formados con ese elemento sutil, eran «incorruptibles, delgados, tenues y soberanamente ágiles» (78).

Por eso no atribuían ellos la resurrección sino a ese cuerpo espiritual, lo cual resume, en su sustancia quintesenciada, todos los envoltorios groseros, todos los revestimientos perecibles que el alma tomó y después abandonó, en sus peregrinaciones a través de los mundos.

El perispíritu, penetrando con su energía todas las materias pasajeras de la vida terrestre, es de hecho el cuerpo esencial.

La cuestión se encontraba, de ese modo, simplificada. Esa creencia de los primeros padres en el cuerpo espiritual lanzaba, a mas de eso, una luz vivísima sobre el problema de las manifestaciones ocultas

Tertuliano dice ("De carne Christi", Cap. VI):

"Los ángeles tienen un cuerpo que les es propio y que se puede transfigurar en carne humana; ellos pueden, por cierto tiempo, tomarse perceptibles a los hombres y con ellos comunicarse visiblemente. "

Hágase extensivo a los espíritus de los muertos el poder que Tertuliano atribuye a los ángeles, ¡y ahí habremos explicado el fenómeno de las materializaciones y de las apariciones!
Por otro lado, si consultamos con atención las Escrituras, notaremos que el sentido grosero atribuido a la resurrección, en nuestros días, por la Iglesia, no se justifica absolutamente. Ahí no encontraremos la expresión: resurrección de la carne, y sí: resucitar de entre los muertos (a mortuis resurgere), y, en un sentido más general: la resurrección de los muertos (resurrectio mortuorum). Es grande la diferencia.
Según los textos, la resurrección tomada en el sentido espiritual es el renacimiento en la vida de mas allá de la tumba, la espiritualización de la forma humana para los que de ella son dignos, y no a operación química que reconstituyese elementos materiales; es la purificación del alma y de su Perispíritu, esbozo fluídico que conforma el cuerpo material para el tiempo de vida terrestre.
Es lo que el apóstol se esforzaba por hacer comprender (79):
"Se siembra el cuerpo en corrupción, resucitará en incorrupción; se siembra en vileza, resucitará en gloria; se siembra en flaqueza, resucitará en vigor. Es sembrado el cuerpo animal, resucitará el cuerpo espiritual. . Yo os lo digo, mis hermanos, la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios, ni la corrupción poseerá la incorruptibilidad."
Muchos teólogos adoptan esa interpretación, dando a los cuerpos resucitados propiedades desconocidas de la materia carnal, haciéndolos «luminosos, ágiles como Espíritus, sutiles como el éter, e impasibles» (80).
Tal el verdadero sentido de la resurrección de los muertos, como los primeros cristianos la entendían.

(79) I Epist. a los Corintios, XV-4-50 (traducido del texto griego; ver también XV, 52-56; Epist. a los Filip., III, 21; después S. Juan, V, 28 y 29; S. Ignacio, Epist, a los Tralianos, IX, 1.
(80) Abad Petit, La renovación religiosa, págs. 48-53. Ver también nota nº 9, al final de este volumen.

Si vemos, en una época posterior, aparecer en ciertos documentos, y en particular en el símbolo apócrifo de los apóstoles, la expresión «resurrección de la carne», es eso siempre en el sentido de la reencarnación (81) -o sea, de vuelta a la vida material - acto por el cual el alma reviste una nueva carne para recorrer el campo de sus existencias terrestres.

*

El Cristianismo bajo el triple aspecto que revistió en nuestros días: catolicismo romano, protestantismo ortodoxo, o religión griega, no se constituyó integralmente en un solo momento, como creen muchos, mas lentamente, a través de los siglos, en medio de indecisiones, de luchas encarnizadas y de profundas conmociones político - sociales. Cada dogma que se edificaba sobre otro, venía a afirmar lo que los anteriores tiempos habían repelido. El propio siglo XIX vio promulgados dos dogmas de los más contestados y controvertidos: - Los de la inmaculada concepción y de la infalibilidad papal, de los cuales dijo un padre católico de gran merecimiento: «inspiran muy poca veneración, cuando se vio como fueron hechos» (82).
Entretanto, esa obra de los siglos, de que la tradición eclesiástica hizo una doctrina ininteligible, habría podido tornarse el implemento de una religión racional, de conformidad con los datos de la Ciencia y las exigencias del sentido común, si, en lugar de tomar cada dogma al pié de la letra, hubiesen querido ver una imagen, un símbolo transparente.
Despojando al dogma cristiano de su carácter sobrenatural, se podría casi siempre encontrar en él una idea filosófica, una enseñanza substancial.
La Trinidad, por ejemplo, definida por la Iglesia «un solo Dios en tres personas», no sería, desde aquel punto de vista, sino un concepto del espíritu representando a la Divinidad bajo tres aspectos esenciales: la Ley viva e inmutable es el Padre; la Razón o sabiduría eterna es el hijo; el Amor potencia creadora y fecundante es el Espíritu-Santo.
La encarnación de Cristo es la divina sabiduría descendiendo del cielo a la Humanidad, tomando en ella cuerpo para constituir un tipo de perfección moral, ofrecido como ejemplo a los hombres, que él inició en la gran ley del sacrificio.
El pecado original, es la culpa de la que el hombre tiene la responsabilidad, es la de sus anteriores existencias que él debe extinguir por sus méritos, resignación y coraje en las pruebas.

Así se podrían explicar de un modo simple, claro, racional, todos los antiguos dogmas del Cristianismo, los que proceden de la doctrina secreta enseñada en los primeros siglos, cuya llave se perdió y cuyo sentido quedó desconocido.
En cuanto a los dogmas modernos, en ellos no se puede ver mas que un producto de la ambición sacerdotal. No fueran promulgados sino para tornar mas completa la esclavitud de las almas.
Por profundo, sin embargo, que sea el pensamiento filosófico, oculto bajo el símbolo, él no bastaría de ahora en adelante para una restauración de las creencias humanas. Las leyes superiores y los destinos del alma nos son revelados por voces mucho más autorizadas que las de los antiguos pensadores: son las de los seres que habitan el espacio y viven esa vida fluídica, que ha de un día ser la nuestra.
(81) Abate Petit, obra citada, pàg. 53.
(82) Padre Marchal, El Espíritu Consolador, pàg. 24.

Esa revelación ha de servir de base a las creencias del futuro, porque ofrece una brillante demostración de esa otra vida de la que el alma tiene sed, de ese mundo espiritual al que ella aspira, y que hasta ahora las religiones la presentaran bajo formas tan incompletas o quiméricas.

*

La explicación racional de los dogmas puede ser extendida a los sacramentos, instituciones respetables, consideradas como figuras simbólicas, como medios de adiestramiento moral y disciplina religiosa, mas que no se podrían tomar al pié de la letra, en el sentido impuesto por la Iglesia.
Lo que dijésemos del pecado original nos conduce a considerar el bautismo como simple ceremonia iniciática, o de consagración, porque el agua es impotente para limpiar de sus máculas al alma.
La confirmación, o imposición da las manos es el acto de transmisión de los dones fluídicos, del poder del apóstol a otra persona, que él así colocaba en relación con lo invisible (83). Ese poder no se justifica sino por merecimientos adquiridos en el curso de anteriores existencias.
La penitencia y la remisión de los pecados dieran origen a la confesión, pública al principio y hecha a otros cristianos, o directamente a Dios; después auricular, en la
Iglesia Católica, y dirigida al sacerdote. Este, constituido árbitro exclusivo, juzgó indispensable ese medio para iluminarse y discernir los casos en que era merecida la absolución. ¿Puede, él, todavía, pronunciarse jamás con seguridad? La contrición del penitente, dice la Iglesia, es necesaria. Mas, ¿cómo asegurar que sea suficiente y verdadera esa contrición? La decisión del padre deriva de la confesión de las faltas; ¿es siempre cierto que esa confesión sea completa?
Si consultamos todos los textos en que se funda la institución de la confesión(84), en ellos solo encontramos una cosa: es que el hombre debe reconocer las ofensas cometidas contra el prójimo; es que él debe confesar ante Dios sus faltas. De esos textos antes resulta esta consideración: la consciencia individual es sagrada; solo depende de Dios directamente. Nada ahí autoriza la pretensión del padre, de erigirse en juzgador.
¿Que dice S. Pablo, hablando de la comunión y de los que de ella son dignos?

"Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz. " (I Epístola a los Corintios, XI, 28)

El guarda silencio en lo que respecta a la confesión, en nuestros días considerada indispensable en circunstancia equivalente.
S. Juan Crisóstomo, en un caso semejante, dice:

"Revelad a Dios vuestra vida; confesad vuestros pecados a Dios; confesaos a vuestro juez, suplicándole, sino con la voz, al menos mentalmente, y suplicadle de tal suerte que él os perdone." (Homília, XXXI, sobre la Epístola a los Hebreos).

La confesión auricular nunca fue practicada en los primeros tiempos del Cristianismo; no fue instituida por Jesús, y sí por los hombres.
(83) Actos, VIII, 17; XIX, 6, etc.
(84) Mat., III, 6; Lucas, XVIII, 13; Tiago, Epist., V, l6; Juan, I Epist., I, 9; etc.
En cuanto al perdón de los pecados, deducida de estas palabras de Cristo: «Lo que fuera atado en 1a tierra será atado en los cielos», parece que este modo de manifestar se aplica, de

preferencia, a los hábitos, a los apetitos materiales contraídos por el Espíritu durante la vida terrestre, y que lo prenden, fluidicamente a la Tierra después de la muerte.

Viene después la Eucaristía, o presencia real del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, la hostia consagrada, el sacrificio de la cruz todos los días renovado sobre los millares de altares de la catolicidad, la voz del sacerdote, y con la absorción por los fieles, del cuerpo vivo y ensangrentado de Cristo, según la fórmula del catecismo del concilio de Trento;

"No es solamente el cuerpo de Jesucristo que contiene la Eucaristía, con todo lo que constituye un verdadero cuerpo, como los huesos y los nervios; es enteramente el propio Jesucristo. "

¿De donde proviene ese misterio afirmado por la Iglesia? De palabras de Jesús, tomadas al pié de la letra, y que tenían un carácter puramente simbólico. Ese carácter, además, está claramente indicado en la frase acrecentada por él: «Haced esto, en memoria mía» (85). Con eso aleja Cristo cualquier idea de presencia real. No pretendió, evidentemente, hablar sino de su cuerpo espiritual, personificando el hombre regenerado por el espíritu de amor y de caridad. La comunión entre el ser humano y la naturaleza divina se opera por la unión moral con Dios; ella se realiza por enérgicos deseos del alma hacia su Padre, por aspiraciones constantes al divino foco. Toda ceremonia material es vana, si no corresponde a un estado elevado del corazón y del pensamiento. Llenadas esas condiciones, establece al contrario, como al comienzo acontecía, una relación misteriosa entre el hombre fervoroso y el mundo invisible. Influencias magnéticas bajan a ese hombre y la asamblea de la que él forma parte, y muchos experimentan sus beneficios.

El culto religioso es un legítimo homenaje prestado a la Omnipotencia; es la elevación del alma hacia su Creador, la relación natural y esencial del hombre con Dios. Las prácticas de esos cultos son de utilidad; las aspiraciones que despiertan, la poesía consoladora que de ahí se deriva, son un sustentáculo para el hombre, una protección contra sus propias pasiones.

Para hablar, todavía, al espíritu y al corazón del creyente, debe el culto ser sobrio en sus manifestaciones; debe renunciar a cualquier ostentación de riqueza material, siempre perjudicial al recogimiento y a la oración; no debe ceder el menor lugar a las supersticiones pueriles. Simple y grande en sus formas, debe dar la impresión de la divina majestad.

En las épocas remotas, el culto exterior casi siempre ultrapasó los limites que le asigna una fe pura y elevada. Inducido por el fanatismo religioso resultante de su inferioridad moral y de su ignorancia, el hombre ofreció a la Divinidad sanguinolentos sacrificios; los curas encerraron el espíritu de las generaciones en una trama de terroríficas ceremonias.

Mudaran los tiempos; la inteligencia se desarrolló; se suavizaran las costumbres; mas la opresión sacerdotal se manifiesta todavía en nuestros días, en esos ritos bajo los cuales la idea de Dios se oculta y oscurece, en ese ceremonial cuyo esplendor y lujo subyugan los

(85) Lucas, XXII, 19; I Corintios, XI, 23-25.

sentidos y desvían el pensamiento del elevado fin al que debiera encaminarse. ¿No hay, bajo ese fausto, en esas brillantes pompas del Catolicismo, un espíritu de dominio que todo procura invadir, enlazar, y que, bajo esas diferentes formas, con tales prácticas exteriores se aleja, cada vez mas, del verdadero ideal cristiano?

Es necesario, y urgente que el culto rendido a Dios vuelva a ser simple y austero en sus principios, como en sus manifestaciones. Cuantos progresos se realizarían si el culto, practicado en la familia, permitiese a todos sus miembros, reunidos y en recogimiento, elevar, en un mismo impulso de fe, pensamientos y corazones hacia el Eterno; si, en determinadas épocas, todos los creyentes se reuniesen para oír, de una voz autorizada, ¡la palabra de la verdad! Entonces, la doctrina de Jesús, mejor comprendida, sería amada y practicada; el culto, restituido a su carácter simple y sincero, ejercería una acción eficacísima en las almas.

A despecho de todo, el culto romano se obstina en conservar formas adoptadas de las antiguas religiones orientales, formas que nada mas dicen al corazón y son para los fieles un hábito rutinario, sin influencia en su vida moral. Persiste en dirigirse a Dios, desde hace dos mil años, en una lengua que no se habla más(se escribió en el siglo XIX), con palabras que los labios murmuran, mas cuyo sentido ya no se percibe.

Todas esas manifestaciones tienden a desviar al hombre del estudio profundizado y de la reflexión que en él desarrollase la vida contemplativa. Las largas oraciones, el ceremonial pomposo, absorben los sentidos, mantiene la ilusión y habitúan al pensamiento a funcionar mecánicamente, sin la ayuda de la razón.

Todas las formas de culto romano son una herencia del pasado. Sus ceremonias, sus vasos de oro y plata, los cánticos, el agua lustral, son legados del Paganismo. Del Brahmanismo tomaran

el altar, el fuego sagrado que en él arde, el pan y el licor consagrados en conjunto a la Divinidad. Del Budismo copiaran el celibato de los padres y la jerarquía sacerdotal.

Una lenta sustitución se produjo, en la cual se encuentran los vestigios de las creencias desaparecidas. Los dioses paganos se tornaran demonios. Las divinidades de los fenicios y de los asirios: Baal-Zebud (Belzebu), Astarot, Lucifer, fueron transformados en potencias infernales. Los demonios del Platonismo, que eran Espíritus familiares, se tornaran diablos. De los héroes, de los personajes venerados en la Galia, en Grecia, en Italia, hicieran santos. Conservaran las fiestas religiosas de los antiguos pueblos, dándoles apenas formas diferentes, como la de los Muertos. De todas partes, injertaran en el antiguo culto un culto nuevo, que era su reproducción bajo otros nombres. Los propios dogmas cristianos se encuentran en la India y en Persia.

El Zendavesta (86), como la doctrina cristiana, contiene las teorías de la caída y de la redención, la de los ángeles buenos y malos, la desobediencia inicial del hombre y la necesidad de la salvación mediante la gracia.

Bajo ese montón de formas materiales y concepciones envejecidas, en medio de ese incomodo legado de religiones extintas, que constituye el Cristianismo moderno, se tiene dificultad en reconocer el pensamiento de su fundador. Los autores del Evangelio no previeran, ciertamente, ni los dogmas, ni el culto, ni el sacerdocio. Nada semejante se encuentra en el pensamiento evangélico. Nadie fue menos imbuido del espíritu sacerdotal que Jesús; nadie fue menos aficionado a las formas, a las prácticas exteriores. Todo en él es sentimiento, elevación del pensamiento, pureza de corazón, simplicidad.

(86) Emilio Burnouf, La ciencia de las religiones, Pàg. 222.

En ese punto, sus sucesores desvirtúan completamente sus intenciones. Inducidos por los instintos materiales que en la Humanidad predominan, sobrecargaran la religión cristiana de un pomposo aparato, bajo el cual fue sofocada la idea máter.

«Mas vosotros no os hagáis llamar rabí, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos» (87), dijera Jesús, y los papas se hacen llamar Santidad y consienten en ser incensados. Olvidaran el ejemplo del apóstol Pedro, cuando al centurión Cornélio, posternado a sus pies, advertía: «Pedro se levantó diciendo: Levántate que yo también soy hombre» (88). Ya no consideran que, a semejanza del Maestro, deberían haber permanecido mansos y humildes de corazón; el orgullo los avasalló. En la Iglesia se constituyó una imponente jerarquía, fundada no ya en los dones espirituales, como en los primeros tiempos, mas en una autoridad puramente humana. La influencia de lo Alto, única que dirigía a la primitiva Iglesia, fue siendo poco a poco substituida por el principio de obediencia pasiva a las reglas fijadas. Tarde o temprano, sin embargo, el pensamiento del Maestro, restituido a su pureza primitiva, fulgirá con un brillo nuevo. Las formas religiosas pasarán; las instituciones humanas se han de desmoronar; la palabra de Cristo vivirá eternamente para fortalecer las almas y regenerar a las sociedades.

VIII - Decadencia del Cristianismo

Diecinueve siglos pasaran desde los tiempos de Cristo, diecinueve siglos de autoridad para la Iglesia, de los cuales doce de poder absoluto. ¿Cuáles son, en la hora presente, las consecuencias de su enseñanza?

El Cristianismo tenía por misión recoger, explicar, difundir la doctrina de Jesús, haciendo de ella el estatuto de una sociedad mejor y más feliz. ¿Supo él desempeñar esa gran tarea? «Se juzga al árbol por sus frutos», dice la Escritura. Reparad en el árbol del Cristianismo. ¿Se dobla ella bajo el peso de frutos de amor y de esperanza?

El árbol, indudablemente, se conserva siempre gigantesco, mas, en su ramaje, ¡cuantos gajos no fueran cortados, mutilados!; ¡cuantos otros no se secaran, no quedaran infecundos! El peregrino de la vida se detiene, exhausto, a su sombra, mas es en vano que ahí procura el reposo del alma, la confianza, la fuerza moral necesaria para continuar el camino. Él aspira a sombras mas propicias; le apetecen más sabrosos alimentos; instintivamente su mirada explora el horizonte.

En la hora actual, en este siglo de progreso, el hombre todavía nada sabe del futuro, de la suerte que lo aguarda en el fin de su estancia en este mundo. La fe en la inmortalidad es debilísima en muchos de los que se llaman discípulos de Cristo; a veces, sus esperanzas vacilan al soplo glacial del escepticismo. Los fieles lanzan en la tumba a sus muertos y, con los martillazos clavando el cajón, la duda sombría les pesa en el alma y las angustia.

El cura conoce su debilidad; él se siente frágil, sujeto al error como los que tienen la pretensión de dirigir, y, si no estuviesen limitados por su dignidad y situación material, reconocerían su incapacidad, dejarían de ser ciegos conductores de ciegos. Porque aquel que sabiendo nada de

la vida futura y de sus verdaderas leyes, se erige en director de los otros, se torna aquel hombre del que habla el Evangelio:

(87) Mateo XXIII, 8.
(88) Hechos; X, 26.

"Dejaddlos, son guías de ciegos; si un ciego guía otro ciego, ambos caerán en la hoya. (Mateo., XV, 14).

Se hizo la oscuridad en el santuario. No hay un único obispo que parezca conocer, acerca de las condiciones de la vida de mas allá de la tumba, lo que sabía el menor iniciado de los antiguos tiempos, el diácono más humilde de la primitiva Iglesia.

Afuera, imperan la duda, la indiferencia, el ateísmo. El ideal cristiano perdió su influencia sobre el pueblo; la vida moral languideció. La sociedad, ignorante del elevado objetivo de la existencia, se lanza con frenesí a la fruición de los goces materiales. Un período de perturbación y descomposición se inició, período que conduciría al abismo y a la ruina si, ya ahora, confusamente, no comenzase un nuevo ideal a asomar y esclarecer las inteligencias.

¿De que procede el actual estado de cosas?

Durante doce siglos la Iglesia dominó, formó a su talante el alma humana y toda la sociedad. En su mano se concentraban todos los poderes. Todas las autoridades residían en ella, o de ella procedían. Ella imperaba sobre los espíritus como sobre los cuerpos; imperaba por la palabra, y por el libro, por el hierro y por el fuego. Era señora absoluta del mundo cristiano; ningún freno, ningún marco limitaba su acción. ¿Que hizo ella de esa sociedad? Se queja de su corrupción, de su escepticismo, de sus vicios. ¿Se olvida de que, acusándola, se acusa a sí misma? Esa sociedad es obra suya; la verdad es que ella fue impotente para dirigirla y mejorarla. La sociedad corrompida y escéptica del siglo XVIII salió de sus manos. Fueran los abusos, los excesos, los errores del sacerdocio los que determinaran su estado de espíritu. Fue la imposibilidad de creer en los dogmas de la Iglesia, lo que impelió a la Humanidad hacia la duda y hacia la negación.

El materialismo penetró hasta la medula, en el cuerpo social. ¿Mas de quien es la culpa? Si las almas hubiesen encontrado en la religión, tal como les era enseñada, la fuerza moral, los consuelos, la dirección espiritual que necesitaban, ¿se habrían alejado de esas iglesias que en sus poderosos brazos acunaran a tantas generaciones? ¿Habrían ellas dejado de creer, de amar y de esperar?

La verdad es que la enseñanza de la Iglesia no consiguió satisfacer las inteligencias y las consciencias. No pudo dominar las costumbres; por todas partes lanzó la incertidumbre, la perturbación del pensamiento, de donde provino la indecisión en el cumplimiento del deber y, para muchos, el aniquilamiento de toda esperanza.

Si, en el auge de su poderío, la Iglesia no consiguió regenerar la Humanidad, ¿cómo lo podría hoy hacer? 1

¡Ah! Tal vez, si abandonase sus palacios, sus riquezas, su culto faustoso y teatral, el oro y la púrpura; si, cubiertos con el hábito, el crucifijo en la mano, los obispos, los príncipes de la Iglesia, renunciando a los bienes materiales y tornándose como Cristo, sublimes vagabundos, fuesen predicar a las multitudes el verdadero evangelio de la paz y del amor, entonces tal vez la Humanidad crea en ellos. No se muestra dispuesta la Iglesia Romana a desempeñar ese papel; el espíritu de Cristo parece abandonarla cada vez más. En ella casi no resta sino una forma exterior, una apariencia, bajo la cual ya no existe mas que el cadáver de una gran idea.

Las iglesias cristianas, en su conjunto, no subsisten sino por lo que en ellas resta de moral evangélica; su concepción del mundo, de la vida, del destino, es simplemente, letra muerta. Que pensar, en efecto, y ¿que decir de una enseñanza que forzó a los hombres a creer, a afirmar, durante siglos, la inmovilidad de la Tierra y la creación del mundo en seis días? ¿Que pensar de una doctrina que ve en la resurrección de la carne el único medio de restituir la vida a los muertos? ¿Que decir de esa creencia que pretende deben los átomos de nuestro cuerpo, hace tanto tiempo dispersos, reunirse un día? En presencia de los nuevos datos que todos los días vienen a esclarecer el problema de la sobrevivencia, todo eso no es mas que un sueño de criaturas.

Lo mismo acontece con la idea de Dios. La mas grave censura que se puede irrogar a la enseñanzas de las iglesias, incide en el hecho de haber falseado, desnaturalizado la idea de Dios, tornándola por eso odiosa a muchísimos espíritus. La Iglesia Romana siempre impuso el temor de Dios a las multitudes. Había en eso un sentimiento necesario para realizar su plan de dominio, para someter a la Humanidad semibárbara al principio de la autoridad, mas un

sentimiento peligroso, porque, después de haber hecho mucho tiempo esclavos, acabó por suscitar sublevados, - sentimiento nocivo, ese del miedo, que, después de haber llevado al hombre a temer, lo llevó a odiar; que lo enseñó a no ver en el poder supremo sino al Dios de las puniciones terribles y de las eternas penas, el Dios en cuyo nombre se levantaran cadalsos y las hogueras, en cuyo nombre corrió la sangre en las salas de tortura. De ahí se originó esa reacción violenta, esa furiosa negación, ese odio a la idea de Dios, de Dios verdugo y déspota, odio que se traduce en ese grito que hoy en día resuena en todas partes, en nuestros hogares, en nuestras plazas, en nuestras hojas públicas: ¡ni Dios, ni Señor!

Y, si a eso acrecentáramos la terrible disciplina impuesta a los fieles por la Iglesia de la Edad Media, los ayunos, las maceraciones, el temor perpetuo de la condenación, los exagerados escrúpulos, siendo una mirada, un pensamiento, una palabra delictuosa, pasibles de las penas del infierno, comprenderéis que ideal sombrío, que régimen de terror hizo a la Iglesia pesar durante siglos sobre el mundo, compeliéndolo a renunciar a todo lo que constituye la civilización, la vida social, para no cuidar sino de la salvación personal, con desprecio de las leyes naturales, que son las leyes divinas.

¡Ah! No era eso lo que enseñaba Jesús, cuando hablaba del Padre, cuando afirmaba este único, este verdadero principio del Cristianismo - el amor, sentimiento que fecunda el alma, que la levanta de todo el abatimiento, franquea los umbrales a las potencias afectivas que ella encierra, sentimiento del que todavía puede surgir la renovación, la regeneración de la Humanidad.

Porque nosotros no podemos conocer a Dios y de él, aproximarnos sino por el amor; solo el amor atrae y vivifica. Dios es todo amor y para comprenderlo es necesario desarrollar en nosotros ese principio divino. Es preciso cesar de vivir en la esfera del «yo» para vivir en la esfera de lo divino, que abarca todas las creaciones. Dios está en todo hombre que sabe amar. En amar y cultivar lo que hay de divino en nosotros y en la Humanidad, y que consiste el secreto de todo progreso, de toda elevación. Escrito está: «Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo».

Así las grandes almas cristianas se elevaran a sublimes eminencias. Fue así que los Vicentes de Paul, los Franciscos de Asís y algunos otros, pudieran realizar obras que hacen la admiración de los siglos. Su acrisolada caridad no era inspirada por el dogma católico: en el Evangelio es que esos insignes Espíritus bebieran la fe en el amor que los animaban. Si hubiesen prevalecido los preceptos evangélicos, el Cristianismo estaría en el apogeo de su poder y de su gloria. Aquí está porque será preciso volver a las puras enseñanzas de Jesús, si quisieren reerguir y salvar la religión; porque, si la religión del poder tiene su grandeza, mayor es la del amor; si la religión de la justicia es grande, mayor es la del perdón y, de la misericordia. Ahí están los verdaderos principios y la base real del Cristianismo.

Con la concepción del mundo y de la vida sucedió lo mismo que con la idea de Dios. Por mucho tiempo la Iglesia impuso a las inteligencias esa vieja teoría que hacía de la Tierra el cuerpo central más importante del Universo; del Sol y de los astros, tributarios que en torno de ella se movían. Los cielos eran cual sólida bóveda; por encima se entronizaba el Eterno, cercado de los ejércitos celestes; bajo la Tierra, los lugares profundos, inferiores, los infiernos.

El mundo, creado hace seis mil años, debía tener próximo su fin; de ahí, una amenaza permanente sobrevolando sobre la Humanidad. Con el fin del mundo coincidirá el juicio terrible, definitivo, universal, en virtud del cual todos los muertos saldrán de las tumbas, revestidos de su cuerpo carnal, para comparecer ante el tribunal de Dios.

La Astronomía moderna destruyó esas concepciones. Ella demuestra que nuestro globo es un simple miembro de la gran familia de los cuerpos celestes, que las profundidades del cielo están pobladas de astros en número infinito. Por todas partes soles, tierras, esferas en vías de formación, de desarrollo o de decadencia, nos refieren las maravillas de una creación incesante, eterna, en que las formas de la vida se multiplican, se suceden, se renuevan como producciones de un pensamiento soberano.

Entre esos mundos que ruedan en la inmensidad de los espacios, nuestra Tierra es un grano de arena, un átomo perdido en el infinito. Ese átomo, la Iglesia persiste en creer el único habitado. Mas la Ciencia, la Filosofía, la revelación de los Espíritus nos muestran la vida expandiéndose en la superficie de esos mundos, elevándose, de grado en grado, a través de lentas transformaciones, hacia un ideal de belleza y perfección. Por todas partes pueblos, razas, humanidad sin número, siguen sus destinos en el seno de la armonía universal.

La Iglesia enseña que un primer hombre apareció en la Tierra, hace seis mil años, en estado de felicidad de la que decayó a consecuencia del pecado.

La Antropología pre-histórica hace recular la existencia de la Humanidad a mucho más remotas épocas. Nos muestra al hombre, al principio en estado salvaje, del que poco a poco salió, para elevarse en constante progresión, hasta la civilización actual.

El globo terrestre no fue creado en seis días; es un organismo que se desarrolla a través de las edades. En las camadas superpuestas que se acumulan en su superficie, la Geología indica las sucesivas fases de su formación. La observación científica, el estudio perseverante y paciente de las leyes de la vida, hicieran reconocer la acción de una voluntad que dispuso todas las cosas en un determinado plan. En virtud de ese plan, los seres poseen en sí el principio de la existencia y se elevan, por calculadas gradaciones, de forma en forma, de especie en especie, en el sentido de tipos siempre más perfectos. En parte alguna se descubren los trazos de una creación arbitraria o milagrosa, mas, al contrario, el trabajo lento de una creación que se efectúa gracias a los esfuerzos de cada uno y en provecho de todos. Por todas partes se revela la acción de leyes sabias y profundas, la manifestación de un orden universal, de un pensamiento divino que dejó al ser la libertad y los medios de desarrollarse a sí mismo, a costa de tiempo, pruebas, trabajo.

La Iglesia que, durante tantos siglos, enseñó, rigió, dirigió el mundo, siempre ignoró, en realidad, las verdaderas leyes de la vida y del Universo. Sin embargo, ahí están las obras de Aquel que ella dice representar, en cuyo nombre pretende hablar y enseñar. Esas obras, ella las desconoció y las desconoce todavía. Sus explicaciones acerca del orden y de la estructura del Universo, relativas a la vida del alma y al futuro sobre los poderes psíquicos del ser, fueran siempre erróneas.

Fueran precisos los repetidos esfuerzos del libre pensamiento y de la Ciencia para sondar ese inmenso dominio de la Naturaleza, del que decía la Iglesia ser la celadora y cuya interpretación decía poseer. Solo la Ciencia fue la que la obligó a rectificarse a sí misma, en numerosos puntos y a distinguir en el Cristianismo las verdades esenciales, de las ficciones o alegorías.

La Iglesia por mucho tiempo consideró herejes a los sabios que afirmaban el movimiento de la Tierra. Galileo fue condenado a la cárcel por haber enseñado que el Globo se movía (89). El fraile irlandés Virgilio fue excomulgado por el papa Zacarías, por haber afirmado la existencia de los antípodas.

Tomando al pié de la letra lo que no pasaba de figuras, la Iglesia no podía creer en la esfericidad del Globo, porque muchos pasajes de las Escrituras parece imponerle cuatro cantos. Ahora declara ella que, hablando de la inmovilidad de la Tierra en el centro del mundo, las Escrituras se colocan en el punto de vista de la ignorancia antigua, y, en ciertos casos, se amoldó al sistema de Galileo y de Descartes. No lo hizo, sin embargo, sin largas hesitaciones, porque las obras de Galileo y de Copérnico no fueran eliminadas del Índex sino en 1835.

Llegó así la Iglesia, insensiblemente, a considerar una simple ficción lo que otrora para ella constituía un dogma. En ese punto fue, pues, la Ciencia que la auxilió a comprender la Biblia.

Lo mismo aconteció con sus opiniones acerca de la Creación. La extrema antigüedad de nuestro planeta y su lenta formación, establecidas por la Ciencia, fueran condenadas mucho tiempo por la Iglesia, como opuestas a la narrativa del Génesis. Hoy ella cede a la presión de los estudios geológicos y ya no ve en la descripción bíblica sino un cuadro simbólico de la obra de la Naturaleza, desarrollándose a través de los tiempos, de conformidad con el plan divino.

¿Se detendrá ahí? ¿No será obligada a inclinarse ante la Historia y de la exégesis, como lo hizo ante la Astronomía y la Geología? ¿No vendrá a desprender a la personalidad de Cristo y su elevada misión de orden moral, de todas las hipótesis formuladas sobre a su origen y naturaleza divinas? (90).

La Iglesia, después de haber combatido y anatematizado a la Ciencia, deberá forzosamente acompañarla y asimilar todos sus descubrimientos, si quiere vivir. Y ni por eso quedarán en menos sus errores seculares a atestar su impotencia, en el sentido de elevarse por sí misma al conocimiento de las leyes universales. Y será el caso de preguntar - habiéndose así la Iglesia engañado acerca de cosas físicas, sujetas siempre a verificación - ¿que crédito se le puede dar en lo concerniente a las doctrinas místicas, excluidas hasta hoy de la crítica y del examen?

Todo nos demuestra que no es menos defectuosa esa parte de su enseñanza. Ya las manifestaciones de los Espíritus de los muertos, que se multiplican, nos proporcionan sobre la vida de mas allá de la tumba una fuente de aclaraciones, de nuevas apreciaciones que vienen a hacer desmoronar las afirmaciones del dogma.

No podíamos creer mas en un mundo, en un Universo oriundo de la nada, que Dios gobierna por medio de la gracia y del milagro. Menos, todavía, podemos creer que la vida sea obra de salvación personal, el trabajo una ignominia, un castigo, con el infierno eterno por perspectiva; o, entonces, un purgatorio de donde no se sale sino mediante oraciones pagas, o todavía un paraíso melancólico y monótono, en el que seríamos condenados a vivir inactivos, sin objetivos, separados para siempre de los que amamos. No podemos creer mas en el pecado de Adán recayendo sobre toda la Humanidad, ni en el pago mediante la inmolación de un Dios en la cruz.

(89) Ver, en la nota nº 10, el texto de condenación de Galileo en l.615.

(90) Casi nada parece ella dispuesta a evolucionar en tal sentido, y todavía en 1.908 excomulgó al abad Loisy por haber articulado en sus obras que la divinidad de Cristo no es, históricamente, demostrable. (Nota de la segunda edición).

El pensamiento moderno se libera cada vez mas de semejantes mitos, de tales espantajos pueriles; despedaza esas telas de araña que pretendieran tender entre él y la verdad; se eleva todos los días y, en el espectáculo de los mundos, en el gran libro de la Naturaleza cuyas páginas en torno de él se abren, en el maravilloso mapa de la vida en sus perpetuas evoluciones, en esa ley de progreso inscrita en el cielo, como en la Tierra, en esa ley de libertad y de amor grabada en el corazón del hombre, él ve la obra de un Ser que no es el Dios quimérico de la Biblia, mas la Soberana Majestad - principio eterno de justicia, ley viva del bien, de lo bello y de lo verdadero, que llena el Infinito y sobrevuela dominante del tiempo.

Se llega a preguntar como el alimento dogmático de la Iglesia puede ser administrado a las inteligencias populares durante tantos siglos, ya que el menor estudio del Universo, la menor mirada lanzada al espacio nos pueden dar de la vida, siempre renaciente, de la suprema causa y de sus leyes una idea tan imponente, tan fecunda en grandes enseñanzas, en poderosas inspiraciones.

A esa idea viene a juntarse la noción clara y positiva del objeto de la existencia, del objetivo que todos los seres se proponen en su jornada, liberándose a sí mismos de ese fondo de egoísmo y barbarie, que es el único pecado original y adquiriendo, paso a paso, esa perfección cuyo germen Dios colocó en ellos y ellos deben, por el regreso a la carne, desarrollar en la sucesión de las existencias futuras.

Así se revela el pensamiento de Dios. Porque Dios, que es la Justicia absoluta, no podría querer la condenación, ni aun la salvación mediante la gracia o los merecimientos de un salvador, mas la salvación del hombre por sus propias obras es la satisfacción, para nosotros, de obtener nosotros mismos, con su asistencia, nuestra elevación y nuestra felicidad.

Infelizmente, esta concepción del mundo y de la vida, indispensable para el desarrollo de las sociedades humanas, no es todavía compartida sino por un reducido número. La gran masa vaga en las veredas de la existencia, ignorante de las leyes de la Naturaleza, no teniendo por nutrición moral sino ese catecismo enseñado a las criaturas en todos los países cristianos, incomprensible, ininteligible para la mayor parte y que bien pocos vestigios deja en el espíritu.

Es, sin embargo, una imperiosa necesidad que todos los hombres posean una noción precisa del objetivo de la existencia, que todos sepan lo que son, de donde vienen, a donde van, como y porqué deben actuar.

Esa noción, ese conocimiento, cuando es seguro es elevado, puede guiarlos, ampararlos en las horas difíciles, prepararlos para las inevitables luchas. Sin el conocimiento del objetivo de la existencia, no hay fortaleza de alma, ni solidaridad duradera entre los miembros de cualquier sociedad. Es la única idea que hace la cohesión de los hombres; es la base común de los principios y de las creencias, que promueve la unión moral en la sociedad, en la nación, en la Humanidad.

De esa concepción del mundo, de la vida y de su objetivo, mantuvo la Iglesia, hasta ahora, el monopolio. A todos enseña ella por medio del catecismo. Por insuficientes, oscuros y obsoletos que sean los principios de esa enseñanza popular, en que la moral cristiana se mezclan dogmas caducos, ellos constituyen, todavía hoy, la fuerza de la Iglesia y su superioridad sobre la sociedad lega, porque esta todavía nada supo colocar en sustitución del catecismo, y, en su perplejidad o impotencia para ofrecer a las criaturas, al hombre, una síntesis, una idea exacta de sus relaciones con el Universo, consigo mismo, con sus semejantes y con Dios, abandona la dirección moral del pueblo a una institución que solo representa un ideal agonizante, incapaz de regenerar las naciones. En los nuevos manuales de enseñanza lega, sin duda se encuentran muchas páginas consagradas a las cuestiones morales, a Dios, a la inmortalidad del alma; esas nociones, sin embargo, son muy poco cultivadas en la práctica. El preceptor, casi siempre imposibilitado de satisfacer las exigencias de un programa complejo, carente él mismo de convicción en la mayoría de los casos, menosprecia o desdeña ese lado esencial de la enseñanza.

De ahí resulta, como íbamos diciendo, que el catecismo permanece como el único medio de educación moral al alcance de todos. Fue por él, por las nociones de conjunto que ofrece, que la sociedad cristiana se constituyó y se mantiene; es por medio de él que se perpetua el poder de la Iglesia. Esta enseñanza, sin embargo, es toda superficial y de memoria; las nociones incompletas que infunden en las criaturas son aprendidas de memoria; no son sentidas; no le llegan al alma; no resisten mucho las influencias exteriores que el niño sufre, ni al desarrollo de su propia razón. Cuando el hijo de un pobre, obligado bien rápido a entregarse al trabajo, no teniendo para guiarse sino las enseñanzas del catecismo, llega a no creer mas en él, y el desmoronamiento, y el vacío se producen en su pensamiento y en su conciencia. Incapaz de, por

sí mismo, elevarse a una concepción mas alta de la existencia, de sus derechos y deberes, habiendo repelido con la creencia en los dogmas todo lo que poseía de nociones morales, queda abandonado a todas las corrientes del materialismo y de la negación, sin defensa contra los groseros apetitos, sin defensa, en los días de miseria, contra las sugestiones del suicidio o de la depravación.

*

Desde las edades de la fe ciega, la sociedad cristiana está, por consiguiente, reducida a vivir de un retrógrado ideal, de una concepción del Universo y de la vida, inconciliable en muchos puntos con los descubrimientos de la Ciencia y las aspiraciones de la Humanidad. De ahí una intensa perturbación en los espíritus y en las conciencias; de ahí la alteración de todas las condiciones necesarias para la armonía social.

Hace mucho un soplo de libertad agita al mundo; el pensamiento se va desembarazando de los impedimentos que lo amarraban; la fe se empobreció. Mas los pueblos latinos conservan el sello indeleble de la enseñanza católica que, durante doce siglos, los amoldó a su talante y en ellos cultivó las cualidades y los defectos que los caracterizan, y esos defectos precipitan su decadencia.

La doctrina católica, dando al hombre una idea errónea de su papel, contribuyó a oscurecer la razón, para falsear el criterio de las generaciones. No se puede mantener sino recurriendo a argumentos capciosos y sutiles, cuyo empleo repetido hace perder el hábito de raciocinio y de juzgar con rectitud las cosas. Poco a poco se llegó a aceptar, a considerar infalibles sistemas ficticios, en oposición con las leyes naturales y las superiores facultades del alma.

Esa manera de ver y de juzgar debía forzosamente reflejarse en los actos de la vida social y en las conquistas de la Civilización. Se vieran, por eso, muchas veces los pueblos católicos, por el exceso de confianza en ellos mismos, perder el sentido práctico apasionarse por emprendimientos sin utilidad y sin alcance.

Es lo que se evidencia en todas las obras políticas, financieras y de colonización, en las cuales los pueblos católicos se revelan sensiblemente inferiores a las naciones protestantes, mas bien preparadas, por su educación religiosa y por el espíritu de libre examen, para todo lo que exige el orden, la previdencia, el discernimiento, la perseverancia en el trabajo. En compensación, los católicos los aventajan en las artes y en las letras; mas es una insuficiente compensación.

Los pueblos latinos, en los cuales la educación católica desarrolló el sentimiento y la imaginación en detrimento de la razón, se entusiasman fácilmente, adoran, sin madurarlas, a ciertas ideas en cuya ejecución prosiguen con un ardor y una exageración que conducen muchas veces a la perdida y a la ruina. Las pasiones siempre muy vivas, cuando la razón no las viene a refrenar, llevan a esos pueblos a la instabilidad: las modas, las ideas, los gustos en ellos varían muchas veces, en detrimento de las obras sólidas y duraderas.

Por eso se ven a las naciones anglosajonas y de religión protestante ser exitosas donde los pueblos latinos fracasan. Cada vez mas la iniciativa en las obras de progreso, la conquista y la colonización del globo pasan a las manos de los pueblos del Norte, que crecen y se fortifican sin cesar, en perjuicio de las naciones latinas y católicas.

La influencia en las costumbres no es menos perjudicial.

El carácter latino, el espíritu francés en particular, durante siglos modelado por el Catolicismo, se tornó poco afecto a las cosas serias y profundas, En Francia, las conversaciones son de ordinario frívolas; se habla preferentemente de placeres, de cosas fútiles; la maledicencia, la crítica maliciosa, el hábito de la difamación, ocupan en las conversaciones una gran parte. Destruyen, poco a poco, el espíritu de benevolencia y de tolerancia que une a los miembros de una misma sociedad; fomentan entre los hombres el espíritu de malicia, la envidia y el rencor. Esos defectos no se encuentran en el mismo grado en las sociedades protestantes. En ellas la instrucción es mas desarrollada, las conversaciones son en general mas serias y la maledicencia mas atenuada. Las personas se encuentran mas unidas a la religión y la practican con mayor escrúpulo. En la mayoría de los pueblos católicos, al contrario, la religión se volvió una cuestión de forma, un partido político, antes que una convicción; la moral evangélica es por ellos cada vez menos observada. Los gestos serios escasean; cada cual quiere satisfacer sus inclinaciones, sobresalir y gozar.

Parece que la Iglesia Romana, en sus enseñanzas, se impone ocupar al espíritu, a desviarlo hacia los caminos del sentimiento, con la intención de hacerle olvidar el verdadero fin del estudio, que es la posesión de la verdad. Ella no ofrece a las inteligencias sino una ilusoria nutrición, una quimérica doctrina, perfectamente adaptada, sin embargo, a sus intereses materiales.

Las pompas del culto, las fiestas numerosas, las ceremonias prolongadas, desvían a los fieles de las arduas investigaciones, de la fructífera labor, y los inducen a la ociosidad. Todo trabajo es antes una molestia que benéfica necesidad. Lo soportan sin amarlo. Por eso, se encuentra mas ignorancia y mayor miseria en las naciones latinas que en los pueblos del Norte.

Sería, sin duda, injusto atribuir a la Iglesia todos los defectos de nuestra raza; el carácter francés es, por naturaleza, voluble, impresionable, poco sensato; mas el Catolicismo agravó esos defectos aniquilando, con su doctrina, el empleo de la razón y el espíritu de observación, exigiendo de sus fieles una credulidad ciega, respecto a afirmaciones carentes de pruebas.

No es impunemente que se reprime, durante siglos, a la razón, esa facultad máter, dada por Dios al hombre para guiarlo en las sendas del destino. De ese modo se prepara, fatalmente, el envilecimiento de las naciones.

En muchos casos, no se nos presenta el Catolicismo apenas como doctrina religiosa, mas también como poder temporal, envuelto en todas las contiendas de este mundo, animado del deseo de adquirir una autoridad absoluta y del pretendido derecho divino. Ese doble aspecto contribuyó largamente para sustraer al Catolicismo esa dignidad serena, ese desprendimiento de las cosas materiales que deberían hacer el prestigio de las religiones. Parece no ser a él que se aplica lo que dijo Jesús: «Mi reino no es de este mundo».

En todos los tiempos el Catolicismo cumplió el doble papel de religión y de partido político, pronto a secundar los esfuerzos de la reacción contra la corriente de las ideas modernas. Bajo ese punto de vista, se puede decir que la educación católica desarrolla el espíritu de intolerancia y estimula la resistencia al progreso; alimenta en el seno de las naciones un instinto de lucha, un estado de antagonismo y de discordia, mediante el cual se consumen y anula muchas reservas morales e intelectuales.

La sociedad se encuentra por ese motivo dividida en dos campos enemigos; la oposición se perpetúa en dos mitades nacionales, una queriendo avanzar hacia el futuro y otra a retrogradar hacia el pasado. Agotan, así, sus fuerzas vivas en detrimento de la paz y de la prosperidad general.

La Iglesia Romana que, durante quince siglos, sofocó el pensamiento y oprimió la conciencia en nombre de la unidad de la fe; que se asoció a todos los despotismos, siempre que tenía interés en hacerlo, se arroga hoy el principio de libertad. Sería una reivindicación muy legítima, si, por libertad, no entendiese ella el privilegio. Necesario es, sin embargo, observar que jamás puede el Catolicismo conciliarse con el espíritu de libertad. Este no pudo manifestarse en el mundo sino en el día en que el poderío de la Iglesia decreció. Los progresos de uno estuvieran siempre en proporción exacta con la disminución del otro, mientras que los modernos protestantes, habituados por su religión a usar de la libertad, han sabido aplicarla a la vida política y civil.

Ahora mismo, ¿no condena la Iglesia el libre pensamiento, como condenó otrora el libre examen aplicado a la interpretación de las Escrituras? ¿No prohíbe a todos los suyos raciocinar y discutir la religión? Y es todavía eso lo que nos demuestra como las opiniones de la Iglesia Romana se alejan de los principios del verdadero Cristianismo.

Aquí está lo que decía S. Pablo:

"Examinad todo: abrazad lo que es bueno." (I Tesalonicenses, V, 21).

"El Señor es Espíritu, y donde está el espíritu del Señor, está la libertad."(II Epist. a los Corintios, III, 17).

La doctrina de Jesús, tal como se expresa en los Evangelios y en las Epístolas, es doctrina de libertad, La afirmación de esa libertad moral y de la supremacía de la conciencia es repetida en casi todas las páginas del Nuevo Testamento.

Fue por haber desconocido ese hecho que los jefes de la Iglesia hicieron desorientar al Cristianismo y oprimieran las conciencias. Impusieran la fe en vez de solicitarla a la voluntad libre y clara del hombre, y así hicieran de la historia del Catolicismo el calvario de la Humanidad.

Otro tanto se puede decir de la razón, tan ultrajada por los sacerdotes de Aquel que fue la Razón personificada, el Verbo, la Palabra.

Olvidaran que la razón, «esa luz, dice S, Juan, con la que todo hombre viene a este mundo», es una; que la razón humana, centella desprendida de la razón divina, de ella no difiere sino en poder y extensión y que, obedecer sus leyes, es obedecer a Dios.

«!Oh Razón! - decía Fenelon en momentos de profunda intuición - ¿no eres tu el Dios que busco?».

Si la Iglesia hubiese comprendido la esencia misma del Cristianismo, se habría abstenido de lanzar el anatema al raciocinio y de inmolar la libertad y la Ciencia en el altar de las supersticiones humanas.

El derecho de pensar es lo que de más noble y de mayor existe en nosotros. Ahora, la Iglesia siempre se esforzó por impedir al hombre de usar de ese derecho. Y le dijo: «Cree y no raciocines; ignora y sométete; cierra los ojos y acepta el yugo.». ¿No es eso ordenar que renunciemos al divino privilegio?

Porque la razón, desdeñada por la Iglesia, es de hecho el instrumento más seguro que el hombre recibió de Dios para descubrir la verdad. Desconocerla es desconocer el mismo Dios, que es su fuente. ¿No es por medio de ella que el hombre aclara y resuelve todos los problemas de la vida social, política y doméstica? ¿Y pretenderían que la repudiase cuando se trata de verdades religiosas que él no puede penetrar sin su ayuda?

Relativa y falible en sí misma, la razón humana se rectifica y se completa remontándose a la divina fuente, comunicándose con esa razón absoluta que a sí misma se conoce, refleja y posee, y que es Dios.

Pueden ser necesarias facultades asaz elevadas para inventar y corporificar sistemas erróneos, para defenderlos y propagarlos. La verdad, simple es clara, es presentada y comprendida por los espíritus más humildes, cuando saben servirse de la razón, mientras que los sofistas que la excluyen, se alejan cada vez mas de la verdad, para enmarañarse en un dédalo de teorías, de dogmas, de afirmaciones, en que se pierden. Para tornar a encontrar la vereda segura, les será preciso destruir lo que penosamente edificaran y volver a esa razón menospreciada, única que da el sentido real de la vida y el conocimiento de las leyes divinas.

Así se confirman estas palabras de las Escrituras: «Se ocultó a los sabios lo que fue revelado a los pequeñitos».

Acabamos de poner en evidencia las consecuencias de la educación religiosa en nuestro país. Su influencia, a veces tan nociva en la practica de la vida, persiste después de la muerte y reserva a las almas crédulas profundas y crueles decepciones. Cuantos católicos nos han descrito, en numerosas comunicaciones mediúnicas, sus angustias, cuando, confiantes en las prometidas recompensas, imbuidos de las ideas de paraíso y redención, se vieran en el espacio vacío, inmenso y melancólico, errantes, años enteros en busca de una quimérica felicidad y sin comprender nada de ese nuevo medio, ¡tan diferente del que les fuera tantas veces exaltado! Sus estrechas percepciones, la comprensión velada por doctrinas y prácticas abusivas, no les permitían comprender las bellezas del universo fluídico.

Y cuando, en pesquisas y peregrinaciones extraterrestres, encuentran a esos sacerdotes, sus educadores religiosos, restituidos como ellos al estado de Espíritu, las quejas y reprensiones no encuentran, de su parte sino la perturbación y la ansiedad que a ellos mismos atribulan.

Triste resultado de una enseñanza falsa, tan ineficiente para preparar a las almas para los combates y realidades del destino.

*

En el desarrollo de este estudio, nos aconteció muchas veces confrontar las doctrinas de la Iglesia Romana con las del Protestantismo y hacer sobresalir, en ciertos puntos, la superioridad de estas últimas. ¿Se deduce, de ahí que consideremos al Protestantismo la más perfecta de las religiones? Tal no es nuestro pensamiento.

El Protestantismo, en su culto y prédicas, se aproxima ventajosamente, es cierto, a la simplicidad y a las concepciones de los primeros cristianos. No desprecia la razón, como lo hace el Catolicismo, mas, al contrario, la respeta, se apoya en ella. Su moral es más pura y su organización sin fausto y aparato. Suprime la jerarquía sacerdotal, el culto a la Virgen y a los santos, las prácticas fastidiosas, las largas oraciones, los rosarios, los iconos, todo el arsenal pueril de la devoción católica. El pastor no es mas que un profesor de moral, encargado de presidir las ceremonias religiosas, reducidas al bautismo, a la comunión y a la prédica, a bendecir los casamientos, asistir a los pobres, los enfermos y los moribundos.

El Protestantismo establece el libre examen, la libre interpretación de las Escrituras. Con eso desarrolla el entendimiento y favorece la instrucción, en todos los tiempos considerada peligrosa por la Iglesia Romana. El protestante se mantiene, por tanto, libre y aprende a dirigirse por sí mismo, mientras que el católico abdica su razón y su libertad en las manos del sacerdote.

Entretanto, por mayor que sea la obra de la reforma del siglo XVI, ella no podría satisfacer las necesidades actuales del pensamiento. El Protestantismo conservó, del bagaje dogmático de la Edad Media, muchas cosas inaceptables. La autoridad del papa, substituyó la del libro; mas la Biblia, interpretada mediante el libre examen, no puede ser considerada producto de la inspiración divina (91). Las conciencias que consiguieran sustraerse al yugo de Roma, no se

podrían colocar bajo el de una obra, sin duda respetable y que es preciso tomar en consideración, mas de origen puramente humano, sembrada de ficciones y alegorías, bajo las cuales el pensamiento filosófico se disimula y desaparece las mas de las veces.

Lutero proclamaba la divinidad de Jesús, su milagroso nacimiento y su resurrección; Calvino impone los dogmas de la trinidad y de la predestinación.

Los artículos de la «Confesión de Augsburgo» y de la «Declaración de la Rochelle» afirman el pecado original, el pago por la sangre de Cristo, las penas eternas, la condenación de las criaturas muertas sin bautismo.

Entre los protestantes, mismo ortodoxos, ¿cuantos habrá hoy que subscriban esas afirmaciones y acepten en su conjunto el símbolo de los apóstoles, leído en todos los templos y que los apóstoles jamás conocieran?

Al lado de la ortodoxia protestante un gran partido se formó bajo la designación de protestantismo liberal. Repudia los dogmas que acabamos de enumerar y se limita a reconocer la grandeza moral de Jesús y de sus enseñanzas. Ese partido cuenta en sus filas espíritus muy ilustres, animados de loable sentimiento de tolerancia y gran amor al progreso - hombres dignos de admiración y simpatía.

Mas los protestantes liberales se colocan en situación falsa y delicada. Persisten en conservarse en la iglesia reformada, después de haber rechazado, uno a uno, casi todos los puntos de la doctrina. Formaran parte importante en los considerables trabajos de que hablamos al comienzo de esta obra, trabajos emprendidos acerca de los orígenes del cristianismo y de la autenticidad de los sagrados libros. Sometieran a la criba de una critica rigurosa todos los documentos en que reposa la tradición cristiana. La aplicación del libre examen los impelió a constantes investigaciones, en consecuencia de las cuales los dogmas, los milagros y gran número de hechos históricos perdieran todo crédito a sus ojos. De ese examen, solo una cosa quedó en pié - la moral evangélica.

Los protestantes liberales fueran llevados a colocar el principio de la libertad y de la supremacía de la conciencia encima de la unidad de la fe; actuando de ese modo, destruyeran los lazos religiosos que los vinculaban a la Iglesia reformada. No son mas, realmente, protestantes; son antes cristianos librepensadores.

(91) Ver nota complementaria nº 1, al fin del volumen.

. Es, por tanto, una anomalía practicar, en todas sus formas, un culto que tan escasamente corresponde a sus propias aspiraciones. Nos parece que mejor cosa se podría hacer, en las asambleas religiosas de los «protestantes liberales», que leer y comentar únicamente la Biblia, cantar salmos calcados de viejas arias, hablar de un «Dios celoso y fuerte», o recomendar a los habitantes de París, como todos, los domingos hacen en el templo del Oratorio, que no codicien «ni el buey ni el asno de su prójimo». Semejante culto y tales exhortaciones podrían convenir a los pueblos pastores de la antigüedad; ya no corresponden a las necesidades, a las ideas, a las esperanzas de los cristianos contemporáneos.

A las aspiraciones modernas son necesarias otras expresiones, otras formas, otras manifestaciones religiosas. Son precisos un lenguaje y cánticos que hablen al alma, que la atraigan, emocionen y hagan vibrar íntimas cuerdas. Permaneciendo sobrio y enteramente simple, el culto debe inspirarse en el arte musical contemporáneo y esforzarse por elevar el pensamiento a las divinas esferas, a las regiones inmaculadas del ideal.

En resumen, el Protestantismo puede ser considerado, en su conjunto, superior al Catolicismo, en el sentido de que más se aproxima del pensamiento de Cristo. Excesivamente adscripto, sin embargo, a la forma y a la letra, no podría bastar a las solicitaciones del espíritu moderno.

Haría obra de utilidad si abandonase el legado de la Reforma para, exclusivamente, inspirarse en el espíritu evangélico. El espíritu de la Reforma tenía su razón de ser en el siglo XVI, al fin de un largo período de tinieblas y despotismo; al mundo moderno ya no puede ofrecer sino fantasías teológicas y motivos de división entre los miembros de la gran familia cristiana.

Lo que es actualmente necesario a la Humanidad, no es mas una creencia, una fe originada de un sistema o de una religión particular, inspirada en textos respetables, mas de autenticidad dudosa, en que la verdad y el error se mezclan y se confunden. Lo que se impone es una creencia basada en pruebas y en hechos; una certeza fundada en el estudio y en la experiencia, de que se destacan un ideal de justicia, una noción positiva del destino, un estímulo de perfeccionamiento, susceptibles de regenerar a los pueblos y unir a los hombres de todas las razas y de todas las religiones.

Muchos lazos históricos y religiosos prenden, incontestablemente, al alma moderna a la idea cristiana, para que pueda dejar de interesarse por ella. Hay en el Cristianismo elementos de progreso, gérmenes de vida moral y social, que, desarrollándose, grandes cosas pueden

producir. La doctrina de Cristo contiene muchas enseñanzas que quedaran incomprendidas y las cuales, bajo más nobles influencias, pueden producir frutos de amor y sabiduría, resultados eficaces a favor del bien general. Seamos cristianos, mas, elevándonos encima de las diversas confesiones, hasta la fuente pura de la que brotó el Evangelio. Amemos a Cristo, mas coloquémoslo superior a las sectas intolerantes, las iglesias que se excluyen mutuamente y se anatematizan. Cristo no puede ser jesuita, ni hansenista, ni hugonote; sus brazos están ampliamente abiertos a toda la Humanidad.

*

Vimos mas arriba cuales fueron las consecuencias de la educación religiosa en nuestro país. Si la educación católica, en particular, es incompleta y sembrada de ilusiones, ¿debe, la enseñanza lega, por eso, ser preferida?

La enseñanza lega produce efectos opuestos a los que hemos indicado. Confiere a los hombres el espíritu de independencia; los exime de la tutela gubernamental y religiosa, mas al mismo tiempo debilita la disciplina moral, sin la cual no se puede mantener unida a la sociedad.

Esa enseñanza no es, como pretenden sus detractores, enteramente destituida de principios; entre tanto, no han sabido ofrecer a la vida un elevado objetivo; nada pudo colocar en el lugar del ideal cristiano; aflojó los lazos de solidaridad que deben unir a los hombres y conducirlos hacia un fin común.

Por eso es que en nuestro país el espíritu familiar y la autoridad paterna se han debilitado. Los padres parecen subordinados de sus propios hijos, en los cuales ya no se encuentran los sentimientos respetuosos que constituyen la fuerza de la familia y aseguran a la vejez la necesaria autoridad. Esas causas de debilidad parecen, poco a poco, invadir todo el organismo social. Casi por todas partes se contraen nuevos hábitos y maneras de vivir, de las que son excluidas las cosas serias, únicas capaces de fortalecer el espíritu y orientarlo en el sentido de la práctica incesante del deber.

La enseñanza primaria no proporciona mas que una instrucción apenas esbozada y rápido puesta al margen, una instrucción prematura, destituida de vínculos, de encadenamiento y, sobretodo, de remate. Ella no es completada por ese elemento indispensable de la enseñanza moral. Deja a la criatura y, por consiguiente, al hombre, en la ignorancia de las cosas más esenciales: las grandes leyes de la vida.

Cuando, de los doce a los catorce años, el alumno de las escuelas primarias, munido de su certificado de exámenes, es lanzado al combate de los intereses, la gran batalla social, le falta ese fondo sólido, ese conocimiento de la verdad y del deber, que es el sustentáculo supremo, la más necesaria arma para las luchas de la existencia.

Todo lo que le dijeran sobre los deberes del hombre - y se reduce a muy poca cosa - se los dijeran en una edad en que él no podía dar valor a eso. Y todo se va a despedazar, disipar, sin dejar vestigios.

Se diría, sin embargo, que, si la instrucción primaria es insuficiente, mal expuesta, mal digerida, un poco mas alto, en la enseñanza clásica y superior, ¿debe encontrar el joven amplios sembradíos de principios, nociones esenciales para la consecución de un elevado fin? ¡Pues bien! Aún en eso hay ilusión. Me refiero, en ese punto, a la opinión de un escritor competente. Francisque Sarcey declaraba en una de sus crónicas en el «Petit Journal» (7 de marzo 1894):

"De mis estudios clásicos, de mi pasaje por las clases de filosofía, no cogí ninguna noción positiva acerca de los destinos del alma humana."

Eso nos hace recordar la conocida apreciación de un buen juez en tal materia: "la Filosofía clásica no es mas que la historia de las contradicciones del espíritu humano."

El materialismo y el Positivismo reinan casi exclusivamente en las altas esferas políticas, pobladas de inteligencias buriladas por la enseñanza superior. La influencia de esas teorías se refleja sobre toda la vida política y social y, concomitantemente con las doctrinas del Catolicismo, contribuyó para deprimir los caracteres y las voluntades.

Cuando penetramos hasta el fondo de las cosas, a despecho de algunas ligeras apariencias de espiritualismo, somos obligados a reconocer que la enseñanza lega se encuentra, en todos los grados, impregnada de escepticismo, inspirada por las filosofías negativas. De ahí su impotencia para imbuir en la criatura nociones profundas de moralidad.

Porque es en vano que se preconiza la moral, independiente de cualquier creencia y de cualquier religión; la experiencia demuestra que, cuanto más se esparcen las concepciones materialistas y ateístas, mas se substraen las consciencias a los principios de moralidad y, por

consecuencia, a los deberes que ellos imponen. La desmoralización coincide con la subversión de las creencias (92).

Es verdad que nos hablan mucho de altruismo; mas el altruismo no pasa de una palabra vana, teoría destituida de base y sanción. Es semilla lanzada a la roca y condenada a perecer; porque no basta sembrar, es necesario todavía preparar el terreno. Las sabias nociones de altruismo no serían capaces de conmover y moralizar a individuos saturados de la idea de que la lucha de las necesidades y de los intereses es la ley suprema de la existencia, convencidos de que todas las esperanzas, todos los impulsos generosos van a terminar en nada.

El materialismo, reacción vigorosa e inevitable contra el dogma y la superstición, penetró en todas las camadas de la sociedad francesa. En los espíritus cultos él se adorna con el nombre de Positivismo. Cualesquiera que sean, entre tanto, los nombres con que se decoren las filosofías negativas y las diferencias que caractericen sus métodos, sus investigaciones, limitándose a las cosas concretas, al dominio de la materia y de las fuerzas elementales, conducen a los mismos resultados. Se puede, por ese motivo, reunirlas en una apreciación común.

El materialismo tuvo su hora de triunfo. En un momento dado, sus teorías predominaran en la Ciencia. En sus luchas contra una opresión secular, en sus esfuerzos por libertar a la consciencia y permitir libre vuelo al pensamiento, él bien lo mereció de la Humanidad. Poderoso, sin embargo, para destruir, nada puede edificar. Si libera al alma humana de la red de supersticiones en que ella se debate, es para enseguida dejarla vagando al acaso, sin guía y sin apoyo.

Ignora, o pretende ignorar la verdadera naturaleza del hombre, sus necesidades y aspiraciones, porque se siente incapaz de satisfacerlas. Destruye el edificio de las viejas creencias - pequeño edificio que ya no era suficiente para abrigar al pensamiento y a la conciencia - y, en lugar de una construcción más espaciosa, mejor explicada, es el vacío lo que les ofrece, es un abismo de miseria moral y desesperanza. Por eso, todas las almas sufridoras, todas las inteligencias apasionadas de ideal, que cedieran a sus sugestiones acaban, tarde o temprano, por abandonarlo.

Si las corrientes de ideas materialistas penetraran de las altas regiones políticas hasta las mas profundas camadas sociales, en compensación, en el dominio de la Ciencia, perdieran en gran parte la influencia. Las experiencias de la moderna Psicología han sobradamente demostrado que todo no es exclusivamente materia o fuerza, como lo afirmaban Büchner, Carl Vogt, Júlio Soury y otros; probaran que la vida no es una propiedad de los cuerpos, que se desvanece con ellos (93). Después de las experiencias del Dr. Luys, de Baraduc, de Rochas, Myers, Richet, etc., no se osaría mas decir con Carl Vogt que el cerebro segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis. Se pesan las secreciones del cuerpo humano, mas ¿quien, por ventura, pesó el pensamiento? La misma teoría atómica se desacreditó. El átomo, base esencial del Universo, al decir de los materialistas, es ahora reputado por los químicos una pura abstracción. Es lo que dice Berthelot en sus «Orígenes de la Química», págs. 320:

(92) Un escritor materialista denominado, Sr. Emi1io Ferriére, confiesa en su obra "La causa primaria". (Alcan, 1897) que la ciencia materialista es incapaz de organizar un plan lógico de moral.

"En cuanto a las conclusiones morales, dice él, las tinieblas son de tal modo espesas y tan violentas las contradicciones, que quedamos reducidos al único partido filosófico prudente, a saber: resignarse a la ignorancia".

(93) Ver, "Después de la Muerte", cap. VIII.

"El éter de los físicos y el átomo de los químicos se desvanecen para ceder el lugar a concepciones mas elevadas, que todo tiende a explicar por los exclusivos fenómenos del movimiento."

W. Ostwald, profesor de Física en la Universidad de Leipzig, en su estudio intitulado "La derrota del atomismo."(Revista General de las Ciencias, de noviembre de 1895), se expresa en estos términos respecto al átomo y a la teoría mecánica del Universo, la cual abarca al mismo tiempo la mecánica celeste y los fenómenos de la vida orgánica:

"Es una invención muy imperfecta. La tentativa ni siquiera tiene el valor de una hipótesis subsidiaria. Es un puro y simple error."

El Sr. Ostwald cree, como Newton, que deben existir principios mas elevados que los actualmente conocidos.

De esas apreciaciones de los hombres más competentes resulta que los materialistas construyeran el edificio de la Ciencia sobre la base más frágil que se pueda imaginar.

El materialismo ve apenas el primer plano de las cosas; no abarca sino un único aspecto de la realidad. La materia es, incontestablemente, un mundo magnífico cuando la consideramos en la majestosa unidad de sus leyes, Mas la materia, aunque pudiésemos conocerla en esencia, no es todo. No representa mas que el aspecto inferior del mundo y de la vida.

La filosofía ideada sobre tales nociones, basa sus conclusiones en el testimonio exclusivo de los sentidos; ahora, nuestros sentidos son limitados e insuficientes; muchas veces nos engañan. No es con los sentidos físicos, ni con los instrumentos de precisión, o con retortas, que se descubren las causas y las leyes superiores. Solo la razón puede conocer la razón suprema de las cosas.

Con el esmerado estudio de las formas físicas, los materialistas creen penetrar todos los secretos de la Naturaleza. De ella no consideraban, realmente, sino el aspecto menos sutil; hacían abstracción de todo un conjunto de fuerzas y de causas, sin el conocimiento de las cuales toda explicación del Universo es imposible.

Los materialistas hicieran como el minero que bajo la tierra cava el aurífero filón. A cada paso descubre él nuevos tesoros, nuevas riquezas, y lo mismo acontecía a la ciencia positiva - hágase justicia - mas, a medida que prosigue en la tarea, el minero pierde de vista la luz del día, el dominio espléndido de la vida, para enterrarse en las regiones de la noche, de la muerte y del silencio. Así procedió el materialismo.

En las altas esferas intelectuales, la derrota del materialismo estuvo en riesgo de arrastrar consigo a la Ciencia. Lanzaran a esta la piedra, como si pudiese ella ser responsabilizada por las teorías formuladas en su nombre. En vibrantes artículos, fue acusada de no haber dado lo que el espíritu humano tenía derecho de esperar.

El Sr. Séailles dijo, en su discurso proferido en ocasión de la abertura de la Facultad de Letras, en 1894:

"La ciencia moderna conduce a la confusión del pensamiento, que se pierde en el mundo que ella descubre, y se sepulta en su victoria."

Otros aseguraban, con el Sr. Brunetiére, que la Ciencia había entrado en bancarrota. Evidentemente, esto es excesivo e inexacto. Lo que fue a la bancarrota, realmente, no fue la Ciencia en su conjunto, fueran ciertas teorías basadas en el Materialismo y en el Positivismo.

Si tiran el guante a la Ciencia, no es porque desconozcan los servicios que prestó y presta, todos los días, a la Humanidad. Nadie puede decir que la Ciencia no contribuyó, en gran escala, para el desarrollo del progreso material y de la civilización. Vimos arriba que fue gracias a ella, a sus descubrimientos, que se rectificaran las concepciones erróneas de la Teología.

Razón de extrañeza hay, todavía, al considerar su impotencia para dar al hombre el verdadero conocimiento de sí mismo y de las leyes que rigen su destino. Ahora, se siente vagamente que la Ciencia habría podido conducir a esos resultados si, en lugar de encerrarse en el estudio de la materia, hubiese querido explorar sinceramente, con perseverancia, todos los dominios de la vida. Bajo la presión de las doctrinas negativas, la Ciencia se perdió en el análisis, en el estudio fragmentario de la naturaleza física. Mas el polvo de la Ciencia no es la Ciencia; el polvo de la Verdad no es la Verdad.

La Humanidad, fatigada de las concepciones metafísicas y de las soluciones teológicas, había vuelto la mirada y las esperanzas hacia la Ciencia. Le pedía el secreto de la existencia, una creencia, una nueva fe para sustituir la de los templos, que se abate. Le pedía la solución de esos problemas de la vida, que la dominan, asedian, envuelven en sus profundidades.

Ante esos reclamos reiterados, la Ciencia permaneció muda, o antes, si en ciertos casos formuló una solución, la idea dominante que de ella se destacaba era la idea de la nada. De ahí la decepción, la irritación de ciertos pensadores; de ahí las acusaciones que se suscitaran. Esas acusaciones, sin embargo, deben recaer exclusivamente sobre las escuelas materialistas. La Ciencia, en su conjunto, siempre que se hubiera desembarazado de esos impedimentos, sabrá completarse mediante concepciones más comprensibles y elevadas, que ya comienza a entrever. Sociedades oficialmente constituidas, como el Instituto General Psicológico, bajo las sucesivas direcciones de los Drs. Duclaux y del Prof. d'Arsonval, emprendieran pesquisas en un nuevo dominio - el del Psiquismo. Y si la conclusión del relatório publicado en 1909, por aquel Instituto, no es todavía afirmativo, no por eso la atención de sus miembros, dirigida ahora para esas cuestiones esenciales, podrá de ellas jamás desviarse. Sus experiencias, proseguidas en condiciones más favorables, han de probarles la existencia de un mundo excluido hasta ahora de sus investigaciones, mas cuya realidad tarde o temprano se les ha de imponer.

*

Una cosa siempre nos sorprendió profundamente: es que, entre los hombres de espíritu liberal que dirigen los destinos de la República, muchos se creen y confiesan materialistas y ateos.

¿Cómo no comprendieran que el materialismo, basándose en la fatalidad ciega y consagrando el derecho de la fuerza, no puede producir hombres libres? Los demócratas, de 89 y de 48 tenían otras concepciones.

Según las teorías materialistas, el hombre no pasa de una máquina gobernada por los instintos. Ahora, para una máquina no puede haber libertad, ni responsabilidad, ni leyes morales, porque la moral es ley del espíritu. Y sin ley moral, ¿en qué se convierte la idea del deber? Se subvierte, y con ella todo el orden establecido. Una sociedad no puede vivir, desarrollarse y progresar sino firmada en la idea del deber, o, por decir de otro modo, en la virtud y en la justicia. Estas son las únicas bases, posibles, del orden social. Por eso es que estas jamás pueden conciliarse con el ateísmo y el materialismo; porque, del mismo modo que la superstición y la idolatría llevan al arbitraje y el despotismo, el materialismo y el ateísmo conducen lógicamente a la depresión de las fuerzas sociales, muchas veces hasta la anarquía y al nihilismo.

El materialismo, con la noción puramente mecánica del Universo y de la vida, lanzó en el dominio del pensamiento una noción postrante del futuro. A su ver, el hombre no es mas que juguete de la casualidad, simple engranaje de la grande y ciega máquina del mundo. La existencia no pasa de una lucha áspera, feroz, en que domina la fuerza, en la que los débiles sucumben fatalmente. ¿Quién no conoce la doctrina de struggle for life, gracias a la cual la vida se torna un siniestro campo cerrado, donde los seres pasan, se suceden, se impelen, para acabar inmersos en las profundidades de la nada?.

Es con semejantes teorías difundidas a las masas, que el materialismo se constituyó un verdadero peligro social. De ese modo, tornó mas pesado al hombre el fardo de las miserias y más sombrías las perspectivas de la existencia; disminuyó la energía humana, compelió al desgraciado a la tristeza, a la desesperación, o a la rebelión.

¿Cómo, pues, extrañarnos que los casamientos se tornen cada vez más raros y los infanticidios, suicidios, alienaciones mentales se multipliquen? En nuestros días, como señal de los tiempos se ven, muchas veces, jóvenes de ambos sexos, casi criaturas, recurrir al suicidio por motivos fútiles (94). El ejército del vicio y del asesinato crece, en proporciones asustadoras.

Con las teorías de la escuela materialista la responsabilidad moral desaparece. El hombre no es libre, nos dice Büchner y sus discípulos; es esclavo del medio. El crimen se explica por el atavismo y por la herencia. Es un fenómeno natural; y el efecto necesario de una causa, la consecuencia de una fatalidad oculta. No hay, en definitiva, ¡ni bien ni mal! Y de ese modo se justifican las más graves faltas, se anestesia la conciencia, se destruye toda idea de sanción moral y de justicia. Si, en efecto, el crimen es fatal, es involuntario, no es imputable ni infamante. Si la pasión es irresistible, ¿porque se ha de tentar combatirla? Semejantes opiniones, propagadas en todas las camadas, han tenido

como consecuencia sobreexcitar al mas alto grado los apetitos, desarrollando el sensualismo y los instintos egoístas, En las clases adineradas, muchos no tienen sino un objetivo: suprimir los deberes y las luchas austeras de la vida, hacer de la existencia una perpetua bacanal, una especie de embriaguez, mas embriaguez cuyo despertar podría ser terrible.

Niegan el libre albedrío y la sobrevivencia del ser; niegan a Dios, al deber, a la justicia, todos los principios sobre los que reposan las sociedades humanas, sin preocuparse con lo que puede resultar de semejantes negaciones.

No reparan en la deplorable influencia que ellas ejercen sobre las multitudes, que son, de ese modo, impelidas a los excesos. Así que, poco a poco, los caracteres se debilitan, la dignidad humana se deprime, las sociedades pierden la virilidad y la grandeza.

Una literatura inspirada por el tedio de la vida, surgió y se dispersó por todas partes - una literatura cuya onda supo, extenderse, amenaza extinguir toda llama, sofocar en el seno del alma humana las esperanzas generosas, los santos entusiasmos, sumergir el pensamiento en las ondas del más negro pesimismo.

Leed, por ejemplo, "El Combate Social" del Sr. Clemenceau. Prestad atención al prefacio de esa obra, de la que se exhala la triste poesía de la nada, en que todo habla de una invasora decrepitud, de la muerte del pensamiento y de la consciencia, de la nada sobretodo, para la cual cree el autor que todas las cosas fluyen o se arrastran. El Sr. Clemenceau describe las últimas fases de la existencia en la Tierra:

(94) Según las estadísticas, el número de los muertos voluntariamente se elevó en trescientos por ciento, en los últimos cincuenta años.

"Nuestras ciudades arrasadas en medio de informes vestigios humanos, las últimas ruinas derribadas sobre la vida expirante, todo el pensamiento, todo el arte tragados por la gran muerte avasalladora. Toda la obra humana bajo la última viscosidad de la Vida. "

"Y después, la última manifestación de Vida terrestre será, a su turno, destruida. Inútilmente, paseará el globo frío y desnudo su indiferencia por los estériles caminos del espacio. Se cerrará, entonces, el ciclo de los últimos planetas hermanos, muertos algunos tal vez ya, desde ahora. Y el Sol extinto, seguido de su fúnebre cortejo, precipitará en la noche su desordenada carrera hacia lo desconocido."

¿Ignora el autor, entonces, que la vida es eterna? Si en el fondo de los cielos se extinguen universos, otros se encienden y resplandecen; si hay tumbas en el espacio, también existen cunas. Nada puede ser destruido, una sola molécula, ni un principio de vida; para cada ser, como para cada mundo, la muerte no es mas que transición, el crepúsculo que precede a la aurora de un eterno reinicio. El Universo es el campo de educación del espíritu inmortal, la vida su conducto de ascensión hacia un ideal más bello, iluminado por los rayos del amor y de la justicia.

Al final, de tantas luchas, de tantos males y vicisitudes, lo que resulta es el bien el fin de los seres. ¡Desgraciados quienes no lo saben ver y comprender!

Oigamos todavía al Sr. Julio Soury, en un artículo de la «Justicia», del 10 de mayo de 1895, en el cual analiza la obra que citamos:

"¿Que vienen a ser lo bello, el bien, lo verdadero, sino meros conceptos, abstracciones de abstracciones? Bien, un concepto no corresponde a nada objetivo. En la Naturaleza no hay bien ni mal, ni verdad ni error, ni belleza ni fealdad. Esos fantasmas no surgen sino en nuestro espíritu: han de desvanecerse con el último hombre.

"Nosotros ignoraremos siempre de que substancia está hecho este mundo. Nunca llegaremos a saber si en el Universo hay otra cosa además de mecanismos. Es allá, donde imperan las leyes de la mecánica, no hay Dios, alma, religión, ni metafísica."

Es el mismo autor que nos decía (95):

"La vida es, un sueño siniestro, una dolorosa alucinación, por cuyo precio sería un bien la nada.
"

Otros van mas lejos aún. Un periodista muy conocido, Edmundo Lepelletier, escribía respecto del naufragio de la Utopía:

"Todas las ventajas en la existencia pertenecen a los que se encuentran mas bien armados para triunfar en la competición vital; y el mas bien armado es el más implacable, el más egoísta, el menos accesible a los sentimientos de dolor, de humanidad y también de justicia. "

"Es esa necesidad de lucha es esa fatalidad de la (95) "Filosofía natural", pag). 210.

(95)

Victoria de la fuerza, con desprecio del derecho, de la justicia, de la humanidad, lo que hace todo el vigor de las sociedades y la salvación de las civilizaciones. "

"¿Que es lo bueno? - dice Frederico Nietsche (96). ¡El poder! ¿Que es lo malo? - ¡La debilidad! ¿Que es la felicidad? - El sentimiento de que el poder aumenta, de que fue superada una resistencia. Comedimiento, no; ¡todavía mas poder; no a la paz antes de todo, y sí a la guerra; no a la virtud, y sí al valor!"

"Perezcan los débiles y los mutilados. Y que todavía los ayudemos a desaparecer. ¿Que puede haber mas pernicioso que cualquier vicio? - ¡La piedad por los débiles y desclasificados!"

Aquí está lo que los escritores y filósofos materialistas difunden en las hojas públicas. ¿Tienen ellos verdaderamente conciencia de la responsabilidad que contraen? ¿Consideran la mies que tal vivero producirá? ¿Saben que, vulgarizando esas doctrinas desesperantes e inícuas, ponen en la mano de los desheredados la antorcha de los incendios y los instrumentos de muerte?

¡Ah! Esas doctrinas parecen anodinas, inofensivas a los felices, a los satisfechos, a los escépticos que gozan, que poseen con lo necesario lo superfluo, y con las cuales justifican todos sus apetitos, disculpan todos sus vicios; mas a los que la suerte hiere, a los que padecen y sufren, ¿que uso, que aplicación harán de tales doctrinas?

El ejemplo de Vaillant y de Emílio Henry nos lo demuestra, Vaillant lo declaró ante el Tribunal del Sena, en enero de 1894. Fue en la lectura de obras materialistas que sacó la idea de su crimen.

Emílio Henry usaba el mismo lenguaje: «Estudios científicos me iniciaran en el juego de las fuerzas naturales; yo soy materialista y ateo. »

Y cuantos otros, después, afirmaran las mismas teorías ante sus jueces!

¡Oh ciencia de la materia! Con tus implacables afirmaciones, con tus inexorables leyes del atavismo y de la herencia, cuando enseñas que la fatalidad y la fuerza rigen el mundo, tu aniquilas todo impulso, toda energía moral en los débiles y en los desheredados de la existencia; haces penetrar la desesperación en el hogar de innumerables familias; ¡instilas tu veneno hasta el tuétano de las sociedades!

¡Oh materialistas! Apagasteis el nombre de Dios en el corazón del pueblo: le dijisteis que todo se resumía a los placeres de la Tierra; que todos los apetitos eran legítimos, que la vida era una sombra efímera.

Y el pueblo creyó; se callaran las voces, íntimas que le hablaban de esperanza y de justicia. Las almas se cerraran a la fe, para abrirse a las malas pasiones. El egoísmo expulsó a la piedad, al desinterés, a la fraternidad.

Sin ideal en su triste vida, sin fe en el futuro, sin luz moral, el hombre retrogradó al estado bestial; sintió el despertar de los feroces instintos, se entregó a la codicia, a la envidia, a los arrastres desordenados. Y ahora, las fieras rugen a la sombra, teniendo en el corazón el odio y la rabia, prontas a despedazar, a destruir, a amontonar ruinas sobre ruinas.

(96) "El Anticristo", por Frederico Nietsche.

La sociedad está afectada por profundos males. El espectáculo de las corrupciones, del impudor, que alrededor nuestro se ostentan, la fiebre de riquezas, el lujo insolente, el frenesí de la especulación que, en su avidez, llega a agotar, a estancar las fuentes naturales de la producción, todo eso llena de tristeza al pensador.

Y, como en el orden de las cosas todo se encadena, todo produce sus frutos, el mal profusamente sembrado parece atraer al dolor y a la tempestad. Ese es el aspecto formidable de la situación. Parece que llegamos a una hora sombría de la Historia.

Desgraciados de los que sofocaron las voces de la conciencia, que asesinaran el ideal puro y desinteresado, que enseñaran al pueblo que todo era materia y la muerte ¡la nada! Desgraciados los que no quisieron comprender que todo ser humano tiene derecho a la existencia, a la luz y, mas todavía, a la vida espiritual; ¡que dieron el ejemplo del egoísmo, del sensualismo y la inmoralidad!

Contra esa sociedad que no ofrece al hombre ni amparo, ni consuelo, ni apoyo moral, una tempestad furiosa se prepara. Centellean, a veces, rayos del seno de las multitudes; la hora de la cólera se avecina. Porque no es sin peligro que se comprime al alma humana, que se impide la evolución moral del mundo, que se encierra al pensamiento en el círculo de hierro del escepticismo y del negativismo. Llega un día en que ese pensamiento retrocede violentamente, en que las camadas sociales son conmovidas por terribles convulsiones.

¡Levanta, ya, tu frente, oh hombre! y recobra la esperanza. Un nuevo resplandor va a descender de los espacios a iluminar tu camino. Todo lo que hasta ahora te enseñaron era estéril e incompleto. Los materialistas no percibieran de las cosas mas que la apariencia y la superficie. Ellos no conocen de la vida infinita sino los aspectos inferiores. El sueño de ellos es una pesadilla.

Sin duda, si consideramos el espectáculo de la vida en la Tierra, forzoso es reconocer que lo que en ella predomina, en las inferiores regiones de la Naturaleza, es la lucha ardiente, el combate sin treguas, la perpetua guerra con que cada ser procura conquistar un lugar al Sol. Si, los seres se traban y las fuerzas universales se chocan en lucha gigantesca; mas, en definitiva, lo que de esa lucha resulta no es el caos, la confusión, como se podría esperar de fuerzas ciegas; es el equilibrio y la armonía. Por todas partes la destrucción de los seres y de las cosas no es sino el preludio de reconstrucciones, de nuevos nacimientos.

Y que importa la muerte aparente, si la vida es inmortal, si el ser es, en su esencia, imperecible; si aun esa muerte es una de las condiciones, una de las fases de su elevación.

Es preciso no ver solo la evolución material. Esa no es mas que una fase de las cosas. La destrucción de los organismos nada prueba. Son construcciones pasajeras; el cuerpo es apenas una vestidura. La realidad viva reside en el ser psíquico, en el espíritu. Es él quien anima esas formas materiales. El espíritu torna a encontrarse integralmente en el mas allá de la tumba, con

las cualidades adquiridas y los merecimientos acumulados, pronto para nuevas ascensiones. Vuelve a encontrarse revestido de ese envoltorio sutil, de ese cuerpo fluídico que le es inseparable, que existía antes del nacimiento, subsiste actualmente en cada uno de nosotros y sobrevivirá a la muerte; la existencia de ese cuerpo sutil está demostrada por experiencias cotidianas de desdoblamiento, de exteriorización de la sensibilidad, por la aparición, a la distancia, de los fantasmas de vivos durante el sueño, así como por la de personas fallecidas (97).

(97) Ver En lo Invisible - "Espiritismo y Mediunidad", cap. XX.

Acerca de otros puntos, no son más felices las teorías materialistas. Dicen que todo lo que caracteriza al espíritu humano: aptitudes, facultades, de vosotros; veréis un desmentido a esta aserción, en los propios hechos. Cierto, es considerable la influencia de las condiciones materiales; obliga a veces a su yugo, a algunos espíritus. ¡Cuantos vicios y virtudes, todo se explica por la ley de la herencia y por la influencia del medio. Reparad alrededor otros, sin embargo, gracias a la voluntad, al coraje, a la perseverancia, han sabido elevarse de la más oscura posición, de las clases más inferiores, hasta las alturas en que brilla el genio! ¡Cuantos pensadores, sabios, filósofos, nacidos en la pobreza, han sabido, por sus esfuerzos, alcanzar las mayores cumbres! ¿Es necesario mencionarlos? Recordemos apenas que Copérnico era hijo de un panadero; Képler, hijo de un tabernero, fue también, a su vez, cajero de taberna, de joven: d'Alembert, abandonado, recogido en una noche invernal, a la puerta de una iglesia, fue educado por la mujer de un vidriero; Newton y Laplace eran hijos de pobres campesinos; Humphry Davy, criado de un farmacéutico; Faraday, operario encuadernador; Franklin, aprendiz de impresor. Todos esos y millares de otros supieran reaccionar contra las más desfavorables condiciones, triunfar de los mayores obstáculos, adquirir una reputación indestructible.

No son, pues, la condición ni el origen que dan el talento. Un padre ilustrado puede tener una descendencia mediocre. Dos hermanos pueden parecerse físicamente, nutrirse con los mismos alimentos, recibir la misma educación, sin tener por eso las mismas aptitudes, las mismas facultades.

En desmentido a las teorías negativas, todo, lo contrario, demuestra que la inteligencia, el genio, la virtud, no son el resultado de las condiciones materiales, y que, lejos de eso, se afirman como un poder superior a esas condiciones y muchas veces las dominan y gobiernan.

Sí, innegablemente, de un modo general, la materia pesa groseramente sobre el espíritu y le estorba el vuelo; mas también, muchas veces, la voluntad se yergue y subyuga las resistencias de la carne, hasta en medio de las torturas más crueles. ¿No lo vemos en todos los que sufrieran y murieran por una gran causa en todos los mártires que dieran por la verdad la propia vida? Es Giordano Bruno prefiriendo el suplicio a la retractación; Campanella que sufre siete veces la tortura y siete veces recomienza sus sátiras mordaces contra los inquisidores; Joana d'Arc, que muere en la hoguera; Sócrates, que prefiere beber la cicuta a renegar sus doctrinas. Es Pedro Ramus, Arnaldo de Brescia, Jan Hus, Jerónimo de Praga, Savonarola.

En todos esos grandes ajusticiados vemos afirmarse la gran superioridad del espíritu sobre la materia. El cuerpo, atormentado por el sufrimiento, se retuerce y gime, mas allá está el alma que se impone y domina las rebeliones de la carne.

Todo eso nos demuestra que inmenso tesoro es la voluntad, facultad máter, cuya utilización constante y iluminada tan alto puede elevar al hombre. La voluntad es el arma por excelencia que él precisa aprender a utilizar e incesantemente ejercitar. Los que, con sus sofismas, la procuran deprimir y entorpecer, cometen la más funesta acción.

¿No es, realmente, bien amargo señalarnos que las doctrinas mas difundidas entre nosotros, el Catolicismo por un lado, el Materialismo del otro, concurren ambas para aniquilar o, por lo menos, dificultar el ejercicio de las potencias ocultas en el ser humano - razón, voluntad, libertad - potencias mediante las cuales podría el hombre realizar tan grandes cosas y crear para sí un espléndido futuro?

¿Cómo, después de eso, nos admiramos que nuestra civilización todavía presente tantas llagas repugnantes, ya que el hombre a sí mismo se ignora, ignorando la extensión de las riquezas que en él la mano divina colocó para su felicidad y elevación?

¡La Humanidad, en el círculo de la vida, se debate entre dos errores: uno que afirma y otro que niega; uno que dice al hombre: cree sin comprender; otro que le grita: muere sin esperar!

De un lado la idolatría, porque es un ídolo ese Dios que aun parece desear la sangre en su nombre otrora derramada, que se yergue como obstáculo entre el hombre y la Ciencia, que combate el progreso y la libertad - sombría divinidad de la que se no puede hacer objeto de enseñanzas, sin empañar el rostro de Cristo, sin pisotear a la razón y a la conciencia.

Del otro lado la nada, el aniquilamiento de toda esperanza, de toda aspiración a otra vida, la destrucción de toda idea de solidaridad, de fraternidad entre los hombres; si ellos pueden sentirse ligados a una creencia, aun ciega, no lo pueden ser por negaciones.

Francia, en particular, se encuentra presa, como en un torniquete, entre esas dos concepciones opuestas, ambas dogmáticas a su modo, ambas procurando imponerse a todo el país para en él fundar el reino de la teocracia o del ateísmo.

Si el materialismo y el negativismo hubiesen solo sido los enemigos de la superstición y de la idolatría, se habría de ver en ellos a los agentes de una transformación necesaria. Mas, no se limitaran a dar combate a los dogmas religiosos, condenaran todo lo que constituye la grandeza del alma, aniquilaran sus energías morales, destruyeran su confianza en sí misma y en Dios, preconizaran ese abandono a la fatalidad, ese apego exclusivo a las cosas materiales, que lentamente nos desarma, debilita y prepara para la caída y para la derrota.

El alma humana reculó ante ese abismo. Los progresos del materialismo, sus consecuencias sociales, sembraran el terror en gran número de espíritus. Ante la obra de destrucción realizada por la crítica materialista y la ausencia de toda enseñanza susceptible de elevar y fortalecer al alma de las democracias, les ocurrió el poder de la idea religiosa; se volvieran hacia la Iglesia como único refugio, única autoridad sólida y eficaz. De ahí, una recuperación de vitalidad, un retorno del prestigio para el Catolicismo. Este, prevaleciéndose de los errores de los adversarios, emplea vigorosos esfuerzos por disputar a los libre pensadores la dirección de las masas y readquirir la perdida influencia.

Como vimos, todavía, no sería capaz la Iglesia Romana de satisfacer la necesidad de luz y de ideal que hacia ella conduce a ciertos espíritus. Sus fuerzas no son fuerzas vivas; lo que ella trae en el seno no es el futuro, es el pasado con sus sombras, su intolerancia, sus odios, sus motivos de división y perpetua discordia entre los hombres. Esa retroacción de las cosas que vienen a favorecerla no puede dejar de ser efímera. Rápido la incapacidad de la Iglesia se evidenciará a los ojos de una generación preclara, ávida de hechos y realidades.

La propia Iglesia se encargó de desilusionar a los que en ella depositaban algunas esperanzas de progreso y renovación.

Con su encíclica « Satis cognitum », publicada en agosto de 1896, León XIII reincidió ciegamente en las doctrinas del pasado, en las más intransigentes afirmaciones.

Es en la Iglesia Romana que se perpetúa - dice él - «la misión constante e inmutable de enseñar todo lo que el mismo Jesucristo enseñó. » Para todos subsiste «la obligación constante e inmutable de aceptar y profesar toda la doctrina así enseñada. »

«La Iglesia y los Santos Padres vieran siempre como excluidos de la comunión católica, y fuera de la Iglesia, a quien quiera que se separe, por poquísimo que sea, de la doctrina enseñada por el magisterio auténtico. »

«Todas las veces, pues, que la palabra de ese magisterio, instituido en la Iglesia por Jesucristo, declara que tal o cual verdad hace parte del conjunto de la doctrina divinamente rebelaba, debe cada uno creer con certeza que eso es verdad. »

Después, todavía Pío X, en sus instrucciones sobre el modernismo, acentuó ese estado de espíritu.

Así, mas que nunca, pretenden los papas decidir el destino de las almas. Sus encíclicas no son mas que reediciones, en otros términos, de la famosa expresión: «!Fuera de la Iglesia no hay sa1vación!» Ellos condenan todas las doctrinas que no aceptan su supremacía. Cavan mas profundamente el foso que separa el pensamiento moderno, el libre y claro espiritualismo, del dogmatismo romano. Aniquilan las ilusiones de los que habían creído en un posible retorno del Catolicismo en dirección de más anchos e iluminados horizontes, en la conciliación entre los creyentes de todas los ordenes, uniendo sus esfuerzos comunes para combatir el ateísmo y la desmoralización.

*

A despecho de las envestidas que sufrió en los últimos siglos, la Iglesia pudo resistir y mantenerse. Su fuerza, recordémoslo, residía en el hecho de poseer una concepción general del mundo y de la vida, aun cuando falsa, para oponer al vacío y a la esterilidad de las doctrinas materialistas. Lo que en ella resta de moral evangélica, junto a su poderosa organización jerárquica, a su rigurosa disciplina, a las obras de beneficencia y a las virtudes de un cierto número de sus sacerdotes, bastó para favorecer la resistencia, para asegurarle la vida en el seno de un mundo que se esforzaba por escapar a su constricción.

Pueril sería, sin embargo, creer que la fe del pasado puede renacer; para siempre se aflojó el lazo religioso que prendía a los hombres a la Iglesia Romana. El Catolicismo, dijimos, ya no está en condiciones de ofrecer a las sociedades modernas el alimento necesario para su vida

espiritual, para su elevación moral. ¿No lo vemos alrededor nuestro? Los creyentes actuales, tomados en conjunto, no son ni menos materiales; ni menos aferrados a la fortuna, a los placeres, a los goces, que los libre pensadores.

Entre ellos, ¡cuantos indiferentes, que la practican a medias, sin creer, sin jamás reflexionar en los problemas religiosos relativos al Universo, al hombre y a la vida! Todos los errores del pasado, todos los vicios del viejo mundo, el farisaísmo judaico, las supersticiones y la idolatría paganas, reaparecieran en la sociedad dicha cristiana, a tal punto que se tiene el derecho de preguntar si la civilización que se adorna con ese nombre es superior a la que adoran otros.

El Cristianismo era una fe viva y radiante; el Catolicismo es apenas una doctrina áspera y sombría, irreconciliable con los preceptos del Evangelio, no teniendo para oponer a los argumentos de la crítica racionalista sino las afirmaciones de un dogma impotente para probar y convencer.

Todas las declaraciones, todas las encíclicas pontificales nada pueden a ese respecto. Será preciso mudar o morir. La Iglesia Romana no reasumirá el gobierno del mundo.

En la hora actual no hay renovación moral posible sino fuera del dogmatismo de las iglesias. Lo que reclaman nuestras sociedades es una concepción religiosa en armonía con el Universo y la Ciencia que satisfaga a la razón. Toda restauración dogmática sería estéril. Los pueblos ya no se engañarían con eso. El dogma, para ellos, es la Iglesia. Y la iglesia, aliándose a todas las opresiones, tornase, en la frase de J. Jaurès, «una de las formas de la explotación humana». Sus afirmaciones perdieran todo el crédito en el espíritu de las masas. El pueblo, hoy, quiere la verdad, toda la verdad.

Es cierto que la sociedad moderna todavía se prende, sino a la Iglesia, por lo menos al Cristianismo, por ciertos lazos que son los de todo un pasado, lentamente formados, a través de los siglos. Continúa ligada a la idea cristiana, porque los principios del Evangelio penetraran, sin que tal vez lo percibiese y bajo nuevos nombres, en su corazón y pensamiento.

Hay, en el Evangelio, principios, gérmenes, largo tiempo ocultos e incomprendidos, como la simiente bajo la tierra, y que, después de muchos sufrimientos lenta y dolorosamente fermentados, no reclaman sino aparecer, germinar, producir frutos. Para eso es necesario un nuevo impulso, una diferente orientación del pensamiento neo-cristiano, promovida por espíritus sinceros y desinteresados.

El Cristianismo trajera al mundo, mas que todas las otras religiones, el amor activo por todo el que sufre, la dedicación a la Humanidad llevada hasta el sacrificio, la idea de fraternidad en la vida y en la muerte, apareciendo por primera vez en la Historia bajo la figura del Crucificado, de Cristo muriendo por todos.

Fue ese gran pensamiento que, no obstante las maniobras de la Iglesia y el falseamiento de las doctrinas primitivas, penetró en las sociedades occidentales e impelió a las razas blancas, de estadio en estadio, para formas sociales más conformes al espíritu de justicia y fraternidad, incitándolas a asegurar a los humildes un lugar cada vez más amplio a la plena luz de la vida. Es preciso que un nuevo movimiento de ideas, partido, no del santuario, mas de afuera, venga a completar y poner en evidencia esos preceptos, esas verdades ocultas, mostrar en ellas el principio de las leyes que rigen a los seres en esta, como en la otra vida. Será esa la misión del moderno Espiritualismo.

La nueva revelación, las enseñanzas de los Espíritus, las pruebas que ofrecen de la sobrevivencia, de la inmortalidad del ser y de la justicia eterna, habilitan a distinguir lo que hay de vivo o muerto en el Cristianismo. Si los hombres de fe quisieren convencerse del poder de esas enseñanzas y coger sus frutos, podrán en ellas encontrar nuevamente la vida agotada, el ideal actualmente agonizante.

Ese ideal, que las voces del mundo invisible proclaman, no es diferente de la de los fundadores del Cristianismo. Se trata siempre de realizar en la Tierra «el, reino de Dios y su justicia», de purificar el alma humana de sus vicios, de sus errores, de reerguirla de sus caídas y, administrándole el conocimiento de las leyes superiores y de sus verdaderos destinos, en ella desarrollar ese espíritu de amor y de sabiduría sin el cual no hay ennoblecimiento ni paz social. El Cristianismo, para renacer y resplandecer, deberá vivificarse en esa fuente en que se aplacaban los primeros cristianos. Tendrá que transformarse, liberarse de todo carácter milagroso y sobrenatural, volver a ser simple, claro, racional, sin dejar de ser un lazo, una relación entre el hombre, el mundo invisible y Dios. Sin esa relación, no hay creencia fuerte, ni filosofía elevada, ni religión viva.

Desembarazándose de las formas obsoletas, debe la Religión inspirarse en los modernos descubrimientos, en las leyes de la Naturaleza y en las prescripciones de la razón. Debe familiarizar al espíritu con esa ley del destino que multiplica las existencias y lo coloca alternativamente en los dos mundos, material y fluídico, permitiéndole así completar, desarrollar, conquistar su propia felicidad. Debe hacerle comprender que una estrecha

solidaridad liga a los miembros de las dos humanidades, la de la Tierra y la del espacio, los que viven en la carne y los que en ella aspiran renacer para trabajar en el progreso de sus semejantes y en el suyo propio. Debe mostrare, encima de todo, esa regla de soberana justicia, en virtud de la cual cada uno coge, a través de los tiempos, todo lo que sembró de bien y de mal, como gérmenes de felicidad o de sufrimiento.

Esas nociones, esas leyes, mas bien comprendidas, darán nueva base de educación, un principio de reconstitución, un lazo religioso entre los hombres. Porque el vínculo de la solidaridad que los reúne se extiende al pasado y al futuro, abarca todos los siglos, los une a todos los mundos. Miembros de una sola familia inmensa, solidarios a través de sus existencias en el vastísimo campo de sus destinos, partidos del mismo punto para alcanzar las mismas eminencias, todos los hombres son hermanos y se deben mutuamente auxiliar, amparar en su marcha a través de las edades, hacia un ideal de ciencia, sabiduría y virtud.

*

Cristo dijo: "la letra mata y el espíritu vivifica". Mas siempre los hombres de la letra procuraran avasallar al espíritu. Enmarañaran el pensamiento en una red de dogmas de que este no puede salir sino mediante un despedazamiento. A fuerza de comprimir la verdad, las iglesias terminaran por desconocer su poder. Llega, sin embargo, el día, tarde o temprano, en que ella explota con fuerza incoercible, conmoviendo, hasta sus cimientos, las instituciones que por mucho tiempo la esclavizaran.

Es de lo que están amenazadas las iglesias. Las advertencias, sin embargo, no les han faltado. Aun entre los más sinceros cristianos, voces proféticas se han hecho oír. ¿Que decía de Maistre desde la primera mitad del siglo diecinueve?

"Iglesia cristiana, ¿imaginas que pueda tal estado de cosas ser duradero y que esa extensa apostasía no sea al mismo tiempo la causa y el presagio de un memorable juicio? Ve si los iluminados erraran encarando como más o menos próxima una tercera explosión de la omnipotente bondad de Dios para con los hombres. Yo no acabaría mas, si me propusiese acumular todas las pruebas que se reúnen para justificar esa larga expectativa. Es forzoso que nos preparemos para un gran acontecimiento en el orden divino. En la Tierra no hay mas religión. Formidables oráculos, además, anuncian que los tiempos son llegados."

Se realizaran las previsiones de ese escritor. La Humanidad atraviesa, desde el punto de vista filosófico, religioso y social, una profunda crisis. Las potencias invisibles están en actividad: Todos cuantos, en el silencio, cuando enmudecen los ruidos de la Tierra han escuchado sus voces, todos los que estudian las corrientes, los soplos misteriosos que pasan por el mundo, saben que un trabajo de fermentación se opera en las profundidades del pensamiento y en la propia Ciencia. Una renovación se está preparando. Nuestro siglo asistirá a la germinación de una gran idea.

Por eso es que decimos a los sacerdotes de todos los cultos y de todas las religiones: Si queréis que vivan vuestras iglesias, volved la atención hacia la nueva luz que Dios envía a la Humanidad. Dejad que ella penetre en el sombrío edificio de vuestras concepciones; dejadla entrar a chorros en las inteligencias, a fin de que los hombres, al comprenderla, se corrijan; a fin de que el ideal religioso renazca, caliente los corazones y vivifique las sociedades.

Dilatad vuestros horizontes; procurad lo que aproxima las almas y no lo que las divide. No lancéis el anatema a los que no piensan como vosotros, porque para vosotros mismos prepararéis crueles decepciones en la otra vida. Que vuestra fe no sea exclusivista, ni intolerante.

Aprended a discernir, a separar las cosas imaginarias de las reales. Absteneos de combatir la Ciencia y renegar la razón, porque la razón es Dios dentro de nosotros, y su santuario es nuestra consciencia.

Objetaréis, sin embargo: ¿ya ahí no estará nuestra religión?

Sin duda, el nuevo espiritualismo no es una religión; mas aparece en el mundo, teniendo en la mano una antorcha cuya proyección va iluminar, a la distancia, y a fecundar a todas las religiones. El moderno espiritualismo es una creencia basada en hechos, en realidades palpables, una creencia que se desarrolla, progresa con la Humanidad y puede unir a todos los seres, elevándolos a una concepción siempre mas elevada de Dios, del destino y del deber. Gracias a él, cada uno de nosotros aprenderá a comunicarse con el supremo Autor de las cosas, con ese Padre de todos, que es vuestro y nuestro Dios, y que todo cerebro que piensa, y todos los corazones que adoran, buscan desde el origen de las edades.

Cesad de atribuir la capacidad de establecer el vínculo moral y religioso a una doctrina de opresión y de terror. Dejad al espíritu humano el libre vuelo hacia la luz y hacia la inmensidad. Toda fulguración de lo alto es una emanación de Dios, que es el sol eterno de las almas.

Cuando la Humanidad se haya liberado de las supersticiones y de los fantasmas del pasado, en ella entonces veréis brotar los gérmenes del amor y del bien que la mano divina le plantó en lo íntimo, y conoceréis la verdadera religión, la que sobrevuela sobre las diversas creencias y no maldice a ninguna.

IX - La Nueva Revelación. El Espiritismo y la Ciencia

La nueva revelación se efectúa bajo inesperadas formas, o, mejor, bajo formas olvidadas, idénticas, no obstante, a las que revistieran las primeras manifestaciones del Cristianismo.

Este, había comenzado por el milagro. Fue con la prueba material y la sobrevivencia que la religión de Cristo se fundó (98). El moderno espiritualismo se revela con la ayuda del fenómeno. Ahora, milagro y fenómeno son dos palabras para expresar un solo e idéntico hecho.

El sentido diferente que se le atribuyó, da la medida del camino recorrido por el espíritu humano en diecinueve siglos. El milagro es superior a la ley natural; el fenómeno se somete a él. No hay mas que el efecto de una causa, la resultante de una ley. La experiencia y la razón han demostrado que el milagro es imposible. Las leyes de la Naturaleza, que son las leyes divinas, no podrían ser violadas, porque son ellas las que regulan y mantienen la armonía del Universo. Dios no puede desmentirse a sí mismo.

Los fenómenos de mas allá de la tumba son encontrados en la base de todas las grandes doctrinas del pasado. En todos los tiempos, constantes relaciones mantenían unidos al mundo invisible y al visible. En la India, en Grecia y en Egipto, ese estudio era privilegio de un reducido número de investigadores e iniciados; los resultados obtenidos se conservaban cuidadosamente ocultos.

Para tornar esos estudios accesibles a todos, para hacer conocer las verdaderas leyes que rigen al mundo invisible, para enseñar a los hombres a ver en esos fenómenos no mas un orden de cosas sobrenaturales, y sí un ignorado aspecto de la Naturaleza y de la vida, eran necesarios el inmenso trabajo de los siglos, todas los descubrimientos de la Ciencia, todas las conquistas del espíritu humano en tal materia. Era preciso que el hombre conociese su verdadero lugar en el Universo, aprendiese a ponderar la debilidad de sus sentidos, la impotencia de estos para explorar, por sí mismos y sin auxilio, todos los dominios de la Naturaleza viva.

(98) Ver capitulo v.

. La Ciencia, con sus invenciones, atenuó esa imperfección de nuestros órganos. El telescopio abrió a nuestra mirada los abismos del espacio; el microscopio reveló lo infinitamente pequeño. La vida apareció por todas partes, en el mundo de los infusorios como en la superficie de los globos gigantescos, que ruedan en las profundidades de los cielos.

La Física descubrió la transformación de las fuerzas, la radioactividad de los cuerpos y las leyes que mantienen el equilibrio universal; la Química dio a conocer las combinaciones de las substancias. El vapor y la electricidad vinieran a revolucionar la faz del globo, a facilitar las relaciones de los pueblos y las manifestaciones del pensamiento, a fin de que la idea irradie y se propague en la esfera terrestre, por todos sus rincones

El espíritu humano puede zambullir los ojos en esa gran Biblia de la Naturaleza, en ese libro divino que ultrapasa, en toda su majestad, a las Biblias humanas. Ahí leyó él, corrientemente, las fórmulas y las leyes que presiden las evoluciones de la vida, la marcha del Universo.

Ahora viene el estudio del mundo invisible a completar esa magnífica ascensión del pensamiento y de la Ciencia. El problema de la otra vida se yergue ante el espíritu humano con un poder, una autoridad, una insistencia, como nada, tal vez, semejante se produjo jamás en la Historia. Porque nunca se había visto, así, un conjunto de hechos, de fenómenos al principio considerados imposibles, que no despertaban, en el concepto de la mayoría de nuestros contemporáneos, sino la antipatía y el sarcasmo, acabar imponiéndose a la atención y al examen de los mas competentes y autorizados.

A mediados del siglo pasado, el hombre, ilusionado con todas las teorías contradictorias, con todos los sistemas deficientes con los que pretendieran nutrirle el pensamiento, se dejaba embalar por la duda; perdía cada vez mas la noción de la vida futura. Fue, entonces, que el mundo invisible vino a revelarse a él y lo persiguió hasta en su propia casa. Por diversos medios, los muertos se manifestaran a los vivos. Las voces del mas allá hablaran. Los misterios de los santuarios orientales, los fenómenos ocultos de la Edad Media, después de un largo silencio, se renovaran y nació el Espiritismo.

Fue al otro lado del mar, en un mundo nuevo y rico de energía vital, de ardiente expansión, menos esclavizado que la vieja Europa al espíritu de rutina y a los preconceptos del pasado - fue

en América del Norte que se produjeron las primeras manifestaciones del moderno Espiritualismo. De allá se esparcieron por todo el globo. Esa elección era profundamente juiciosa. La libre América era, justamente, el medio propicio para la obra de difusión y renovación. Por eso, en ella se cuentan hoy veinte millones de «neo-espiritualistas».

De un lado, tanto, como del otro del Atlántico, fueran idénticas las fases de progresión de la idea espirita.

En los dos continentes, el estudio del magnetismo y de los fluidos había preparado a ciertos espíritus para la observación del mundo invisible.

Al principio, extraños hechos se produjeron en todos lados, hechos que no se atrevían las personas a hablar sino a media voz, en la intimidad. Después, poco a poco, se elevó el diapasón. Hombres de talento, sabios cuyos nombres son otras tantas garantías de honorabilidad y de sinceridad, osaran hablar bien alto de tales hechos y afirmarlos. Se trató de hipnotismo, de sugestión; vinieron después la telepatía, los casos de levitación y de todos los fenómenos del Espiritismo.

Mesas giraban en un enloquecido remolino; objetos se desplazaban sin contacto, resonaban golpes en las paredes y en los muebles. Todo un conjunto de manifestaciones se producían, vulgares en apariencia, mas perfectamente adaptadas a las exigencias del medio terrestre, al estado de espíritu positivo y escéptico de las sociedades modernas.

El fenómeno hablaba a los sentidos, porque los sentidos son como las brechas por donde el hecho penetrará hasta el entendimiento. Las impresiones producidas en el organismo despiertan la sorpresa, provocan la investigación, llevan a la convicción.

Después de la primera fase, material y grosera, las manifestaciones revistieron un nuevo aspecto. Los golpes que se oían se regularizaron y se tornaron un modo de comunicación inteligente y consciente. La posibilidad de relaciones entre el mundo visible y el invisible surgió como hecho extraordinario, subvirtiendo las ideas establecidas, convulsionando las enseñanzas habituales, mas permitiendo sobre la vida futura ultrapasar límites que el hombre dudaba todavía en transponer, deslumbrado como estaba con las perspectivas que se le antojaban.

A medida que se iba propagando, veía el Espiritismo levantarse contra él numerosas oposiciones. Como todas las concepciones nuevas, tuvo que afrontar el desprecio, la calumnia, la persecución moral. Del mismo modo que la idea cristiana en sus comienzos, fue colmado de animosidades y de injurias. Es siempre así. Cuando nuevos aspectos de la verdad se presentan a los hombres, es siempre la desconfianza y la hostilidad lo que provocan.

Y eso es fácil de comprender. La Humanidad agotó las viejas formas del pensamiento y la creencia; y, cuando las nuevas, inesperadas formas de la verdad se revelan, parece corresponder muy poco al ideal antiguo, que está debilitado, mas no muerto. Por eso, es necesario un período asaz largo de examen, de reflexión, de incubación, para que la idea nueva abra camino en los espíritus. De ahí las incertidumbres y sufrimientos de la primera hora.

Mucho se han ridiculizado las formas que el nuevo espiritualismo revestía. Mas las potencias invisibles que velan por la Humanidad son mejores jueces que nosotros, de los medios de acción y de atracción que conviene adoptar, conforme los tiempos y los lugares, para conducir al hombre a la noción de su papel y de sus destinos, sin estorbarle el libre albedrío. Porque está en eso lo esencial: es preciso que la libertad del hombre sea integralmente respetada.

La voluntad superior sabe adecuar las necesidades de una época y de una raza a las nuevas formas de la revelación eterna. Es ella la que suscita en el seno de las sociedades los pensadores, los experimentadores, los sabios que indicarán el camino a seguir y colocarán los primeros límites. Su obra se desarrolla lentamente. Débiles e insensibles, al principio, los resultados, mas la idea penetra poco a poco en las inteligencias. El movimiento, aun cuando imperceptible, no deja, por eso mismo, de ser a veces mas seguro y más profundo.

En nuestra época, la Ciencia vino a ser la soberana maestra, la directora del movimiento intelectual. Fatigada de las especulaciones metafísicas y de los dogmas religiosos, la Humanidad reclamaba pruebas palpables, sólidas bases en que pudiesen reposar sus convicciones. Se apegaba al estudio experimental, a la observación de los hechos como a una tabla de salvación. D ahí, el gran crédito de los hombres de ciencia en el momento que atravesamos. Por eso es que la revelación tomó un carácter científico. Fue por medio de hechos materiales que se atrajo la atención de los hombres, tornados ellos mismos materiales.

Los misteriosos fenómenos que se encuentran diseminados en la historia del pasado, se renovarán y multiplicarán alrededor de nosotros; se sucederán en orden progresivo, que parece indicar un plan preconcebido, originario de un pensamiento, de una voluntad.

Efectivamente, en la proporción que el nuevo espiritualismo ganaba terreno, se transformaban los fenómenos. Las manifestaciones groseras del principio se modificaban, revestían un carácter mas elevado. Médiums recibían, por medio de la escritura, de un modo mecánico o intuitivo, comunicaciones, inspiraciones de extraña fuente. Instrumentos de música tocaban sin contacto

de ningún tipo. Se escuchaban voces y cantos; melodías penetrantes parecían descender del cielo y perturbaran a los más incrédulos. La escritura directa se producía del lado interior de losas yuxtapuestas y lacradas. Fenómenos de incorporación permitían a los fallecidos tomar posesión del organismo de un sensitivo adormecido. Gradualmente, y como que en consecuencia de un aumento calculado de actividades, aparecían los médiums videntes, parlantes, sanadores.

Finalmente, los habitantes del espacio, revistiendo temporarios envoltorios, venían a mezclarse con los humanos, viviendo un instante de su vida material y terrestre, dejándose ver, palpar, fotografiar, dando impresiones de manos, de rostros, desvaneciéndose enseguida para retomar su estado etéreo.

Así que, hace cerca de medio siglo, todo un encadenamiento de hechos se produjo, desde los más inferiores y vulgares, hasta los más transcendentes, conforme el grado de elevación de las inteligencias que intervenían. Todo un orden de manifestaciones se incrementó a la vista de observadores atentos.

Por eso, a despecho de las dificultades de experimentación, a despecho de los casos de impostura y de las formas de explotación a los que esos fenómenos algunas veces sirvieran de pretexto, el recelo y la desconfianza disminuyeron poco a poco; el número de los verificadores fue creciendo siempre.

De cincuenta años para acá, en todos los países el fenómeno espirita ha sido objeto de frecuentes investigaciones, emprendidas y dirigidas por comisiones científicas. Escépticos sabios, profesores célebres, de todas las universidades del mundo, han sometido esos hechos a un examen profundo y riguroso. Su intención era, al principio, aclarar lo que creían el resultado de fraudes o alucinaciones. Todos, no obstante, incrédulos como eran, después de años de concienzudo estudio y repetidas experimentaciones, cedieron en sus desconfianzas y se inclinaron ante la realidad de los hechos.

Cuanto más se ha examinado y escrutado el problema, tanto más numerosos y expresivos se han revelado los casos de identidad, las pruebas de la persistencia de la personalidad humana mas allá de la tumba. Las manifestaciones espiritas, verificadas a los millares en todos los rincones del globo, demostraron que un mundo invisible se agita alrededor de nosotros, a nuestro alcance, un mundo en el que viven en estado fluídico todos los que nos precedieron en la Tierra, que aquí lucharon y sufrieron, y constituyen, mas allá de la muerte, una segunda humanidad.

El nuevo espiritualismo se presenta hoy con un cortejo de pruebas, con un conjunto de testimonios, tan imponente, que ya no es posible la duda para los investigadores de buena fe. Era lo que, en estos términos, exteriorizaba el profesor Challis, de la Universidad de Cambridge:

"Las demostraciones han sido tan abundantes y completas, los testimonios han venido de tantas fuentes independientes entre sí, y de un número tan considerable de asistentes que es forzoso, admitir las manifestaciones tales como nos las representan, o renunciar a la posibilidad de certificar un hecho, cualquiera que sea, mediante una declaración humana" (99).

(99) Russell Wallace - "El moderno espiritualismo", página 139.

Por eso el movimiento de propagación se acentuó cada vez más. En la hora actual, asistimos a una verdadera expansión de la idea espirita. La creencia en el mundo invisible se esparció por toda la superficie de la Tierra. En todas partes el Espiritismo posee sus sociedades de experimentación, sus vulgarizadores, sus periódicos.

*

Insistamos en un punto esencial. El error o el escepticismo del hombre, relativo a la existencia del mundo invisible, era debido a una causa única: la incapacidad de su organización para ofrecerle una idea completa de las formas y posibilidades de la vida.

Perdemos de vista que nuestros sentidos, aún cuando se hayan desarrollado y perfeccionado, desde el origen de la Humanidad, aún no perciben sino las más rudimentarias formas de la materia; sus estados sutiles se les escapan absolutamente. De ahí la opinión, generalmente divulgada de que la vida no era posible sino bajo formas y con organismos semejantes a los impresionan nuestra vista. De ahí la idea falsa de que la vida no era, por todas partes, mas que una imitación, una reproducción de lo que vemos alrededor nuestro.

En el día en que, con la ayuda de poderosos instrumentos de óptica, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño se tornaran evidentes, fue realmente necesario reconocer que nuestros sentidos, por sí mismos, no abarcaban sino un círculo muy restringido del dominio de las cosas, un limitadísimo campo de la Naturaleza; que, en definitiva, casi nada sabíamos de la vida universal.

En época mucho más reciente, aún no conocíamos de la materia sino sus tres modos más elementales: los sólidos, los líquidos y los gases. Nada sabíamos de las innumerables transformaciones de las que es susceptible.

Fue solamente hace unos treinta años que el cuarto estado de la materia, el estado radiante se tornó conocido por los sabios. W. Crookes, el académico inglés, fue el primero que verificó su existencia y en sus experiencias espiritas, continuadas por espacio de tres años, no fueron extrañas a ese descubrimiento. Él consiguió demostrar que la materia, vuelta invisible, reducida a cantidades infinitesimales, adquiere energías, potencialidades incalculables, y que esas energías aumentan sin cesar, a medida que la materia se vuelve menos densa.

Mas recientemente, investigaciones de numerosos sabios vinieron a confirmar esos descubrimientos. Poco a poco la Ciencia abordó el dominio de lo invisible, de lo intangible, de lo imponderable. Forzoso fue reconocer que el estado radiante no es el último que la materia pueda revestir; a mas de ese, ella se presentó bajo aspectos cada vez más sutiles y quintaesenciados, haciéndose menos densa casi hasta el infinito, sin

dejar de ser la forma posible, la forma necesaria de la vida.

Lo que la Ciencia comienza apenas a entrever, los espiritas lo sabían desde hace mucho por la revelación de los Espíritus. Ellos habían venido así a saber que el mundo visible no es mas que una ínfima porción del Universo; que fuera de lo que es captado por nuestros sentidos, la materia, la fuerza, la vida se presentan bajo formas variadas, bajo innumerables aspectos; que nosotros estamos rodeados, envueltos de radiaciones invisibles para nosotros, en razón de la grosería de nuestros órganos.

Las experiencias científicas vienen hoy a demostrar todas esas nociones. La comprobación de esos modos de energía, la existencia de esas formas sutiles de la materia dan, al mismo tiempo, la explicación racional de los fenómenos espiritas. Es ahí que los invisibles extraen las fuerzas de la que se sirven en sus manifestaciones físicas; es con elementos de la materia imponderable que son formados sus envoltorios, sus organismos.

Los investigadores de buena fe no tardarán en reconocerlo. Después del descubrimiento de la materia radiante, la Ciencia avanzó paso a paso en ese vasto imperio de lo desconocido. Todos los días viene ella a confirmar, mediante nuevas experiencias, lo que el espíritu humano, más clarividente que nuestros sentidos, hace mucho presintiera.

La Ciencia había comenzado por fotografiar los rayos invisibles del espectro solar, los rayos ultravioletas infrarrojos, que no nos impresionan la retina. Obtuvo, después, la reproducción en la placa sensible de un gran número de mundos estelares, de estrellas lejanas, de astros perdidos en las profundidades del espacio, a una distancia tal que sus irradiaciones luminosas escapan, no solo a nuestra vista, mas, a veces, aún al telescopio.

Se sabe que las sensaciones de luz, como las de sonido, calor, etc., son producidas por determinada cantidad de vibraciones del éter.

La retina, órgano de la vista, percibe, en ciertos limites, las ondas luminosas (100). Mas allá de esos límites, le escapan gran número de vibraciones. Ahora, esas vibraciones, inapreciables para nosotros, pueden ser percibidas por la placa fotográfica, que es más sensible que la vista humana, lo que permite decir que el objetivo fotográfico es como una mirada proyectada a lo invisible.

Tenemos de eso todavía una prueba en la aplicación de los rayos X, de los rayos oscuros de Roentgen, la radiografía. Esos rayos, puesto que son invisibles, tienen el poder de atravesar ciertos cuerpos opacos, tales como el tejido, la carne, la madera, y permiten reproducir objetos ocultos a todos los ojos, como el contenido de una bolsa, de una carta, etc. Penetran en las profundidades del organismo humano, y las mas mínimas particularidades de nuestra anatomía no son mas un secreto para ellos.

La utilización de los rayos X tiende a generalizarse cada vez mas y nos muestra que considerable partido la Ciencia del futuro podrá sacar de las formas sutiles de la materia, cuando las sepa acumular y dirigir.

El descubrimiento de la materia luminosa y de sus aplicaciones es de un alcance incalculable. No solo prueba que más allá de nuestros sentidos, se manifiestan, gradualmente, formas de la materia, únicamente perceptibles mediante aparatos que las registren, mas, también, que esas formas y radiaciones, a medida que aumentan de sutileza, adquieren mas fuerza y mayor penetración. Nos habituamos, así, a estudiar la Naturaleza bajo

En esas manifestaciones aún mal definidas de la energía, encontramos la explicación científica de innumerables fenómenos como las apariciones, el paso de los Espíritus a través de los cuerpos sólidos, etc. La aplicación de los rayos Roentgen a la radiografía nos hacen comprender el fenómeno de la vista doble de los médiums y el de la fotografía espirita. Efectivamente, si placas pueden ser influenciadas por invisibles rayos, por irradiaciones de la materia imponderable, que penetran los cuerpos, con mayor razón los fluidos quintaesenciados, de los

que se componen el envoltorio invisible de los Espíritus, pueden, en ciertas condiciones, impresionar la retina de los médiums, aparato delicado y complejo como no lo es la placa de vidrio.

Así que, cada día, mas se fortifica el Espiritismo por el incremento de argumentos extraídos de los descubrimientos de la Ciencia y que terminarán por convencer a los mas obstinados y escépticos.

(100)

La fotografía de las irradiaciones del pensamiento viene a abrir un nuevo campo a l investigadores. Numerosos experimentadores (101) consiguieron fijar en la placa sensible radiaciones del pensamiento y las vibraciones de la voluntad. Sus experiencias demostraron q existe en cada ser humano un centro de radiaciones invisibles, un foco de luces que escapan a vista, mas pueden impresionar las placas fotográficas. Ya sea apoyando los dedos en la cara q tiene la gelatina, ya sea aplicando en la parte superior del cerebro y en la oscuridad, la ca vítrea de la placa, en esta se obtienen ondas, vibraciones que varían de aspecto y de intensidad bajo la influencia de disposiciones mentales del operador. Uniformes, regulares en el estado normal, esas ondas se forman en remolinos, en espirales, bajo el influjo de la cólera; se extienden en mantos, en amplios efluvios en el éxtasis, y se elevan en columnas majestuosas durante la oración, como vapores, de incienso.

Se consiguió, aún, reproducir en las placas el doble fluídico del hombre, centro de tales radiaciones. El coronel de Rochas y el Dr. Barlemont obtuvieron, en la oficina fotográfica de Nadar, la fotografía simultánea del cuerpo de un médium y de su doble, momentáneamente separados (102).

Como preludio de tantas otras pruebas objetivas, que más adelante asimilaremos, la fotografía viene, por tanto, a revelar la existencia de ese cuerpo fluídico que duplica y mantiene a nuestro cuerpo físico, de ese envoltorio sutil que es la forma radiante del Espíritu, de él inseparable durante la vida, como después de la muerte.

Las placas fotográficas no son únicamente impresionadas por las vibraciones fluídicas del ser humano; igualmente lo son por formas pertenecientes al mundo invisible, seres que existen, viven y se mueven alrededor nuestro, presidiendo a todo un conjunto de manifestaciones que vamos pasar en revista, y que no pueden explicarse de otro modo, sino por su presencia y acción.

Tales seres, liberados por la muerte de las necesidades y miserias de la naturaleza humana, continúan a actuar, gracias a ese cuerpo fluídico imperecible, formado de elementos muy sutiles de la materia, de la que acabamos de hablar y que hasta ahora escapaban a nuestros sentidos, en su estado normal.

La cuestión del cuerpo fluídico, o perispíritu, aunque ya por nosotros tratado en otras páginas (103), necesita de nuevas explicaciones, porque nos hace comprender mejor la vida en el espacio y el modo de acción de los Espíritus sobre la materia.

Es sabido que las moléculas de nuestro cuerpo físico están sometidas a constantes mutaciones. Todos los días nuestro envoltorio carnal elimina y asimila un cierto número de elementos.

El cuerpo, desde las partes blandas del cerebro hasta las más duras parcelas de la carcaza ósea, se renueva íntegramente en un cierto número de años.

En medio de esas corrientes incesantes, subsiste en nosotros una forma fluidica original, compresible y expansible, que se mantiene y es perpetua. Es en ella, en el diseño invisible que presenta, que se vienen a incorporar, fijar, las moléculas de la materia grosera. El perispíritu es como el molde, el esbozo fluídico del ser humano. Es por eso que, cuando con la muerte se efectúa la separación, el cuerpo material cae inmediatamente y se desorganiza y descompone.

(101) Ver, entre otras, la obra del Dr. Baraduc, "El alma humana, sus movimientos, sus luces".

(102) Ver "Revista Espirita", de noviembre de 1894, con el facsímile y las obras del coronel de Rochas, "Exteriorización de la sensibilidad" y "Exteriorización de la motricidad".

Análogos resultados se encuentran en el caso del médium Herrod, y en el caso afirmado por el juez Carter (Aksakof, "Animismo y Espiritismo", pags. 78 y 79) así como en los testimonios del Sr. Glendinning (Borderiand de julio de 1896).

Ver también G. Delanne, "Las apariciones materializadas de los Vivos y de los Muertos", y H. Durville, "El fantasma de los Vivos".

(103) Ver caps. V, VIII; - "Después de la Muerte", cap. XXI y en "En lo Invisible", caps. III y XII.

El perispíritu es el envoltorio permanente del Espíritu, mientras que el cuerpo físico no pasa de envoltorio temporal, vestido prestado, que tomamos para realizar la peregrinación terrestre. El perispíritu existía antes del nacimiento y sobrevive a la muerte. El constituye, en su íntima ligación con el Espíritu, el elemento esencial y persistente de nuestra individualidad, a través de las múltiples existencias que nos es dado recorrer (104).

Es por la existencia de ese cuerpo fluídico, por su desprendimiento durante el sueño, ya sea natural, o provocado, que se explican las apariciones de los fantasmas de los vivos y, por extensión, las de los Espíritus de los muertos.

Ya se había podido verificar, en muchos casos, que el doble fluídico de personas vivas se alejaba, en ciertas condiciones, del cuerpo material para aparecer y manifestarse a la distancia. Esos fenómenos son conocidos con la denominación de telepáticos (105).

Desde entonces, se volvía evidente que, si durante la vida la forma fluídica puede actuar fuera y sin el concurso del cuerpo, ya no podía la muerte ser el término de su actividad.

En el estudio especial de los fenómenos de exteriorización de la sensibilidad y de la motricidad, el coronel de Rochas y, con él, los profesores Richet y Sabatier, el Dr. Dariex, los Srs. de Grammont y de Watterville, habían abordado el dominio de las pruebas experimentales, donde resultó la certeza de la acción del doble fluídico, a la distancia.

Los sabios ingleses, a su vez, averiguaron, en numerosos casos, que formas fluídicas de Espíritus desencarnados se volvían visibles por vía de la condensación, o, mejor, de la materialización, como el vapor de agua disperso, en estado invisible, en la atmósfera puede, mediante sucesivas transformaciones, volverse visible y tangible, en estado de congelación.

El perispíritu es para nosotros invisible en su estado ordinario; su esencia sutil produce un número de vibraciones que ultrapasa nuestro campo de percepción visual. En los casos de materialización, el Espíritu es obligado a absorber de los médiums, o de otras personas presentes, fluidos más groseros, que asimila a los suyos, a fin de adaptar el número de vibraciones de su envoltorio a nuestra capacidad visual. La operación es delicada, repleta de dificultades. No obstante, los casos de aparición de Espíritus son numerosos y se apoyan e respetables testimonios.

El más célebre es el del Espíritu Katie King que, durante tres años se manifestó en casa de W. Crookes, el académico inglés, con la ayuda de la médium Florence Cook.

El mismo W. Crookes describió esas experiencias en una obra muy vulgarizada (106). Katie King y Florence Cook fueran vistas lado a lado. Eran de estatura y fisionomías diferentes y se distinguían entre sí por muchas particularidades.

.(104) Según el Sr. Gabriel Delanne, que se dedicó a un estudio concienzudo y profundo del cuerpo fluidico, el perispiritu es un verdadero organismo fluidico, un modelo en el que se concreta la materia y se organiza el cuerpo físico. Es él el que dirige automáticamente todos los actos que contribuyen para el mantenimiento de la vida. Bajo el influjo de la fuerza vital, dispone las moléculas materiales de conformidad con un diseño, un plan determinado, que representa a todos los grandes aparatos del organismo: respiración, circulación, sistema nervioso etc., que son las líneas de fuerza.

Es ese modelo, ese "Invisible diseño ideal presentido por Calude Bernard", que mantiene la estabilidad del ser en medio de la renovación integral de la materia organizada; sin él, la acción vital podría tomar todas las formas, lo que no se verifica.

Es igualmente de acuerdo con ese plan fluídico perispiritual que es regulada la evolución embriogénica del ser, hasta la organización completa.

Ver G. Delanne, "La evolución anímica" y "Las apariciones materializadas de los vivos y de los muertos".

(105) Ver nota complementaria nº 13.

(106) "Investigaciones sobre los fenómenos del espiritualismo", Leymarle, editor.

El testimonio de W. Crookes es confirmado por los Drs. Gully y Sexton, príncipe de Sayn-Wittgensteim, de Hárrison, B. Cóleman, Sergeant Cox, Varley, ingeniero electricista, Sra. Flórence Maryat, etc.; que asistieron, en diferentes lugares, a las apariciones de Katie.

En vano trataron, muchas veces, de insinuar que el Sr. Crookes se había retractado de sus afirmaciones. El 7 de febrero de 1909, W. Stead, director de la «Review of Reviews», escribía al «New York American»: «Estuve con el Sr. Ch. W. Crookes en el Ghost Club, donde fui a cenar, y él me autoriza a declarar lo siguiente: «Después de las experiencias que, en materia de espiritualismo, hace treinta años comencé, no veo ningún motivo para modificar mi precedente opinión. »

Otro caso celebre es el del Espíritu Abdullah, relatado por Aksakof, consejero de Estado ruso, en su obra «Animismo y Espiritismo». El Espíritu era de tipo oriental y su forma tenía mas de 1,80m.

de altura, mientras que el médium Eglinton era de pequeña estatura y de tipo anglosajón muy acentuado.

Un sabio americano, Roberto Dale Owen, antiguo embajador de los Estados Unidos en Nápoles, consagró seis años a las experiencias de materialización. Declaró haber visto centenas de formas de Espíritus. En sesión promovida por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de los Estados Unidos, a la cual asistía el Reverendo Savage, célebre predicador, treinta Espíritus materializados aparecieron a la vista de los asistentes, que en ello reconocieron parientes y amigos fallecidos. Esas manifestaciones son frecuentes en América (107).

El profesor Lombroso, de Turín, conocido en todo el mundo por sus trabajos de fisiología criminalista, habla también de varias apariciones que se produjeron en su presencia, con la médium Eusápia Paladino. En estos términos refiere él, en su libro póstumo «Richercha sui fenomeni ipnotici e spiritici», la primera aparición de su progenitora:

"En Génova (1902), estaba la médium en estado de semi-inconsciencia y yo no esperaba obtener ningún fenómeno de importancia. Antes de la sesión, le había pedido que moviese, en plena luz, un pesado tintero de vidrio. En tono de voz muy común, me respondió ella: - "Porqué te ocupas con esas niñerías? Yo soy capaz de cosas bien diferentes: soy capaz de hacerte ver a tu madre. ¡Es en eso que deberías pensar!"

"Impresionado con semejante promesa, luego de media hora de sesión me asaltó el más intenso deseo de verla realizada y ante mi pensamiento la mesa respondió con tres golpes. De repente (estábamos a media-oscuridad, con la luz roja), vi salir del gabinete una forma pequeñita, como era la de mi madre. (conviene notar que la estatura de Eusápia es superior, por lo menos diez centímetros, a la de mi madre). El fantasma estaba envuelto en un velo; hizo un giro completo en torno a la mesa hasta llegar a mi lado, murmurando palabras que muchos oyeron, mas que mi semi-sordez me impidió de percibir. Al tiempo en que, tomado de conmoción, le suplicaba que repitiese, me dijo ella: Cesare, mío fío! - lo que, debo confesar, no era hábito suyo. Ella era, en efecto, veneciana y tenía el hábito regional de decirme: mío fiol! Poco después, a mi pedido, apartó un momento el velo y me dio un beso."

En la página 93 de la mencionada obra se lee que la madre del autor le reapareció unas veinte veces todavía, en el curso de las sesiones de Eusápia (108).

(107) Ver "El psiquismo experimental", por A. EmY, Página 184. - Ver también mi obra "En lo Invisíble", cap. XX.

(108) "Revue Scientifique et Morale du Spiritisme", diciembre de 1909 y enero 1910.

La objeción favorita de los incrédulos, relativa a ese género de fenómenos, es que ellos se producen en la oscuridad, tan propicia a fraudes.

Hay en esa objeción una parte de verdad y, por nuestra parte, no hemos vacilado en denunciar escandalosos fraudes; mas es preciso notar que la oscuridad es indispensable las apariciones luminosas, que son las más comunes. La luz ejerce una acción disolvente sobre los fluidos, e innumerables manifestaciones no pueden tener éxito sino con su exclusión. Hay, entre tanto, casos en que ciertos Espíritus pudieron aparecer a la luz fosfórica. Otros se desmaterializan a plena luz. Bajo las irradiaciones de tres picos de gas, vieran a Katie King fundirse poco a poco, disolverse y desaparecer (109).

A esos testimonios tenemos el deber de acrecentar el nuestro, relatando un hecho de nuestro conocimiento personal.

Durante diez años practicamos ese orden de estudios, con la ayuda de un médico de Tours, el Dr. A. y de un capitán archivista del 9. ° Cuerpo. Por intermedio de uno de ellos, inmerso en sueño magnético, los invisibles nos prometían, desde hacía mucho tiempo, una materialización, cuando, una tarde, encontrándonos los tres reunidos en el consultorio del amigo, puertas cuidadosamente cerradas y penetrando todavía suficiente claridad por la amplia ventana, de modo que nos permitía ver claramente los menores objetos, oímos tres golpes en un punto determinado de la pared. Era la señal convencionada. H

Habiéndose los ojos vueltos hacia ese lado, vimos surgir del medio de la pared, sin cualquier solución de continuidad, una forma humana, de estatura media. Aparecía de perfil, mostrando al principio los hombros y la cabeza. Gradualmente, se fue presentando todo el cuerpo. La parte superior se diseñaba perfectamente; los contornos eran nítidos y precisos. La parte inferior era más vaporosa y formaba apenas una confusa masa.

La aparición no caminaba, se deslizaba. Después de atravesar lentamente la sala, a dos pasos de nosotros, fue a introducirse y desaparecer en la pared opuesta, en un punto que no presentaba abertura alguna. Pudimos contemplarla durante cerca de tres minutos y nuestras impresiones, confrontadas después, acusaban eran perfectamente idénticas.

Las materializaciones y apariciones de Espíritus encuentran, como vimos, obstáculos que, forzosamente, les limitan el número. Lo contrario se da con ciertos fenómenos de orden físico y de variadísima naturaleza, los cuales se propagan y multiplican, cada vez mas, alrededor nuestro.

Vamos a examinar sucintamente esos hechos en su escala progresiva, desde el punto de vista del interés que ofrecen y de la certeza que de ellos resulta, relativos a la vida libre del Espíritu.

En primer lugar viene el fenómeno hoy tan común, de las casas embrujadas. Son habitaciones frecuentadas por Espíritus de orden inferior, en las cuales se entregan ellos a ruidosas manifestaciones. Golpes, sonidos de todo orden, desde los más débiles hasta los más ruidosos, hacen vibrar los pisos, muebles, paredes, o el propio aire. La loza es mudada y rota; piedras son tiradas de fuera adentro de los aposentos.

Los diarios traen, frecuentemente, narrativas de fenómenos de ese género. Ni bien cesan en un punto, se reproducen en otros, ya sea en Francia, o en el extranjero, despertando la atención pública.

(109) Ver "El psiquismo experimental", por Erny. - página 145.

En ciertos lugares, como en Valence-en-Brie, en Yzeures (Indre-y-Loire), en Ath (Brabant), en Agen, en Turín, etc., etc., duraron meses enteros, sin que los más hábiles policías hubiesen conseguido descubrir una causa humana para tales manifestaciones.

Es el siguiente, sobre el asunto, el testimonio de Lombroso, que escribía en la «Lettura»:

"Los casos de casas embrujadas, en las que durante años se producen apariciones o ruidos, en concordancia con la narración de muertes trágicas, observadas sin la presencia de los médiums, militan en favor de la acción de los fallecidos." - "Se trata muchas veces de casas deshabitadas, donde no es raro observarse tales fenómenos durante varias generaciones y aún durante siglos" (l10).

"El Dr. Maxwell, Procurador General de la corte de Apelación de Burdeos, encontró acordadas de diversos tribunales superiores, en el siglo dieciocho, anulando arrendamientos por motivo de ser embrujados los lugares" (111).

Esos hechos se explican por la acción maliciosa de seres invisibles que desahogan, «post mortem», odios nacidos, en el mundo, de malas relaciones anteriores, de prejuicios causados por ciertas familias o individuos, que por ese motivo se tornan víctimas de la perniciosa influencia de esos desencarnados. Así, en el plano general de evolución, la misma libertad del mal, el ejercicio de las pasiones inferiores atrayendo, con la producción de esos fenómenos, la atención pública para un mundo ignorado, contribuyen para la instrucción y el progreso de todos.

Aun contra la repugnancia de la Ciencia en general, para ocuparse de tales cosas, cada día vemos crecer el número de los investigadores concienzudos que, apartándose de los caminos seguidos, se entregan a una paciente observación del mundo invisible. No hay mes, semana, que no se registre un nuevo hecho en el dominio experimental.

Los fenómenos de orden físico, la levitación de cuerpos pesados y su transporte a la distancia, sin contacto, provocan muy especialmente la observación de algunos sabios.

Hablamos en otro lugar (112) de las experiencias realizadas en 1892, en Nápoles y Milán, bajo la dirección de hombres de ciencia de varias naciones.

Procesos verbales, redactados por ellos, reconocen la intervención de fuerzas y voluntades desconocidas, en la producción de esos fenómenos.

Análogas experiencias fueran después efectuadas en Roma, en Varsovia, en casa del Dr. Ochorowicz, en la isla de Roubaud, en casa del Sr. Richet, profesor de la Academia de Medicina de París, en Burdeos, en Agnelas, cerca de Voiron (Isère), en casa del coronel de Rochas. Citemos todavía las del profesor Botázzi, director del Instituto de fisiología de la Universidad de Nápoles, en mayo de 1907, con la asistencia del profesor Cardarélli, senador, de Galeótti, Passíni, Scarpa, de Amícis, etc.

Esas experiencias fueran dirigidas con métodos rigurosamente científicos. Como, Evidentemente, los sentidos pueden engañar, se emplearan aparatos registradores que permitieron establecer, no solo la realidad, la objetividad del fenómeno, mas todavía la grafía de la fuerza física en acción.

La cautela adoptada por el grupo de sabios arriba indicados, siendo médium Eusápia Paladino, fueron las siguientes:

(110) Ver "Annales des Sciences Psychiques", febrero de 1908.
(111) J. Maxwell, "Phenoménes Psychiques", pag. 260.

(112) “Despues de la Muerte” y “En lo Invisible”.

En la extremidad de la sala detrás de una cortina fue previamente colocada una mesa con dos estantes pesando 21 kilos, y ocupando todo el espacio del gabinete a una distancia de 20 centímetros de la cortina mas o menos.

Sobre esa mesa fueran dispuestos:

1º Un cilindro cubierto con papel opaco, movedizo, en torno de un eje al cual fuera fijada una especie de lapicera cuya punta alcanzaba la superficie del cilindro. Imprimiendo un movimiento de rotación al cilindro, ahí la lapicera registraba una línea horizontal; 2º Una balanza de pesar cartas; 3º Un metrónomo eléctrico de Zimmermann (el contacto es establecido por una punta de platino que, a cada oscilación doble del hasta, sumerge en un pequeño tubo de mercurio), puesto en comunicación con un aparato-avisador Desprez, situado en un compartimento al lado; 4º Un teclado telegráfico, conectado a otro avisador Desprez; 5º Una pera de caucho, conectada, por un largo tubo también de caucho, a través de la pared, a un manómetro de mercurio de François Frank, situado en el compartimento contiguo.

En esas condiciones, todos los aparatos descriptos fueran impresionados, a la distancia, estando las manos de Eusapia sujetas por dos experimentadores y formando un círculo alrededor de ella todos los asistentes.

Por todas partes fue verificado el desplazamiento de muebles, sonidos de instrumentos, sin contacto, levitación de cuerpos humanos, levantamiento de sillas con las personas que las ocupaban. El profesor Lombroso habla de un guarda-lozas «que avanzaba como un paquidermo».

Todas esas manifestaciones se podrían explicar, indiferentemente, por causas exclusivamente materiales, por la acción de fuerzas inconscientes. La fuerza psíquica, exteriorizada por la criatura humana, bastaría, por ejemplo, para explicar el movimiento de mesas y otros objetos a la distancia y, por extensión, todos los fenómenos que no acusan la acción de una inteligencia extraña a la de los asistentes.

Mas lo que complica el fenómeno y torna insuficiente esa explicación es que, en la mayor parte de las sesiones de las que hablamos, al con el movimiento de objetos y levitación de personas, se producen palpaciones, aparición de manos luminosas y de formas humanas, que no son las de los experimentadores.

Los «Annales des Sciences Psychiques» de1 1º de febrero de 1903 relatan los siguientes casos observados por el Dr. Venzano:

"En una sesión en Milán, cuando Eusápia se encontraba en el máximo grado del transe, vimos, yo y las personas que me quedaban próximas, aparecer del lado derecho una forma de mujer, sumamente extraña, que me dijo una palabra confusa: tesoro - me pareció. Al centro se encontraba Eusàpia adormecida, junto a mí, y por encima de la cortina se entumeció diversas veces; al mismo tiempo, a la izquierda, la mesa se movía en el gabinete y un pequeño objeto era de allá transportado para la mesa del centro."

"En Génova, el Dr. Imoda observó que, mientras el fantasma tiraba de la mano del Sr. Becker una lapicera y la restituía, otro fantasma se inclinaba sobre Imoda." Otra ocasión - dice el narrador - al mismo tiempo que yo era acariciado por un fantasma, la princesa Ruspoli sentía que una mano le tocaba la cabeza y Imoda sentía, a su turno, que otra mano le apretaba la suya, con fuerza." - "Ahora, ¿cómo explicar que la fuerza física de un médium operase al mismo tiempo en tres direcciones y con tres diferentes objetivos? ¿Es posible concentrar la atención asaz fuertemente para obtener fenómenos plásticos en tres diferentes direcciones?"

Algunas veces arias han sido ejecutadas en pianos cerrados; voces y cantos se hacen oír y, como en Roma, en las experiencias del Dr. Sant'Angelo, penetrantes melodías, que nada tienen de terrestres, sumergen a los asistentes en un arrobamiento que casi toca el éxtasis.

Todos esos fenómenos han sido obtenidos con la presencia de médiums célebres, entre otros Jesse Stephard y Eusápia Paladino. Ahora, algunas explicaciones sobre la naturaleza y el verdadero papel de la mediunidad, nos Parecen indispensables.

*

Nuestros sentidos, lo dijimos arriba, no nos permiten conocer mas que un restricto sector del Universo. Entre tanto, el círculo de nuestros conocimientos poco a poco se amplió, y crecerá aún, en la proporción que se perfeccionen nuestros sentidos.

Nos bastaría poseer un sentido mas, una nueva facultad psíquica, para ver abrirse ante nosotros algunos dominios ignorados de la vida, para ver rebelarse a nuestro alcance las maravillas del mundo invisible.

Ahora, esos nuevos sentidos, esas facultades que en el futuro serán comunes a todos, ya lo son de ciertas personas, en diferentes grados. Son esas personas que designamos con el nombre de médiums.

Es preciso, a mas de eso, notar que en todos los tiempos existieron individuos dotados de facultades especiales, que les permitían comunicarse con lo invisible. La Historia, los libros sagrados de todos los pueblos, hacen mención de ellos casi en cada página. Los videntes de la Galia, los oráculos y pitonisas de Grecia, las sibilas del mundo pagano, los grandes y pequeños profetas de Judea, no eran otra cosa que los médiums de nuestros días.

Las potencias superiores siempre se utilizaron de esos intermediarios para hacer oír sus enseñanzas, sus exhortaciones a la Humanidad. Solo cambian los nombres; los hechos son los mismos, con la única diferencia de que esos hechos se producen en mayor número, bajo más variadas formas, cuando llega para la Humanidad la hora de comenzar un ciclo, una nueva ascensión hacia esas Cumbres del pensamiento, que son el objetivo de su trayectoria.

Conviene acrecentar que los Espíritus elevados no son los únicos a manifestarse; Espíritus de todas las Categorías gustan de entrar en relación con los hombres, siempre que encuentren para eso los medios. De ahí, la necesidad de distinguir, en las comunicaciones, lo que procede de Arriba y lo que viene de abajo; lo que emana de los Espíritus de luz y lo que proviene de los atrasados. Hay Espíritus de todos los caracteres y de todas las elevaciones; hay aun, alrededor nuestro, mucho mayor número de inferiores que de adelantados. Son aquellos que producen los fenómenos físicos, las manifestaciones estruendosas, todo lo que es de índole vulgar, manifestaciones todavía útiles, como demostramos, puesto que nos permiten el conocimiento de todo un mundo ignorado u olvidado.

En esos fenómenos los médiums desempeñan un papel pasivo, a semejanza del de las pilas, en la electricidad. Son productores, acumuladores de fluidos y es en ellos que los Espíritus extraen las fuerzas necesarias para actuar sobre la materia. Se encuentra esa categoría de médiums un poco por todas partes, hasta en los medios poco ilustrados. Su ayuda es puramente material; sus aptitudes son antes un atributo físico que indicio de elevación. Muy diferente es la parte de los médiums en los fenómenos intelectuales, de todos los más interesantes y en los cuales se revela mejor la personalidad de las inteligencias invisibles. Es por ellos que nos vienen las enseñanzas, las revelaciones que hacen del Espiritismo no solamente un campo de exploraciones científicas, mas todavía, conforme a la expresión de Russel Wallace, «un verbo, una palabra».

Pasemos en revista algunos de esos fenómenos:

El de la escritura directa debe, en primer lugar, atraer nuestra atención. En ciertas circunstancias, se ven aparecer hojas de papel cubiertas de escritura de origen no humano (l13). Nosotros mismos asistimos a la producción de muchos hechos de esa naturaleza. Un día cualquiera, en Orange, durante una sesión de Espiritismo, vimos bajar del espacio, por encima de nuestra cabeza, un pedazo de papel que parecía salir del techo y que vino, lentamente, a caer en el sombrero colocado encima de la mesa, a nuestro lado. Dos líneas con una letra fina, dos versos estaban en él escritos. Revelaban un aviso, una predicción que nos refería a nosotros y que más tarde se realizó.

La mayor parte de las veces ese fenómeno se produce en losas dobles, cerradas, selladas, estampilladas, en el interior de las cuales se coloca un fragmento de lápiz. La comunicación es redactada en presencia de los asistentes, a veces en lengua extranjera, desconocida del médium y de las personas presentes, y responde a preguntas formulabas por estas.

El Dr. Gibier estudió ese género de manifestaciones durante treinta y tres sesiones, con la ayuda del médium Slade (l14).

Censuraran a este último por experimentar fuera de la vista de los asistentes, colocando las losas debajo de la mesa. Citaremos, por tanto, de preferencia el caso del médium Eglinton, relatado en la obra del profesor Stainton Moses, de la Universidad de Oxford, intitulada «Psycography». Ahí el fenómeno se producía a plena luz, a la vista de todos.

En esa obra él habla de una sesión a la que asistía el Sr. Gladstone. El gran estadista inglés escribe una pregunta en la losa y la vuelve inmediatamente, adaptándola a la otra; un pedazo de lápiz es colocado en el intervalo. Se amarran las dos losas, sobre las cuales el médium coloca la extremidad de los dedos para establecer la comunicación fluídica. Poco después, se oye el chirrido del lápiz. La mirada penetrante del Sr. Gladstone no se desviaba del médium.

En esas condiciones de rigurosa verificación, fueron obtenidas respuestas en varias lenguas, algunas de las cuales ignoradas del médium, respuestas en perfecta concordancia con las preguntas formuladas.

La «Revue Spirite» de abril de 1907 relata las experiencias de escritura directa efectuadas por el Dr. Roman Uriez, jefe de clínica del hospital de Bialy-Kamien, en Galicia. Así se expresa él:

"Mucho tiempo me ocupé del Espiritismo. Tengo ahora un médium con quien durante tres meses realicé experiencias, dos veces por semana, y obtuve fenómenos verdaderamente interesantes.

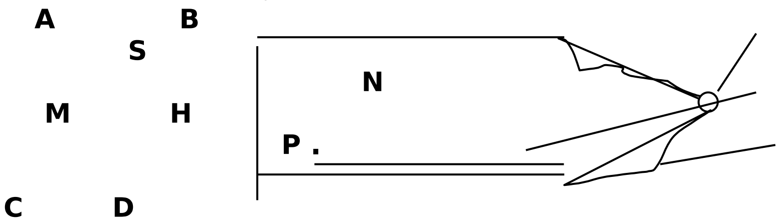
Esa médium es una campesina absolutamente ignorante. Frecuentó la escuela de su aldea dos años apenas, lee con dificultad y escribe mal. Está empleada como criada de una Sra. R., en Bialy-Kamien. A las sesiones, efectuadas en mi casa, asisten, a mas del médium y de mí, la Sra. R. y un amigo, el Dr. W. Obtuvimos la escritura directa. Lo que es notable y, que yo sepa, enteramente nuevo, es el modo por el que la obtuvimos. He visto muchas veces la escritura producida entre dos losas o en el papel, con un lápiz, en un cuarto en condiciones de oscuridad; mas las precauciones que tomamos fueron de tal orden que excluyen absolutamente cualquier posibilidad de fraude, no solo de parte del médium, como de cualquier otra persona. Quise ver, sin resquicio de duda, como se producía la escritura. Hice, por consiguiente, construir, con el consentimiento de la Inteligencia directora, el siguiente aparato:

(113) Ver "En lo Invisible", cap. XVIII.

(114) Ver "Espiritismo o Faquirismo occidental", por el Dr. Gibier.

Una cajita de madera, A, B, C, D, munida, en lugar de la tabla delantera B- D, de un saco en forma de embudo S, hecho de un tejido de seda oscura, flexible más consistente, de 50 centímetros de longitud.

En la extremidad de ese saco fue adaptado un pequeño tubo H, con un lápiz, M- N, introducido de tal suerte que la parte posterior del lápiz y, aún el lápiz casi todo, queda dentro de la caja, quedando la punta aguzada N saliente del tubo H y apoyado en una hoja de papel P. El interior de la caja es enteramente oscura y el saco en nada impide los movimientos del lápiz. Con esa disposición logramos obtener, a plena luz, con extrema rapidez y absoluta seguridad comunicaciones escritas por un proceso visible a los ojos de todos. La médium coloca las manos en la cara superior C- D y, al cabo de algunos minutos, comienza la escritura, en cuanto la parte inferior del saco se hincha, como si una mano oculta se hubiese introducido en el interior.



Es en tales condiciones y por ese único medio que actualmente nos comunicamos con la Inteligencia invisible. En cuanto al contenido de los mensajes, a veces muy largos, y considerablemente superiores a la inteligencia de la médium y no es raro que exceda a la capacidad de los otros asistentes, puesto que frecuentemente recibimos comunicaciones en, alemán y en francés - la médium no habla sino un dialecto eslavo; - y un día recibimos un mensaje de cinco páginas, en inglés, lengua que ninguno de nosotros conoce. Los mensajes son, a veces, muy ingeniosos y sugestivos. Así, una noche, pregunté si los Espíritus eran inmateriales. - "Sí, en cierto sentido", me fue respondido. - "Entonces, repliqué, estáis fuera del tiempo y del espacio." - "No..." - "Como?" - "Un punto geométrico es también inmaterial, puesto que no tiene dimensiones, y sin embargo está en el espacio. Lo que acabo de decir no constituye mas que una comparación, porque nosotros los Espíritus, tenemos dimensiones, mas no como vosotros." - Una campesina ignorante, de catorce años, ¿sería capaz de dar semejantes respuestas?

Otro día, recibimos una prueba de identidad indudable. Durante la sesión el lápiz escribió, en caracteres enteramente nuevos para nosotros: "Le agradezco la inyección que me hizo, cuando estaba en mi lecho de muerte. Usted me alivió. - Carolina C..." Pregunté a quien eran dirigidas esas palabras. "A usted", respondió la Inteligencia. - "¿Cuándo se dio ese hecho y quien sois?", pregunté. El lápiz escribió: "En el día 18 de setiembre de 1900, en el hospital de Lemberg." En ese año era yo todavía estudiante y trabajaba en ese establecimiento como auxiliar de clínica. Era todo de lo que me recordaba al respecto.

Días después de la sesión, tuve la oportunidad de ir a Lemberg. Me dirigí al hospital y encontré, en el registro de 1900, el nombre en cuestión. Era de una mujer de 56 anos, enferma de cáncer del estómago y que muriera allá. Fui entonces a la oficina de registros de la Policía y pregunté si había en Lemberg alguien con el apellido de C. Me informaran que había una profesora con ese apellido. Fui en ese mismo día a buscarla y como me dijese ella haber perdido a su madre en 1900, le mostré la comunicación recibida por escritura directa, con gran espanto, reconoció la señora, inmediatamente, la letra y la firma de su fallecida madre exhibiendo cartas escritas por esta, que probaban, sin duda posible, la identidad de la comunicante. Me dio de buen grado una

de esas cartas. Entre tanto, no me recuerdo de haber dado la inyección de morfina en Carolina C."

Mucho mas común que lo precedente, es el fenómeno de la escritura mediúnica. El sensitivo, bajo un impulso oculto, traza en el papel comunicaciones, mensajes en cuya redacción su pensamiento y voluntad apenas tuvieran parte mínima. Esa facultad presenta aspectos muy variados. Puramente mecánica en ciertos médiums, que ignoran, en el momento en que escriben, la naturaleza y sentido de las comunicaciones obtenidas - al punto de poder algunos hablar mientras escriben, desviar la atención y trabajar en la oscuridad - la mayor de las veces es ella semimecánica; en este caso el brazo y el cerebro son igualmente influenciados; las palabras surgen en el pensamiento del médium en el mismo momento en que las traza el lápiz. A veces, es puramente intuitiva y, por consiguiente, de naturaleza menos convincente y más difícil de verificar.

Las comunicaciones obtenidas por esos diferentes procesos presentan gran variedad de estilos y son de valor muy desigual. La mayor parte, no contiene sino banalidades, mas hay también algunas notables por la belleza de la forma y elevación del pensamiento.

Damos, a seguir, algunos ejemplos, obtenidos por diferentes médiums.

LA ORACION

Médium, Sra. F.

Es llegado el momento de poder la inteligencia, suficientemente desarrollada en el hombre, comprender la acción, significación y alcance de la oración. Convencido de ser comprendido, puedo, pues, decir: ¡No mas incredulidad, ni fanatismo! y sí la completa seguridad de la fuerza que Dios concede a todos los seres, cuando a El se eleva el pensamiento.

En la oración, en el recuerdo vuelto a ese Padre, fuente inagotable de bondad y caridad, lejos de vosotros esas palabras aprendidas, que los labios pronuncian en un hábito adquirido, mas dejan frío el corazón en sus impulsos. Reanimados y atraídos hacia Él por el conocimiento de la verdad, por la fe profunda y la verdadera luz, enviar al Eterno vuestros corazones en un pensamiento de amor, de respeto, de confianza y abandono; en un transporte, finalmente, de todo el ser, ¡ese vehemente impulso interior, único al que se puede llamar oración!

Desde la aurora, el alma que se eleva, por la oración, al infinito, experimenta como una primavera del pensamiento que, en las variadas circunstancias de la existencia, la conduzca al fin preciso, que le es designado.

La oración conserva en la infancia esa inocencia en que sentís todavía la pureza, reflejo del reposo que el alma disfruta en el espacio. Para el adolescente es el freno represor de la impetuosidad, que en él brota como vigoroso flujo; savia generatriz, si es seguida, perdida cierta en caso de desfallecimiento, mas rescate, si el alma puede y sabe retemplarse en la oración.

Después, en la edad en que, en la plenitud de sus fuerzas y facultad, el hombre siente en sí la energía que, muchas veces, lo debe conducir a grandes cosas, la concentración en que se afirma el pensamiento, ese grito de la conciencia que le dirige los actos ¿no es todavía la oración?

Y del débil, es poderoso amparo, ¿no es la oración el consuelo, la luz que lo auxilia a dirigirse, como el prisma del faro que indica al náufrago la playa salvadora?

En el peligro, mediante estas dos palabras proferidas con fe "!mi Dios!" - envía el hombre toda una oración al creador. Ese clamor, ese ruego al todopoderoso ¿no expresa, como recuerdo, el instinto del socorro que de él espera recibir?

El marinero expuesto a los peligros, por falta de toda ayuda en medio de los elementos desencadenados, formula en su fe profunda un voto: ¡es oración cuya sinceridad sube radiosa a Aquel que lo puede salvar!

Y cuando ruge en la Tierra la tempestad, grandes y pequeños tiemblan al considerar su propia impotencia y, a esa voz poderosa que repercute en las profundidades de la tierra, oran y confiados dicen estas palabras: ¡Dios! ¡presérvanos de todo peligro! - Abandono completo, en la oración. A aquel que, por su voluntad, todo puede.

Cuando llega la edad en que nos abandona la fuerza, en que los años hacen sentir todo su peso, en que el alma entristecida por los sufrimientos, por la debilidad que la invade se siente incapaz de reaccionar; cuando, finalmente, el ser se ve postrado por la inacción, la oración, caudal refrigerante, le viene a calmar y fortalecer las últimas horas que debe permanecer en la Tierra.

A cualquier edad, cuando os asedian las pruebas, cuando sufre el cuerpo y, sobre todo, el corazón amargado ya no deja reposar feliz al pensamiento en lo que consuela y atrae, la oración, únicamente la oración, reclaman al alma, al pensamiento, al corazón, la calma que ya no poseen.

Cuando el encarnado, en la plenitud de sus energías, inspirado por el deseo de lo bello y de lo grande, refiere sus aspiraciones a todo lo que lo rodea, practica el bien, se torna útil, auxilia a los desgraciados y, celeste oración, fuerza del pensamiento, en sus actos y amparado por el fluido poderoso que del Mas Allá se le asocia, constante e invisible cadena del encarnado con los desencarnados es, para mí, ¡la oración!

Diré, pues, a todos, que la bondad inspira, a los que, en este siglo en que el pensamiento inquieto investiga sin firmeza, sienten la necesidad de una fe profunda y regeneradora: - Enseñad la oración a la criatura, ¡desde la cuna! Todo ser aún en el extravío de las pasiones, conserva el recuerdo de la impresión recibida en el umbral de la vida y torna a encontrar como consuelo, en el crepúsculo de la existencia recorrida, el encanto aún presente de los años benditos en que la criatura, iniciándose en la vida, respira sin temor, vive sin inquietud profiriendo en los brazos de su madre este nombre tan grande y tan dulce - "!Dios!" que ella le enseña a murmurar.

Sacando fuerzas y convicción en ese piadoso recuerdo, él repetirá con toda confianza, en el último adiós a la Tierra, la oración aprendida con la primera sonrisa.

JERÓNIMO DE PRAGA.

El CIELO ESTRELLADO. LOS MUNDOS

Médium, Srta. M. L.

¡Claridades siderales, caminos del cielo! ¡Vosotras, que indicáis a las almas las líneas ideales de su evolución; vosotras, que os extendéis por las profundidades de los espacios! Planetas, donde las almas os contemplan, no sois mas que polvo de oro, luminosos trazos en la oscuridad del cielo del estío. Para aquellos que, sin embargo, ya no aprisiona la tumba de la carne, planetas, estrellas, soles los verdaderos mensajeros del divino pensamiento; escribís en el misterioso y divino libro de la creación los gloriosos salmos con que Dios quiso distinguir su obra. ¡Soles, el perpetuo asombro de las criaturas es vuestro esplendor, les ha de siempre dar las sensaciones vertiginosas del infinito! ¡Oh nebulosas, vías-lácteas, constelaciones innumerables, sois como bacantes por el pensamiento de Dios embriagadas! Proyectáis vuestros eternos giros alrededor de los soles, como las antiguas sacerdotisas en torno al carro de Dios. Sacudís en los espacios las luminosas cabelleras y así lanzáis, a través de los tiempos, un testimonio fulgurante de vuestras existencias. Vuestros cíngulos se desatan, en las noches de verano en fajas ígneas; los bólidos, los globos abrazados se os desprendieran de los flancos y ceñís así el mundo, en los surcos luminosos por ellos dorados en el seno de los espacios.

Vuestras vibraciones armónicas hacen acompañamiento al himno sagrado de las almas, y nunca a vuestra melodiosa trayectoria, que parece más bella a nuestros ojos de lo que a la hora en que terminado, finalmente, el recorrido que Dios os asignó, o acabada vuestra tarea de patria de almas en evolución, iréis a despedazaros contra el obstáculo indicado por Dios, proyectando a través de los espacios, asombrados con vuestra desaparición, las partículas de esa materia de la que erais formados y que va a regresar al seno de Dios, para reconstituir otros universos.

Pasad, estrellas y planetas; seguid, rápidos y variados son vuestros giros, vuestras órbitas inmensas, parecen el símbolo de la eternidad; sois bellos y deslumbráis las humanas miradas; mas ¿qué sois para el alma? Lugares de pasaje, el caro albergue en que nos demoramos una noche, a escuchar los sones melodiosos que emiten los árboles al viento. Mas el viajero partió, la casa con las paredes rajadas se desmoronó; solo restan las viejas piedras, doradas por el Sol del estío, medio cubiertas por las desordenadas hiervas invasoras.

Ah sí os habéis de destruir, estrellas y planetas; no seréis mas que el polvo de un astro, planetas vagabundos por el cielo. Mas el alma permanecerá fiel a vuestro recuerdo, y, cuando cerca de ellas pase uno de esos bólidos, ha de ella reconocer algo de la antigua morada que Dios le destinara.

Tierra, tu que me viste pasar, que en tu seno recogiste las lágrimas que vertía el hombre por él dolor postrado, vas a desmoronarte ante tu Señor. Ya el alma prevé el tiempo en que has de ser apenas un planeta sin vida, y tememos tu desaparición. Así es la ley. ¡Oh Tierra oh madre mía! tu morirás; mas los millones de almas embrionarias que constituían tu materia, serán entonces liberadas y proseguirán en otro lugar su evolución. No deploremos, pues, tu suerte; ella es grande, y noble, está en armonía con la ley de Dios. Y cuando, alcanzadas otras altitudes morales mis ojos contemplen extasiados las fulgurantes constelaciones en la profundidad de los espacios, buscaré el lugar en el que, radiante por los pensamientos en que tu divino vestuario agita, deberías pasar.

Nada mas veréis que un recuerdo; encontrareis otras estrellas en formación, el espacio será todavía inmutable, otros planetas serán otras tantas tierras, portadoras de almas como las que hoy traes. Mas lo que fueran tus montañas, tus valles benditos en que resuena la voz de la Humanidad, ya ni siquiera serán un grano de polvo en el seno del firmamento. Nada mas restará de tu antigua forma. Ufánate, sin embargo, ¡oh Tierra! habrás cumplido tu deber. Las almas, gracias a ti, se habrán transportado a otros lugares, a los espacios en que circulan constantemente los pensamientos del amor impenetrable, que son la vida y la existencia de las almas deslumbradas por ese foco incesantemente renovado.

A Dios, Tierra, a tu Señor debes el amor y el reconocimiento, y yo sé que le rindes homenaje, porque oigo extasiado los melodiosos cantos que tu atmósfera, al pasar por el eterno éter, entona como las almas conscientes de la verdad.

Estrellas, inclinaos en vuestras órbitas radiosas: lanzad eternamente al firmamento los haces de luz que os revelan. ¡Estáis en el seno de Aquel que Es!

R.

RECUERDOS TERRESTRES. EL DESIERTO

Médium, Sta. M. L.

El desierto profundo y enrojecido se extiende cual mar remoto cerca de las colinas, donde clavo la vista en esas extensiones misteriosas y sin vida. El Sol se esconde, cae la noche y al tórrido calor del día va a suceder la sombra glacial. El desierto adormece, la vibración cayó. Aquí, allí, mal se destacan algunos espinosos y raquíticos arbustos. Son manchas pardas en esa sábana luminosa y informe, que las últimas claridades del Sol hacen brillar todavía. Mueren las horas al Sol del desierto; parece ya no existir el tiempo en la superficie de esa tierra árida y triste. El alma también queda absorta y no ve pasar ante sí mas que los grupos de estrellas en el sombrío fondo azul. ¡Envolví los hombros en el albornoz que mal me protegerá del frío, y tal vez ese gesto revele también mi inquietud y susto en presencia de ese horizonte inmenso que guarda el secreto de tantos muertos!... Me recojo también quiero esquivarme de ese misterio, del enigma de esas tierras desoladas. Escucho: ningún rumor de vida; apenas algunos murmullos del viento, algunas lejanas sonoridades que difícilmente el oído siente. La sombría y silenciosa majestad del desierto me conmueve y oprime.

Procuro dar un poco de vida a aquella soledad; me vuelvo hacia mi árabe y le pregunto dónde haremos la siesta. Se bien que no comprenderé sino a medias su respuesta; pero por lo menos oiré una voz humana. Esfuerzo inútil; el murmullo de mis palabras parece el grito de un insecto. Somos ridículamente humildes en ante el desierto. No es la voz de un hombre lo que lo pueda conmover; es preciso la del viento y de la tempestad. La extensión no vibró de humanos sonidos; despreció mis esfuerzos, del mismo modo que el próximo viento borrará los vestigios de mis pasos.

Las cumbres de las colinas se achican en el horizonte, semejantes a leones que tal vez duerman en sus antros. Se dirían esfinges agachadas, dormitando. Ellas guardan los misterios del desierto. Escucho; el silencio es siempre el dios del espacio, y solo la noche indica que hay un poder del tiempo. Mas, la Humanidad no respeta esa grandeza. Vamos a violar la poderosa y formidable soledad, y nuestros hijos buscarán en ella instalar sus aversiones.

El desierto es poderoso; luchará contra la invasión y por mucho tiempo sus estradas de rutilante esplendor conservarán el reflejo de la sangre de los audaces viajeros que le quisieron arrancar su secreto.

Un desconocido.

LA REENCARNACION

Médium, J. D.

La gran idea de la reencarnación es la única, mis hermanos, capaz de restaurar nuestra decadente sociedad. Solamente ella puede reprimir ese egoísmo avasallador que desagrega familia, patria y sociedad, y que substituye la generosa idea del deber por esa feroz concepción de una individualidad que se debe afirmar a todo costo.

El materialismo que destrozó la creencia en la vida futura y los dogmas incompletos, que desnaturalizan el principio sublime de las religiones, hicieron marchitar en el alma humana esas admirables flores de un ideal superior a las subalternas contingencias de la vida material y a la brutalidad impulsiva de los instintos.

Es preciso, mis hermanos, que alguna cosa venga a despertar en las almas el sentido de la vida espiritual.

Por mas que la Ciencia multiplique sus maravillas, por mas que el hombre consuma las admirables facultades de su inteligencia y de su genio, permanecen estériles todos sus esfuerzos si en sí mismo no posee las fuentes vivas de la vida espiritual; si no siente palpitar en sí esa vida imperecible, que le asegura la inmortalidad y lo vuelve consciente de ese Universo eterno, del que es una de las vivas y eternas partículas.

¡No, no!, hermanos, el hombre no es ese efímero y anónimo ser; partícula transitoria de la vida, que dura apenas un instante para sufrir y morir. El hombre es la vida, la vida eterna, individualizada en la substancia para adquirir consciencia de sí mismo y constituir la plenitud de la felicidad por la plenitud del conocimiento.

Sí, el hombre es grande: grande porque es el artífice de su propia grandeza; grande porque, con su propio esfuerzo, crea su futura personalidad; porque todas las adquisiciones de su inteligencia, de su razón y de su corazón, las debe él a su trabajo y experiencia.

¡Oh divina reencarnación! Por ti, el bruto inconsciente se convierte en un genio; por ti, el malo adquiere la bondad suprema y el ignorante el conocimiento de todas las cosas. Por ti, el hombre toma gradualmente conciencia de sí mismo; cada vida le trae una experiencia, cada existencia una fuerza y un poder nuevos; por ti, no hay dolor ni prueba que no tenga objetivo; toda alegría es una recompensa. Por ti, la más íntima solidaridad vincula a todas las criaturas, y el progreso, la formación de una sociedad mejor, es la obra común y secular.

Cuando la idea de la reencarnación se haya nuevamente señoreado de la mentalidad humana, el progreso social dará un paso inmenso. Las miserias y pruebas del hombre le parecerán menos dolorosas, porque tendrán para él un sentido positivo. Con mas seguridad ha de él saborear sus alegrías, porque sentirá que la vida se le tornó estable con la inmortalidad.

El Universo ya no le parecerá una implacable maquinaria cuyos engranajes trituraban despiadadamente a las criaturas, sin preocuparse con sus gritos y estertores.

El hombre comprenderá, entonces, que existe un foco inmenso, del cual es él llamado a tornarse una centella consciente y fecunda, después de haber aprendido, en la serie de sus vidas sucesivas, el secreto de la eterna vida, o sea: la inteligencia que sabe, la consciencia que actúa, y el amor que ama.

PASTOR B.

LA NATURALEZA

Médium, Srta. M. L.

Visité muchas veces vuestro bello país, cuando mi marido residía a las márgenes del Loire y conozco todo el encanto de la Primavera entre vosotros. Vi a los pájaros responder a sus polluelos, cuando su primer piar reclamaba imperiosamente más abundante nutrición. No tenéis los cálidos ardores meridionales, mas vuestro cielo es más suave: la luz de vuestros soles en el ocaso se diversifica y multiplica de nube en nube, y prolonga el crepúsculo.

Muchas veces escuché, como lo podréis hacer por vuestra parte, la leve caída de los blancos y aterciopelados copos de nieve. Los nidos balanzan, olvidados y vacíos, en las extremidades de las ramas despojadas de follaje. La Naturaleza parece muerta, mas, como toda verdadera obra de Dios, encierra la esperanza de las futuras primaveras. Mi alma es hermana del Invierno: en él duermen sus recuerdos. Se, sin embargo, que mi voluntad puede resucitar ese pasado de ayer y darme, con el permiso de Dios, la ilusión de las vidas transcurridas y la certeza de un mejoramiento siempre deseado. La Naturaleza es nuestra gran educadora; con ella aprendemos a balbucear el nombre divino y es ella la que canta, a la noche, el himno universal que la Humanidad escucha emocionada; transmite la alegría en nuestros corazones y nos hace ver la verdad, porque es la gran mediadora. Si supiésemos escuchar su voz, seríamos mas que hombres: habríamos adivinado la palabra divina.

Madame Michelet.

INVOCACIONES

Médium, Srta. B. R.

¡Oh Dios, tu que infundes, al mismo tiempo, noble terror y soberana admiración a los que tu nombre pronuncian, dígnate inundar con tu luz resplandeciente los débiles que a ti se dirigen en un grito de angustia y de amor!

A ti, mi Dios, se eleva lentamente mi pensamiento. En ti, foco de amor, busca mi alma abrazarse. Haz bajar a tu humana criatura tu ardiente soplo; haz caer el velo de ceguera que me cubre los ojos y me oculta tus inmensos horizontes; revela a mi ser tus infinitos esplendores; murmura a mi corazón palabras de vida; háblame, ¡oh TU, que en todo mi ser siento vibrar!

¡Dios! ¡Ser majestuoso de grandeza y de simplicidad, foco siempre ardiente de vida, amor y luz! Tu que en una eternidad sabes resumir el infinito! Tu, receptor al mismo tiempo de mis quejas y de mis jubilosas expansiones, tu, todavía, que me guías con tus radiantes meteoros, cuyo rápido paso ilumina mi sombrío asilo, ¡ampárame, consuélame! Tu finalmente, cuyo soplo abrasador me reanima la expirante llama, posa un instante sobre mí tu piedad; haz renacer en mí la centella desprendida de tu brasero de amor. ¡Oye mi oración! Envía, como respuesta, un rayo de tu pura claridad y haz que, en tu nombre, todo mi ser, en un sublime transporte, a ti se arroje.

I. ÍRIAC.

Imaginaran recientemente los sabios experimentadores ingleses, bajo el nombre de «cross-correspondence», un nuevo proceso de comunicación con lo invisible, que sería bien propio al atestar la identidad de los Espíritu cuyas manifestaciones se producen mediante la escritura mediúnica. Oliver Lodge lo describió en una reunión efectuada el 30 de enero de 1908, por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, de Londres.

"La "cross-correspondence" - dice él - o sea, la recepción por un médium, de una parte de comunicación, y de otra parte por otro médium, no pudiendo cada una de esas partes ser comprendida sin la adjunción de la otra, es buena prueba de que una única Inteligencia opera sobre los dos automatistas.

Si, a mas de eso, el mensaje presenta las características de un finado y es recibida a ese título por personas que no lo conocían íntimamente, se puede en eso la prueba de la persistencia de la actividad intelectual del desaparecido. Y si del mismo modo obtenemos un trecho de crítica literaria, enteramente conforme a su modo de pensar y que no podría ser imaginado por tercera persona, digo que la prueba es convincente. Tales las especies de pruebas que la Sociedad puede comunicar sobre ese punto."

Después de referirse a los esfuerzos en tal sentido empleados por los Espíritus de Gurney, Hodgson y Myers en particular, acrecienta el orador:

"Encontramos que sus respuestas a preguntas especiales son formuladas de un modo que caracteriza su personalidad y revela conocimientos que eran de su competencia."

"La pared que separa a los encarnados de los desencarnados - dice él al terminar - todavía se mantiene de pié, mas está estrechada en muchos lugares. A semejanza de los excavadores de un túnel, oímos, en medio del ruido de las aguas y de los otros rumores los golpes de las piquetas de nuestros camaradas del otro lado."

A eso no se limitaron los ingleses. Fundaran una oficina de comunicaciones regulares con el otro mundo. Fue el intrépido escritor W. Stead que lo organizó en Londres, a instancias de una amiga desaparecida, Srta. Julia Ames; y da ahí su denominación: «Oficina de Julia». Ese Espíritu se propone venir en auxilio, así de todos los desencarnados que tratan de entrar en relación con los vivos que atrás de sí dejaran, como de los encarnados afligidos con la perdida de un ente caro. Para ser admitido para solicitar una comunicación, Julia, que dirige personalmente las sesiones, no requiere sino de dos cosas: una afección lícita y sincera, y un estudio previo del problema espirita. No tolera retribución alguna. El solicitante, una vez tomado en consideración el pedido, es llevado a la presencia de tres médiums diferentes y todos los resultados son registrados.

Esa Oficina ya consiguió, desde su fundación, establecer numerosas comunicaciones con lo invisible. «Construyó un puente de una a otra margen de la tumba», con alguna razón lo dijo W. Stead.

Durante el primer trimestre de su existencia, centenas de pedidos le fueron dirigidos, la mayor parte aceptados por Julia. Calcula W. Stead que, por lo menos, 75 por 100 de los que pasaron por la triple prueba de los médiums recibieron respuestas concluyentes, en la mitad de los casos afirmando los solicitantes, de modo absoluto, que obtuvieron por uno u otro médium, sino por todos ellos, pruebas libres de toda contradicción (115).

La clientela de la Oficina de Julia está, principalmente, compuesta por personas cultas e instruidas: doctores, abogados, profesores, etc. Un reporter del «Daily News» relata que un día acompañó a un actor bien conocido, cuyo nombre causaría admiración por inmiscuirse en semejante asunto. Ese actor deseaba obtener la manifestación de un amigo fallecido.

Obtenido el consentimiento de Julia, fue, como de costumbre, puesto sucesivamente en contacto con los tres médiums, asistidos por un estenógrafo, siendo redactado en cada sesión un detallado relatorio. En una de las sesiones, su casa fue exactamente descrita con los alrededores; en otra recibió un mensaje que juzgó provenir, con certeza, del amigo fallecido.

(115) Ver la "International Review", setiembre de 1909.

*

Siendo el mundo de los Espíritus, en gran parte, constituido por las almas que vivieron en la Tierra, y siendo las Inteligencias mas desarrolladas, en un medio como en el otro, un pequeño número, fácilmente comprenderemos que en su mayor parte las comunicaciones de mas allá de la tumba sean desprovistas de grandeza y originalidad. Casi todas, entre tanto, tienen un carácter moral incontestable y denotan loables intenciones. ¡Cuantas personas desoladas han podido, por ese medio, recibir de los que amaron y juzgaban perdidos, palabras de ánimo y consuelo!

¡Cuantas almas vacilantes en el obscuro camino del deber han sido animadas, desviadas del suicidio, fortalecidas contra las pasiones, mediante exhortaciones venidas del otro mundo!

Por encima todavía de esas manifestaciones, cuya utilidad es tan evidente y cuyo efecto moral es tan intenso, es preciso colocar ciertas comunicaciones extraordinarias, suscritas por modestos nombres o términos alegóricos, mas animadas de un soplo vigoroso y que traen, en su forma y enseñanzas, el sello de Espíritus verdaderamente superiores. Fue con documentos de esa naturaleza que se constituyó la doctrina del Espiritismo. Allan Kardec recogió gran número de ellas. Aun después, no se estancaron esas fuentes del pensamiento sobrehumano; ellas han continuado fluyendo para la Humanidad.

Los fenómenos de escritura directa o automática son completados y confirmados por los hechos de incorporación (l16). En estos, los Espíritus ya no se contentan con ella y la comunicación de los Espíritus se verifica a través de los órganos de un médium adormecido. Este por ellos inmerso en sueño magnético, abandona su envoltorio para este ser usado por personalidades invisibles, que de él se apoderan para conversar con los asistentes. Por ese medio, sugestivas conversaciones son entabladas entre los habitantes del espacio y los parientes y amigos que dejaran en la Tierra.

En las manifestaciones de la escritura mecánica, ya la identidad de los Espíritus se verifica por la forma de los caracteres trazados, por la analogía de las firmas, por el estilo y hasta por los errores de grafía habituales a esos Espíritus, y que reaparecen en sus comunicaciones.

En los fenómenos de incorporación, esa identidad se torna aun más evidente. Por sus actitudes, gestos y decires, el Espíritu se revela tal cual era en la Tierra. Los que lo conocieron en su precedente encarnación, lo reconocieron íntegramente al mismo; su individualidad reaparece en locuciones características, en expresiones que le eran familiares, en mil particularidades psicológicas que escapan al análisis y solo pueden ser apreciadas por los que estudiaron de cerca ese fenómeno.

Nada más emocionante, por ejemplo, que oír a una madre, venida del mas allá de la tumba, exhortar y reanimar a los hijos que dejó en este mundo. Nada más curioso que ver Espíritus de las más diversas categorías animar sucesivamente

el envoltorio de un médium y manifestarse a los asistentes, por la palabra y por el gesto. Para cada uno de ellos la fisionomía del sensitivo se transforma, la voz muda, la expresión fisionómica se modifica. Por el lenguaje y actitudes la personalidad del Espíritu se revela, antes aun que de su nombre.

Tuvimos, por mucho tiempo, en un círculo de experimentación a cuyos trabajos presidíamos, dos médiums de incorporación. Uno servía de órgano a los Espíritus protectores del grupo. Cuando uno de estos lo animaba, las líneas de su rostro adquirían una expresión angelical, la voz se suavizaba, se tornaba melodiosa.

(116) Ver "En lo Invisible", cap. XIX.

El lenguaje revestía formas de pureza, poesía, elevación muy por encima de las facultades personales del sensitivo. Su vista parecía penetrar hondo el corazón de los asistentes. Les Leía los pensamientos; dirigía, nominalmente a cada uno, avisos, advertencias relativas a su estado moral y a su vida privada, lo que denotaba, luego a primera vista, conocimiento perfecto del carácter y del estado de consciencia de todos. Hablaba sobre cosas íntimas, solo conocidas por ellos. Imponíase a todos por su aire majestuoso, del mismo modo que por la sabiduría y dulzura de sus expresiones. La impresión producida era profunda. Todo parecía vibrar e iluminarse,

alrededor de ese Espíritu. Al retirarse, sentíamos que alguna cosa muy grande pasara entre nosotros.

Casi siempre un segundo Espíritu, de cierta elevación mas de carácter muy diferente, le sucedía en el cuerpo del médium. Ese Espíritu tenía la palabra rápida y fuerte, el gesto enérgico y dominador. Su ciencia era basta. Aceptara la responsabilidad de dirigir los estudios morales y filosóficos del grupo y sabía resolver los más difíciles problemas. Nosotros lo teníamos en gran consideración y nos complacíamos en obedecerle.

Para cualquier recién llegado, sin embargo, era un espectáculo extraño ver intercambiarse, en el frágil cuerpo de una señora de maneras tímidas y modestos conocimientos, dos Espíritus de carácter tan elevado y tan diferentes.

El segundo médium no ofrecía, en las manifestaciones de que era agente, el menor interés. Era una señora elegante e instruida, esposa de un oficial superior y que parecía, a primera vista, reunir las mejores condiciones para fenómenos de carácter transcendente. Ahora, en la práctica, era exactamente lo contrario que se verificaba. Esa señora servía habitualmente de instrumento a Espíritus poco adelantados, que habían ocupado en la Tierra diversas posiciones. Era interesante oír, por ejemplo, a una ex vendedora de legumbres de Amiens expresarse en algarabía picarda, por la voz de una persona de maneras distinguidas y que nunca estuviera en Picardía. El lenguaje de la médium, correcto y selecto cuando estaba despierta, de lapsos y de expresiones regionales durante el sueño magnético, cuando el Espíritu de Sofía intervenía en nuestras sesiones. Después que este se aparaba, otros Espíritus lo venían a substituir desfilando, por así decir, en el envoltorio de la sensitiva y presentándonos sucesivamente los tipos mas disparatados: un antiguo sacristán de voz untuosa y pausada, emitida en tono bajo, como si estuviese en la iglesia; un ex-abogado de gesto imperioso y aire sarcástico, de palabra ríspida y grave, etc.

Otras veces, eran escenas conmovedoras, de arrancar lágrimas a los asistentes. Amigos del mas allá venían a traer a la memoria recuerdos de la infancia, servicios prestados, errores cometidos; exponer su modo de vida en el espacio, hablar de las alegrías o de los sufrimientos morales cogidos después de la muerte, conforme a su norma de vida en la Tierra. Asistíamos a animadas conversaciones entre Espíritus, conmovedoras disertaciones sobre los misterios de la vida y de la muerte, sobre todos los grandes problemas del Universo, y, cada vez, nos sentíamos emocionados y fortalecidos. Esa íntima comunión con el mundo invisible revelaba infinitas perspectivas a nuestro pensamiento; influía en todos nuestros actos, nos aclaraba con una luz intensa el camino de la existencia todavía tan oscura y tortuosa para la multitud de los que la recorren. Vendrá el día en que la Humanidad conocerá el valor de esas enseñanzas y de ellas participará. En ese día, se habrá renovado la faz del mundo.

Después de haber pasado en revista los principales fenómenos que sirven de base al moderno Espiritualismo, quedaría incompleto nuestro resumen si no dijésemos algunas palabras acerca de las objeciones presentadas y de las teorías adversas, con que se ha procurado explicarlos.

Está, en primer lugar, la negación absoluta. El Espiritismo, han dicho, no es mas que un conjunto de fraudes y de embustes. Todos los hechos extraordinarios en que se basa son simulados.

Es verdad que algunos impostores han buscado imitar esos fenómenos; mas los artífices han sido fácilmente descubiertos y los espiritas fueron los primeros en denunciarlos. En casi todos los casos mencionados arriba: levitación, apariciones, materialización de Espíritus, los médiums fueron atados, amarrados a la misma silla; frecuentemente, los experimentadores les inmovilizaban los pies y las manos. A veces, fueron todavía colocados en jaulas cerradas, especialmente preparadas para ese fin, y cuya llave quedaba en poder de los operadores, alineados alrededor del médium. Fue en tales condiciones que numerosos casos de materialización de fantasmas se produjeron.

En suma, las imposturas fueron casi siempre desenmascaradas y muchos fenómenos jamás fueron imitados, por la simple razón de que escapan a toda imitación.

Los fenómenos espiritas han sido observados, verificados, inspeccionados por sabios escépticos, que pasaron por todos los grados de la incredulidad y cuya convicción no se formó sino poco a poco, bajo la presión de los hechos.

Esos sabios eran hombres de laboratorio, físicos y químicos experimentados, médicos y magistrados. Poseían todos los requisitos necesarios, toda la competencia para desenmascarar los más hábiles fraudes, para frustrar las mas bien urdidas tramas. Sus nombres pertenecen al número de los que son para toda la Humanidad objeto de respeto y veneración. Al lado de esos hombres ilustres, todos los que se han entregado a un estudio paciente, concienzudo y perseverante de esos fenómenos, vienen a afirmar su realidad; al paso que la critica y la negación emanan de personas cuyo pronunciamiento, basado en insuficientes nociones, solo puede ser superficial.

Sucedió a algunos de ellos lo que muchas veces acontece a los observadores inconstantes. No obtuvieran mas que mediocres resultados, a veces aun negativos, y se tornaron más escépticos que antes. No quisieron tomar en consideración una cosa esencial: que el fenómeno espirita es regido por leyes, sometido a condiciones que importa conocer y observar (l17). Su paciencia se cansó muy deprisa. Las pruebas que exigen no se obtiene en pocos días. W. Crookes, Russell Wallace, Zòllner, Aksakof, Dale Owen, Robert Hare, Myers, Lombroso, Oliver Lodge y otros muchos sabios estudiaron la cuestión largos años. No se contentaron con asistir a algunas sesiones mas o menos bien dirigidas y en las que buenos médiums funcionasen. Se dieran, ellos mismos, el trabajo de investigar los hechos, de acumularlos y analizar; penetraron hasta el fondo de las cosas. Por eso, fue su perseverancia coronada de éxito y su método de investigación puede ser ofrecido como ejemplo a todo investigador severo.

Entre las teorías lanzadas a la circulación para explicar los fenómenos espiritas, la de la alucinación ocupa siempre el mayor lugar. Perdió, mientras, toda la razón de ser, a la vista de las fotografías de Espíritus obtenidas por Aksakof, Crookes, Volpi, Ochorowicz, W. Stead y tantos otros.

No se fotografían alucinaciones.

Los invisibles no solamente impresionaron las placas fotográficas, como también instrumentos de precisión, como los aparatos de Marey (l18); levantan objetos materiales y los transforman y recomponen; dejan impresiones en la parafina derretida. Están ahí otras tantas pruebas contra la teoría de la alucinación, ya sea individual, ya colectiva.

Ciertos críticos acusan a los fenómenos espiritas de vulgaridad, grosería, trivialidad; los consideran ridículos. Esas apreciaciones prueban incompetencia. Las manifestaciones no

(117) Ver "En lo Invisible", caps. IX y X.

(118) Ver "Annales des Sciences Psychiques", agosto, setiembre y noviembre 1907 y febrero de 909.

pueden ser diferentes de lo que habrían sido, proviniendo del mismo Espíritu, estando en la Tierra.

La muerte no nos cambia y nosotros somos, en la otra vida, exclusivamente lo que nosotros hicimos aquí en la Tierra. De ahí la inferioridad de tantos seres desencarnados.

Por otro lado, esas manifestaciones groseras y triviales tienen su utilidad, porque son lo que mejor nos revela la identidad del Espíritu. Ellas han convencido a innumerables experimentadores de la realidad de la sobrevivencia; poco a poco los levaron a observar, a estudiar fenómenos de orden mas elevado. Porque, como vimos, los hechos se encadenan y ligan en orden gradual, en Virtud de un plan que parece indicar la acción de un Poder, de una voluntad superior, que trata de arrancar a la Humanidad de su indiferencia e impelerla hacia el estudio y a la investigación de su destino. Los fenómenos físicos, mesas parlantes, casas embrujadas, eran necesarios para atraer la atención de los hombres, mas en eso es necesario apenas ver medios preliminares, un encaminamiento hacia mas elevados domínios del conocimiento.

Por mucho tiempo fue el Espiritismo considerado cosa ridícula: por mucho tiempo fueron los espiritas ridiculizados, escarnecidos, acusados de locura. Mas, en todos los que se hicieron portadores de una idea, de una fuerza, de una verdad nueva ¿no sucedió la misma cosa? ¡LOCO! dijeron de Galileo; ¡locos Giordano Bruno, Galvani, Watt, Palissy, Salomón de Caus!

La senda del progreso es, muchas veces, ingrata para los innovadores. Ha sido regada por muchas lágrimas y por mucha sangre. Aquellos, cuyos nombres acabamos de citar, tuvieron que abrir camino a través de la conspiración de los intereses. Eran despreciados por unos, detestados y perseguidos por otros. Lucharon y sufrieron; comparativamente con ellos, los que son hoy apenas ridiculizados deben considerar sumamente benigna su suerte. Fue inspirándose en esos grandes ejemplos que los espiritas aprendieron a soportar con paciencia los sufrimientos. Una cosa los ha consolado de todos los sarcasmos: es la certeza de que también son portadores de un beneficio, de una fuerza, de una luz para la Humanidad.

En cada siglo la Humanidad rectifica sus apreciaciones. Lo que parecía grande se torna pequeño, lo que se figuraba pequeño se agiganta. Hoy mismo, ya se comienza a comprender que el Espiritismo es uno de los más considerables acontecimientos de los modernos tiempos, una de las más notables formas de la evolución del pensamiento, el germen de una de las mayores revoluciones morales que el mundo habrá, por ventura, conocido.

Cualesquiera sean los motes de que es objeto, es preciso reconocer que es al Espiritismo que la nueva ciencia psíquica debe su nacimiento, porque sin él, sin el impulso que le dió, todos los descubrimientos que se vinculan a esa ciencia no habrían surgido.

En lo que concierne al estudio de las manifestaciones de los Espíritus, se sienten los espiritas en muy buena compañía. Los nombres ilustres de Russell Wallace, de Crookes, Robert Hare, Mapes, Zòllner, Aksakof, Butlerof, Wagner, Flammarion, Myers, Lombroso, han sido

repetidamente citados. Se ven también sabios como los profesores Barrett, Hyslop, Morselli, Bottazzi, William James, de la Universidad de Harvard, Lodge, rector de la Universidad de Birmingham, el profesor Richet, el coronel de Rochas, etc., que no consideran indignos de ellos tales estudios. ¿Que pensar, después de eso, de las acusaciones de ridículo y locura? Que prueban ellas sino esta cosa aflictiva: que el imperio de la rutina subsiste en ciertos medios.

El hombre se inclina, muchísimas veces, a juzgar los hechos en el límite del estrecho horizonte de sus preconceptos y de sus conocimientos. Es preciso elevar mas, proyectar mas lejos la mirada y medir su debilidad de cara al Universo. Así aprenderá a ser modesto, a no rechazar nada ni condenar sin previo examen.

Se ha buscado explicar todos los fenómenos del Espiritismo por la sugestión y por la doble personalidad. En las experiencias, dicen, el médium se sugestiona a sí mismo, o, que todavía, padece la influencia de los asistentes.

La sugestión mental, que no es otra cosa sino la transmisión del pensamiento, no obstante las dificultades que presenta, se puede comprender y establecer entre dos cerebros organizados, por ejemplo entre el magnetizador y el sensitivo. ¿Se puede, no obstante, creer que la sugestión opere sobre mesas? ¿Se puede admitir que objetos inanimados sean aptos para recibir y reproducir las impresiones de los asistentes?

Con esa teoría no se podrían explicar los casos de identidad, las revelaciones de hechos, de fechas, ignorados por el médium y por los circunstantes, las cuales se producen muchísimas veces en las experiencias, tanto como las manifestaciones contrarias a la voluntad de todos los espectadores. Algunas veces, particularidades absolutamente ignoradas por cualquier criatura en la Tierra, han sido reveladas por médiums, y después averiguadas y reconocidas como exactas. De eso hay ejemplos notables en la obra de Aksakof, «Animismo y Espiritismo» y en la de Russell Wallace, «El Moderno Espiritualismo», así como casos de mediunidad verificados en criaturas de tierna edad, las cuales, del mismo modo que los precedentes, no podrían ser explicados por la sugestión (l19).

Según los Srs. Pierre Janet y Ferré (120) - está ahí una explicación de la que frecuentemente se sirven los adversarios del Espiritismo - debe compararse al médium escribiente con un sensitivo hipnotizado, al cual se sugiere una personalidad durante el sueño, y que, al despertar, ha perdido el recuerdo de esa sugestión. El sensitivo escribe inconscientemente una carta, un relato referente a esa persona imaginaria. Ahí está, dicen, el origen de todas las comunicaciones espiritas.

Todos los que poseen alguna experiencia en el Espiritismo saben que esa explicación es inadmisible. Los médiums, escribiendo de un modo automático, no son previamente inmersos en sueño hipnótico. Es en el estado de vigilia, en la plenitud de sus facultades y de su «yo» conciente que los médiums escriben, bajo el impulso de los Espíritus. En las experiencias dwl Sr. Janet, hay siempre un hipnotizador en contacto magnético con el sensitivo. No es eso lo que se dá en las sesiones espiritas; ni el evocador, ni los asistentes actuan sobre el médium; este ignora absolutamente el carácter del Espíritu que va a intervenir. Muchas veces todavía, las preguntas son dirigidas a los Espíritus por parte de incrédulos, mas dispuestos a combatir la manifestación que a facilitarla.

El fenómeno de la comunicación gráfica no consiste únicamente en el carácter automático de la escritura, mas, sobretodo, en las pruebas inteligentes, en as identidades que testifica. Ahora, las experiencias del Sr. Janet nada semejante ofrecen, absolutamente. Las comunicaciones sugeridas a los sensitivos hipnotizados son siempre de desalentadora banalidad, mientas que los mensajes de los Espíritus contienen, muchas veces, indicaciones, revelaciones que se relacionan con la vida presente y pasada de seres

(119) Ver, nota complementaria nº 13, el caso del profesor Hare.
(120) P. Janet, "El automatismo psicológico".

que en la Tierra conocemos, que fueron nuestros amigos o parientes, particularidades ignoradas por el médium y que revisten el sello de certeza que los distingue, absolutamente, de las experiencias de hipnotismo.

No se conseguiría, mediante la sugestión, hacer escribir a analfabetos, obtener, por medio de un velador, poesías como las que recogió el Sr. Jaubert, presidente del Tribunal de Carcassone y que obtuvieran premios en los juegos florales de

Tulus. Ni por ese medio se podría, igualmente, provocar la aparición de manos, de formas humanas, ni aun la escritura en pizarras traídas por observadores que no las soltaron un momento.

Es preciso recordar que la doctrina de los Espíritus fue constituida mediante numerosas comunicaciones, obtenidas por médiums escribientes, a los que eran absolutamente extrañas tales enseñazas. Casi todos habían sido acunados en su infancia por las enseñanzas de las iglesias, por las ideas del infierno y del paraíso. Sus convicciones religiosas, las nociones que sobre la vida futura poseían, estaban en flagrante oposición con las opiniones expuestas por los Espíritus. En ellos no había ninguna idea preconcebida de la reencarnación, ni de las vidas sucesivas del alma ni de la verdadera situación del Espíritu después de la muerte, cosas esas expuestas en las comunicaciones obtenidas. Hay en eso una objeción irrefutable a la teoría de la sugestión; la realidad objetiva de las comunicaciones resalta con mayor vigor, ya que los mediums no estaban de ninguna manera preparados, por su educación y por sus opiniones personales, para las concepciones transmitidas por los Espíritus.

Es evidente que, en medio de la enorme cantidad de hechos espiritas actualmente registrados, muchos hay mediocres y poco concluyentes, otros que pueden ser explicados por la sugestión o por la exteriorización del sensitivo. En ciertos grupos espiritas, son las personas llevadas a aceptar todo como procedente de los Espíritus, y no apartan convenientemente los fenómenos dudosos. Por muy amplia, sin embargo, que sea la parte atribuida a estos, resta un imponente conjunto de manifestaciones inexplicables por la sugestión, por el inconsciente, por la alucinación y por otras teorías análogas.

Los críticos proceden siempre de modo uniforme respecto al Espiritismo. No se ocupan sino de un género especial de fenómenos y se alejan de propósito de la discusión todo lo que no pueden comprender ni refutar. Ya que creían haber encontrado la explicación de algunos hechos aislados, se apresuran a concluir por el absurdo del conjunto. Ahora, casi siempre su explicación es inexacta y deja en la penumbra las pruebas más flagrantes de la existencia de los Espíritus y de su intervención en las cosas humanas.

Otra teoría, muchas veces invocada por los contrarios de la idea espirita, es la del inconsciente, o del ego inconsciente. A ella se refieren numerosos sistemas, oscuros y complicados.

Según esa teoría, dos seres coexistirían en nosotros: uno consciente, que se conoce y se posee; otro inconsciente, que a sí mismo se ignora, como es por nosotros ignorado y que, todavía, posee facultades superiores a las nuestras, puesto que le son atribuidos todos los fenómenos del magnetismo y del Espiritismo; y no solo habría un segundo «nosotros mismos», sino también un tercero, un cuarto y hasta mas, porque ciertos teóricos admiten en el hombre la existencia de gran número de personalidades, de consciencias diferentes. Ese sistema es conocido con el nombre de policonciencia.

Tal como lo demostró el Sr. Ch. Richet en su libro «El hombre y la inteligencia, el sonambulismo provocado», lo que se denomina la doble personalidad representa, simplemente, los diversos estados de una única e idéntica personalidad. Así también el inconsciente no es mas que una forma de la memoria, el despertar en nosotros de recuerdos, de facultades, de capacidades adormecidas (121).

Los teóricos del inconsciente pretenden, por ese medio, combatir lo maravilloso e inventan un sistema aun más fantástico y complicado que todo lo que combaten. No solo su teoría es ininteligible, mas no explica absolutamente los fenómenos espiritas, porque no se puede comprender como el inconsciente produciría formas de finados, comunicaciones inteligentes por medio de sonidos o de golpes, y todos los otros hechos testimoniados por experimentadores de todos los países.

También se pretendió atribuir los mensajes dictados en sesión a una especie de conciencia colectiva, que se desprendiese del conjunto de los asistentes. Concepción ilógica, si así fuese. Un hecho lo va a demostrar.

En el día 25 de octubre de 1908, fue realizada una sesión, de mañana, en París, en el escritorio del Sr. H. Rousseau, en el 16 Boulevard Beaumarchais. Durante la siguiente refección, en el domicilio de la familia, en Vincennes, una sucesión de golpes llamó la atención. Alguien deseaba ser atendido y el médium, una hija de la familia, fue solicitado por ese invisible para rectificar ciertos errores de particularidades cometidas, de mañana, en París. Sería preciso, pues, admitir que ese hipotético ser, ese subconsciente, emanación de todo un grupo, persistiese después de la partida de la mayoría y pudiese venir, en otro medio, a impresionar al médium para hacer corregir, con inteligencia y precisión, las indicaciones erróneas, registradas de mañana.

Casi siempre se confunde al subconsciente, ya sea con el doble fluídico, que no es un ser y sí un organismo, ya sea con el Espíritu familiar, prepuesto a la guardia de toda alma encarnada en este mundo.

Se puede preguntar en virtud de que acuerdo universal esos inconscientes ocultos en el hombre, que se ignoran entre sí y a sí mismos se ignoran, son unánimes, en el curso de las manifestaciones ocultas, en autodenominarse Espíritus de muertos.

Por lo menos, es lo que hemos podido verificar en las innumerables experiencias en que hemos tomado parte durante mas de treinta años, en tan diversos lugares, en Francia y en el extranjero. En ningún lugar se presentaron los seres invisibles como inconscientes, o «egos» superiores de los médiums y de otras personas presentes, mas siempre como personalidades diferentes, en la plenitud de su conciencia, como individualidades libres, habiendo vivido en la Tierra, conocidos de los asistentes, en la mayoría de los casos con todos los caracteres de un ser humano, sus cualidades y defectos, sus flaquezas y virtudes, y dando frecuentes pruebas de identidad (122).

Lo más notable en eso, convengamos, es la argucia, la fecundidad de ciertos pensadores, su habilidad para idear teorías fantásticas, con la intención de esquivarse de las realidades que les desagradan y los incomodan.

Indudablemente, no previeron todas las consecuencias de sus sistemas; cerraron los ojos a los resultados que de ellos se pueden deducir. No ponderando que esas doctrinas funestas aniquilan la conciencia y la personalidad, dividiéndolas, son conducidos, fatal y lógicamente, a la negación de la libertad, de la responsabilidad y, por consiguiente, a la destrucción de toda la ley moral.

Con esa hipótesis, efectivamente, el hombre sería una dualidad, o una pluralidad mal equilibrada, en que cada consciencia actuaría a su voluntad, sin preocupación de las otras. Son tales nociones que, penetrando en las almas, tornándose para ellas una convicción, un argumento, que las impelen a todos los excesos.

(121) Ver "El Problema del Ser y del Destino", cap. IV.

(122) Ver nota complement.nº 12.En lo Invisible,"Identidad de los Espíritus", cap.XXI.

Resumamos. Todo, en la Naturaleza y en el hombre, es simple, claro, armónico. El espíritu de sistema es lo que complica y oscurece todo.

Del examen atento, del estudio constante y profundo del ser humano, resulta una cosa: la existencia en nosotros de tres elementos: el cuerpo físico, el cuerpo fluídico o perispíritu, y, finalmente, el alma o espíritu. Lo que se llama el inconsciente, la segunda persona, el yo superior, la policonciencia, etc., es simplemente el espíritu que, en ciertas condiciones de desprendimiento y de clarividencia, siente en sí mismo producirse como una manifestación de potencias ocultas, un conjunto de elementos que estaban momentáneamente escondidos bajo el velo de la carne.

No, ciertamente; el hombre no posee muchas conciencias. La unidad psíquica del ser es la condición esencial de su libertad y de su responsabilidad. En él, sin embargo, hay muchos estados de consciencia. La proporción que el Espíritu se desprende de la materia y se emancipa de se envoltorio carnal, sus facultades, sus percepciones se amplían, despiertan los recuerdos, se dilata la irradiación de la personalidad. Es lo que, algunas veces, se produce en el estado de «transe», de sueño magnético.

En ese estado, el velo espeso de la materia se levanta y las capacidades latentes reaparecen. De ahí, ciertas manifestaciones de una misma Inteligencia, que ha podido hacer creer en una doble personalidad, en una pluralidad de conciencias.

Eso no basta, entre tanto, para explicar los fenómenos espiritas: en la mayoría de los casos, la intervención de Inteligencias extrañas, de voluntades libres y autónomas, se impone como la única explicación racional.

No citaremos sino accidentalmente la teoría que atribuye a los demonios esas manifestaciones. Es un argumento bien sedicioso, porque de él se ha hecho uso en todos los tiempos y contra casi todas las innovaciones. «Debe juzgarse al árbol por sus frutos» - dice la Escritura. Ahora, si examinamos todo el bien moral que ya realizó en el mundo el Espiritismo, si consideramos cuantos escépticos, indiferentes, sensuales, han sido encaminados por él hacia una concepción mas elevada y saludable de la vida, de la justicia y del deber; cuantos ateos reconducidos al pensamiento de Dios, tendremos que concluir que el demonio, si es el autor de los fenómenos de mas allá de la tumba, trabaja contra sí mismo, en detrimento de sus propios intereses. Lo que en otro lugar (123) dijimos del infierno y de los demonios, nos dispensa de insistir en este punto. Satanás no pasa de un mito. No hay ser destinado eternamente al mal.

Si en la mayor parte las críticas formuladas contra el Espiritismo son injustas y erróneas, fuerza es reconocer que, entre ellas, algunas hay fundadas. Muchos abusos se oponen a la marcha y desarrollo del moderno espiritualismo. Esos abusos no deben ser atribuidos a la idea, en sí misma, sino a la mala aplicación que de ella es hecha en ciertos medios. ¿No se da eso con todas las cosas humanas? No hay idea alguna, por mas santa y respetable, que no haya ocasionado abusos: es la inevitable consecuencia de la inferioridad de nuestro mundo. En lo que respecta al Espiritismo, debemos señalar, antes de todo, la mediunidad venal, que induce a muchos sensitivos a la simulación de los fenómenos y, en segundo lugar, a las nocivas prácticas

adoptadas en algunos grupos carentes de saber, de preparación y dirección. Muchas personas hacen del Espiritismo una frívola diversión y, por medio de lo que se denomina «danza de las mesas», atraen a Espíritus inferiores y livianos; estos, no tienen escrúpulo en mistificarlas y trabar con ellas relaciones que pueden conducir hasta la obsesión.

(123) Ver "Después de la Muerte", cap. XXXVII.

Otras se dedican, sin fiscalización, a la escritura mediúnica y obtienen copiosas comunicaciones, subscriptas por nombres célebres, las cuales no pasan de mediocres, sin estilo ni originalidad.

Hay, así, un Espiritismo de baja esfera, dominio exclusivo de los Espíritus inferiores, no raramente viciado de fraude, mentira, embuste, y contra el cual nunca sería por demás precavernos.

Son esas prácticas las que han hecho creer en la intervención de demonios, cuando no se trata sino de Espíritus vulgares y atrasados. Basta adquirir alguna experiencia de esas cosas, para distinguir la naturaleza de los seres invisibles y eximirse a las celadas de los Espíritus inferiores. Estos abusos han sido señalados muchas veces, y aun exagerados sin embarazo. De ellos se han valido para combatir al moderno espiritualismo. Grave error, no obstante, sería no ver en la práctica del Espiritismo sino esos inconvenientes y, con el pretexto de evitarlos, querer privar a la Humanidad de las ventajas reales, considerables, que puede extraerse de un estudio serio, de una prudente y reflexiva práctica de la mediunidad. En cuanto a los peligros que presenta el Espiritismo, fácilmente pueden ser conjurados, absteniéndose las personas, en las sesiones, de todo pensamiento frívolo, de todo objetivo interesado, procediendo a las evocaciones con piadoso y elevado sentimiento. «Los semejantes se atraen», dice el proverbio. Nada mas verdadero en el dominio de los estudios ocultos. Las preguntas banales y frívolas bromas, usuales en ciertos medios, atraen a los Espíritus mistificadores. Las disposiciones serias, al contrario, los pensamientos graves y el recogimiento, agradan a las Inteligencias superiores.

Es peligroso trabajar solo, sin inspección, sin protección eficaz; es peligroso entregarse aisladamente a las evocaciones espiritas. Para evitar las malas influencias y manifestaciones groseras, se debe buscar la ayuda de un pequeño número de personas ilustradas, dedicadas al bien, bajo la dirección de un creyente experimentado. En esas condiciones, pedir a Dios, con el corazón sincero, permita a un Espíritu elevado prestaros su amparo, apartar a las mónadas de la sombra, facilitar el acceso en vuestro grupo a los que amáis y cuya ausencia os aflige; pedid a las Inteligencias superiores os administren sus enseñanzas y os guíen los pasos en ese fecundo campo de la comunión espiritual.

Si vuestros sentimientos fueran desinteresados, si no procuraseis en ese estudio sino un medio de purificación, ellos serán felices en acudir a vuestro llamado y el Espiritismo se tornará fuente de ilustracion y de inspiraciones elevadas.

*

De nuestra explicación resulta que llegamos a una hora decisiva en la historia de la Ciencia.

La ciencia experimental franqueó el límite que separa dos mundos, el visible y el invisible. Ella se encuentra en presencia de un infinito vivo. Era lo que decía el profesor Ch. Richet, de la Academia de Medicina de París, en su relatório sobre las sesiones espiritas de Milán: «Es un mundo nuevo que se nos abre. » De medio siglo para acá, lentamente, mas con seguridad, se encamina la Ciencia, de descubrimiento en descubrimiento, hacia el conocimiento de la vida fluídica, invisible, de perfecta conformidad con las enseñanzas del moderno espiritualismo. De esa concordancia va a resultar la más firme certeza, que jamás el hombre poseyó, de la sobrevivencia del alma y de su indestructibilidad.

Actualmente, esa cuestión, acompañada de cerca durante años, resuelta por un gran número de sabios que la han estudiado, aun no lo fue por la ciencia oficial, que duda todavía: mas ese veredicto no puede tardar. Por encima de las cuestiones de interés, de las rivalidades, superior a los sofismas, a las sutilezas, a las contradicciones, el problema se presenta imperativo al tribunal del pensamiento. En presencia de los hechos espiritas, de su persistencia, de su incesante renovación y prodigiosa variedad, es forzoso pronunciarse y decir si la muerte es la nada, o si hay, de hecho, un destino para el hombre.

Este es un debate verdaderamente grave y solemne. Todas las negaciones y todas las esperanzas están en cuestión. Todas las escuelas tienen interés en la solución del problema, en saber si hay, como lo establecimos, una prueba objetiva de la sobrevivencia del ser, limpia de todo carácter místico.

Las escuelas materialistas de un lado, las iglesias del otro, se inquietan y se agitan, porque en eso descubren un motivo de decadencia y debilidad para ellas, al mismo tiempo que sería, realmente, esa comprobación de la sobrevivencia, un medio de aproximación y conciliación. De ahí, también, todas las censuras, todas las protestas que se suscitan. Cualesquiera que sean, sin embargo, la indecisión de la Ciencia, la oposición de las escuelas, la obstinación con que son combatidas las nuevas ideas y los descubrimientos que la originaron, las potencias invisibles que operan en el mundo no emplearán menos tenacidad y energía en defenderlas y propagarlas, porque, mas alto que el interés de las escuelas, que las teorías y sistemas, hay una cosa que debe triunfar e imponerse: la verdad.

Hay mucho reprimido en sus profundidades, ya sea por el materialismo que le negaba la existencia, ya sea por el Iglesia que, con el pretexto de hechicería, le condenaba las manifestaciones, el mundo invisible se retrajera. Ahora, entra nuevamente en acción. Las manifestaciones ocultas se producen bajo todas las formas, desde las más banales a las más trascendentes, conforme el grado de elevación de las Inteligencias que intervienen. Ellas se manifiestan de conformidad con un plan majestuoso, cuyo fin claramente se rebela, y no es otro sino mostrar al hombre que él no es apenas materia perecible, mas que tiene dentro de sí una esencia que sobrevive al cuerpo y puede entrar en comunicación con otros seres humanos, después de la muerte, una individualidad llamada a desarrollarse libremente a través del infinito del tiempo y de la inmensidad de los espacios.

Lo invisible hace, poco a poco, irrupción en el mundo visible y, a despecho de los sarcasmos, hostilidades y resistencias, es evidente que su acción se va a extender y multiplicar, cada vez mas, hasta que el hombre llegue, finalmente, a conocerse mejor, a discernir la ley de la vida y de su destino.

Hay, pues, en la observación de esos hechos el germen de una revolución que abarcará progresivamente todo el dominio del conocimiento humano.

Antes de todo, desde el punto de vista científico, esos hechos nos abren todo un mundo de fuerzas, de influencias, de formas de vida en las que estábamos inmersos sin sospechar su existencia; un mundo cuya grandeza, tesoros y energías en depósito desafían todo cálculo y previsión. Ellos enseñan también a ver en el hombre la sede de facultades, de capacidades ocultas, cuya utilización y desarrollo pueden conducirnos a alturas grandiosas.

La vida se nos aparece ahora bajo un doble aspecto: simultáneamente corporal y fluídica. La existencia del hombre es alternativamente terrestre y extraterrestre y se efectúa ya en la carne, sobre la Tierra, ya en la atmósfera o en el espacio, siempre bajo la forma humana, más imponderable e impalpable. Esos dos modos de vida se alternan y se sustituyen en un ritmo armónico, como el día sucede a la noche, la vigilia al sueño, al Verano el Invierno.

Desde el punto de vista moral y filosófico, las consecuencias del fenómeno espirita no son menos importantes.

Hace mas de cincuenta años han sido los hechos comprobados; cuando, de esos hechos quisieran remontar las causas que los producen; cuando, del conjunto de los fenómenos quisieran deducir la ley que los rige, fue reconocida la evidencia de un orden de cosas que implica forzosamente una nueva concepción de la vida y del Universo. No solamente fueran obligados a reconocer la existencia de seres invisibles, que son los espíritus de los muertos, mas también que esos seres se encuentran ligados por los vínculos de estrecha solidaridad y evolucionan hacia un objetivo común, para estados siempre y cada vez mas elevados.

Con esa concepción, todas las ideas de ley, todas las nociones de progreso, justicia y deber, se iluminan con una nueva claridad. Aumenta el sentimiento de las responsabilidades morales. Ahí se entrevé el esperado remedio, el remedio posible para los males, los desfallecimientos y las miserias que afligen y debilitan a la Humanidad.

Porque, cosa notable, esa revelación llega en la hora precisa en que todas las doctrinas se desmoronan al peso del tiempo, a la hora en que se hacen polvo los sistemas religiosos, en que el hombre parecía reducido a buscar el rumbo en medio de las tinieblas. Llega en la hora en que la sociedad se ve trabajada por inmensas fuerzas destructoras, en que, de la profundidad de las masas se eleva al cielo un grito de sufrimiento y desesperación. Es en esa hora que nos llegan los mensajes de paz, amor y esperanza, que las potencias del espacio, los Espíritus de luz vienen a traer a la pobre Humanidad conturbada.

X - La Nueva Revelación, La Doctrina de los Espíritus

El moderno espiritualismo, ya lo dijimos, es una nueva forma de la revelación eterna.

Para nosotros, revelación significa simplemente la acción de levantar un velo y descubrir cosas ocultas.

De este punto de vista, todas las ciencias son revelaciones; hay, sin embargo, una todavía mas alta - la de las verdades morales que nos vienen por intermedio de los celestes misioneros, y, mas frecuentemente, por las aspiraciones de la conciencia.

Todos los tiempos y todos los pueblos tuvieron su parte de revelación. Esta no es, como algunos creen, un hecho realizado en una época determinada, en determinado medio y para siempre. Es perpetua, incesante; es obra del espíritu humano en sus esfuerzos para elevarse, bajo la influencia del espíritu divino al conocimiento integral de las cosas y de las leyes. Esa influencia muchas veces se produce sin que la perciba el hombre. Es mediante intervenciones humanas que Dios actúa sobre la Humanidad, tanto en el dominio de los hechos históricos, como en el del pensamiento y de la Ciencia.

A medida que se desarrolla la Historia, a medida que se extiende a través de los siglos la inmensa caravana de la Humanidad, una luz más viva llega a nosotros y alrededor nuestro. La Potencia invisible que del seno de los espacios acompaña esa marcha, conforme nuestro grado de evolución y comprensión, nos ofrece nuevos datos sobre el problema de la vida y del Universo.

Las revelaciones de los siglos pasados hicieron su obra. Todas realizaron un progreso, una sobre las otras, señalando así períodos sucesivos de la Humanidad; mas ya no corresponden a las necesidades de la hora presente, porque la ley del progreso opera sin cesar, y, a medida que el hombre avanza y se eleva, sus horizontes deben dilatarse. Por eso una dispensación mas completa que las otras se efectúa ahora en el mundo.

Es necesario también recordar una cosa, a saber: si cada época notable tuvo sus reveladores; si espíritus eminentes vinieron a traer a los hombres, conforme los tiempos y lugares, elementos de verdad y progreso, los gérmenes por sembrados por ellos quedaron estériles, muchas veces. Sus doctrinas, mal comprendidas, dieron origen a religiones que se excluyen y se condenan injustamente, porque todas son hermanas y reposan sobre dos bases comunes: Dios y la inmortalidad. Tarde o temprano, ellas se fundirán en una vasta unidad, cuando las nieblas que envuelven el pensamiento humano se hubieren disipado al sol brillante de la verdad.

Al lado de esos divinos mensajeros, muchos falsos profetas han surgido. Ficticios reveladores han querido imponerse a las multitudes; doctrinas confusas y contradictorias se han divulgado en provecho aparente de algunos, mas realmente en perjuicio de todos.

Es por eso, para evitar abusos tales, que la nueva revelación reviste un carácter enteramente diferente. No es mas una obra individual, ni se produce en un medio circunscripto. Es dada en todos los puntos del globo, a los que la buscan, por intermedio de personas de todas las edades, condiciones y nacionalidades, mediante innumerables comunicaciones, cuyo valor ha sido sometido a la más rigurosa verificación.

Obra de los grandes Espíritus del espacio, que vienen a los millares a instruir y moralizar a la Humanidad, presenta un sello impersonal y universal. Su misión es aclarar, coordinar todas las revelaciones del pasado, contenidas en los libros sagrados de las diversas razas humanas y veladas bajo la parábola y el símbolo. La nueva revelación, libre de cualquier forma material, se manifiesta directamente a la Humanidad, cuya evolución intelectual se tornó apta para abordar los altos problemas del destino. Preparada por el trabajo de las ciencias naturales, sobre las cuales se apoya, y por los conocimientos lentamente adquiridos por el espíritu humano, fecunda esos trabajos y conocimientos y los liga por fuerte vínculo, formando un todo sólido. La revelación cristiana había sucedido a la revelación mosaica; la revelación de los Espíritus viene a completarla. El Cristo la anunció (124), y se puede acrecentar que él mismo preside ese nuevo alto vuelo del pensamiento.

Como esa revelación no se efectúa por el vehículo de la ortodoxia, vemos combatirla a las iglesias establecidas; lo mismo, sin embargo, se dio con la revelación cristiana, respecto del sacerdocio judaico.

El clero se encuentra hoy en la misma posición que los sacerdotes de Israel, hace dos mil años, respecto del Cristianismo. Esa aproximación histórica debe hacerlo reflexionar.

La nueva revelación se manifiesta fuera y por encima de las iglesias. Sus enseñanzas se dirigen a todas las razas de la Tierra. Por todas partes los Espíritus proclaman los principios en que ella se apoyan. Por sobre todas las regiones del globo pasa la gran voz que convida al hombre a meditar en Dios y en la vida futura. Por encima de las estériles agitaciones y de las discusiones fútiles de los partidos, por encima de las luchas de interés y del conflicto de las pasiones, la voz profunda baja del espacio y viene a ofrecer a todos, con la enseñanza de la Palabra, la divina esperanza y la paz del corazón.

Es la revelación de los tiempos predichos. Todas las enseñanzas del pasado, parciales, restrictas, limitadas en la acción que ejercían, son superadas por ella, contenidas.

(124) "Yo rogaré al Padre, y El os dará otro Consolador, para que quede eternamente con vosotros el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce". (Juan, XVI, 16, 17).

Ella utiliza los materiales acumulados; los reúne, los solidifica para formar un amplio edificio en que el pensamiento, la voluntad, pueda expandirse. Abre una fase nueva y decisiva para la ascensión de la Humanidad.

*

No podemos, todavía, callar las innumerables objeciones que se suscitaran contra la doctrina de los Espíritus. Sin notar el carácter imponente de la nueva revelación, muchos en ella no vieron mas que un sistema, una teoría especulativa. Aun entre los que admitían la realidad de los fenómenos, hubo quien acusase a los espíritus de haber edificado sobre tales hechos una doctrina prematura restringiendo así el carácter positivo del moderno espiritualismo.

Los que emplean ese lenguaje, no comprendieron la verdadera naturaleza del Espiritismo. Este no es, como pretenden, una doctrina previamente elaborada y menos aun una teoría preconcebida; es apenas la consecuencia lógica de los hechos, su complemento necesario.

Desde hace medio siglo, las comunicaciones establecidas con el mundo invisible no han cesado de ofrecernos indicaciones, tan numerosas cuanto positivas, sobre las condiciones de la vida en ese mundo. Los Espíritus, en los mensajes que nos dan en abundancia, mediante, la escritura automática, o los dictados tiptológicos, o, aun, en el curso de palestras entretenidas por vía de incorporación; por todos los medios a su alcance; los Espíritus, lo repetimos, de todas las categorías, hacen descripciones muy circunstanciadas de su modo de existencia después de la muerte. Describen las impresiones o alegrías que experimentaron, conforme a su norma de vida en la Tierra. De todas esas descripciones, comparadas, cotejadas entre sí, resulta un conocimiento muy claro de la vida futura y de las leyes que la rigen.

Las Inteligencias superiores, en sus relaciones mediúnicas con los hombres, vienen a completar esas indicaciones. Confirman las enseñanzas suministradas por los Espíritus menos adelantados; elevándose a mayor altura, exponen su modo de ver, sus opiniones sobre todos los grandes problemas de la vida y de la muerte, la evolución general de los seres, las leyes superiores del Universo. Todas esas revelaciones concuerdan y se unen para constituir una filosofía admirable.

Creen descubrir ciertas divergencias de opiniones en la enseñanza de los Espíritus; mas esas divergencias son mucho más aparentes que reales. Consisten, las mas de las veces, en la forma, en la expresión de las ideas y no afectan a la misma esencia del asunto. Ellas se disipan a la luz de un prudente examen. De eso tenemos un ejemplo en lo que se refiere a la doctrina de las sucesivas reencarnaciones del alma.

Se ha hecho de esa cuestión un arma contra el Espiritismo, porque ciertos Espíritus, en países anglosajones, parecen negar la reencarnación de las almas en la Tierra. Notaremos que, en todas partes, los Espíritus afirman el principio de las existencias sucesivas, con esta única reserva, en el medio muy circunscripto, de que hablamos, de que la reencarnación se efectuaría, no en la Tierra, y sí en otros mundos. No hay en eso, pues, sino una diferencia de lugar; el principio permanece intacto.

Si los Espíritus, en algunos países contaminados de tenaces preconceptos, entendieron deber pasar en silencio, al comienzo, algunos puntos de su enseñanza, ¿no en eso, como ellos mismos lo reconocieran, para contemporizar con ciertos preconceptos de raza o de color? lo que bastaría para probarlo es el número de los espiritualistas antireencarnacionistas, en América como en Inglaterra, a disminuir día a día, al tiempo que el de los partidarios de la reencarnación no han cesado de aumentar.

Los Espíritus que se manifiestan, se objeta todavía, no son todos de orden elevado. Algunos manifiestan opiniones muy restrictas, conocimientos muy imperfectos acerca de todas las cosas. Otros se muestran aun imbuidos de los preconceptos terrestres, sus concepciones presentan el reflejo de los medios en que vivieron aquí en la Tierra.

La muerte no nos muda en casi nada, como dijimos (125). No se opera, en nuestra infinita trayectoria, ninguna transformación brusca. Es lentamente, en la secuencia de numerosas existencias, que e Espíritu se libera de sus pasiones, de sus errores y debilidades, y asciende hacia la sabiduría y hacia la luz.

De ese estado de cosas resulta, necesariamente, una gran variedad, una extrema diversidad de situaciones entre los invisibles. Las comunicaciones de los habitantes del espacio, como sus autores, son de valor muy desigual y sujetas a la verificación. Deben ser cribadas por la razón y por el buen sentido.

Por eso, el moderno espiritualismo no dogmatiza ni se inmoviliza. No alimenta pretensión alguna a la infalibilidad. Siendo superior a los que lo precedieron, la enseñanza espirita es progresiva como los propios Espíritus. El se desarrolla y completa a medida que, con la experiencia, se efectúa el progreso en las dos humanidades, la de la Tierra y la del espacio - humanidades que se compenetran mutuamente y de las cuales cada uno de vosotros debe, alternativamente, formar parte.

Los principios del moderno espiritualismo fueron expuestos, establecidos, fijados por numerosos documentos, que emanaban de las mas diversas fuentes mediúnicas y presentaban entre sí perfecta concordancia. Allan Kardec y, después de él, todos los escritores espiritas, se dedicaron a un largo y minucioso examen de las comunicaciones de mas allá de la tumba. Fue reuniendo, y coordinando lo que estos tenían en común, que ellos acumularon los elementos de una enseñanza racional, que ofrece una satisfactoria explicación de todos los problemas insolubles antes de él. Esa enseñanza, aparte de todo, es siempre verificable, pues la fuente de donde emana es inagotable. La comunicación establecida entre los hombres y los Espíritus es permanente y universal; ella se acentuará cada vez mas con los progresos de la Humanidad.

Si es verdad que son numerosos, alrededor nuestro, los Espíritus tenebrosos y atrasados, es preciso no olvidar que las almas elevadas, descendidas de las esferas de luz, también vienen a traer a la Tierra esas sublimes enseñanzas, que, una vez oídas, nunca mas las olvidamos. Nadie se podría eximir a su influencia. Todos los que han tenido la fortuna de oír sus instrucciones, conservan por mucho tiempo su recuerdo e impresión. Es fácil comprender que su lenguaje no es de este mundo, vienen de regiones más elevadas.

A esos radiantes Espíritus se asocian, a veces, las almas de nuestros parientes, de los que amamos en este mundo y de cuya suerte no podemos quedar indiferentes.

Desde que ante nuestros ojos se evidencia la identidad de esos seres, tan caros para nosotros; desde que su personalidad se afirma de mil modos, ¿no se nos despierta una necesidad imperiosa de conocer las condiciones de su nueva vida?

¿Cómo permanecer indiferentes, insensibles a la voz de los que nos acunaran, de los que, en sus brazos nos mecieron, que fueron nuestra carne y nuestra sangre? Ese afecto que nos une a nuestros muertos, ese sentimiento que nos eleva por encima del polvo terrestre y nos distingue del animal, ¿no nos impone el deber de sin piedad recoger, examinar y propagar todo lo que ellos nos revelan respecto a esos graves problemas del destino, pendientes hace tantos siglos sobre el pensamiento humano?

(125) Ver cap. IX.

Los que no quieren ver en el moderno espiritualismo sino el lado experimental, el hecho físico, que desdeñan sus consecuencias, ¿no prefieren la cáscara a la pulpa de la nuez, la encuadernación al contenido del libro? No desprecian el sabio consejo de Rabelais: «Partid el hueso y chupad la medula» Es realmente una sustancia fortificante esa enseñanza; nos cura del terror de la muerte, nos prepara para las luchas fecundas, para la conquista de las elevadas cumbres intelectuais.

El Espiritismo tiene un lado enteramente científico; reposa sobre pruebas palpables, sobre hechos incontestables, mas son principalmente sus consecuencias morales las que interesan a la gran mayoría de los hombres. La experimentación, el minucioso análisis de los hechos, no están al alcance de todos. Aun cuando no faltase el tiempo, serían precisos los agentes, los medios de acción y de verificación. Los pequeñitos, los humildes, los que constituyen la masa popular, no siempre disponen del necesario para el estudio de los fenómenos, y son precisamente esos los que tienen mayor necesidad de conocer todos sus resultados, todo su alcance.

*

La doctrina de los Espíritus puede resumirse en tres puntos esenciales: la naturaleza del ser, su destino, las leyes superiores del Universo. Los abordaremos sucesivamente.

El estudio más necesario, para nosotros, es el de nosotros mismos. Lo que, antes de todo, nos importa saber, es lo que somos. Bien, de todos era ese el problema que más oscuro permanecía hasta ahora. Hoy, el conocimiento de la naturaleza íntima del hombre se destaca tan perfectamente de las comunicaciones dictadas por los Espíritus, como de la observación directa de los fenómenos del Espiritismo, y del sonambulismo.

El hombre posee dos cuerpos: uno de materia grosera, que lo pone en relación con el mundo físico; otro fluídico, por medio del cual entra en relación con el mundo invisible.

El cuerpo físico es perecible y se desagrega en la muerte; es un traje vestido para la duración del viaje terrestre. El cuerpo fluídico es indestructible, mas se purifica y se eteriza con los

progresos del alma, de la cual es envoltorio inseparable, permanente. Debe ser considerado el verdadero cuerpo, el tipo de la creación corporal, el esbozo en que se desarrolla el plan de la vida física. Es en él que se modelan los órganos, que las células se agrupan; es él que les asegura el mecanismo funcional. El perispíritu, o cuerpo fluídico, es el agente de todas las manifestaciones de la vida, tanto en la Tierra, para el hombre, como en el espacio, para el Espíritu. Él contiene la suma de vitalidad necesaria al individuo para renacer y desarrollarse.

Los conocimientos acumulados en el curso de las encarnaciones anteriores, los recuerdos de las pasadas existencias se capitalizan y registran en el perispíritu. Exento de las constantes mutaciones padecidas por el cuerpo material, es él la sede imperecible de la memoria y asegura su conservación.

El admirable plan de la vida se revela en la constitución íntima del ser humano. Destinado a habitar, alternativamente, dos mundos diferentes, debía su organismo contener todos los elementos susceptibles de ponerlo en relación con esos mundos y en ellos facilitar la obra de su progreso. No solo nuestros sentidos actuales son llamados a desarrollarse, mas todavía el perispíritu que encierra, a mas de eso, los gérmenes de nuevos sentidos que han de despertar y manifestarse en el curso de las futuras existencias, dilatando cada vez mas el campo de nuestras sensaciones.

Nuestros modos de percepción se encuentran en correlación con el grado de nuestro adelantamiento y en relación directa con el medio en que habitamos. Todo se encadena y se armoniza en la naturaleza física, como en el orden moral de las cosas. Un organismo superior al nuestro, no tendría razón de ser en el ambiente en que el hombre viene a ensayar los primeros pasos, recorrer los primeros estadios de su infinito itinerario. Nuestros sentidos son, sin embargo, susceptibles de perfeccionamiento ilimitado. El hombre actual posee todos los elementos de su grandeza futura; en progresión creciente los verá él manifestarse, en torno suyo, en todas las cosas, propiedades, cualidades que aun le son desconocidas. Aprenderá a conocer potencias, fuerzas, cuya existencia ni siquiera sospecha, porque no hay posibilidades de relaciones entre ellas y el organismo imperfecto de que dispone actualmente.

El estudio del perispíritu nos revela, desde ya, como puede el hombre vivir simultáneamente la vida física y la vida libre del espacio. Los fenómenos del sonambulismo, del desdoblamiento, de la visión, de la acción a distancia, constituyen otros tantos modos de esa vida exterior, de la que no tenemos conciencia alguna durante la vigilia. El Espíritu, en la carne, es como prisionero en la cárcel; el estado de sonambulismo y de mediunidad lo hace salir de ella y le permite, mas o menos, dilatar el círculo de sus percepciones, conservándolo preso por un lazo a su envoltorio. La muerte es la liberación integral.

A esas diferentes formas de la vida, corresponden diferentes grados de conciencia y conocimiento, tanto mas elevados cuanto más libre y adelantado el Espíritu en la escala de las perfecciones.

Es observando asiduamente esos variados aspectos de la existencia que se llegará al perfecto conocimiento del ser. El hombre dejará de ser para sí mismo un misterio vivo, ya no será, como hoy, privado de nociones exactas sobre su naturaleza íntima y su futuro.

La ciencia oficial tiene el deber de estudiar las fuentes profundas de la vida; mientras limite sus observaciones al cuerpo físico, que es simplemente su manifestación exterior, superficial, la Fisiología y la Medicina permanecerán, hasta cierto punto, impotentes y estériles.

Vimos, por ciertas experiencias de fotografías y de materialización, como el cuerpo fluídico emite vibraciones, radiaciones variantes de forma e intensidad, conforme el estado mental del operador. Es la demostración positiva de este hecho, afirmado por los mensajes de mas allá de la tumba: el poder de irradiación del Espíritu y de la extensión de sus percepciones, son siempre proporcionales al grado de su elevación. La pureza, la transparencia del envoltorio fluídico son, en el espacio, el irrecusable testimonio del valor del alma; la rarefacción de sus elementos constitutivos, la amplitud de sus vibraciones aumentan con esa purificación. À medida que la moralidad se desarrolle, nuevas condiciones físicas se producen en el cuerpo fluídico.

Los pensamientos, los actos del individuo, reaccionan constantemente sobre su envoltorio y, conforme a su naturaleza, lo tornan más denso o más sutil. El estudio perseverante, la práctica del bien, el cumplimento del deber en todas las condiciones sociales, son otros tantos factores que facilitan la ascensión del alma y aumentan el campo de las sensaciones y la suma de los gozos. Mediante un prolongado adiestramiento moral e intelectual, mediante existencias meritorias, aspiraciones generosas y grandes sacrificios, la irradiación del Espíritu se dilata gradualmente; se activan las vibraciones perispirituales; su brillo se torna mas vivo, al mismo tiempo que disminuye la densidad del envoltorio.

Esos fenómenos se producen en sentido inverso en los seres inclinados a las pasiones violentas o a los placeres sensuales; su modo de vida determina en el cuerpo fluídico un aumento de densidad, una reducción de las velocidades vibratorias, de donde resultan el oscurecimiento de

los sentidos y la disminución de las percepciones en la vida del espacio. Persistiendo en el mal, puede así el Espíritu vicioso hacer de su organismo una verdadera tumba, en la que se encuentre como sepultado después de la muerte, hasta una nueva encarnación.

Dependiendo el poder, la felicidad, la irradiación del Espíritu de la purificación de su envoltorio, la cual es, precisamente, la consecuencia de su adelantamiento moral, se comprenderá entonces como el ser es el artífice de su propia desgracia o felicidad, de su rebajamiento o elevación. El hombre prepara, con sus actos, su propio destino; la distribución de las facultades y virtudes no es mas que el resultado matemático de los merecimientos, de los esfuerzos y largos trabajos de cada uno de nosotros.

El hombre posee dos cuerpos - decíamos -; mas esos -cuerpos no son mas que envoltorios, revestimientos, uno persistente y sutil, otro grosero y de efímera duración. El alma del hombre es lo que es su«yo» pensante y consciente.

Llamamos Espíritu al alma revestida de su cuerpo fluídico. El alma es el centro de vida del perispíritu, como este es el centro de vida del organismo físico. Ella que siente, piensa y quiere; el cuerpo físico constituye, con el cuerpo fluídico, el doble organismo por cuyo intermedio ella actúa en el mundo de la materia.

La muerte es la operación mediante la cual esos elementos se separan. El cuerpo físico se desagrega y vuelve a la tierra. El alma, revestida de su forma fluídica, se encuentra nuevamente libre, independiente, tal como a sí misma se hizo, moral e intelectualmente, en el curso de las existencias pasadas. La muerte no la modifica, apenas le restituye, con la libertad, la plenitud de sus facultades, de sus conocimientos, y el recuerdo de las encarnaciones anteriores. Le franquea los dominios del espacio. El Espíritu en él se precipita y se eleva, tanto mas alto cuanto más sutilizada sea su esencia, menos sobrecargada de los impuros elementos que en ella acumulan las pasiones terrestres y los hábitos materiales.

Hay, consiguientemente, para el Espíritu humano, tres estados de vida: la vida en la carne; el estado de desprendimiento o desencarnación parcial durante el sueño; la vida libre del espacio. Esos estados corresponden a los medios en que el alma debe trabajar, en su constante progresión: el mundo material y el mundo fluídico, o mundo superior. Es recorriéndolos, a través de los siglos sin fin, que ella llega a la realización, en sí y en torno de sí, de lo bello, del bien, de lo verdadero, adquiriendo el amor que la hace aproximarse de Dios.

*

La ley del destino - las precedentes consideraciones nos la hacen comprender - consiste en el desarrollo progresivo del alma, que edifica su personalidad moral y prepara, ella misma, su futuro; es la evolución racional de todos los seres partidos del mismo punto para alcanzar las mismas alturas, las mismas perfecciones. Esa evolución se efectua, alternadamente, en el espacio y en la superficie de los mundos, a través de innumerables etapas, ligadas entre sí por la ley de causa y efecto. La vida presente es, para cada cual, la herencia del pasado y la gestación del futuro. Es una escuela es un campo de trabajo ; la vida del espacio, que le sucede, es su resultante. El Espíritu ahí coge, en la luz, lo que sembró en la sombra y, muchas veces, en el dolor.

El Espírito se encuentra en el otro mundo con sus adquisiones morales e intelectuales, sus predicados y defectos, tendencias, inclinaciones y afecciones. Lo que somos moralmente en este mundo, todavía lo somos en el otro; de eso procede nuestra felicidad o sufrimiento. Nuestros gozos son tanto mas intensos, cuanto mejor fueran los preparativos para esa vida del espacio, donde el espíritu es todo y la materia es nada, casi; donde ya no hay necesidades físicas a satisfacer, ni otras alegrías sino las del corazón de la inteligencia.

Para las almas inclinadas a la materia, la vida del espacio es una vida de privaciones y miserias; es la ausencia de todo lo que les puede ser agradable. Los Espíritus que supieron emanciparse de los hábitos materiales y vivir para las altas facultades del alma, en él encuentran, al contrario, un medio de acuerdo con sus predileciones, un vasto campo ofrecido a su actividad. No hay en eso, realmente, sino una aplicación clara de la ley de las atracciones y afinidades, nada sino las consecuencias naturales de nuestros actos, que recaen sobre nosotros.

El desarrollo gradual del ser engendra en él fuentes cada vez mas abundantes de sensaciones e impresiones. A cada triunfo sobre el mal, a cada nuevo progreso, se extiende su circulo de acción, el horizonte de la vida se dilata. Después de las sombrías regiones terrestres en las que imperan los vicios, las pasiones, las violencias, se abren para él las profundidades estrelladas, los mundos de luz con sus deslumbramientos, sus esplendores, sus enbriagantes armonías. Después de las vidas de pruebas, sacrificios y lágrimas, la vida feliz, la alegría de las divinas afecciones, las misiones benditas al servicio del eterno Creador.

Al contrario, el mal uso de las facultades, la reiterada fruición de los placeres físicos, las satisfacciones egoístas, nos restringen los horizontes, acumulan la sombra en nosotros y alrededor nuestro. En tales condiciones, la vida en el espacio no nos ofrece mas que tinieblas, inquietudes, torturas, con la visión confusa y vaga de las almas felices, el espectáculo de una felicidad que no supimos merecer.

El alma, después de um pasantía de reposo en el espacio, renace en la condición humana; para ella trae las reservas y adquisiciones de las vidas anteriores. De ese modo se explican las desigualdades morales e intelectuales que diferencian a los habitantes de nuestro mundo. La superioridad innata de ciertos hombres procede de sus obras en el pasado. Nosotros somos Espíritus mas jóvenes, o mas viejos; mas o menos trabajamos, mas o menos adquirimos virtudes y saber. Así, la infinita variedad de los caracteres, de las aptitudes y de las tendencias, deja de ser un enigma.

Entre tanto, el alma reencarnada no siempre consigue utilizar, en toda la plenitud, sus dones y facultades. Dispone aquí de un organismo imperfectísimo, de un cerebro que ninguno de los recuerdos de otrora registró. En ellos no puede encontrar todos los recursos necesarios para la manifestación de sus ocultas energías. Mas el pasado permanece en ella; sus intuiciones y tendencias son de eso una revelación patente.

Las facultades innatas en ciertas criaturas, los niños prodigios: artistas, músicos, pintores, sabios, son luminosos testigos de la evidencia de esa ley. También, a veces, almas geniales y orgullosas renacen en cuerpos enfermizos, sufridores, para humillarse y adquirir las virtudes que les faltaban: paciencia, resignación, sumisión.

Todas las existencias penosas, las vidas de lucha y sufrimiento se explican por las mismas razones. Son formas transitorias, pero necesarias, de la vida inmortal; cada alma las conocerá a su vez. Las pruebas y el sufrimiento son otros tantos medios de reparación, de educación, de elevación, es así que el ser borra un pasado culpable y readquiere el tiempo perdido. Es de ese modo que los caracteres se retemplan, que se gana experiencia y el hombre se prepara para nuevas ascensiones. El alma que sufre busca a Dios, se recuerda de invocarlo y, por eso mismo, se aproxima de El.

Cada ser humano, regresando a este mundo, pierde el recuerdo del pasado; este, fijado en el perispiritu, desaparece momentáneamente bajo el envoltorio carnal. Hay en eso una necesidad física, hay también una de las condiciones morales de la prueba terrestre, que el Espíritu viene nuevamente a afrontar; restituido al estado libre, desprendido de la materia, él readquiere la memoria de los numerosos ciclos recorridos.

Ese olvido temporal de nuestras anteriores existencias, esas alternancias de luz y de oscuridad que en nosotros se producen, por extraños que a primera vista se nos figuren, fácilmente se explican. Si la memoria actual no nos permite recordar nuestros verdes años, no es mas de admirar que hayamos olvidado vidas separadas entre sí por una larga permanencia en el espacio. Los estados de vigilia y de sueño por los que pasamos, todos los días, del mismo modo que las experiencias de sonambulismo e hipnotismo, prueban que se puede momentáneamente olvidar la existencia normal, sin perder con eso la personalidad. Eclipses de la misma naturaleza, relativas a nuestras pasadas existencias, nada tienen de inverosímiles. Nuestra memoria se pierde y readquiere a través del encadenamiento de nuestras vidas, como durante la sucesión de los días y las noches que llenan la existencia actual.

Desde el punto de vista moral, el recuerdo de las vidas precedentes causaría, en este mundo, las mas graves perturbaciones. Todos los criminales, renacidos para redimirse, serían reconocidos, repudiados, despreciados; ellos mismos quedarían aterrados y como hipnotizados por sus recuerdos. La reparación del pasado se tornaría imposible y la existencia insoportable. Lo mismo se daría en diferentes grados, con todos los que tuviesen manchas en el pasado. Los recuerdos anteriores introducirían en la vida social motivos de odio, elementos de discordia, que agravarían la situación de la Humanidad y le impedirían, por irrealizable, cualquier mejoramiento. El pesado fardo de los errores y de los crímenes, a la vista de los actos vergonzosos inscritos en las páginas de su historia, desalentarían al alma y le paralizarían la iniciativa. En los que con él conviven podría reconocer enemigos, rivales, persecutores; sentiría despertarse y encenderse las malas pasiones que su nueva vida tiene por objetivo destruir o, por lo menos, atenuar.

El conocimiento de las pasadas existencias perpetuaría en nosotros, no solamente la sucesión de los hechos que la componen, como todavía los hábitos rutinarios, las opiniones pueriles, las manías fútiles, obstinadas, peculiares a las diversas épocas, y que oponen gran obstáculo al vuelo de la Humanidad. De eso aun se encuentran indicios en muchos encarnados. ¿Que seríamos sin el olvido que nos libera momentáneamente de esos estorbos y permite que una nueva educación nos reforme, nos prepare para tareas más elevadas?

Cuando consideramos maduramente todas esas cosas, reconocemos que la ofuscación temporal del pasado es indispensable para la obra de reparación, y que la Providencia, privándonos, en este mundo, de nuestras lejanas reminiscencias, dispuso todo con profunda sabiduría.

Las almas se atraen en razón de sus afinidades, constituyen grupos o familias cuyos miembros se acompañan y mutuamente se auxilian a través de sucesivas encarnaciones. Lazos potentes las vinculan; innumerables vidas transcurridas en común les proporcionan esa similitud de opiniones y de carácter, que en tantas familias se observan. Hay excepciones. Ciertos Espíritus mudan a veces de medio, para progresar mas rápidamente. En eso, como en todos los actos importantes de la vida, hay una parte reservada a la libre voluntad del individuo, que puede, en una cierta medida y conforme su grado de elevación, escoger la condición en que renacerá; mas hay también la parte del destino, o de la ley divina que, allá arriba, fija el orden de los renacimientos.

*

La pluralidad de las existencias del alma y su ascención en la escala de los mundos constituyen el punto esencial de las enseñanzas del moderno espiritualismo. Nosotros vivimos antes del nacimiento y reviviremos después de la muerte. Nuestras vidas son paradas sucesivas del gran viaje que emprendemos en nuestro itinerario hacia el bien, hacia la verdad, hacia la belleza eterna.

Con la doctrina de las preexistencias y de las reencarnaciones, todo combina, se aclara y comprende; la justicia divina se evidencia; la armonía se establece en el Universo y en el destino.

El alma ya no es formada con todas sus piezas por un Dios caprichoso, que distribuye, al acaso y talante, el vicio o la virtud, la imbecilidad o el genio. Creada simple e ignorante, ella se eleva por sus propias obras, a sí misma se enriquece, cogiendo en el presente lo que en vidas anteriores sembró. Y continua sembrando para las futuras encarnaciones.

El alma, por consiguiente, construye su propio destino; escalón por escalón, sube del estado rudimentario e inferior a la mas alta personalidad ; de la inconciencia del salvaje al estado de esos sublimes seres que iluminan la ruta de la Historia y pasan por la Tierra como resplandor divino.

Así considerada, la reencarnación se torna consoladora y fortificante verdad, un símbolo de paz entre los hombres; a todos indica la senda del progreso, la gran equidad de un Dios que no pone eternamente, mas permite al pagar la deuda por el dolor. Siendo inflexible, esa ley sabe proporcionar reparación de la falta y, después del pago , faculta la rehabilitación. Fortalece la fraternidad humana, enseñando a aquellos a quienes pudiese causar extrañeza las desigualdades sociales y las diferencias de condición, que todos los hombres tienen, realmente, el mismo origen y el mismo futuro. No hay desheredados ni privilegiados, pues el resultado final será el mismo para todos, siempre que lo sepan conquistar.

La ley de la reencarnación pone un freno a las pasiones, mostrando las consecuencias de nuestros actos, de nuestras palabras, de nuestros pensamientos a recaer sobre nuestra vida actual y sobre las futuras vidas, sembrando en ellas gérmenes de felicidad o de infortunio. Gracias a ella, cada cual aprende a vigilarse a sí mismo, a precaverse, a preparar cuidadosamente su futuro.

El hombre que una vez comprendió toda la grandeza de esa doctrina, no podrá mas acusar a Dios de injusticia e parcialidad. Sabrá que cada cual, en el mundo, ocupa su lugar, que toda alma está sujeta a las pruebas que mereció o deseó. Agradecerá al Eterno el proporcionarle, con los renacimientos, los medios de reparar las faltas y adquirir, mediante el trabajo constante, una parcela de su poder, un reflejo de su sabiduría, una centella de su amor.

Tal el destino del alma humana, nacida en la debilidad, en la penuria de las facultades y de los medios de acción, mas llamada, elevándose, a realizar la vida en sí misma, en toda la plenitud; a alcanzar todas las riquezas de la inteligencia, todas las delicadezas del sentimiento, tornándose un día colaboradora de Dios.

Esa es la misión del ser y su grandioso objetivo: colaborador de Dios, o sea, destinado a realizar en torno de sí, en misiones cada vez más grandiosas, el orden, la justicia, la armonía; a atraer a sus hermanos inferiores, a conducirlos a las divinas cumbres; a subir con ellos, de esfera en esfera, hacia el supremo objetivo, hacia Dios - el Ser perfecto, ley viva y consciente del Universo, eterno foco de vida y de amor.

Esa participación en la obra infinita es, de inicio, asaz inconsciente; el ser colabora sin saberlo y, a veces, hasta sin quererlo, en el orden universal; después, a medida que recorre la ruta, esa colaboración se torna cada vez más consciente. Poco a poco la razón se le aclara; el alma

aprende la profunda armonía de las cosas, penetra sus leyes, a ellas se asocia íntimamente por sus actos. Cuanto más se desarrollan sus facultades y aumentan sus cualidades afectivas, tanto mas se afirma y acentúa su participación en el divino concierto de los seres y de los mundos.

Esa ascensión del alma, edificando ella misma su futuro y conquistando sus puestos, ese espectáculo de la vida individual y colectiva, prosiguiendo de estadio en estadio, en la superficie de las tierras del espacio, progresando y perfeccionándose siempre, a elevarse hacia Dios, mejor nos hace comprender la utilidad de la lucha, la necesidad del dolor para la educación y purificación de los seres.

Todas las almas que viven en las regiones materiales se encuentran inmersas en una especie de letárgia. La inteligencia dormita entorpecida, o, indiferente, fluctúa al sabor de todos los vientos de la pasión. Muy pocas divisan su finalidad. Es preciso, todavía, que esas inteligencias se abran a las sensaciones del bien y de lo bello. Deben todas alcanzar las mismas cumbres, florecer y expandirse a los rayos del sol divino. Ahora, ¿qué seria una existencia única, aislada, para la realización de semejante labor? De ahí la necesidad de las numerosas moradas, de las vidas de pruebas y dificultades, a fin de que esas almas se acrisolen y las potencias en ellas adormecidas despierten y entren en acción.

Es con el aguijón de la lucha y de las necesidades, mediante las alternativas de dolor y alegría, mediante los cuidados, pesares, remordimientos que se teje la vida humana; y a través de las caídas y rehabilitaciones, retrocesos y ascensiones, sobrevuelos en pleno azul y resbalones bruscos en el abismo; es por todas esas formas que el alma se desarrolla, que las humanidades emergen de su cepo de bestialidad e ignorancia. Con el sufrimiento las almas se purifican, se ennoblecen y se elevan a la alta concepción de las cosas y de las leyes, abriéndose a la piedad y a la bondad.

Así se resuelve el problema del mal. El mal no es mas que un efecto de contraste; no tiene existencia propia. El mal es, para el bien, lo que la sombra es para la luz. No apreciamos esta sino después de haber sido privados de ella; del mismo modo, sin el sufrimiento, no podríamos conocer la alegría; sin la privación no podríamos verdaderamente saborear el bien adquirido, las satisfacciones obtenidas.

Todo se explica y se aclara en la obra divina, cuando la contemplamos desde lo alto. La ley del progreso rige la vida infinita y hace el esplendor del Universo. Las luchas del Espíritu contra al materia, su ascensión por el dolor, tal es la grandiosa epopeya que los cielos cuentan a la Tierra y que la voz de los invisibles repite a todos los que tienen sed de verdad. Es la enseñanza que es preciso difundir, a fin de que el encadenamiento de los efectos y de las causas quede patente a todos, y, con él, la solidaridad de los seres y el amor divino que envuelve toda la Creación.

Así encarado, no es el problema del destino mas que la aplicación lógica y la consagración de esa ley de evolución, cuya intuición confusa o visión clara, conforme su estado de espíritu, han tenido, en nuestra época, tantos pensadores. Es la ley superior que rige todas las cosas.

*

El plan general del Universo quedó manifestado en la precedente exposición. No tenemos mas que precisarle los puntos esenciales.

Las enseñanzas de los Espíritus, por todas partes, nos muestran la unidad de ley y sustancia. En virtud de esa unidad, reinan en la obra eterna el orden y la armonía.

El mundo invisible no se distingue del mundo visible, sino en lo relativo a nuestros sentidos. Lo invisible es la continuación, la prolongación natural de lo visible. En su unidad, forman un todo inseparable; mas es en lo invisible que importa buscar el mundo de las causas, el foco de todas las actividades, de todas las fuerzas sutilísimas del Cosmos.

La fuerza o energía, dice la Ciencia, acciona la materia y dirige los astros en su curso. ¿Que es la fuerza? Según la nueva revelación, es apenas el agente, el modo de acción de una voluntad superior. Es el pensamiento de Dios que imprime el movimiento y la vida al Universo.

Todos los que se han calmado en la fuente del moderno espiritualismo saben que los grandes Espíritus del espacio son unánimes en proclamar, en reconocer la Suprema Inteligencia que gobierna los mundos. Acrecientan ellos que esa Inteligencia se rebela más deslumbrante, à medida que suben los escalones de la vida espiritual.

Se emiten diversas concepciones, mas o menos desarrolladas, sobre el Ser divino, es porque los Espíritus, como los hombres, no están en el mismo grado de desarrollo, ni pueden todos tener la misma capacidad de apreciación.

Todos los escritores y filósofos espiritas, desde Allan Kardec hasta nuestros días, afirman la existencia de una Causa inmanente en el Universo.

«No hay efecto sin causa-dice Allan Kardec-y todo efecto inteligente tiene forzosamente una causa inteligente. »

Es el axioma sobre el que reposa íntegramente el Espiritismo. Aplicado a las manifestaciones de mas allá de la tumba, ese axioma demuestra la existencia de los Espíritus. Del mismo modo, si lo aplicáramos al estudio del mundo y de las leyes universales, él demostrará la necesidad de una causa inteligente. Ahí está porque la existencia de Dios constituye uno de los puntos esenciales de la enseñanza espirita.

Basta comprobar que hay inteligencia y conciencia en los seres creados, para que quedemos seguros de encontrarlos en la fuente creadora, en esa Unidad suprema que no es la causa primaria, como dicen unos, ni una causa final, como piensan otros, y sí la Causa eternamente activa, de donde emana toda la vida.

La solidaridad que une a todos los seres no tiene otro centro sino esa Unidad divina y universal; todas las relaciones vienen a tenerla a ella, para en ella fundirse y armonizarse. Solo por ella podemos conocer el objetivo de la vida y sus leyes, puesto que ella es la razón de ser y la ley viva del Universo. Es, al mismo tiempo, la base y sanción de toda la moral. Siempre que estudiamos el problema de la otra vida, la situación del Espíritu después de la muerte, nos encontramos ante un estado de cosas regulado por una ley de justicia, que por sí misma se aplica, sin tribunal ni juicio, mas al cual no escapa uno solo de nuestros pensamientos, ninguno de nuestros actos. Es esa ley, que rebela una Inteligencia directora del mundo moral, es al mismo tiempo la fuente de toda la vida, de toda la luz, de toda la perfección.

La idea de ley es inseparable de la idea de inteligencia. Sin esa noción, serían destituidas de apoyo las leyes universales.

Nos hablan muchas veces de las leyes ciegas de la Naturaleza. ¿Que significa esa expresión? Leyes ciegas solo podrían actuar al azar. El azar es la ausencia de plan, de dirección inteligente, es la propia negación de toda ley. El azar no puede producir la unidad y la armonía, mas únicamente la incoherencia y la confusión. Una ley solo puede ser, por tanto, la manifestación de una soberana inteligencia, obra de un pensamiento superior. Solo el pensamiento puede coordinar, disponer, combinar todas las cosas en el Universo. Y el pensamiento exige la existencia de un ser que fuese su autor.

Las leyes universales no podrían reposar sobre una cosa tan voluble e inconstante como el azar. Deben necesariamente apoyarse en un principio inmutable organizador y regulador. Privadas de la participación de una voluntad directora, esas leyes serían ciegas, como dicen los materialistas; andarían sin rumbo, ya no serían leyes.

Todo, las fuerzas y los seres, las humanidades y los mundos, todo es gobernado por la inteligencia. El orden y la majestad del Universo, la justicia, el amor, la libertad, todo reposa en leyes eternas, y no hay leyes eternas sin una razón superior, fuente de toda la ley. Por eso es que ningún ser, ninguna sociedad puede desarrollarse y progresar sin la idea de Dios, o sea, sin justicia ni amor, sin libertad ni razón, porque Dios, representando a la eternidad y a la perfección, es la base esencial de todo lo que hace la belleza, la grandeza de la vida, la magnificencia del Universo.

Muchos equívocos han dividido al mundo respecto de tales cuestiones; el moderno espiritualismo los viene a disipar. Hasta ahora buscaban los materialistas el secreto de la vida universal donde él no se encuentra: en los efectos; los cristianos, por su lado, lo buscaban fuera de la Naturaleza. Hoy comprendemos que la causa eterna del mundo no es exterior al mundo, mas está dentro de él; ella es al alma, el foco, como nuestra alma es en nosotros el foco de la vida.

La ignorancia de estas cosas es la causa principal de nuestros desaciertos; es lo que compele al hombre y la sociedad a la práctica de actos cuyas consecuencias acumuladas los destrozan.

Muchísimo tiempo se consideró la obra divina y las leyes superiores bajo el estrecho punto de vista de la vida presente y del mezquino plan de la Tierra, sin comprender que es en el encadenamiento de las vidas sucesivas y en la colectividad de los mundos que se revelan la armonía universal, la justicia absoluta y la gran ley de la evolución de los seres hacia el Bien perfecto, que es Dios.

No puede la obra divina ser medida, ni con relación al tiempo, ni a la extensión. Ella se expande en los cielos en infinidades de soles, y se rebela, en la Tierra, tan admirable en la humildísima florecilla, como en los gigantes de las florestas. Dios es infinito; la Creación es eterna. No se puede concebir la Creación oriunda de la nada, porque la nada no existe. Dios nada podría sacar de una nada imposible, ni crear nada fuera de su infinidad. La Creación es incesante; el Universo, inmutable en su todo, se encuentra en vías de transformación constante en sus partes.

Con todos sus mundos visibles e invisibles, sus espacios celestes, sus poblaciones planetarias y siderales, el Universo representa un inmenso taller en el que todo lo que se agita y respira,

trabaja en la producción, en el mantenimiento y en el desarrollo de la vida. Cada globo que gira en la inmensidad es la morada de una sociedad humana. La Tierra no pasa uno de los planetas más insignificantes de la gran jerarquía de los mundos, y la sociedad terrestre es de las más inferiores. Mas también ella se perfeccionará, nuestra esfera se ha de tornar en una venturosa morada. Aspiraciones más nobles encaminarán a la Humanidad hacia la senda de la renovación gradual y del progreso moral.

Todo se transforma y se renueva mediante el ritmo incesante de la vida y de la muerte. A mediada que se extinguen algunos astros, otros surgen y brillan en el ámbito de los espacios. Fue lo que hizo decir al poeta que hay cunas y tumbas en el cielo. Como el hombre, los mundos nacen, viven y mueren; los universos se disuelven, todas las formas pasan y se disipan, mas la vida infinita subsiste en su eterno esplendor.

Así, también la cadena de nuestras existencias extiende, en la continuidad de los siglos, sus eslabones opacos o brillantes. Se suceden los acontecimientos sin ligación aparente, y sin embargo la indefectible justicia les determina el curso de conformidad con reglas inmutables. Todo de relaciona, en el dominio moral como en el orden material.

Un plan admirable se ejecuta; solo Dios conoce el conjunto. De él no divisamos mas que algunas líneas, y ya esa percepción es un deslumbramiento. Nuestra comprensión de las cosas divinas crecerá con nuestros progresos, en la proporción que nuestras facultades y nuestros sentidos, enalteciéndolos, se nos abren nuevas perspectivas para los mundos superiores.

Confrontad las concepciones del pasado: la Tierra, centro del Universo, único planeta habitado; la única y breve existencia del hombre perdida en el infinito de los tiempos, y de acuerdo con lo que él hubiera sido, es juzgado y fijada su suerte por toda la eternidad; comparadlas con esa revelación de los espacios, con ese universo sin limites, poblado de soles, con sus cortejos de mundos secundarios, las ciudades, los pueblos, las innumerables humanidades que los engrandecen con las variadas civilizaciones y las obras maravillosas que el espíritu ahí crea! Considerad ese futuro del alma destinada a renacer, de vida en vida, en esos mundos, a recorrerlos uno a uno, como escalones, en ascensión colosal, participando de estados sociales de tal modo superiores a los nuestros que nada, en nuestras débiles concepciones terrestres, de ellos nos puede dar idea! Y el alma, en sus infinitas peregrinaciones, adquiere siempre nuevas cualidades, capacidades crecientes, que la tornarán apta para desempeñar una tarea cada vez mas elevada.

Así, ni elegidos, ni réprobos. La Humanidad no se divide en dos partes: los que se salvan y los que se pierden. El camino de la salvación por el progreso es franqueado a todos. Todos lo recorren de estación en estación, de vida en vida; todos ascienden hacia la paz y la felicidad, mediante las pruebas y el trabajo. Todas las almas son perfectibles y susceptibles de educación; deben recorrer los mismos caminos y llegar de la vida inferior a la plenitud del conocimiento, de la sabiduría y de la virtud. No son todas igualmente adelantadas, mas todas han de subir, tarde o más temprano, las arduas cuestas que llevan a las radiantes cumbres bañadas por la eterna luz.

El pensamiento divino preside esa obra majestuosa; vela por la ejecución de sus leyes, por la elevación de la vida renaciente. Encima de todo, reina el Poder infinito, que anima con su soplo y calienta en su amor al Universo.

*

Muchos hombres cierran el alma a la concepción de Dios; se recusan a ver, a admirar el eterno Poder que irradia a través de toda la Naturaleza.

El Sol brilla a flor de las aguas, sus trémulos rayos acarician la ola adormecida. Del cielo ilumina él el mar tranquilo, proyecta millones de centellas en la corona de las olas inquietas. Todo ser que se mueve en el seno de las aguas lo puede percibir. Le basta hacer un esfuerzo para abandonar las profundidades y bañarse en sus rayos. Si se recusa, sin embargo, a dejar el sombrío domicilio, si se complace en sus tinieblas, ¿dejará por eso el rayo de existir?

Lo mismo sucede con el gran Foco divino. Sin el pensamiento de Dios que ilumina las profundidades del Cosmos, sin esa luz inmortal, todo permanecería inmerso en tinieblas. Ese pensamiento, sin embargo, no aparece en todo su esplendor sino a los seres que se tornaran dignos de comprenderlo, aquellos cuyo sentimiento íntimo se abrió a la gran voz del infinito, a ese eterno soplo que roza a los mundos y fecunda las almas y los universos.

Dios, en su pura esencia, dicen los Espíritus, es como un océano de llamas. Dios no tiene forma, mas puede revestir una para aparecer a las almas elevadas. Es la recompensa concedida a las grandes dedicaciones, las existencias de sacrificio y de renuncia. Hay en eso una especie de materialización, bien diferente de todo lo que podemos imaginar. Aun bajo ese aspecto sensible, la majestad de Dios es de tal orden, que los Espíritus más puros mal le pueden soportar el brillo. Tienen ellos el privilegio de contemplar, sin velo, a la Divinidad, y declaran que el

lenguaje humano es paupérrimo para permitir una descripción, por pálida que sea, del divino Foco.

Dios todo lo ve, y todo conoce, hasta los más secretos pensamientos. Como el Espíritu está en todos los cuerpos, Dios está en todo el Universo, en relación con todos los elementos de la Creación. Su amor abarca y enlaza a todos los seres, los cuales él hizo, llamándolos a la vida, artífices de su obra eterna. Su solicitud se extiende hasta los más humildes y oscuros, porque todos son oriundos de Él. Por eso todos, a falta de una inteligencia superior y de una razón ejercitada, pueden sentir y conocer a Dios por las potencias del corazón.

Lo que por encima de todo caracteriza al alma humana es el sentimiento. Es por él que el hombre se prende a lo que es bueno, bello y grande; a lo que será su amparo en la duda, su fortaleza en la lucha, su consuelo en la prueba. Y todo eso rebela a Dios. Lo bello y lo bueno no se encuentran en nosotros sino en grado limitado y parcial. No pueden existir sino bajo la condición de volver a encontrar su fuente, su principio, su plenitud en un Ser que los posea en grado superior e infinito. Fue lo que instintivamente sintieron todas las generaciones, todas las multitudes que reposan bajo el polvo de los siglos, y fue por eso que los vuelos de sus pensamientos subieron, en todos los tiempos, hacia ese Espíritu divino que sobrevuela encima de todas las religiones y de todos los sistemas, hacia esa Alma del mundo, venerada bajo tan diversos nombres. Causa única, de la que todo emana, para la cual todo vuelve, eternamente.

Dios es la gran alma universal, de la que toda alma humana es una centella, una irradiación. Cada uno de nosotros posee, en estado latente, fuerzas emanadas del divino Foco y puede desarrollarlas, uniéndose estrechamente a la Causa de la que es efecto. Mediante la elevación de los pensamientos hacia Dios, por medio de la oración que brota de las profundidades del ser y une a la Creatura al Creador, se produce una penetración continua, una fecundación moral, una expansión de las riquezas que yacen en nosotros ocultas. Mas el alma humana se ignora a sí misma; por falta de conocimiento y de voluntad, deja sus capacidades interiores en letargo. En lugar de dominar a la materia, se deja frecuentemente dominar por ella; ahí está la fuente de sus males, de sus debilidades, de sus pruebas.

Es por eso que el moderno espiritualismo viene a decir a todos: Hombres, elevaos por el pensamiento encima de las mundanas cosas; elevaos bastante alto para que comprendáis que sois hijos de Dios; bastante alto para sentiros que estáis ligados a Él, a su obra inmensa, elegidos para un destino ante el cual todo lo demás es secundario. Y ese destino es el ingreso en la gran comunión, en la armonía santa de los seres y de los mundos, la cual no se realiza sino en Dios, y por Dios únicamente!

XI - Renovación

Como juzgamos haber establecido en las precedentes páginas, el moderno espiritualismo asienta en testimonios universales; se apoya en hechos de experiencias, observados en todos los puntos del globo por hombres de todas las condiciones, entre los cuales se cuentan sabios pertenecientes a todas las grandes Universidades y a muchas Academias célebres. Es gracias a ellos, a sus esfuerzos que la Ciencia contemporánea, a despecho de su repugnancia y duda, ha sido llevada poco a poco a interesarse por el estudio del mundo invisible.

De un año a esta parte creció el número de los experimentadores. Las investigaciones han sucedido a las investigaciones, y siempre los resultados han venido a corroborar las afirmaciones anteriores. De esas observaciones, multiplicadas al infinito, resultó una certeza: la de la sobrevivencia del ser humano y, con ella, nociones mas positivas de las condiciones de la vida futura.

Por el minucioso estudio de los fenómenos, por la comunicación permanente, establecida con el otro mundo, el Espiritismo vino a confirmar las grandes tradiciones del pasado, las enseñanzas de todas las religiones, de todas las filosofías elevadas, en lo tocante a la inmortalidad del ser y la existencia de una Causa organizadora del Universo, y les dio una sanción definitiva. Lo que hasta entonces no pasaba de una hipótesis y especulación del pensamiento, se tornó un hecho demostrado. La vida futura se hizo evidente en su sorprendente realidad; la muerte perdió su aspecto aterrador; el cielo se aproximó a la Tierra.

El espiritualismo hizo más. Con ese conjunto de estudios y comprobaciones, con esa pesquisa emprendida hace medio siglo, con todas las revelaciones que de ellas resultan, constituyó una nueva enseñanza liberada de toda forma simbólica u oscura, fácilmente accesible, aun a los mas humildes, y que a los pensadores y eruditos abre vastísimas perspectivas de los elevados dominios del conocimiento, en la concepción de un ideal superior.

Esa enseñanza puede satisfacer a todos, a los mas preparados espíritus, como a los más modestos, pero se dirige principalmente a los que sufren, a los que se curvan ante el peso de rudas labores o de dolorosas pruebas; a todos los que tienen necesidad de una fe viril que los

ampare en sus lides, en sus trabajos y aflicciones. Ella se dirige a la gran masa humana, a esa multitud que se tornó incrédula, desconfiada, contra todo dogma, contra toda creencia religiosa, porque reconoce que fue engañada durante siglos. En ella, todavía, subsisten aspiraciones confusas hacia el bien, una necesidad innata de progreso, de luz, de libertad, que facilitará la irrupción de la nueva idea y su acción regeneradora.

El espiritualismo experimental corresponde a esas necesidades innatas del alma humana, que ninguna otra doctrina había podido satisfacer completamente. Con la ley de las vidas sucesivas nos muestra la justicia regulando el destino de todos los seres. Con ella, ya no hay gracias particulares, ni privilegios, ni redención por la sangre de un justo, ni desheredados, ni favoritos. Todos los Espíritus que pueblan la inmensidad, diseminados por el espacio o en los mundos materiales, son hijos de sus propias obras; todas las almas que animan cuerpos de carne, o que aguardan nuevas encarnaciones, son del mismo origen y tienen igual destino. Solo los merecimientos, las virtudes adquiridas los distinguen; todos, sin embargo, pueden elevarse por sus esfuerzos recorrer la senda de los perfeccionamientos infinitos. A camino hacia un objetivo común, los Espíritus constituyen una sola familia, subdividida en numerosos agrupamientos simpáticos, en asociaciones espirituales, de las cuales la familia humana es apenas un reflejo, una abreviatura a través de múltiples encarnaciones, viviendo alternativamente de la vida terrestre o de la vida libre de los espacios, tarde o temprano, sin embargo, tornando a reunirse.

La muerte pierde, así, el carácter lúgubre, aterrador que hasta ahora le prestaban. No es mas la «reina del terror», y sí un renacimiento, una de las condiciones del aumento y desarrollo de la vida. Todas nuestras existencias se ligan y forman un conjunto. La muerte no es mas que el paso de una a otra; para el sabio, para el hombre de bien, es la áurea puerta que se abre hacia más bellos horizontes.

Cuando se hubieren disipado los preconceptos que le atormentan el cerebro, habrá el hombre de comprender la serena belleza y majestad de lo que llama - la muerte. Es un error creer que ella nos separa de los que nos son caros. Gracias al Espiritismo, tenemos el consuelo de saber que los seres amados, que nos precedieron en el mas allá, velan por nosotros y nos guían en la senda oscura de la existencia. Muchas veces, están a nuestro lado, invisibles, prontos para ayudarnos en la aflicción, a socorrernos en el infortunio; y esta certeza nos infunde la serenidad de espíritu, la fuerza moral en la prueba. Sus comunicaciones, sus dictados nos suavizan las amarguras del presente, las tristezas de una separación que es apenas aparente. Las enseñanzas de los Espíritus nos desarrollan los conocimientos y los elevados sentimientos; contribuyen para volvernos mejores, mas confiados en la bondad de Dios y en el futuro.

Así se realiza y se revela a nuestros ojos la ley de la fraternidad y solidaridad, que une a todos los seres, y de la cual la Humanidad siempre tuvo la intuición. Nada mas de salvación personal, ni de inexorable juicio que fije para siempre al alma lejos de los que le son caros, mas la reparación es siempre posible, con la ayuda de nuestros hermanos del espacio, la unión de los seres en su ascensión eterna y colectiva.

Esa revelación nos infunde una fuerza nueva contra los desfallecimientos, las tentaciones, los pensamientos malos que nos podrían asaltar, y de los cuales nos abstendremos con tanto mayor cuidado cuanto que serían un motivo de aflicción para los miembros de nuestra familia espiritual, para nuestros amigos invisibles.

Con el materialismo, la fraternidad no era mas que una palabra, el altruismo una teoría sin fundamento ni alcance. Sin fe en el futuro, el hombre concentraría forzosamente toda la atención en el presente y en los gozos que él pudiese permitirse. A despecho de todas las súplicas de teóricos y sofistas, él se sentía poco dispuesto a sacrificar su personalidad, sus gustos o intereses, en provecho de una efímera colectividad, a la cual lo prendían lazos formados ayer y que mañana se han de desatar. - Si la muerte es el fin de todo, pensaba él, ¿porque imponerse privaciones que nada vendrán a compensar? ¿Que utilidad tiene la virtud y el sacrificio, si todo debe acabar en la nada?

El resultado inevitable de semejantes doctrinas era el desarrollo del egoísmo, la febril cazada a las riquezas, la exclusiva preocupación de los gozos materiales; era el desencadenamiento de las pasiones, de los apetitos furiosos, de la codicia vehemente. Y de ahí, conforme el grado de educación, negociantes o facinerosos. Bajo el influjo de esos soplos destructores, la sociedad oscila en sus cimientos y, con ella, todas las nociones de moralidad, de fraternidad, que el nuevo espiritualismo llega a tiempo de restaurar y consolidar.

«La creencia en la inmortalidad, dice Platón, es el lazo de toda la sociedad; despedazad ese lazo y la sociedad se disolverá. »

Nuestra época, arrastrada a la duda y a la negación por exageraciones teológicas, perdida de vista esa idea saludable. El espiritualismo experimental le restituyó la fe perdida, apoyándola en bases nuevas e indestructibles.

La superioridad moral de la doctrina de los Espíritus se afirma en todos los puntos. Con ella se disipa la idea inicua del pecado de un solo hombre, recayendo sobre todos.

No hay mas proscripción ni caída colectiva; las responsabilidades son personales. Cualquiera que sea su condición en este mundo, haya nacido en el sufrimiento y en la miseria, o sea privado de predicados físicos, o de brillantes facultades, el hombre sabe que no padece un fardo inmerecido, mas simplemente las consecuencias de su procedimiento anterior. À veces, también, los sufrimientos que lo torturan son el resultado de su libre elección, siempre que los acepte como factor más rápido de adelantamiento (126).

En tal caso, la sabiduría consiste en aceptarlas, sin murmurar, la propia suerte; en desempeñar fielmente la tarea, en prepararnos, así, para situaciones que se irán mejorando a medida que, por nuestros progresos, obtengamos acceso a mejores sociedades, libres de los yugos que pesan sobre los mundos inferiores.

Gracias a la doctrina de los Espíritus, el hombre comprende, finalmente, el objetivo de la existencia; en ella ve un medio de educación y reparación; cesa de maldecir al destino y de acusar a Dios. Se siente libre, al mismo tiempo, de las pesadillas de la nada y del infierno, y de las ilusiones de un ocioso paraíso, porque la vida futura no es mas una beatifica, inútil contemplación, la eterna inmovilidad de los electos o el suplicio sin fin de los condenados; y la evolución gradual; es, después del círculo de las pruebas y transmigraciones, el circulo de la felicidad es siempre la vida activa y progresiva, la adquisición, por el trabajo, de una suma creciente de ciencia, poder, moralidad; y participación cada vez más extensa en la obra divina, bajo la forma de misiones diversas - misiones de dedicación y de enseñanzas, al servicio de la Humanidad.

*

Toda la gente reconoce hoy la necesidad de una educación moral, susceptible de regenerar a la sociedad y de arrancar a Francia de un estado de decadencia que, acentuándose cada día, amenaza llevarla a la caída y a la ruina.

Se creyó por mucho tiempo haber hecho bastante, difundiendo la instrucción; mas la instrucción sin la enseñanza de la moral es impotente y estéril. Es preciso, antes de todo, hacer de la criatura un hombre - un hombre que comprenda sus deberes y conozca sus derechos. No basta desarrollar las inteligencias, es necesario formar caracteres, fortalecer las almas y las conciencias. Los conocimientos deben ser completados por nociones que aclaren el futuro e indiquen el destino del ser. Para renovar una sociedad, son necesarios hombres nuevos y mejores. Sin eso, todas las reformas económicas, todas las combinaciones políticas, todos los progresos intelectuales serán insuficientes. El orden social nunca valdrá mas que lo que nosotros mismos valemos.

Esa educación necesaria, sin embargo, ¿en qué se afirmará? No será, por cierto, en teorías negativas, pues fueran ellas las que, en parte, originaran los males del presente. Menos todavía lo será en dogmas caducos, doctrinas muertas, creencias todas superficiales y aparentes, que ya no tienen raíz en las almas.

¡No! La Humanidad no quiere mas símbolos, ni leyendas, ni misterios, ni verdades veladas. Se le hace necesaria la gran luz, la espléndida irrupción de lo verdadero, que solo el nuevo espiritualismo le puede proporcionar.

Solo él puede ofrecer a la moral una base definitiva y dar al hombre moderno las necesarias fuerzas para soportar dignamente sus pruebas, discernirles las causas, reaccionar contra ellas, cumplir en todo su deber.

(126) Ver "El Problema del Ser y del Destino".

Con esa doctrina el hombre sabe a que destino va; su caminar se torna mas firme y más seguro. Él sabe que la justicia gobierna el mundo, que todo se encadena, que cada uno de sus actos, mal o bien, recaerá sobre él, a través de los tiempos. En ese pensamiento encuentra un freno para el mal y un poderoso estímulo para el bien.

Las comunicaciones de los Espíritus, la comunión de los vivos y de los muertos le evidencian, en su realidad palpitante, el futuro de mas allá de la tumba; él sabe cual es la suerte que le está reservada, cuales las responsabilidades en que incurre, que predicados debe adquirir para ser feliz.

Efectivamente, cuando son conocidas las condiciones de la vida futura, el objetivo de la existencia se define, las normas de la vida presente se establecen, de modo imperioso, para todo espíritu celoso de su propio futuro. El comprende que no vino a este mundo para disfrutar placeres frívolos, para satisfacer pueriles y fútiles ambiciones, y sí para desarrollar sus

facultades superiores, corregir defectos, poner en práctica todo lo que puede contribuir para su elevación.

El estudio del Espiritismo enseña que la vida es combate por la luz; la lucha y las pruebas solo han de cesar con la conquista del bien moral. Ese pensamiento retempla las almas; las prepara para las acciones nobles y para los grandes emprendimientos. Con el sentido de lo verdadero, despierta en nosotros la confianza. Identificados con tales preceptos, no temeremos mas la adversidad ni la muerte. Con animo intrépido, a través de los golpes pulsados por la suerte; avanzaremos en la senda que nos es trazada, sin debilidades ni pesar abordaremos la otra margen, cuando haya sonado nuestra hora.

Por eso la influencia moralizadora del Espiritismo penetra poco a poco en los más diversos medios, de los más cultos a los más degradados y oscuros.

Tenemos de eso una prueba en el siguiente hecho: en 1888, los forzados del presidio de Tarragona (España) enviaban al Congreso Espirita Internacional de Barcelona un conmovedor relatorio, en el que hacían conocer toda la extensión del consuelo moral que les había proporcionado el conocimiento del Espiritismo (127).

Se puede también verificar, en los centros de operarios donde se ha divulgado el Espiritismo, una sensible modificación de las costumbres, una resistencia más enérgica a todos los excesos en general, y a las teorías anarquistas en particular. Gracias a los consejos de los Espíritus, muchos hábitos viciosos han sido cohibidos y la paz se restableció en muchos hogares perturbados.

Con la creencia perdida, esas enseñanzas, en tales medios, han hecho renacer virtudes hoy en día raras.

Era un edificante espectáculo ver, por ejemplo, todos los domingos fluir a Jumet (Bélgica), de todos los puntos de la cuenca de Charleroi, innumerables familias de mineros espiritas. Se reunían en una amplia sala, donde, después de los preliminares usuales, escuchaban, con recogimiento, las instrucciones que sus guías invisibles les transmitían por la boca de los médiums manifestados. Era por intermedio de uno de ellos, un simple trabajador minero, poco letrado, a expresarse habitualmente en dialecto Walon, que se manifestaba el Espíritu del canónigo Xavier

Mouls, sacerdote de gran valor y acrisoladas virtudes, a quien se debe la vulgarización del magnetismo y del Espiritismo en los «corons» (128) del valle. Mouls, después de rudas pruebas y crueles persecuciones, dejara la Tierra, mas su Espíritu continuó siempre velando por sus queridos mineros.

(127) Ver la reseña del Congreso Espirita de Barcelona, 1888. Librería de las Ciencias Psíquicas, París.

(128) Habitaciones de los mineros belgas.

Todos los domingos, tomaba posesión de los órganos del su médium favorito y, después de una cita de los sagrados textos, con elocuencia verdaderamente sacerdotal desarrollaba, en presencia de todos, en francés, durante una hora, el tema escogido, hablando al corazón y a la inteligencia de sus oyentes, exhortándolos al cumplimiento del deber, a la sumisión a las leyes divinas. Por eso, la impresión producida en aquella honrada gente era bien profunda. Lo mismo se da en todos los medios en que el Espiritismo es practicado con seriedad, por los humildes de este mundo.

À veces, Espíritus de mineros, conocidos de los asistentes y que con ellos compartieran la misma laboriosa existencia, se les manifestaban. Eran fácilmente reconocidos por su lenguaje, por sus expresiones familiares, por mil particularidades psicológicas que son otras tantas pruebas de identidad. Describían la vida en el espacio, las sensaciones experimentadas en la ocasión de la muerte, los sufrimientos morales resultantes de un pasado culpable, de perniciosos hábitos contraídos, de tendencias para la maledicencia o para el alcoholismo, y esas conmovedoras descripciones, llenas de animación y de originalidad, ejercían en el auditorio un gran efecto moral, una impresión profunda y saludable. De ahí una sensible transformación en las ideas y en las costumbres.

Considerando esos hechos, bien numerosos ya que se multiplican día a día, se puede desde luego calcular el número considerable de pobres almas que el Espiritismo fortaleció y consoló. Él preservó del suicidio a gran número de desesperados. Demostrándoles la realidad de la sobrevivencia, les restituyó el coraje y el aprecio a la vida.

No cometeremos exageración diciendo que millares de seres humanos, pertenecientes a diversas confesiones religiosas, protestantes y católicas - y aun representantes oficiales de esas religiones a quien la muerte de parientes y las pruebas habían desalentado - encontraran en la

comunión de los muertos, en lugar de una indecisa fe, una convicción positiva, una inquebrantable confianza en la inmortalidad.

Aquí está lo que un pastor protestante escribía a Russell Wallace, académico ingles, después de haber comprobado la realidad de los fenómenos espiritas:

"La muerte es ahora para mi una cosa muy diferente de lo que fue otrora; después de haber experimentado un enorme desaliento consecuente la muerte de mis hijos, me siento actualmente lleno de esperanza y de alegría; soy otro hombre" (129).

A esos testimonios, tan elocuentes de simplicidad, se podrían oponer, es cierto, los fraudes, los hábitos de embuste, el charlatanismo y la mediunidad venal, en una palabra: todos los abusos originados, en ciertos casos, de una pésima práctica experimental del Espiritismo, y a los cuales ya nos referimos

Mas los que se entregan a semejantes ejercicios prueban, por eso mismo, su ignorancia del Espiritismo. Si comprendiesen las leyes y los preceptos, sabrían lo que les reservan actos que son otras tantas profanaciones. Sabrían a lo que se exponen los que hacen de una cosa respetable y sagrada, la que no se debe tocar sino con recogimiento y piedad, medio vulgar de explotación, un comercio vergonzoso.

Nos recordarán, también, la influencia de los malos Espíritus, las comunicaciones apócrifas, suscritas por nombres célebres, los casos de obsesión y posesión. Mas esas influencias fueran ejercidas, esos hechos se produjeron en todos los tiempos; siempre los hombres estuvieron expuestos - muchas veces sin conocer las causas - a las malas acciones de los invisibles de orden inferior, y el estudio del Espiritismo viene precisamente a ofrecer los medios de alejar esas influencias, de actuar sobre los espiritus

(129) Russell Wallace, "El moderno espiritualismo", página 295.

malhechores, de encaminarlos hacia el bien por la evocación y por la oración.

La acción saludable del Espiritismo no se ejerce, en efecto, únicamente sobre los hombres; se extiende también a los habitantes del espacio. Mediante relaciones establecidas entre los dos mundos, los adeptos ilustrados pueden actuar sobre los Espíritus inferiores y, con palabras de piedad y consuelo, sabios consejos, arrancarlos del mal, del odio, de la desesperación.

En eso hay un deber imperioso, el deber de todo ser superior para con sus hermanos retardatarios, de uno o de otro mundo. Es el deber del hombre de bien, que el

Espiritismo eleva a la dignidad de educador y guía de los Espíritus ignorantes o perversos, enviados a él para ser instruidos, ilustrados, mejorados. Es, al mismo tiempo, el mas seguro medio de sanear fluidicamente la atmósfera de la Tierra, el ambiente en que se agita y vive la Humanidad.

Es con esa intención que todo círculo espirita de alguna importancia consagra parte de sus sesiones a la instrucción y moralización de las almas culpables. Gracias a la solicitud que les es testimoniada, a las caritativas advertencias y, sobretodo, a las oraciones fervorosas que recaen sobre ellas en magnéticos efluvios, no es raro ver a los mas endurecidos Espíritus reconciliados, con mejores sentimientos, poner por sí mismos termino a las dolorosas obsesiones con que perseguían a sus víctimas.

Con sus erróneas concepciones de la vida después de la muerte, con su doctrina de la condena eterna, impidió por mucho tiempo la Iglesia el cumplimiento de ese deber. Ella había impedido toda relación entre los Espíritus y los hombres, cavando entre ellos un profundo abismo. Todos los que, al dejar la Tierra, eran considerados condenados por sus crímenes, veían interceptarse, del lado de los hombres, toda comunicación, disiparse toda posibilidad de aproximación y, consecuentemente, toda esperanza de socorro moral y de consuelo.

Lo mismo acontecía del lado del cielo, porque los Espíritus elevados, en virtud de la naturaleza sutil de su envoltorio, de sus fluidos etéreos poco en armonía con los de los Espíritus inferiores, encuentran mucho mas dificultad que los hombres en comunicarse con ellos, en razón de la diferencia de afinidad. Todas las pobres almas errantes, torturadas por la angustia, asaltadas por los recuerdos punzantes del pasado se encontraban abandonadas a sí mismas, sin que un pensamiento amigo, como un rayo de sol, pudiese iluminar sus tinieblas.

Imbuidas, en la mayor parte, de inveterados prejuicios; convencidas muchas veces, por falsa educación, de la realidad de las penas eternas que suponían estar sufriendo, la situación se le tornaba horrible y suscitaba, muchas veces, pensamientos de rabia y de furor, una necesidad de venganza que buscaban saciar en los hombres débiles o propensos al mal.

La acción maléfica de esos Espíritus aumentaba por esa misma razón el abandono en que yacían.

Retenidos por sus fluidos groseros, en la atmósfera terrestre, en permanente contacto con los hombres accesibles a su influencia y pudiendo hacerles sentir la suya propia, ellos no tenían sino un fin: hacer a los hombres compartir de las torturas que creían sufrir.

Fue por eso que, durante toda la Edad Medía, época en que fueron prohibidas las relaciones con el mundo invisible, consideradas criminales y pasibles de la pena del fuego, se vinieron a multiplicar, durante largos siglos, los casos de obsesión, de posesión, y dilatarse la perniciosa influencia de los Espíritus del mal. En lugar de tratar de congraciarlos por medio de oraciones y benévolas exhortaciones, la Iglesia no tuvo para ellos sino anatemas y maldiciones; ella no procede sino por exorcismos, recurso además impotente, cuyo único resultado es irritar a los malos Espíritus, provocar en ellos réplicas impías o cínicas, y los actos indecentes u odiosos, que sugieren a sus víctimas.

Perdiendo de vista las puras tradiciones cristianas, sofocando a las voces del mundo invisible con la amenaza de la hoguera y de las torturas, la Iglesia repudió la gran ley de solidaridad que une a todas las criaturas de Dios en su ascensión común, imponiendo a las mas adelantadas la obligación de trabajar para instruir y regenerar a sus hermanas inferiores. Durante siglos, privó ella al hombre de los socorros, de las aclaraciones, de los inestimables recursos que proporciona la comunión de los Espíritus elevados. Privó a las generaciones de esas permutas de ternura con los amados entes que nos antecedieran en la otra vida, permutas que son la alegría, el consuelo supremo de los afligidos, de los aislados en la Tierra, de todos los que padecen las angustias de la separación. Privó a la Humanidad de ese flujo de vida espiritual que desciende de los espacios, retempla a las almas y reanima los tristes corazones desfallecidos.

Así se hizo, poco a poco, la oscuridad en las doctrinas y en los cerebros, se velaran las más centelleantes verdades, surgieran pueriles u odiosas concepciones, por falta de toda crítica y examen. Y a duda se esparció, el espíritu de escepticismo y negación invadió el mundo (130).

El Espiritismo viene a restablecer esa comunión de las almas, que es fuente de energía y luz. Haciéndonos conocer la vida futura bajo aspectos verdaderos, nos liga a todas las potencias del infinito y nos torna aptos para recibir sus inspiraciones. Las enseñanzas de los Espíritus superiores, los consejos de nuestros amigos del mas allá de la tumba, ejercen en nosotros una impresión mas profunda que todas las exhortaciones lanzadas del púlpito, o las lecciones de la mas elevada filosofía.

Haciéndonos ver en los malos Espíritus almas extraviadas, susceptibles de retorno al bien, dándonos los medios de actuar sobre ellos, de suavizarles la suerte, de prepararles la rehabilitación, el Espiritismo acaba con un antagonismo deplorable; torna imposible la reproducción de las escenas de posesión de que el pasado está repleto. Inspira al hombre la única actitud conveniente para con los Espíritus elevados, que son sus maestros y guías y para con los Espíritus inferiores, que son sus hermanos.

Lo prepara para llenar dignamente la tarea que le impone la ley de solidaridad y caridad que liga a todos los seres.

El Espiritismo, como se ve, ejerce en todos los medios una benéfica influencia.

En el espacio, mejora el estado de los Espíritus inferiores, permitiendo a los hombres ilustrados colaborar en su rehabilitación. En la Tierra introduce, en el orden social, poderosos elementos de moralización, conciliación y progreso. Aclarando los oscuros problemas de la existencia, ofrece remedio eficaz contra las utopías peligrosas, contra las inmoderadas ambiciones y las teorías disolventes. Aplaca los odios, calma las pasiones violentas y restablece la disciplina moral, sin la cual no puede haber entre los hombres ni paz, ni armonía.

(130) La Iglesia, por medio de sus mas autorizados teólogos, juzgó tener el derecho de afirmar que ningún sentimiento de piedad y de caridad subsistía en el corazón de los creyentes y de los bienaventurados respecto de los que hubiesen, por ventura, sido sus padres, parientes, compañeros de existencia en este mundo: "Los electos, en el cielo, no conservan ningún sentimiento de amor y amistad por los réprobos; no sienten por ellos compasión alguna y hasta gozan del suplicio de sus amigos y parientes."

"Los electos lo gozan en el sentido que se sienten libres de torturas, y que, por otro lado, en ellos se habrá expirado toda compasión, porque admirarán la justicia divina". (Summa Theología, de S. Tomás de Aquino; suplemento de la parte III, cuest. 95, arts, 1, 2 y 3, edición de León, 1685, t. II, pag. 425).

Es también esa la opinión de S. Bernardo (Tratado De diligendo Deo, cap. XV, 40; edición Mabillon, t. I, col. 601).

De ahí la consecuencia observada por ciertos autores místicos: "Para llegar, desde este mundo, a la vida perfecta, es preciso no conservar ninguna vinculación culpable; si, pues, un padre, madre, marido o esposa, etc., murieran como criminales, ostensivamente y en estado de pecado mortal, conviene arrancar del corazón todo recuerdo de ellos, puesto que son perpetuamente postergados por Dios y nadie los podría amar sin Impiedad".

Doctrina monstruosa, destructora de toda la idea familiar y bien diferente de las enseñanzas del Espiritismo, que fortifican el espíritu de familia, mostrándonos los vínculos a unen a sus miembros, preexistentes y persistentes en la vida del espacio. Ninguna alma es odiada por Dios.

El amor infinito no puede odiar. El alma criminal expía, se redime, tarde o temprano con la ayuda de sus hermanas mas adelantadas.

A los gritos amenazadores, a las reivindicaciones tumultuosas, que de las turbas a veces se levantan, a los pregones a la violencia, las imprecaciones contra la suerte, viene a responder la voz de los Espíritus: Hombres, recogeos en vuestro interior, aprended a conoceros, conociendo las leyes que rigen las sociedades y los mundos. habláis constantemente de vuestros derechos; aprended que poseéis únicamente los que os confieren vuestro valor moral, vuestro grado de adelantamiento. No envidiéis la riqueza: ella impone grandes deberes y onerosas responsabilidades. No aspiréis a la vida de ociosidad y de lujo; el trabajo y la simplicidad son los mejores instrumentos de vuestro progreso y felicidad venidera. Sabed que todo es regulado con equidad, que nada es entregado a las contingencias del azar. La situación del hombre, en este mundo, es la que para sí mismo preparó. Soportad, pues, con paciencia los sufrimientos necesarios, escogidos por vosotros mismos. El dolor es un medio de elevación; el sufrimiento del presente repara los errores de otrora y engendra las felicidades del futuro.

La existencia terrestre no es mas que una página del gran libro de la vida, un breve pasaje que liga dos inmensidades - la del pasado y la del futuro. El globo que habitáis es apenas un punto en el espacio, una morada inferior, un lugar de educación, de preparación para más altos destinos. No juzguéis, pues; no evaluéis la obra divina con la exigua medida y en el circulo restricto del presente. Comprended que la Justicia eterna no es la justicia de los hombres; ella no puede ser apreciada sino en sus relaciones en el conjunto de nuestras existencias y la universalidad de los mundos. Confiaos a la Suprema Sabiduría; desempeñad la tarea que ella os distribuyó y que, libremente, antes de nacer, habéis aceptado. Trabajad con intrepidez y consciencia en mejorar vuestra suerte y la de vuestros semejantes; aclarad la inteligencia, desarrollad la razón. Cuanto más ardua fuera vuestra tarea, más rápido será vuestro adelantamiento. La fortuna y el placer no son mas que obstáculos para quien desea elevarse. De este mundo no se llevan bienes ni honras, mas, únicamente, las aptitudes adquiridas y los perfeccionamientos realizados; en eso consisten las riquezas impredecibles contra las cuales la muerte nada puede.

Erguid la mirada por encima de la Tierra. Con la protección de los invisibles, de vuestros guías espirituales cuyos socorros no os faltarán si los invocáis con fervor, avanzad resueltamente por el camino de la vida. Amad a vuestros hermanos; practicad con todos la caridad y la justicia. Recordaos que constituís, todos, una gran familia oriunda de Dios, y que hurtándoos a vuestros hermanos desobedecéis a la eterna bondad de Dios, que es nuestro padre común; y o hurtáis a vosotros mismos, que no hacéis con ellos mas que uno solo, en el pensamiento creador de Aquel a quien todo debemos.

Porque la única felicidad, la única armonía posible en este mundo no es realizable sino por la unión con nuestros semejantes, unión por el pensamiento y por el corazón, mientras que de la división proceden todos los males: el desorden, la confusión, la perdida de todo lo que constituye la fuerza y la grandeza de las sociedades.

Se suscita frecuentemente esta cuestión el moderno espiritualismo ¿es una ciencia, o una religión?

Hasta ahora esos dos surcos trazados por el espíritu humano en su secular estudio de la verdad condujeran a opuestos resultados, indicio manifiesto del estado de inferioridad del pensamiento, comprimido, esclavizado, limitado en su campo de acción. Prosiguiendo, sin embargo, su marcha, un día forzosamente llegará - y ese día está próximo - en el que el espíritu humano alcanzará un dominio común a esas dos formas de la idea; ahí se han de fusionar ellas, unificarse en una síntesis, en una concepción de la vida y del Universo, que ha de abarcar el presente y el futuro y fijar las leyes eternas del destino.

El moderno espiritualismo, o espiritualismo integral, será el terreno en que se ha de efectuar esa aproximación. Ninguna otra doctrina puede dar a la Humanidad esa concepción general que, de lo mas intimo de la vida inferior, eleva el pensamiento a las cumbres de la Creación, hasta Dios, y liga a todos los seres en una interminable cadena.

Cuando esa concepción haya penetrado en las almas, cuando se haya constituido el principio de educación, el alimento intelectual, el pan de vida de todos los hijos de los hombres, ya no habrá posibilidad de separar la Ciencia de la Religión, y aun menos de combatir una en nombre de la otra, porque la Ciencia, hasta ahora encerrada en el círculo de la vida terrestre y del mundo material, habrá reconocido lo invisible y levantado el velo que oculta la vida fluídica; habrá sondado el Mas Allá, para determinarle las formas y precisar las leyes. Es la existencia futura, la ascensión del alma en sus innumerables moradas, ya no será una hipótesis, una especulación despojada de pruebas, sino la realidad viva y palpitante.

No será posible combatir la Religión en nombre de la Ciencia, porque la Religión no será mas el dogma estrecho y exclusivo, el culto material que hubiéramos conocido; será el remate triunfal

de todas las conquistas, de todas las aspiraciones del espíritu humano; será el vuelo del pensamiento que se apoya en la certeza experimental, en la comprobada evidencia del mundo invisible, en la cognitiva comprensión de sus leyes, y, firme en esa base sólida, se eleva hacia la Causa de las causas, hacia la soberana Inteligencia que preside el orden del Universo, para bendecirla, por haberle concedido la posibilidad de penetrar sus obras y asociarse a ellas.

Entonces, cada cual comprenderá que ciencia y religión no eran mas que palabras, necesarias para designar las fluctuaciones del pensamiento en sus primeros ensayos infantiles, estado transitorio del Espíritu en su evolución hacia la verdad. Y ese estado habrá desaparecido con las sombras de la ignorancia y de la superstición, para ceder el lugar al Conocimiento, al conocimiento real del alma y de su futuro, del Universo y de sus leyes; con ese conocimiento, vendrá la luz y las energías que permitirán, finalmente, al alma humana ocupar el lugar que le pertenece y desempeñar su verdadero papel en la obra de la Creación.

Siempre la Ciencia se envaneció con sus conquistas, y su orgullo es bien legítimo. Incompleta y variable, entre tanto, la Ciencia no es mas que el conjunto de las concepciones de un siglo, que la Ciencia del siglo siguiente ultrapasa y sumerge. A despecho de sus ciegas negaciones y pusilánime obstinación, día a día son las opiniones de los sabios desmentidas en algún punto. Se desmoronan teorías penosamente construidas, para ceder el lugar a otras teorías. A través de la sucesión de los tiempos, el pensamiento se desarrolla y avanza, mas, en su marcha, cuantas indecisiones, cuantos períodos de eclipse y aun de retroceso!

Considerando los preconceptos y la rutina de la Ciencia, fue que se levantaran vehementes, contra ella, ciertos escritores y la acusaran de incapacidad y de quiebra. Era una acusación injusta. Como lo demostramos, la «bancarrota» no alcanzó sino a los sistemas materialistas y positivistas. En el sentido opuesto, la teología y la escolástica, impeliendo a los espíritus hacia el misticismo, habían provocado inevitable reacción.

El misticismo y el materialismo hicieron su época. El futuro pertenece a la nueva ciencia, a la ciencia psíquica, que estudia todos los fenómenos y les investiga las causas, reconoce la existencia de un mundo invisible y, con todos los análisis que posee, formulará una síntesis magnífica de la vida y del Universo, para difundir su conocimiento para toda la Humanidad.

Ella destruirá la noción de lo sobrenatural, mas franqueará a las investigaciones humanas ignorados dominios de la Naturaleza, que encierran inagotables riquezas.

Es bajo la influencia del Espiritismo experimental que esa evolución científica ya se va efectuando. Es a él, digan lo que digan, que la nueva ciencia debe la vida, porque, sin el impulso que él le imprimió al pensamiento, esa ciencia estaría aun por nacer.

El Espiritismo trae a cada ciencia los elementos de una verdadera renovación. Por la comprobación de los fenómenos, conduce a la Física al descubrimiento de las formas sutilísimas de la Materia. Aclara todos los problemas de la Fisiología por el conocimiento del cuerpo fluídico. Sin la existencia de este, sería imposible explicar la aglomeración, en la forma orgánica y sobre un plano determinado, de las innumerables moléculas que constituyen nuestro envoltorio terrestre, del mismo modo que la conservación de la individualidad y de la memoria, a través de las constantes mutaciones del cuerpo humano.

Gracias al Espiritismo, la Psicología ya no se siente embarazada por tantas cuestiones oscuras y, particularmente, por la de las personalidades múltiples, que se suceden sin conocerse, en el mismo individuo. Las experiencias espiritas dan a la patología los medios de curar la obsesión y los innumerables casos de locura y alucinación que con ella se relacionan. La práctica del magnetismo, la utilización de los fluidos curativos, revolucionan y transforman la Terapéutica.

El espiritualismo integral nos hace comprender mejor la evolución de la vida, mostrándonos su principio en los progresos psíquicos del ser, que construye y perfecciona, por sí mismo, sus formas a través de los tiempos.

Esa evolución, en la que nuestras vidas terrestres no representan mas que una fase transitoria, simple parada en nuestra gran jornada ascensional a través de los mundos, vienen a confirmar los testimonios de la Astronomía, que muestra la exigua importancia de nuestro planeta en el conjunto del Universo, y concluye por la habitabilidad de las otras tierras del espacio.

Así el Espiritismo viene a enriquecer y fecundar los más diversos dominios del pensamiento y de la Ciencia. Esta se había limitado al estudio del mundo sensible, del mundo inferior de la materia. El Espiritismo, demostrando la existencia de un mundo fluídico que es el complemento, la prolongación de aquel, le abre ilimitados horizontes, facultándole un mayor impulso y desarrollo. Y, como esos dos mundos se ligan y reaccionan constantemente uno sobre el otro, siendo incompleto el conocimiento de uno sin el conocimiento del otro, el Espiritismo, aproximándolos, uniéndolos, viene a tornar posible la explicación de los fenómenos de la vida y la solución de los múltiples problemas ante cuya presencia permaneciera la Ciencia impotente y muda hasta ahora. Viene finalmente a liberar a la Humanidad de los sistemas restrictivos, de la rutina obstinada, para hacerla participar de la vida amplia, infinita.

La obra es imponente y grandiosa. El nuevo espiritualismo convida a que se le asocien todas las inteligencias, todas las almas generosas, todos los espíritus ávidos de luz y de ideal. El campo de acción que les faculta, las riquezas que les ofrece, no tiene límites. Sabios, poetas, pensadores y artistas, todos cuantos se sientan apasionados por la ciencia profunda, belleza ideal, armonía divina, han de encontrar en él una fuente inagotable de inspiraciones.

La doctrina de las transmigraciones, la magnífica epopeya de la vida inmortal que se desarrolla en la superficie de los mundos, ofrecerá tema para la producción de obras-primas, que excederán en magnitud a las geniales concepciones de otrora.

Esa acción renovadora se hará igualmente sentir en las religiones, de manera mucho mas lenta y dificultosa. Entre todas las instituciones humanas, son estas, en efecto, las más refractarias a cualquier reforma, a cualquier impulso hacia adelante; todavía, están, como todas las cosas, sujetas a la ley divina del progreso.

En el plano superior de evolución, cada símbolo, cada forma religiosa debe ceder el lugar a concepciones más elevadas y más puras. El Cristianismo no puede desaparecer, porque sus principios contienen el germen de renacimientos infinitos; debe, sin embargo, despojarse de las diferentes formas revestidas en el curso de las edades, regenerarse en las fuentes de la nueva revelación, apoyarse en la ciencia de los hechos y volver a ser un manantial de fe viva.

Ninguna concepción religiosa, ninguna forma cultural es inmutable. Vendrá un día en que los dogmas y cultos actuales irán a reunirse a los destrozos de los antiguos cultos; el ideal religioso, sin embargo, no ha de perecer; los preceptos del Evangelio dominarán siempre las conciencias, como la gran figura del Crucificado dominará el flujo de los siglos.

Las creencias, las diferentes religiones, tomadas en su orden sucesivo, podrían, en una cierta medida, ser consideradas los escalones que el pensamiento sube en su ascensión hacia concepciones cada vez más amplias de la vida futura y del ideal divino. Bajo este prisma, tienen su razón de ser; mas llega siempre un tiempo en que las más perfectas se tornan insuficientes, en un momento en que el espíritu humano, en sus aspiraciones e impulsos, se eleva por encima del círculo de las creencias usuales, para buscar una forma mas completa de conocimiento.

Entonces él percibe el encadenamiento que prende a todas esas religiones. Comprende que todas se ligan por una base de principios comunes, que son las imperecibles verdades, mientras que todo el resto - formas, ritos y símbolos, son cosas transitorias, pasajeras accidentes de la historia humana.

Desviándose su atención de esas formas, de esas expresiones religiosas, se vuelve hacia el futuro. Ahí ve elevarse por encima de todos los templos, de todas las religiones exclusivistas, una religión más amplia que a todos abarcará, que ya no tendrá ritos ni dogmas, ni barreras, mas dará testimonio de los hechos y de las verdades universales - una Iglesia que, por sobre todas las sectas y todas las iglesias, extenderá las vigorosas manos para proteger y bendecir. Ve erigirse un templo en que toda la Humanidad, recogida y prosternada, unirá los pensamientos y las creencias en una idéntica comunión de fe, que se resumirá en estas palabras: ¡Padre nuestro que estas en los cielos!

Tal será la religión del futuro, la religión universal. No será una institución cerrada, una ortodoxia regida por estrechas normas, sino una fusión de los corazones y de los espíritus.

El moderno espiritualismo, con el movimiento de ideas que provoca, prepara su advenimiento. Su acción creciente arrancará a las actuales iglesias la inmovilidad que las detiene, y las obligará a volverse hacia a luz que se explaya en el horizonte.

Es verdad que, en presencia de esa luz, a la vista de las profundidades que viene a iluminar, muchas almas aferradas al pasado tiemblan aun y sienten vértigo. Temen por su fe, por su ideal envejecido y vacilante; la deslumbra esa luz demasiado viva. ¿No es Satanás, dicen ellas, quien hace brillar a los ojos de los hombres un engañador espejismo? ¿No será eso obra del Espíritu del mal?.

Tranquilizaos, pobres almas, no hay otro Espíritu del mal sino la ignorancia. Esa radiación es el llamado de Dios que quiere que os aproximéis a él, que abandonéis las oscuras regiones, a fin de que sobrevoléis en las esferas luminosas.

Las iglesias cristianas no tienen razón en alarmarse con ese movimiento. La nueva revelación no las viene a destruir, y sí a ilustrarlas, regenerarlas, fecundarlas. Si la supiesen comprender y aceptar, en ella encontrarán un inesperado auxilio contra el materialismo que incesantemente les azota las bases con sus olas rugientes; en ella han de encontrar un nuevo potencial de vida.

¿Ya reparasteis en esas grutas adornadas de estalactitas y de blanquísimos cristales y en las galerías subterráneas de las minas de diamantes? Todas sus riquezas se encuentran inmersas en la sombra. Nada revela el esplendor que allí se oculta. Mas, al penetrar, la luz en su interior, todo inmediatamente se ilumina; centellean los cristales y el precioso mineral; las bóvedas, las paredes, todo, en chispas deslumbrantes, resplandece.

Esa luz es la que el nuevo espiritualismo trae a las iglesias. Bajo sus rayos, todas las riquezas ocultas del Evangelio, todas las gemas de la doctrina secreta del Cristianismo, sepultadas bajo el peso del dogma, todas las verdades veladas salen de la noche de los siglos y reaparecen con todo su esplendor. Aquí está lo que la nueva revelación viene a ofrecer a las religiones. Es un socorro del cielo, una resurrección de las cosas muertas y olvidadas, que ellas encierran en su seno. Es una nueva floración del pensamiento del Maestro, hermoseada, enriquecida, restituida a plena luz por los cuidados de los Espíritus celestes.

¿Lo comprenderán las iglesias? Sentirán ellas el poder de la verdad que se manifiesta y la grandeza del papel que les cumple desempeñar todavía, si lo supieran reconocer y asimilar? No lo sabemos. Mas lo que es cierto es que en vano tentarían combatirla, estorbarle la marcha o detenerle el vuelo: «!En eso está la voluntad de Dios - dicen las voces del espacio! - los que contra ella se levanten serán despedazados y dispersos. Ninguna fuerza humana, ningún dogma, ninguna persecución sería capaz de impedir la nueva donación, complemento necesario de las enseñanzas de Cristo, por él anunciada y dirigida. »

Fue dicho: «Cuando lleguen los tiempos, yo derramaré mi espíritu sobre toda la carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; los mancebos tendrán visiones y los viejos soñarán sueños. »

Es llegada esa época. La evolución física y el desarrollo intelectual de la Humanidad dan a los Espíritus superiores bien diestros instrumentos, organismos bien perfeccionados para permitirles que manifiesten su presencia y esparzan sus instrucciones. Tal el sentido de esas palabras.

Las potencias del espacio están en actividad, por todas partes su acción se hace sentir. Mas, nos preguntarán, ¿cuales son esas potencias?

Miembros y representantes de las iglesias del mundo, oíd y gravad en vuestra memoria:

Allá, muy encima de la Tierra, en los campos vastísimos del espacio vive, piensa, trabaja una Iglesia invisible, que vela por la Humanidad.

Ella se compone de los apóstoles, de los discípulos de Cristo y de todos los genios de los tiempos cristianos. Cerca de ellos encontrareis también a los elevados Espíritus de todas las razas que vivieran en este mundo de conformidad con la ley de amor y caridad.

Porque los juicios del cielo no son los juicios de la Tierra. En los etéreos espacios no se piden cuentas a las almas de los hombres, ni de su raza, ni de su religión, mas de sus obras y del bien que practicaron.

Es la Iglesia universal; no es restricta como las iglesias convencionales de la Tierra; abarca a los Espíritus de todos los que sufrieran por la verdad.

Son sus decisiones, inspiradas por Dios, las que rigen al mundo; es su voluntad la que subleva, en los momentos escogidos, las grandes olas de la idea e impele a la Humanidad hacia el abrigado puerto, a través de los temporales y de los escollos. Es ella la que dirige la marcha del moderno espiritualismo y patrocina su desarrollo. Por ella combaten los Espíritus que la constituyen: unos, del seno de los espacios, influyendo sobre sus defensores - porque no hay distancias para el Espíritu cuyo pensamiento vibra a través del infinito; - otros, bajando a la Tierra, donde, a veces revestidos, ellos mismos, de un cuerpo de carne, renacen entre los hombres para desempeñar todavía el papel de misioneros divinos.

Dios guarda en reserva otras fuerzas ocultas, otras almas de gran calidad para la hora de la renovación. Esa hora será anunciada por grandes crisis y sucesos dolorosos. Es necesario que las sociedades sufran; es preciso que el hombre sea herido para caer en sí, para sentir lo poco que es y abrir su corazón a las influencias de lo Alto.

La Tierra ha de presenciar días tenebrosos, días de luto; tempestades se han de desencadenar. Para que germine el grano, son necesarias las nevadas y la triste incubación del Invierno. Violentos soplos vendrán a disipar las nieblas de la ignorancia y los miasmas de la corrupción.

Mas pasarán las tempestades; el cielo reaparecerá en su limpidez. La obra divina se expandirá en un nuevo vuelo. La fe renacerá en las almas y nuevamente irradiará más fulgurante, sobre el mundo regenerado, el pensamiento de Jesús.

Conclusión

La observación de los fenómenos espiritas por un lado, las enseñanzas de los Espíritus por otro, nos evidencian las profundas verdades que constituyen la base del Cristianismo primitivo y de todas las grandes religiones del pasado. Se hizo la luz sobre actos de la vida de Cristo hasta ahora envueltos en el misterio. Al mismo tiempo, se reveló íntegramente el pensamiento de Jesús, la grandeza de su obra fue puesta en evidencia.

Jesús no es un instituidor de dogmas, un creador de símbolos; es el iniciador del mundo no culto del sentimiento, en la religión del amor. Otros asentaran la creencia sobre la idea de la

justicia. La justicia no basta; son precisos el amor de los hombres, la caridad, la paciencia, la simplicidad la mansedumbre. Es por esas cosas que el Cristianismo es superior es imperecible, y que todos los que aman a la Humanidad pueden decirse cristianos, mismo cuando que se encuentren divorciados de la tradición de todas las iglesias.

La religión de Jesús no es exclusivista: une a todas las almas creyentes en un vínculo común; prende a todos los seres que piensan, sienten, aman y sufren, en un mismo abrazo y una sola comunión de amor. Es la forma simple y sublime que va directa al corazón, conmueve y engrandece al hombre, le franquea las infinitas sendas del ideal. Ese ideal de amor y de fraternidad, fueron precisos diecinueve siglos para ser comprendido, para que pudiese penetrar en la conciencia de la Humanidad. Ahí entró él poco a poco, bajo los gérmenes de todas las transformaciones sociales.

Asegurando a todos el derecho de participar del «reino de Dios», o sea, de la luz y de la verdad, Jesús preparó la regeneración de la Humanidad; colocó los marcos de la revelación futura. Hizo entrever al hombre la extensión de sus destinos, la posibilidad de elevase hasta las esferas divinas, por los caminos da las pruebas y del dolor, por las vías de la fe y del trabajo.

Cristo hizo aun más. Por las manifestaciones de que era el centro y que continuarán después de su muerte, él había aproximado a las dos humanidades, la invisible y la visible, humanidades que se compenetran, se vivifican, y se completan mutuamente. La Iglesia nuevamente las separó; despedazó el vínculo que prendía a los muertos con los vivos. Reducida sus mismas inspiraciones, abandonada a corrientes de opiniones opuestas, a todos los soplos de las pasiones, no supo discernir mas e interpretar la verdad. El pensamiento de Jesús quedó velado; las tinieblas envolvieran el mundo, tinieblas espesas como las de la Edad Media, cuya influencia aun pesa sobre nosotros.

Mas, después de siglos de silencio, el mundo invisible se abre; se ilumina, se agita hasta sus mayores profundidades. Las legiones del Cristo y el mismo Cristo están en actividad. Sonó la hora de la nueva dispensación.

Esa dispensación es el moderno espiritualismo. Ahí está lo que se levanta con el haz de sus descubrimientos, con la multitud de sus testimonios, con la enseñanza de los Espíritus. Las columnas del templo que erige al pensamiento, suben poco a poco y se yerguen altaneras. Hace treinta años no pasaba de bien mezquina construcción. Y - ved - ya es un edificio moral, bajo cuyas bóvedas millones de almas han encontrado asilo, en medio de las agitaciones de la existencia. La multitud de los que gimen y sufren dirigen hacia él sus miradas. Todos aquellos para quien la vida se tornó molesta, todos los que son asediados por sombríos desasosiegos o presas de la desesperanza, en él han de encontrar consuelo y amparo; aprenderán a luchar con bravura, a desdeñar la muerte, a conquistar un mejor futuro.

Los pensadores, los generosos Espíritus que trabajan por la Humanidad, en él encontrarán los medios de realizar su ideal de paz y de armonía. Porque solo una fe viva, una creencia fuerte, consorciadora de las almas, será capaz de preparar la armonía universal. Puede ya preverse que es el moderno espiritualismo el que ha de realizarla. Él hizo mas para eso en cincuenta años que el Catolicismo en muchos siglos. En la hora actual, se encuentra él diseminado por todos los puntos del globo. Sus adeptos, cuyo número se volvió incalculable, se saludan todos por el nombre de hermanos. Una literatura considerable, centenas de periódicos, federaciones, sociedades, son manifestaciones de su creciente vitalidad.

Sólido por su pasado remotísimo, que es el de la Humanidad, seguro de su futuro, el Espiritismo se yergue ante las doctrinas sin bases y del escepticismo vacilante. ¡Avanza resueltamente por el camino abierto, a despecho de los obstáculos y de las oposiciones interesadas, seguro de la victoria final, porque tiene por sí la Ciencia y la Verdad!

*

Es un acto solemne del drama de la evolución humana que comienza; es una revelación que ilumina al mismo tiempo las profundidades del pasado y las del futuro; que hace que surjan del polvo de los siglos las creencias en letargo, la anima con una nueva llama y las hace, revivir, completándolas.

Es un soplo vigoroso que baja de los espacios y corre sobre el mundo; a su influjo todas las grandes verdades se restablecen. Majestuosas, emergen de la oscuridad de los tiempos, para desempeñar la tarea que el pensamiento divino les asigna. Las grandes cosas se fortalecen en el recogimiento y en el silencio: en el olvido aparente de los siglos extraen ellas nuevas energías, Se recogen en sí mismas y se preparan para las tareas del futuro. Por sobre las ruinas de los templos, de las civilizaciones extintas y de los imperios derrocados; por sobre el flujo y reflujo de las mareas humanas, una gran voz se eleva; y esa voz conclama: Sin venidos los tiempos; los tiempos son llegados!

De las inmensidades estrelladas bajan a la Tierra legiones de Espíritus, para empeñar el combate de la luz contra las tinieblas. Ya no son los hombres, ya no son los sabios, los filósofos que lanzan una nueva doctrina. Son los genios del espacio que vienen hasta nosotros y nos soplan al pensamiento las enseñanzas destinadas a regenerar el mundo. ¡Son los Espíritus de Dios! Todos los que poseen el don de la clarividencia los perciben sobrevolando sobre nosotros, asociándose a nuestros trabajos, luchando a nuestro lado por la liberación y la ascensión del alma humana.

Grandes cosas se preparan. Que los trabajadores del pensamiento estén dispuestos, si quieren tomar parte en la misión que Dios ofrece a todos los que circundan y sirven a la Verdad.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

N. 1- Sobre la autoridad de la Biblia y los orígenes del Antiguo Testamento

Para la mayor parte de las iglesias cristianas la Biblia es la suprema autoridad, siendo los sesenta y seis libros que componen el Antiguo y el Nuevo Testamento la expresión de la "palabra de Dios".

Nosotros, hijos curiosos del siglo XX, preguntamos: ¿porque precisamente sesenta y seis libros? Porque ni más, ni menos?

Los libros del Antiguo Testamento fueron escogidos, entre muchos otros, por desconocidos rabinos judíos. El valor de esos libros es, dicho sea de paso, muy incierto. El segundo libro de los Macabeos, por ejemplo, es muchísimo superior al de Ester; el libro de la sabiduría excede en valor al Eclesiastés.

Lo mismo sucedió con el Nuevo Testamento, compuesto de conformidad con una norma que los cristianos del primer siglo no conocían. El Apocalipsis fue escrito en el año 68 después de Jesucristo. El cuarto Evangelio solo apareció a fines del siglo I - algunos dicen en el año 140; - uno y otro traen el nombre de S. Juan; mas esos dos libros son animados de un espíritu bien diferente. El primero es obra de un cristiano judío; el otro es escrito por un cristiano de la escuela filosófica de Alejandría, que no solo había roto con la dogmática judaica, mas se proponía todavía combatirla.

Se comprende fácilmente que los reformadores protestantes basándose en el principio de que la Biblia constituye la "palabra de Dios" hayan tropezado con insuperables dificultades. Fueron ellos sobretodo los que prestaron a la Biblia esa autoridad absoluta que tantos abusos debía ocasionar: es necesario, sin embargo, no juzgarlos únicamente conforme a los resultados de la teología que instituyeron. Las necesidades del tiempo los constriñeron a oponer a la autoridad de la Iglesia Romana, al abuso de las indulgencias, al culto de los santos, a las obras muertas de una religión en que las frívolas prácticas habían substituido a la fe vivificadora, la soberanía de Dios y la autoridad de su palabra, expresada en la Biblia.

No obstante la disparidad de los elementos que componen esa obra, no se le podría contestar la gran importancia y la inspiración a veces elevada. Un rápido examen nos probará, todavía, que ella no puede tener el origen que le es atribuido.

Génesis. - Si leemos con atención los primeros capítulos del Génesis verificaremos que encierran dos narrativas distintas de la Creación. Los capítulos I y II, VV, l a 3, contienen una primera exposición, mas, en el capitulo II, 4, comienza otra narración; esas dos narrativas nos revelan el pensamiento de dos autores diferentes. Uno hablando de Dios, lo llama Eloim, o sea, "los dioses". En la opinión de ciertos comentadores, ese termino designaría a las fuerzas, a los seres divinos, los Espíritus colaboradores del Único. Ese parecer es confirmado por muchos pasajes del libro sagrado.

"Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros", se lee por ejemplo, en el Génesis (131). "Yo soy el Yahveh de vuestros dioses", dice en Levítico (132). En el libro de Daniel, hablando de ese profeta, la mujer de Baltazar afirma que él posee el espíritu de los dioses santos (133). Con el plural Eloim, revelando la colectividad, el verbo debe ser empleado en singular: los dioses "creó", mientras que, hablando esas fuerzas de sí mismo, el verbo está en plural: "Dijo Eloim: Hagamos al hombre a nuestra imagen".

El otro autor del Génesis emplea el termino Jehová - Yahveh, según los modernos orientalistas - nombre particular del Dios de Israel.

Esa diferencia es constante y se encuentra en toda la obra, a tal punto que los exegetas llegaron a distinguir esos dos autores, designándolos por los nombres de autor Eloista y autor Jeovista.

Cada uno de ellos tiene sus opiniones particulares. El primero, por ejemplo, se esforzó por dar una sanción divina a la institución del sábado, alegando que Dios había, al sétimo día, reposado. El segundo explica el problema del sufrimiento

humano, Proviene, dice él, del pecado, y el pecado deriva de la caída de Adán. Terrible encadenamiento de consecuencias dogmáticas que debía pesar aflictivamente sobre el pensamiento humano y detenerle el vuelo. Renan proclama ese autor el mayor de los filósofos. Ahí está una apreciación bien singular. No se puede, incuestionablemente, negar que sus opiniones hubiesen inspirado a San Pablo, San Agustín, Lutero, Calvino, Pascal; mas ¡en que terribles dédalos enmarañaran ellas a la razón humana!

En el capitulo IV del Génesis una extraña contradicción se evidencia. Después de haber muerto Abel, Cain se retira para un país distante, en el cual encuentra hombres, se casa y funda una ciudad. Cosa esa que gravemente afecta la narrativa de la Creación y a teoría de la unidad de origen de las razas humanas.

Deutoronomio: - Tomemos ahora en consideración este quinto libro del Antiguo Testamento. Dice el cap. I, V. l, que es obra de Moisés. En eso hay un primer ejemplo de esos piadosos fraudes que consistían en publicar un escrito bajo el nombre de un autor respetable para darle mayor autoridad. Somos informados del origen de ese libro por la narrativa de los Reyes. II, XXII, VV. 8 y 10, Fue hallado en el templo, bajo el reinado de Josias, uno de los últimos reyes de Judá, cinco siglos después de Moisés, en una época en que el astro de la dinastía de Judá ya se inclinaba hacia el ocaso, el verdadero autor lo había evidentemente colocado en el templo, a fin de que fuese descubierto y presentado al rey, hombre piadoso que tomó el libro en serio, creyó que provenía de Moisés y empleó toda su autoridad en el sentido de aplicar las reformas en él reclamadas. Los judíos se hallaban entonces engolfados en la idolatría; los preceptos del Decálogo estaban de tal modo olvidados que el autor del Deuteronomio, un reformador bien intencionado, habiéndose propuesto recordarlos, provocó un verdadero temor en los espíritus y consiguió hacer aceptar su libro como una nueva revelación.

Observemos, a ese respecto, en el Deuteronomio, cap. XXVIII, que las seductoras promesas y las aterradoras amenazas con que se esfuerza el autor por el restablecimiento del culto a Jehová se refieren exclusivamente a la vida terrestre, pareciendo no poseer noción alguna de la inmortalidad.

(l3l) Cap. III, 22.
(132) XIX, 3.
(133) "Daniel", V, 11.

La misma cosa se da con el Pentateuco, conjunto de obras atribuidas a Moisés. En ningún lugar el gran 1egislador judío, o los que hablan en su nombre, hace mención del alma como entidad sobreviviente al cuerpo. En su opinión, la vida del hombre, criatura efímera se desarrolla en el estrecho circulo de la Tierra sin perspectiva abierta para el cielo, sin esperanza y sin futuro.

En su mayor parte, los otros libros del Antiguo Testamento no hablan del futuro del hombre sino con la misma duda, con el mismo sentimiento de desesperada tristeza.

Dice Salomón (Eccles., III, VV. 17 y siguientes):

"¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube a las alturas?

Meditando sobre la condición de los hombres, he visto que es ella la misma que la de los animales. Su fin es el mismo; el hombre perece como el animal; lo que resta de uno no es mas de lo que resta del otro; todo es vanidad" (134).

¿Es entonces eso la "palabra de Dios”? ¿Se puede admitir que él haya dejado a su pueblo predilecto ignorar los destinos del alma y la vida futura, cuando ese principio esencial de toda doctrina espiritualista era, desde hacia mucho tiempo, familiar en la India, en Egipto, en Grecia, en la Galia?

La Biblia establece como principio el más absoluto monoteísmo. En ella no se trata de la Trinidad. Yahveh reina solito en el cielo, celoso y solitario. Mas Yahveh primitivamente no es mas que un dios nacional, opuesto a las divinidades adoradas por los otros pueblos. Solo mas tarde los hebreos se elevan a la concepción de ese Poder único, supremo, que rige el Universo. Los ángeles no se muestran sino de tanto en tanto, como mensajeros del Eterno. No hay ningún lugar para las almas de los hombres en los cielos tristes y vacíos. Desde el punto de vista moral, Dios es presentado en la Biblia bajo aspectos múltiples e contradictorios. Lo llaman el mejor de los padres y lo hacen despiadado con sus hijos culpables. Le atribuyen la omnipotencia, la infinita bondad, la soberana justicia, y lo rebajan hasta el nivel de las pasiones humanas, mostrándolo terrible, parcial e implacable. Lo hacen creador de todo lo que existe, le dan la presencia y, después nos lo presentan como arrepentido de su obra:

Génesis, cap. VI, VV. 6 y 7: "Y se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra y le dolió el corazón."

Y dijo Jehová: "Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho."

Solo Noé y su fama encontraron gracia ante el Eterno. ¿En que se tornan, después de esa narrativa, la previdencia y el poder divino?

Señalemos entre tanto: la noción de la Divinidad se va depurando medida que evoluciona el pueblo. Los profetas, individuos inspirados, reprueban, en nombre del Señor, los sacrificios cruentos, primeros homenajes de los hebreos a Yahveh; condenan el ayuno y las señales exteriores de humillación, en las cuales el pensamiento no tiene la menor intervención.

"Y si me ofrecéis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados", exclama el Eterno por la boca de Amós. "Pero corra el juicio como las aguas y la justicia como impetuoso arroyo" (135).

No ayunáis como conviene dice Isaías - "He aquí para que contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicuamente; no ayunéis como hoy, para vuestra voz sea

(134) "Todo es nada" dice el texto hebraico.

(135) "Amós", V, 22, 24.

oída en lo alto. ¿Es que el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como un junco, y haga cama de cilicio y de ceniza?. ¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de la impiedad, soltar las cargas de la opresión, y dejar libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en tu casa? que cuando veas al desnudo, lo cubras, ¿y no le escondas de tu hermano?. Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad; y si dieres tu pan al hambriento, y saciares el alma afligida, en las tinieblas nacerá la luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan. Y los tuyos edificarán ruinas antiguas; los cimientos de generación en generación levantarás, serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar." (136).

"Oh hombre, - dice Miqueas - él te ha declarado lo que bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios" (137).

En su obra intitulada En torno de un librito, respondiendo a las criticas suscitadas por su trabajo sobre El Evangelio y la Iglesia, externa el abad Loisy la opinión de que, en su conjunto, no tienen los libros del Antiguo Testamento otro objetivo aparte de la instrucción religiosa y la edificación moral del pueblo. "en el se desconoce la exactitud bibliográfica - acrecienta; - la preocupación del hecho material y de la historia objetiva brilla por su ausencia."

Esa es también mi opinión. De ahí se sigue que no podría la Biblia ser considerada "la palabra de Dios" ni una revelación sobrenatural. Lo que se debe ver en ella es una compilación de narrativas históricas o legendarias, de enseñanzas sublimes, junto a pormenores a veces triviales.

Parece, en ciertos casos, los autores del Pentateuco haberse inspirado en revelaciones más antiguas, como lo hace notar Swedenborg, con pruebas en su apoyo. Los iniciados encaran el Antiguo Testamento como puramente simbólico y en él piensan descubrir todas las Verdades por medio de la Cábala. Somos también de la opinión que puede él revestir la forma de un símbolo. Del mismo modo que vemos ahí la preparación del pueblo hebreo para el advenimiento del Cristianismo, bajo la dirección de Moisés y de los profetas, a los cuales se muestra él a veces tan rebelde, puede igualmente ese libro representarnos la marcha ascensional del espíritu humano hacia la perfección a la que lo conducen los Espíritus superiores de uno y de otro mundo.

El Antiguo Testamento parece destinado a servir de lazo entre la raza semítica y la aria. Jesús, en efecto, ¿no parece más ario que judío? Su infinita mansedumbre, la serena claridad de su pensamiento ¿no están en oposición con los rígidos, con los sombríos aspectos del Judaísmo?

Esa obra no remonta a fechas tan antiguas como se ha de buen grado hecho creer. Fue en todo caso retocada mas o menos algún tiempo después de la vuelta de Babilonia, porque en ella de tiempo en tiempo se encuentran alusiones al cautiverio de los judíos en ese país (138). Es claramente la obra de los hombres, el testimonio de su fe, de sus aspiraciones, de su saber, y también de sus errores y supersticiones.

(136) "Isaias", LVIII, 4 a 8.

(137) "Miqueas", VI, 8.

(138) Cerca del año 700 antes de nuestra era.

Los profetas consignaron en ella la palabra vibrante que les era inspirada; videntes, describieron las imágenes de las realidades invisibles que se les aparecían; escritores, delinearon las escenas de la vida social y las costumbres de la época.
Fue con la intención de dar a esas enseñanzas tan variadas mayor peso y autoridad, que fueran ellas presentadas como emanadas de la soberana Potencia que rige los mundos.

N. 2 - Sobre el origen de los Evangelios

El Antiguo Testamento es el libro sagrado de un pueblo - el pueblo hebreo; el Evangelio es el libro sagrado de la Humanidad. Las verdades esenciales que él contiene se encuentran ligadas a las tradiciones de todos los pueblos y de todas las edades. A esas verdades, sin embargo, muchos elementos inferiores vinieron a asociarse.
Desde ese punto de vista el Evangelio puede ser comparado a un recipiente precioso en el que, en medio del polvo y de las cenizas, se encuentran perlas y diamantes. La reunión de esas gemas constituye la pura doctrina cristiana.
En cuanto a su verdadero origen, admitiendo que los Evangelios canónicos sean obra de los autores de quienes traen los nombres, es preciso notar que dos de entre ellos, Marcos y Lucas, se limitaron a transcribir lo que les fuera dicho por los discípulos. Los otros dos, Mateo y Juan, convivieron con Jesús y recogieron sus enseñanzas. Sus evangelios, no obstante, no fueron escritos sino cuarenta y sesenta años después de la muerte del maestro.
El siguiente pasaje de Mateo (XXIII, 35) - a menos que se trate de una interpolación bien verosímil - prueba que esa obra es bien posterior a la caída de Jerusalén (año 70). Jesús dirige este vehemente apóstrofe a los fariseos:
"Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar".
Ahora, según todos los historiadores y, en particular, según Flávius Josefo (139), ese asesinato fue practicado en el año 67, o sea treinta y cuatro años después de la muerte de Jesús.
Si atribuyen a Cristo la mención de un hecho que él no podía conocer, ¿a qué no se habrán animado acerca de otros puntos?
Los Evangelios no están concordes sobre los hechos más notables atribuidos a Jesús. Así, cada uno de ellos refiere de modo diferente sus últimas palabras. Según Mateo y Marcos, habrían sido: "Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has desamparado?" (140). Conforme Lucas, Cristo, al expirar-, habría dicho: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (141), expresivo testimonio de amor filial que lo unía a Dios. Juan, finalmente, pone en su boca estas palabras: "Consumado es" (142).
Lo mismo se verifica con relación a la primera aparición de Jesús: aun en eso los evangelistas no están de acuerdo.
Mateo habla de dos mujeres que, juntas, lo habrían visto. Al decir de Lucas, fue a los dos discípulos que se dirigían hacia Emaús que en primer lugar Cristo se mostró. Marcos y Juan señalan únicamente a María Magdalena como testigo de su primera aparición (143).

(139) F. Josefo, "Guerra de los Judíos contra los romanos". Trad., de Arnald d'Andilly, edición de 1838, de Buchon, libro IV, cap. XIX, pág. 704.
(140) "Mateo", XXVII, 46. - Marcos, XV, 34.
(141) "Lucas", XXIII, 46.
(142) "Juan", XIX, 30.
(143) "Mateo", XXVIII, 9. "Marco", XVI, 9. "Lucas", XXIV, 15. - "Juan", XX, 14.

Notemos todavía una divergencia acerca de la Ascensión: Mateo y Juan, los únicos compañeros de Jesús que escribieron sobre su vida, no hablan de ella. Marcos la indica en Jerusalén (XVI, 14, 19), y Lucas declara que ella tuvo lugar en Betania (XXIV, 50, 51), en el mismo día de la resurrección, mientras que en los Actos de los Apóstoles dicen haber sido cuarenta días después (Actos, 1, 3).
Por otro lado, es evidente que el último capitulo del evangelio de Juan no es del mismo autor del resto de la obra. Este terminaba primitivamente en el versículo 31 del cap. XX, y el primer versículo que le sigue indica un incremento.
¿Habría Juan osado llamarse "el discípulo que Jesús amaba?" ¿Habría él podido pretender que en el mundo entero no cabrían los libros en que se describiesen los hechos y los gestos de Jesús? (XXI, 25). Si reconocemos que fue incrementado un capitulo entero a ese evangelio, seremos llevados a concluir que numerosas interpolaciones podrían haber sido hechas igualmente.
Hablamos del gran número de Evangelios apócrifos. De ellos contaba Fabricius treinta y cinco. Esos evangelios, hoy despreciados, no eran, entre tanto, destituidos de valor a los ojos de la

Iglesia, pues que en uno de ellos dice Nicodémos que ella va a buscar la creencia del descenso de Jesús a los infiernos creencia impuesta a toda la cristiandad por el símbolo del concilio de Nicea, y del que no habla ninguno de los Evangelios canónicos.

En resumen, según A. Sabatier, decano de la Facultad de Teología Protestante de París (144), los manuscritos originales de los Evangelios desaparecieron, sin dejar ningún vestigio cierto en la Historia. Fueron probablemente destruidos por ocasión de la proscripción general de los libros cristianos, ordena por el emperador Diocleciano (edicto imperial del año 303). Los escritos sagrados que escaparon a la destrucción no son, por consiguiente, sino copias.

Inicialmente, esos escritos no tenían puntuación, mas, después de un tiempo, fueron divididos en versículos, para comodidad de la lectura en público - divisiones a veces arbitrarias y diferentes entre sí. La división actual apareció por primera vez en la edición de 1551.

A pesar de todos sus esfuerzos lo que la critica puede científicamente establecer de más antiguo fueron los textos de los siglos V y IV. No se puede remontar mas lejos sino por conjeturas siempre sujetas a discusión.

Orígenes ya se quejaba amargamente del estado de los manuscritos en su tiempo. Irineo refiere que poblaciones enteras creían en Jesús sin la intervención del papel y de la tinta. No se escribió inmediatamente, porque era esperada la vuelta de Cristo.

N. 3 - Sobre la autenticidad de los Evangelios

Un atento examen de los textos demuestra que, en medio de las discusiones y de las perturbaciones que agitaron, en los primeros siglos, el mundo cristiano, no vaciló, para aducir argumentos, en desvirtuar los hechos, en falsear el verdadero sentido del Evangelio. Celso, desde el siglo II, en el Discurso verdadero, lanzaba a los cristianos la acusación de retocar constantemente los Evangelios y eliminar al día siguiente lo que había sido introducido en la víspera.

Muchos hechos parecen imaginarios y acrecentados posteriormente. Tales, por ejemplo, el nacimiento en Belén, de Jesús de Nazaret, el degüello de los inocentes, del que la

(144) "Enciclopedia de las ciencias religiosas", de F. Lichtenberger.

Historia no hace ninguna mención, la fuga hacia el Egipto, la doble genealogía, contradictoria en tantos puntos, de Lucas y Mateo.

¿Cómo, también, creer en la tentación de Jesús, que la Iglesia admite en ese mismo libro en el que cree encontrar las pruebas de su divinidad? Satanás lleva a Jesús al monte y le ofrece el imperio del mundo, si él le quisiese prestar obediencia. Si Jesús es Dios, ¿podría Satanás ignorarlo? Y, si conocía su naturaleza divina, ¿cómo esperaba ejercer influencia sobre él?

La resurrección de Lázaro, el mayor de los milagros de Jesús, es únicamente mencionada en el cuarto Evangelio, mas de 60 años después de la muerte de Cristo, mientras que sus menores curas son citadas en los tres primeros.

Con el cuarto Evangelio y Justino Mártir, la creencia cristiana efectúa la evolución que consiste en sustituir la idea de un hombre honrado, convertido en un ser divino, a la de un ser divino que se convirtió en hombre.

Después de la proclamación de la divinidad de Cristo, en el siglo IV, después de la introducción, en el sistema eclesiástico, del dogma de la Trinidad, en el siglo VII, muchos pasajes del Nuevo Testamento fueron modificados, a fin de que expresen las nuevas doctrinas (Ver Juan, 1, 5, 7). "Vimos, dice Leblois (145), en la Biblioteca Nacional, en la de Santa Genoveva, en la del monasterio de Saint-Gall, manuscritos en los que el dogma de la Trinidad está apenas acrecentado al margen. Mas tarde fue intercalado en el texto, donde se encuentra todavía."

N. 4 - Sobre el sentido oculto del Evangelio

Muchos entre los papiros de la Iglesia afirman que los Evangelios encierran un sentido oculto.

Orígenes dice:

"Las Escrituras son de poca utilidad para los que las tomen como fueron escritas. El origen de muchos desaciertos reside en el hecho de apegarse a su parte carnal y exterior."

"Tratemos, pues, el espíritu y los frutos sustanciales de la Palabra que son ocultos y misteriosos."

Lo mismo dice todavía:

"Hay cosas que son referidas como historias, que nunca sucedieron y que eran imposibles como hechos materiales, y otras que eran posibles, pero que no acontecieron."

Tertuliano y Denis, el Areopagita, hablan también de un esoterismo cristiano.

San Hilario declara repetidas veces que es necesario, para la inteligencia de los Evangelios, suponerles un sentido oculto, una interpretación espiritual (146).

En el mismo sentido se exterioriza San Agustín:

"En las obras y en los milagros de Nuestro Salvador hay ocultos misterios que no se pueden livianamente, y según la letra, interpretar sin caer en errores e incurrir en graves faltas."

San Jerónimo, en su Epístola a Paulino, declara con insistencia:

"Toma cuidado, mi hermano, en el rumbo que siguieres en la Escritura Santa.

(145) "Las Biblias y los Iniciadores religiosos de la humanidad", por Leblois, pastor en Strasburgo.

(146) Ver a ese respecto el prefacio de los Benedictinos al comentario del Evangelio según S. Mateo. "Obras de S. Hilario". cols. 599-6OO.

Todo lo que leemos en la Palabra santa es luminoso y por eso irradia exteriormente, mas la parte interior es todavía mas dulce. Aquel que desea comer el corazón debe quebrar la cáscara."

Sobre ese mismo asunto una animada controversia teológica se trabó entre Bossuet y Fenelon. Afirmaba este haber un sentido secreto de las Escrituras, transmitido únicamente a iniciados, una gnosis católica vedada a las personas vulgares (147).

De todas esas ocultas significaciones la primitiva Iglesia poseía el sentido, mas lo disimulaba cuidadosamente; poco a poco vino este a perderse.

N. 5 - Sobre la Reencarnación

En sus obras hace el historiador judío Josefo profesión de su fe en la reencarnación; refiere él que era esa la creencia de los fariseos. El padre Didon lo confirma en estos términos, en su Vida de Jesús: "Entre el pueblo judío y mismo en las escuelas se creía en la vuelta del alma de los muertos en la persona de los vivos".

Es lo que explica, en muchos casos, las preguntas hachas a Jesús por sus discípulos.

A propósito del ciego de nacimiento, Cristo respondió a una de esas interrogaciones:

No es que él haya pecado, ni sus padres, mas es para que en él se manifiesten las obras de Dios."

Los discípulos crían que se podía haber pecado antes de nacer, o sea, en una existencia anterior.

Jesús comparte la creencia de ellos, puesto que, viniendo para enseñar la Verdad, no habría dejado de rectificar esa opinión, si fuese errónea. Por el contrario, a ella responde, explicando el caso que los preocupa.

El sabio benedictino Don Calmet se expresa del siguiente modo en su Comentario sobre ese pasaje de las Escrituras:

"Muchos doctores judíos creen que las almas de Adán, de Abraham, Fineas, animaron sucesivamente Varios hombres de su nación. No es, pues, de extrañar de ninguna manera que los apóstoles hayan raciocinado como parecen raciocinar aquí sobre la enfermedad de ese ciego, y que hayan creído que fuera él mismo quien, por algún pecado oculto, cometido antes de nacer, hubiese atraído sobre sí mismo semejante desgracia."

"Es claro que la reencarnación es el verdadero nacimiento en una vida mejor. Es un acto voluntario del Espíritu, y no el exclusivo resultado del contacto carnal de los padres; se origina de la doble resolución del alma de tomar un cuerpo material y tornarse un hombre mejor."

"Repárese como S. Juan (I, 13) niega abiertamente la intervención de los padres en el nacimiento del alma, cuando dice: “Que no son nacidos de la sangre, ni de la carne, ni de la voluntad del hombre y sí de la voluntad de Dios.”

"Todos esos puntos oscuros se iluminan de una viva claridad, cuando los consideramos desde el punto de vista espirita."

En la conversación de Jesús y Nicodémus, este, oyendo a Cristo hablar de renacimiento, no comprende como pueda este tener lugar. Ante esa estrechez de espíritu, Jesús queda perplejo. No le es posible dar a su pensamiento la extensión y el arrojo propios.

Para él la reencarnación representa el primer eslabón una serie de más trascendentes verdades.

(l47) Ver Julio Blois, "El mundo Invisible", pttg. 62.

A respecto de la conversación de Jesús con Nicodémos, un pastor de la iglesia holandesa nos escribe en estos términos:

Era ya conocida por los hombres de ese tiempo.

¡Y tenemos que un doctor de Israel no percibe nada al respecto¡ De ahí el apóstrofe de Jesús: ¡Como! ¡Si no comprendéis las cosas terrestres, podré yo explicar las cosas celestes las que se refieren particularmente a mi misión!

De todos los padres de la Iglesia fue Orígenes quien afirmó, de la manera mas positiva, en numerosas pasajes de sus Principios (libro lº), la reencarnación o renacimiento de las almas. Es esta su tesis: "La justicia del Creador debe evidenciarse en todas las cosas" Aquí está en que términos el abad Bérault-Bercastel resume su opinión:

"Según este doctor de la Iglesia, la desigualdad de las criaturas humanas no representa sino el efecto de su propio merecimiento, porque todas as almas fueron creadas simples, libres, ingenuas e inocentes por su misma ignorancia y todas, también por eso, absolutamente iguales. El mayor número incurrió en pecado y, de conformidad a sus faltas, fueron ellas encerradas en cuerpos mas o menos groseros, expresamente creados para servirles de prisión. De ahí los procedimientos variados de la familia humana. Por más grave, sin embargo, que sea la caída, jamás acarrea para el Espíritu culpado el retroceso a la condición de bruto; apenas lo obliga a recomenzar nuevas existencias, ya sea en este, ya sea en otros mundos, hasta que, exhausto de sufrir, se someta a la ley del progreso y se modifique para mejor. Todos los Espíritus están sujetos a pasar del bien al mal y del mal al bien. Los sufrimientos impuestos por el Buen Dios son apenas medicinales, y "los mismos demonios cesarán un día de ser los enemigos del bien y el objeto de los rigores del Eterno." (Historia de la Iglesia, por el abad Bérault-Bercastel).

Leemos en la Apologética de Tertuliano:

"Declare un cristiano creer posible que un hombre renazca en otro hombre, y el pueblo reclamará a grandes gritos que sea lapidado. Entre tanto, si fue posible creerse en la metempsicosis grosera la cual afirmaba que las almas humanas vuelven en diferentes cuerpos de animales, ¿no será mas digno admitirse que un hombre pueda haber sido anteriormente un hombre, conservando su alma las cualidades y facultades precedentes?"

S. Jerónimo a su vez afirma que la transmigración de las almas hacía parte de las enseñanzas reveladas a un cierto número de iniciados.

En sus Confesiones (148) dice San Agustín:

"¿No habría mi infancia actual seguido a otra edad antes de la extinta?... Antes mismo de ese tiempo, ¿habría yo estado en algún lugar? ¿Sería alguien?"

Afirmando este principio moral: "Conforme a la justicia divina, aquí en este mundo no puede existir un desgraciado que no haya merecido su infortunio", ese padre de la Iglesia hace presentir la razón de los sufrimientos de las criaturas, la causa general de las pruebas que padece la Humanidad, así como la de las deformidades congénitas. La preexistencia de las almas a la de los cuerpos en una o varias existencias anteriores a la vida terrestre explica esas aparentes anomalías, de tal suerte, repitamos, que los sufrimientos, según Orígenes - que adoptara a tal respecto la opinión de Platón - serían remedios del alma, correspondiendo a las necesidades simultáneas de justicia y de amor, no siéndonos impuesto el sufrimiento sino para mejorarnos.

(148) T. I, pág. 28.

N. 6 - Sobre las relaciones de los primeros cristianos con los espíritus

En el lenguaje filosófico de Grecia, la palabra demonio (daimon) era sinónimo de genio o de Espíritu. Tal, por ejemplo, el demonio de Sócrates. Se hacía distinción entre los buenos y los malos demonios. Platón da mismo a Dios el nombre de demonio omnipotente. El Cristianismo adoptó en parte esos términos, mas les modificó el sentido (149). A los buenos demonios les dio el nombre de ángeles, y a los malos se tomaran demonios, sin adjetivación. La palabra espíritu (pneuma) quedó siendo la expresión usada para designar a una inteligencia privada de cuerpo carnal.

Esa palabra pneuma, tradujo S. Jerónimo como spiritus, reconociendo, con los evangelistas, que hay buenos y malos Espíritus. La idea de divinizar al Espíritu no surgió sino en el siglo II. Fue solamente después de la Vulgata que la palabra sanctus fue constantemente ligada a la palabra spiritus, no consiguiendo esa unión, en la mayoría de los casos, sino tomar el sentido más oscuro y aun, a veces, ininteligible. Los traductores franceses de los libros canónicos fueron todavía mas

lejos a ese respecto y contribuyeron para desnaturalizar el sentido primitivo. Aquí está un ejemplo, entre otros muchos: se lee en Lucas (cap. XI, texto griego):

XI-10. "Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca halla; y al que llama se le abrirá." - 13. "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuanto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?"

Las traducciones francesas traen el Espíritu Santo. Es un contrasentido. En la Vulgata, traducción latina del griego, está escrito Spiritum bonum, palabra por palabra, espíritu bueno. La Vulgata no habla absolutamente del Espíritu Santo. El primitivo texto griego es todavía más preciso, y no podría ser de otro modo, puesto que el Espíritu Santo, como tercera persona de la Trinidad, no fue imaginado sino al final del siglo II.

Conviene todavía, notar que la Biblia en ciertos casos, habla del Espíritu Santo, pero siempre en el sentido de Espíritu familiar, de Espíritu ligado a una persona.

Así, en el Antiguo Testamento (Daniel, XIII, 45) (150) se lee: "El Señor suscitó el espíritu santo de un mozo llamado Daniel".

Respecto a las relaciones de los primeros cristianos con los Espíritus, los siguientes pasajes de las Escrituras nos deben llamar particularmente la atención:

Actos, XXI, 4:

"Y hallados los discípulos, nos quedamos allí siete días; y ellos decían a Pablo, por el Espíritu, que no subiese a Jerusalén."

Ciertas traducciones francesas rezan Espíritu Santo.

I Cor. XIV, 30, 31. Se trata del orden a establecer en las reuniones de los fieles:

"Y si algo le fuere revelado a otro que estuviese sentado(en el templo), calle el primero. Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan y todos sean exhortados."

(149) ver, a ese respecto, S. Justino, "Apologética", 1, 18, pasaje adelante citado en la nota 8.

(150) En ciertas Biblias ese capitulo figura aparte, bajo el titulo "Historia de Susana".

De esa instrucción resalta que profetizar no era otra cosa sino transmitir una enseñanza; es todavía la función del médium parlante o de incorporaciones.

Actos, XXIII, 6-9. Pablo, dirigiéndose a una asamblea, decía:

"Entonces Pablo, notando que una parte era de saduceos y otra de fariseos, alzó la voz en el concilio: Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; acerca de la esperanza y de la resurrección de los muertos se me juzga."

Y hubo un gran vocerío, y levantándose los escribas de la parte de los fariseos contendían, diciendo: "Ningún mal hallamos en este hombre; que si un espíritu le ha hablado, o un ángel, no resistamos a Dios."

Actos XVI, 16, 17. Pablo fuera avisado en sueño de que pasase por Macedonia con Timoteo:

"Aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de (Pitón) adivinación, la cual daba gran ganancia a sus amos, adivinando. Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces, diciendo: Estos hombres son ciervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación."

La expresión "espíritu de Pitón" calificaba, en el lenguaje de aquel tiempo, un mal Espíritu. Era empleada por los judíos ortodoxos, que solo admitían la profetización oficial, reconocida por la autoridad sacerdotal, siempre que sus enseñanzas fueran de acuerdo con las de ellos; por el contrario, condenaban la profetización popular, practicada sobre todo por mujeres, que de ella sacaban partido como en nuestros días todavía lo hacen algunos médiums mercenarios. Esa calificación, sin embargo, de "espíritu de Pitón" era muchas veces arbitraria. De eso vamos a encontrar la prueba en el hecho de la vidente o "pitonisa" de Endor, que sirvió de intermediaria a Saúl para comunicarse con el Espíritu de Samuel, que poseía también, según la expresión bíblica, un "espíritu de Pitón". No obstante, no es posible confundir el Espíritu del profeta Samuel con Espíritus de orden inferior. La escena descrita por la Biblia es de una imponencia grandiosa; ofrece todos los caracteres de una elevada manifestación (151).

En el caso de la joven sierva, citado arriba a propósito de Pablo, el admitirse que los malos Espíritus podían pregonar el Evangelio, acompañando a los apóstoles, difícil se tornaría distinguir

la fuente de las inspiraciones. Era lo que hacía objeto de atención especial en todas las circunstancias, en las asambleas de los fieles. De eso encontramos la afirmación en un documento célebre, cuyo análisis damos a seguir:

El Didaqué, pequeño tratado descubierto en 1873, en la biblioteca del patriarcado de Jerusalén, en Constantinopla, compuesto probablemente en Egipto, entre los años 120 y 160, proyecta una nueva luz sobre la organización de la iglesia cristiana al comienzo del siglo II, sobre su culto y su fe. Comprende varias partes: la primera, esencialmente moral, abarca seis capítulos destinados a instrucciones de los catecúmenos. Lo que sobre todo es digno de nota en ese catecismo es la completa ausencia de todo elemento dogmático. La segunda parte trata del culto, o sea, del bautismo, de la oración y de la comunión; la tercera contiene una liturgia y una disciplina. Recomienda la observancia del domingo; establece reglas para discernir de los falsos los verdaderos profetas (léase médiums); señala las condiciones requeridas para ser obispo o diácono, y termina con un capitulo sobre las cosas finales y la Parusía o vuelta de Cristo.

(l5l) Ver I Reyes XXVI, 6 y sgts.

Esa obra presenta un cuadro de la iglesia primitiva, muy diferente de lo que comúnmente se imagina (152). Los cristianos de ese tiempo conocían perfectamente las prácticas necesarias para entrar en comunicación con los Espíritus, y no perdían la ocasión de cultivarla. Aquí están dos ejemplos positivamente notables: El papa San León había escrito a Flaviano, obispo de Constantinopla, una carta célebre sobre la herejía de Eutíquio y de Nestório. Antes, sin embargo, de expedirla, la colocó en la tumba de S. Pedro, que hiciera previamente abrir y al pié de la cual se conservó en ayuno y oración durante cuatro días, conjurando al príncipe de los apóstoles a corregirla personalmente lo que a su debilidad y prudencia hubiese escapado en contra la fe y los intereses de su Iglesia. Al fin de los cuatro días le apareció el príncipe de los apóstoles y le dijo: "Leí y corregí". El papa hizo de nuevo abrir la tumba y encontró el escrito efectivamente corregido (153).

Aquí está, todavía, mejor aun. Según refiere Gregorio de Cesárea (154) y después de él Nicéforo (155), todo un concilio habría evocado a los Espíritus:

"Mientras el concilio todavía efectuaba sus sesiones, y antes que los Padres hubiesen podido firmar las decisiones, dos piadosos obispos, Crisántus y Misónius, fallecieron. El concilio, después de haber redactado las actas, deplorando vivamente no haber podido juntar su voto a los de los otros dos fallecidos, compareció en asamblea ante la tumba de los dos obispos y uno de los Padres, tomando la palabra, dijo: "Santísimos pastores, terminamos juntos nuestra tarea y combatimos los combates del Señor. Si la obra os agrada, dignaos hacérnoslo saber, suscribiendo vuestra firma."

Enseguida las actas fueron lacradas y depositadas en la tumba, sobre la cual fue también puesto el sello del concilio. Después de haber pasado toda la noche en oración, al día siguiente, al amanecer, quebraron los mismos sellos y encontraron, al final del manuscrito, las siguientes líneas autenticadas con las notas y firmas de los difuntos consultados:

"Nos, Crisántus y Misónius, que hemos asentido, con todos los Padres, al primero y santo Concilio Ecuménico, puesto que actualmente despojados de nuestros cuerpos, suscribimos, ahora, de nuestro propio puño su decisión."

La Iglesia - acrecienta Nicéforo - consideró esa manifestación como un notable y positivo triunfo sobre sus enemigos" (156).

Ahí están dos casos de escritura directa, fenómeno comprobado también actualmente (157).

Del mismo modo que los fariseos acusaban a ciertos profetas de estar animados del "espíritu de Pitón", así también, entre, los padres católicos de nuestros días, muchos atribuyen las manifestaciones espiritas a los demonios o espíritus infernales:

"Son los demonios, dice el arzobispo de Tulus, en su pastoral, por la cuaresma de 1875, puesto que no es permitido consultar a los muertos. Dios les niega la facultad de satisfacer nuestra vana curiosidad."

El no rechazó, sin embargo, a Samuel, en el caso antes aludido, que satisficierase la curiosidad de Saúl en Endor. Mas no todos los padres católicos son de esa opinión. En el seno del clero, muchos espíritus agudos han comprendido la

importancia de las manifestaciones espiritas y su Verdadero carácter.

Escribía la Sra. Svetchine, el 20 de junio de 1853, el padre Lacordaire, a propósito de las mesas giratorias:

(152) Traducción francesa de Paul Sabatier, doctor en teología, París, Fischbacher, 1885.

(153) "Sofrónius", cap. CXLVII.

(154) En Lipoman, t. VI. Discurso acerca del sínodo de Nicea. (155) Libro VIII, cap. XXIII.

(156) Ver "Revue Scienifique et Morale du Spiritisme", febrero de 1900.

(157) Ver León Denis, En lo Invisible - "Espiritismo y Mediunidad", cap. XVIII.

"También, mediante esa divulgación, Dios quiere tal vez proporcionar el desarrollo de las fuerzas espirituales al desarrollo de las fuerzas materiales, a fin de que el hombre no olvide, ante las maravillas de la mecánica, que hay dos mundos contenidos el uno en el otro, el mundo de los cuerpos y el mundo de los Espíritus."

El Padre P. Le Blun del Oratorio, en su obra intitulada Historia de las Prácticas supersticiosas, tomo VI, página 358, se expresa de este modo:

"Las almas que disfrutan la bienaventuranza eterna, admiradas en la contemplación de la gloria de Dios, no dejan de interesarse todavía en lo que respecta a los hombres, cuyas miserias soportaron, y, como llegaron a la felicidad de los ángeles, "todos los escritores sacros" les atribuyen el privilegio de poder, con cuerpos etéreos, tornarse visibles a sus hermanos que todavía se encuentran en la Tierra, para consolarles y transmitirles las divinas voluntades."

Escribía el abad Marouzeau a Allan Kardec:

"Mostrad al hombre que él es inmortal. Nada os puede secundar mejor en esa noble tarea que la comprobación de los Espíritus de mas allá de la tumba y sus manifestaciones. Solo con eso vendréis en auxilio de la Religión, empeñando a su lado los combates de Dios."

El abad Lecanu, en su Historia de Satanás, aprecia en estos términos el alcance moral del Espiritismo:

"Observándose las máximas de El Libro de los Espíritus, de Allan Kardec, se hace lo suficiente para volverse santo en la Tierra."

En sus Cartas la Srta. Th. V., escribe el padre Didon estas palabras, respecto de una persona recientemente fallecida: "...yo, que creo en la acción constante de los Espíritus y de los muertos sobre nosotros, creo bien que ese desaparecido os guarda y asiste invisiblemente" (158).

Y en otro lugar leemos todavía:

"Creo en la influencia divina que sobre nosotros misteriosamente ejercen los muertos y los santos. Vivo en profunda comunión con esos invisibles y es delicioso para mí experimentar los beneficios de su secreta aproximación" (159).

El Dr. José Lappóni, médico de dos papas - León XIII y Pío X - relata en su obra Hipnotismo y Espiritismo numerosos fenómenos espiritas, cuya autenticidad admite.

Así, por un lado, en la Iglesia Católica, condenan al Espiritismo como Contrario a las leyes de Dios y de la Iglesia, y del otro lo Consideran como un auxiliar de la Religión y lo califican de "combate de Dios". Ante tales contradicciones, grande debe ser la perplejidad de los creyentes.

Lo mismo sucede en el seno de las iglesias protestantes. Muchos pastores, y no de los menos eminentes, se van acercando sin rodeos al Espiritismo. El pastor Benezecb, de Montauban, nos escribía en febrero de 19l5, respecto de fenómenos por él mismo observados:

"Preveo que el Espiritismo bien puede venir a tornarse una religión positiva no a la manera de las religiones reveladas, mas con el carácter de religión establecida sobre hechos de experiencia y plenamente de acuerdo con la Ciencia y el racionalismo.

(158) 4 de octubre de 1875.

¡Cosa extraña! - en nuestra época de materialismo, en el que las iglesias parecen en la inminencia de desorganizarse y disolverse, el pensamiento religioso nos es restituido por sabios, acompañado por lo maravilloso de los antiguos tiempos. Esas maravillas, sin embargo, que yo distingo de los milagros, puesto que no son mas que cosas naturales aunque superiores y raras, ya no estarán al servicio de una iglesia particularmente privilegiada con los favores de la divinidad; serán propiedad de la Humanidad, sin distinción de cultos. ¡Como eso es más grandioso y también moral!"

En Londres, el reverendo Hawis pregonaba recientemente la "doctrina de los muertos", en la iglesia de Marylebone, y convidaba a sus oyentes a pasar por la sacristía después del sermón, para examinar fotografías de Espíritus.

Mas recientemente todavía en la iglesia de S. Jaques, el mismo orador pregonaba sobre "las tendencias del moderno espiritualismo", y concluía diciendo que "los hechos espiritas ofrecen una perfecta concordancia con el mecanismo general y las teorías de la religión cristiana". (Traducido de la revista Light, de Londres, 7 de agosto 1897).

Un cierto número de pastores americanos entró en ese orden de ideas.

Las Neue spiritualistische Bletter, del 16 de marzo de 1893, publican la traducción de un artículo del Sr. Savage, pastor de la Iglesia Unitaria de Boston, en el cual ese pensador, ese

emérito escritor, bien conocido en los Estados Unidos, narra sus investigaciones en el dominio psíquico y cuenta de que modo fue llevado a creer en los hechos espiritas.

Reproducimos enseguida ese artículo:

"Respecto de esas cuestiones, yo me encontraba como otrora los sesudos hombres de Jerusalén de Corintio y de Roma, con relación al Cristianismo: me parecía que era una pestífera superstición. Una vez, apoyado en mi invencible ignorancia, pronuncié contra esas ideas un discurso en cuatro lugares, después de lo cual mucho me admiré que aun hubiese, entre las personas de mi conocimiento, individuos que continuasen creyendo en eso del mismo modo.

"Hace diecisiete años, un miembro de mi iglesia perdió a su padre. Poco tiempo después vino él a confiarme que, habiendo ido, con un amigo, a buscar a un médium, este le dijo ciertas cosas convincentes, y me pidió que le diese un consejo. Reconocí entonces que no me competía darlo acerca de una cosa que yo no conocía y de la cual toda mi ciencia consistía en preconceptos. La rápida propagación del Espiritismo, en las clases ilustradas de Boston, me hizo comprender que era necesario someter a un serio examen los fenómenos en cuestión, por cuanto era posible, o antes probable que aun otros miembros de mi iglesia me pidiesen explicaciones sobre eso.

"Dije, pues, conmigo mismo: ya sean falsas, ya sean verdaderas, es preciso, en todo caso, que yo estudie a fondo esas cosas, para ser un buen consejero. Reconocí que sería una vergüenza para mi no tener ninguna opinión sobre las referencias del Antiguo y del Nuevo Testamento de las apariciones y de las influencias demoníacas. ¿Por que motivo ser inflexible en mi ignorancia respecto de cosas que tenían una cierta importancia para los miembros de mi iglesia? Me convencí de que era mi deber estudiar a conciencia esos fenómenos, hasta formar una opinión inteligente en cuanto al valor de ellos. Tales fueron los principales motivos que me condujeron a estas largas investigaciones.

"En ellas observé el método científico, único que, a mi modo de ver, conduce al conocimiento. Mediante una observación minuciosa, traté siempre de certificarme de encontrarme o no con un hecho real y no presté atención a ninguna de las ma6nifestacio-

(159) 4 de agosto de 1876.

nes que se producen a oscuras, o en condiciones en que yo no podía estar seguro de mis observaciones.

"Sin pretender que las manifestaciones obtenidas en semejantes condiciones sean forzosamente debidas a un fraude, no les atribuí ningún valor; a mas de eso, puesto que reconocí muy bien que una cosa reproducida en otras condiciones no es una simple imitación, aprendí a fondo el arte de los escamoteadores, que se me hizo asaz familiar. En su mayor parte, las manifestaciones que fui obligado a reconocer como reales y que produjeron como resultado el convencerme, tuvieron lugar en presencia de algunos amigos de confianza y sin la ayuda de ningún médium profesional.

"Una vez, convencido de que tenía que vérmelas con un hecho, hice uso de todas las teorías posibles para explicarlo, sin recurrir a la de los Espíritus. Yo no digo "sin recurrir a una explicación sobrenatural": digo "sin recurrir a la teoría de los Espíritus", porque no creo en nada sobrenatural. Si hay Espíritus, nuestra incapacidad de verlos nos los torna más sobrenaturales que el átomo, para la Ciencia, el cual de la misma manera no vemos.

"Bien, yo descubrí hechos que prueban que él yo no muere y que, después de lo que llamamos muerte, aun es capaz, en ciertas condiciones, de entrar en comunicación con nosotros".

"El reverendo J. Page Hopps, en una reunión de pastores, en Manchester, afirmaba "la comunión de los Espíritus en lo visible y en lo invisible" y proponía la fundación de una iglesia, cuyas prédicas serían "los mensajes allá de lo alto".

(Aurore, julio de 1893)

En un artículo del Pontefract Express del 20 de enero de 1898, el reverendo C. Ware, ministro de la Iglesia Metodista, habla muy extensamente de los Hechos de los Apóstoles. Exhorta él a los cristianos "a hacer un profundo estudio de ese libro, desde el punto de vista de los innumerables y maravillosos hechos que él relata y que no son otra cosa que fenómenos espiritas. Es necesario notar que, al comienzo del establecimiento del cristianismo, dos clases de cooperadores se encuentran constantemente en contacto: los Espíritus desencarnados y los encarnados." El reverendo Ware menciona los fenómenos extraordinarios que acompañan la prédica de los discípulos, después que sobre sus cabezas se derramaran las lenguas de fuego, y el ardiente fervor comunicado a los primeros cristianos por todos esos fenómenos, los cuales se reproducen actualmente en las sesiones espiritas.

El pastor holandés Beversluis pronunciaba estas palabras, en el Congreso Espirita realizado, en 1900, en París:

"Adquirí la certeza de que el Espiritismo es real. Esa luz celeste hace disipar el miedo del infierno, de Satanás y de ese Dios terrible del calvinismo, que odia a sus creaturas y las condena

a eternos castigos. En lugar de ese terror, el Espiritismo hace nacer una confianza de hijo y una dedicación tierna al Dios del amor."

Finalmente, el venerable arzobispo Colley, en una carta publicada en el Daily Mail del 1º de febrero de 1906, así se expresa:

"Soy espirita hace mas de treinta y tres años y puedo decir que jamás, o solo muy raramente, vi que el Espiritismo produjese otra cosa que no sea el bien, mostrando ser un estimulo para la elevación moral e intelectual de quien lo profesa, para el perfeccionamiento humano, un alivio en la desgracia, un motivo de satisfacción en la existencia... El Espiritismo es, a mas de eso, un medio de cura para la falta de fe, sobre todo porque da una prueba científica de la continuación de la vida mas allá de la tumba."

Y prosigue diciendo que, en su opinión, el Espiritismo es como el coronamiento de todo lo que de más precioso hay en cada religión (160).

N. 7 - Los fenómenos espiritas en la Biblia

Mucho se ha insistido sobre las prohibiciones de Moisés, contenidas en el Exodo, en el Levítico y en el Deuteronómio. E inspirados en tales prohibiciones ciertos teólogos condenan el estudio y la práctica de los hechos espiritas. Mas lo que Moisés condena son los magos, los adivinos, los augures, en una palabra, todo lo que constituye la magia, y es lo que el mismo espiritualismo moderno también condena. Esas prácticas corrompían la conciencia del pueblo y le paralizaba la iniciativa; obscurecían en él la idea divina, debilitando la fe en ese Ente supremo y omnipotente que el pueblo hebreo tenía la misión de proclamar. Por eso no cesaban los profetas de advertirlo contra los encantamientos y sortilegios" que lo perdían (161).

Las prohibiciones de Moisés y de los profetas solo tenían un fin: preservar a los hebreos de la idolatría de los pueblos vecinos. Es posible también que no mirasen sino el abuso, el mal uso de las evocaciones, porque, a pesar de esas prohibiciones, son abundantes en la Biblia los fenómenos espiritas. El papel de los videntes, de los oráculos, de las pitonisas, de los inspirados de todo orden es allí considerable. ¿Allá no vemos a Daniel, por ejemplo, provocar, por medio de la oración, hechos mediúnicos? (Daniel, IX, 21). El libro que trae su nombre es, todavía considerado inspirado.

¿Cómo podrían las prohibiciones de Moisés servir de argumento a los creyentes de nuestros días, cuando, en los tres primeros siglos de nuestra era, no veían en eso los cristianos el menor obstáculo para sus relaciones con el mundo invisible?

Decía S. Juan: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo." (I Juan, IV, 1). No hay ahí una prohibición; al contrario.

Los hebreos, cuya creencia general era que el alma del hombre después de la muerte, era restituida al scheol, para jamás salir de él(Job, X, 21, 22), no dudaban en atribuir al mismo Dios todas esas manifestaciones. Dios interviene a cada paso, en la Biblia, y a veces aun en circunstancias bien poco dignas de él.

Era costumbre consultar a los videntes sobre todos los pasos de la vida íntima, sobre los objetos perdidos, las alianzas, los emprendimientos de todo orden. Léase en Samuel I cap. IX, v. 9:

"Antiguamente en Israel, cualquiera que iba a consultar a Dios, decía así: Venid y vamos al vidente; porque lo que hoy se llama profeta, entonces se le llamaba vidente."

El sumo sacerdote mismo profería juicios u oráculos mediante un objeto de naturaleza desconocida, llamado urim, que colocaba sobre el pecho. (Exodo, XXVIII, 30.- Números, XXVII, 21).

Por una singular contradicción en los que negaban las manifestaciones de las almas, se iba muchas veces a evocar a los muertos, admitiendo de ese modo los hechos, después de haber negado la causa que los producía. Es así que Saúl hace evocar al Espíritu de Samuel por la pitonisa de Endor I Samuel, XXVIII, 7-14) (162).

De tales narrativas resulta que, no obstante la ausencia de toda noción sobre el alma y la vida futura, a despecho de las prohibiciones de Moisés, entre los hebreos algunos creían en la sobrevivencia y en la posibilidad de comunicarse con los muertos.

(160) Ver "Annales des Sciences Psychiques", febrero de 1906, pttg. 120.

(161) Ver, por ejemplo, "Isaias", XLVII, 12-15.

(162) Ver también el fantasma del Libro de Job, IV, 13-16.

De ahí se explica la desigualdad de inspiración de los profetas y sus frecuentes errores, por la inspiración de los Espíritus mas o menos iluminados, no hay mas que un paso. ¿Cómo no lo vieron los autores judaicos? Y, sin embargo, no había otra explicación. Siendo Dios la infinita sabiduría, no es posible considerar que proviniese de él una doctrina que descuida de fundar al hombre sobre un punto tan esencial como el de su destino mas allá de la tumba; mientras que los Espíritus no son sino las almas de los hombres desencarnados, mas o menos puras e iluminadas, no poseyendo sobre las cosas sino limitado saber. Su inspiración, proyectándose en los profetas, debía necesariamente traducirse como enseñanzas, unas veces opulentas y elevadas, y otras vulgares y contaminadas de errores.

En muchos casos hasta debieron ellos tener en cuenta, en sus revelaciones, las necesidades del tiempo y el estado de atraso del pueblo al que eran dirigidas.

Poco a poco las creencias de los judíos se ampliaron y se completaron al contacto de otros pueblos mas adelantados en civilización. La idea de la sobrevivencia y de las existencias sucesivas del alma, venida del Egipto y de la India, penetró en Judea.

Los saduceos increpaban a los fariseos de haber asimilado de los orientales la creencia en las vidas renacientes del alma. Ese hecho es afirmado por el historiador Josefo (Antig. Jud., I, XVIII). Los esenios y los terapeutas profesaban la misma doctrina. Tal vez existiese todavía, desde esa época en Judea, como se probó mas tarde, al lado de la doctrina oficial, una doctrina secreta, mas completa, reservada a las inteligencias de elite (163).

Como quiera que sea, volvamos a los hechos espiritas mencionados en la Biblia, los cuales establecen las relaciones de los hebreos con los Espíritus de los muertos, en condiciones análogas a las que son hoy observadas.

Del mismo modo que en nuestros días, sus médiums, a quienes ellos llamaban profetas, eran como tales reconocidos en razón de una facultad especial (Números, XII, 6), a veces latente y que exigía un desarrollo particular semejante al practicado todavía hoy en los grupos espiritas, como lo vemos respecto de Josué, al que Moisés "instruyó" por la imposición de las manos (Números, XXVII, 15-23). Ese hecho se reproduce muchas veces en la historia de los apóstoles.

Semejante al de los médiums, la lucidez de los profetas era intermitente. "Los más iluminados profetas - dice Le Maistre de Sacy, en su comentario del libro I de los Reyes - no siempre poseen la facultad de éxtasis en la profecía." (Ver también Isaias, XXIX, l0).

Tal cual como hoy, las relaciones mediúnicas costaban a veces para establecerse: Jeremías espera diez días una respuesta a su súplica. (Jer., XLII, 7).

Otros explotaban su pretensión de lucidez, haciendo de ella tráfico y oficio. Se lee en Ezequiel, capitulo XIII, 2. 3 y 6:

"Hijo del hombre, dirige tus profecías a los profetas de Israel que se meten a profetizar, y dirás a estos que profetizan por su cabeza: ¡ Ay de los profetas insensatos que siguen su propio espíritu y no ven nada!

" Ellos ven cosas vanas y adivinan la mentira, diciendo: el Señor así lo dijo, siendo que el Señor no los envió: y ellos perseveran en afirmar lo que una vez dijeran." (Ver también Miquéas, III, 11 y Jeremías V, 31).

(163) Ver "Después de la muerte", cap. IV.

En la antigüedad judaica, muchas veces se recurría a la música para facilitar la práctica de la mediunidad. Elíseo reclama un tocador de arpa para poder profetizar (II Reyes, III,
15), y la oscuridad era considerada propicia para ese orden de fenómenos.

"El eterno quiere asistir en la oscuridad", dice Salomón, hablando del lugar santo, por ocasión de la consagración del Templo (Crón., II, VI, 1), y es, en efecto, en el santuario que se dan muchas veces las manifestaciones: ahí se muestra la "nube" (II, Paralip., V, 13, 14), y en él ve Zacarías el ángel que le predice el nacimiento de su hijo (Lucas, I, l0 y siguientes).

La música era igualmente empleada para calmar a las personas influenciada por algún Espíritu malo, como lo vemos con Saúl, que el arpa del joven David aliviaba (1, 8amuel, XVI,14-23).

Apreciando en su valor el don de la mediunidad, se aplicaban entonces, como aun hoy, a desarrollarla, con la diferencia apenas de que lo que hoy se hace limitadamente entre los espiritas, se practicaba antes en mayor escala. Todavía en el desierto, Moisés, aquel gran iniciado, había comunicado el don de la profecía a setenta ancianos de Israel(Números, XI), y más tarde, en Judea, se contaban diversas escuelas de profetas, o, por decir de diferente manera, de médiums en Betel, Jericó, Gargala, etc.

La vida que ahí se llevaba, llena de recogimiento, de meditación y de oración, predisponía para las influencias espirituales. Ciertos profetas predecían el futuro; otros hablando al pueblo por inspiración, le excitaban el celo religioso y lo exhortaban a una vida moralizada.

Las expresiones de las que se servían para indicar que se hallaban poseídos por el Espíritu hacen recordar la manera por la que esos fenómenos continúan produciéndose en nuestros días. "El peso, o el Verbo del Señor está sobre mí. El Espíritu del Señor entró en mí. Yo vi, y aquí está lo que dice el Señor." Recordemos que, en esa época, toda inspiración era considerada directamente proveniente de la Divinidad. "El espíritu cayó sobre él", dice todavía la Escritura al respecto de Sansón, cuya mediunidad tenía la característica de la impetuosidad. (Jueces, XV, 14).

En cuanto a los fenómenos en sí mismos, un examen por poco demorado que sea, de las narrativas bíblicas, nos probará que eran idénticos a los que hoy se obtienen.

Pasémoslos rápidamente en revista, comenzando por los que, habiendo primero llamado la atención en nuestros días sobre el mundo invisible, simbolizan todavía, a los ojos de ciertos observadores muy superficiales o poco iniciados, el hecho espirita en sí mismo; queremos hablar de los movimientos de objetos sin contacto. La Biblia (IV Reyes; , VI, 6), nos refiere que Eliseo hace venir a la superficie, lanzando un pedazo de madera al agua, el hierro de un machete que en ella había caído.

De la levitación, ese mismo Elíseo transportado "para en medio de los cautivos que vivían junto al río Chobar" (Ez., III, 14, 15), y Filipe que súbitamente desaparece ante los ojos del eunuco y se encuentra nuevamente en Azot (Hechos, VIII, 39, 40), son ejemplos notables. A propósito de la escritura mediúnica, se puede citar la de las tablas de la ley (Exodo, XXXII, 15, 16; XXXÍV, 28). Todas las circunstancias en que esas tablas fueran obtenidas prueban exuberantemente la intervención del mundo invisible.

No menos comprobatorio es la inscripción trazada, por una mano materializada, en una de las paredes del palacio durante un festín que daba el rey Baltasar. (Daniel, capitulo V).

Se podría como fenómenos de transporte el maná del que se alimentaron los israelitas en su jornada hacia Cana, el pan y el vaso de agua, colocados junto a Elías, cuando despertó, en ocasión de su fuga por el desierto (i Reyes, XIX, 5 y 61 etc.

Todos los fenómenos luminosos hoy observados tienen igualmente sus paralelos en la Biblia, desde la simple irradiación perispiritica notada en Moisés (Ex., XXXIV, 29. 30), y en Cristo (transfiguración), y la producción de luces Hechos. II. 3, y IX, 3), hasta las apariciones completas que no se cuentan en la Biblia, tan frecuentes son (164).

La mediunidad auditiva tiene numerosos representantes en judéa: los repetidos llamados dirigidos al joven Samuel (reyes, III), la voz que habla a Moisés (Exodo, XIX, 19) la que se hace oír en la ocasión del bautismo de Cristo (Lucas, III, 22), como la que lo glorifica poco antes de su muerte (Juan, XII, 28), son otros tantos hechos espiritas.

Las curas magnéticas son innumerables. Ahora la súplica y la fe refuerzan la acción fluidica, como en el caso de la hija de Jairo (Lucas, VIII. 41, 42. 49-56), ahora la fuerza magnética interviene solo por sí, sin participación de la, voluntad (Marcos, V, 25-34), o aun se obtiene la cura por imposición de las manos, o por medio de objetos magnetizados (Hechos, XIX, 11-12).

La mediunidad con la copa de agua se encuentra igualmente en esas antiguas narrativas. ¿Que es, de hecho, la copa de la que José se servía (Génesis, XLIV, 5) "para adivinar", sino el vulgar vaso de agua, o la esfera de cristal, o cualquier otro objeto que presente una superficie pulida en la que los mêdiums actuales ven diseñarse cuadros que son los únicos en percibir?

En la Biblia se pueden todavía notar casos de clarividencia, comprendiendo, entonces, como hoy, sueños, intuiciones, presentimientos, formas o derivados de la mediunidad que, en todos los tiempos, fueron grandemente numerosos y se reproducen ahora ante nuestra vista.

Digamos todavía una palabra de la inspiración, ese flujo de elevados pensamientos que vienen de lo alto e imprime a nuestras palabras algo de sobrehumano. Moisés, que presentaba todos los géneros de mediunidad, profiere, en diferentes lugares, cánticos inspirados al Eterno, como por ejemplo, el del capitulo XXXII del Deutoronómio.

Un caso notable, señalado en las Escrituras, es el de Balaan.

Ese mago caldeo cede a las reiteradas solicitudes del rey de Moab, Balac, y viene de los confines de la Mesopotamia para maldecir a los israelitas. Bajo la influencia de Jehová es obligado, repetidas veces, a elogiar y bendecir a ese pueblo, con decepción cada vez mayor de Balac (165).

Los hombres de Judea, esos profetas de animo impetuoso, experimentaron también los beneficios de la inspiración, y gracias a ese don, a ese soplo que anima sus discursos, es que la antigua Biblia hebraica debe haber sido mucho tiempo considerada el producto de una revelación divina. Se pretendió desconocer las numerosas fallas que en ella se evidencian a los ojos de un observador sin preconceptos, la insuficiencia, la puerilidad de los consejos, o de las

enseñanzas imploradas a Dios (Gén., XXV, 22; I Reyes, IX, 6; IV Reyes I, 1-4; I Reyes, XXX, 1-8), cuando nos censurarían, con razón, de tratar de esas cosas en los grupos espiritas. Se olvidan las crueldades aprobadas, precisamente casi recomendadas por Jehová, los escabrosos detalles, finalmente todo lo que, en ese libro, nos subleva o provoca nuestra reprobación, para no ver sino las bellezas morales que en él se encierran y sobretodo la expresión de una fe viva y pasional, que espera el reino de la justicia, sino para la generación contemporánea, a la que solo la esperanza ampara y fortifica, al menos para las generaciones futuras.

(164) Ver, entre otros hechos, en el libro II de los Macabeos la aparición del profeta Jeremías y del sumo sacerdote Onías a Judas Macabeo.
(165) "Números" XXII, XXIII, XXIV.

N. 8 - Sobre el sentido atribuido a las expresiones dioses y demonios

Toda la antigüedad admitió la existencia de los dioses, expresión por la que se designaban a los Espíritus puros y elevados, y de los semidioses o héroes, como por las palabras demonios o genios entendía los Espíritus en general.

Los cristianos mismos se servían de esas designaciones. Dice S. Pedro (I Corintios, VIII, v. 5, 6):

"Porque, aunque haya algunos que se llamen dioses, o en el cielo, o en la tierra, no tenemos, entre tanto, sino un único Dios, el Padre, de quien tuvieron el ser todas las cosas."

En sus Comentarios sobre S. Juan (liv. II n. 2), dice Orígenes:
"El Dios eterno tiene derecho a mayores homenajes; solamente él tiene derecho a la verdadera adoración y no los otros dioses que con él viven y son sus ministros y subordinados, siendo él mismo su Dios y su creador."

San Agustín dice (De civitate Dei), I, VIII, capitulo XXIV:

"Los demonios (malos Espíritus) no pueden ser amigos de los dioses llenos de bondad, a los que nosotros lamamos santos ángeles."
Es en el mismo sentido que S. Justino, en su Discurso a los griegos, n. 5, así se expresa:
"Cultivando bien la fe, nosotros podemos "volvernos dioses", y S. Irineo (Contra hocresex. I, IV, capitulo XXXVIII) dice: "Nosotros todavía no somos mas que hombres, mas un día seremos dioses."
Lo mismo S. Justino, en Apologética, 1, 18 (edición de los Benedictinos de 1742, pág. 541, escribe lo siguiente al respecto de las manifestaciones de los muertos:
"La necromancia, las evocaciones de las almas humanas... os demostrarán que las almas, aun después de la muerte, están dotadas de sentimiento; los que se hallan poseídos por los espíritus de los muertos son llamados por todos demoníacos y furiosos (et qui ab animabus mortuorum correpti projiciuntur daemoniaci et furiosi ab omnibus appellanti)."
Aquí está de que modo, en el siglo XVII, P. Fondet, con la aprobación de los más eminentes doctores eclesiásticos de la Sorbona, traducía, o mejor, desnaturalizaba este mismo pasaje: "...y esos pobres desgraciados, que los espíritus de los muertos agarran, lanzan por tierra y atormentan, como lo sabéis, de muchos modos y que son comúnmente denominados furiosos, maníacos, y agitados por los demonios." Es verdad que, en su prefacio, el citado traductor había tenido el cuidado de prevenir a los lectores de que en S. Justino "se encuentran en ciertos trechos muchas cosas oscuras, particularmente en lo que se refiere a los demonios, sobre los cuales el autor escribe según las opiniones de su tiempo, que no tuvieron continuidad en la Iglesia, y que no harían ahora sino confundir a los lectores. Se podrá todavía notar en esa apología algunos ligeros vestigios, que todavía se tuvo el cu1dado de suavizar cuanto fuese posible, sin violar la fidelidad de la versión" (P. Fondet. Segunda Apología de S. Justino, pág. 48 y prefacio; París, Savreux, 1670).
Indicaremos también a Tertuliano, Apologética, capitulo XXIII.

N. 9 - Sobre o perispíritu o cuerpo sutil; opinión de los padres de la Iglesia

A las citas contenidas en nuestro estudio sobre la resurrección de los muertos (cap. VII) acrecentaremos las opiniones de algunos padres de la Iglesia.

Tertuliano declara que la corporeidad del alma es afirmada por los Evangelios: "Corporalitas animae in ipso evangelico relucescit", porque - acrecienta él - si el alma no tuviese un cuerpo, "la imagen del alma no tendría la imagen de los cuerpos". (Tratado De anima, caps. VII, VIII y IX, edición de 1657, pag. 8).

S. Basilio habla del cuerpo espiritual, como Tertuliano lo había hecho. En su tratado del Espirito Santo asegura él que los ángeles se tornan visibles por las especies de su propio cuerpo, apareciendo a los que son dignos de eso. (S. Basilio, Liber de Spiritu Sancto, capitulo XVI, edición benedict. de 1730, t. III, pág, 32).

Esa doctrina era también la de S. Gregorio, de S. Cirilo de Alejandría y de San Ambrosio. Así se expresa este último:

"No se suponía que ser alguno sea eximido de materia en su composición, exceptuada únicamente la sustancia de la adorable Trinidad." (Abraham, liv. II, § 58, ed. benedic. de 1686, t. I, col. 338).

S. Cirilo de Jerusalén escribe:

"El nombre "espíritu" es un nombre genérico y común: todo lo que no posee un cuerpo pesado y denso es de un modo general denominado espíritu." (Catechesis, XVI, ed. benedic. de 1720, págs. 251, 252).

"En otros pasajes atribuye S. Cirilo, ya sea a los ángeles, ya sea a los demonios, ya sea a las almas de los muertos, cuerpos más sutiles que el cuerpo terrestre: Cat. XII, § 14; Cat. XVIII, § 19." (Obra citada, pág. 252. Nota del benedictino Dom A. Toutée).

Evodio, obispo de Uzala, escribe en 414 a San Agustín, inquiriéndolo acerca - de la naturaleza y causa de aparición de las que le da muchos ejemplos, y para preguntarle si después de la muerte:

"Cuando el alma abandonó este cuerpo grosero y terrestre, ¿no permanece la sustancia incorpórea unida a algún otro cuerpo, no compuesto de los cuatro elementos como este, sin embargo, más sutil, y que participa de la naturaleza del aire o del éter?"

Y así termina su carta:

"Creo, por tanto, que el alma no podría existir sin algún cuerpo." (Obra de San Agustín, edición benedict. de 1679, t. II, carta 158, col. 560 y siguientes).

Ver también la carta de San Agustín a Nebrido, escrita en 390, en la que el obispo de Hipona se expresa así:

"Es necesario que te recuerdes que nos agitamos muchas veces, en discusiones que nos ponían excitados y sin aliento, esa cuestión de saber si el alma no tiene por morada alguna especie de cuerpo, o alguna cosa análoga a un cuerpo, que ciertas personas, como sabes, denominan su "vehículo", (San Agustín, op. cit., t. II, carta 14, cols. 16 y 17).

Dice S. Bernardo:

"Atribuiremos, pues, con toda seguridad únicamente a Dios la verdadera incorporeidad, así como la verdadera inmortalidad; porque, único entre los espíritus, ultrapasa toda la naturaleza corporal, lo suficiente para no tener necesidad de la ayuda de un cuerpo para cualquier trabajo, pues que solo su voluntad espiritual, cuando la ejerce, todo le permite hacer." (Sermón, VI in Cantica, ed. Mabillon, t. I, col. 1277).

Finalmente, S. Juan de Tesalonica resume en estos términos la cuestión, en su declaración al segundo concilio de Nicéa 1787), el cual adoptó sus opiniones:

"Sobre los ángeles, los arcángeles y las potencias, - acrecentaré también - sobre las almas, la Iglesia decide que esos seres son en verdad espirituales, mas no completamente privados de cuerpo, al contrario, dotados de un cuerpo "tenue, aéreo o ígneo". Sabemos que así han entendido muchos santos padres, entre los cuales Basilio, denominado el grande, el bienaventurado Atanásio y Metódio y los que al lado de ellos son colocados. No existe sino Dios, únicamente, que sea incorpóreo y sin forma. En cuanto a las criaturas espirituales, no son de ninguna manera incorpóreas." (Historia Universal de la Iglesia Católica, por el abad Rohrbacher, doctor en Teología, tomo, XI, págs, 209, 210).

En un concilio, realizado en el Delfinado, en la ciudad de Viena, el 3 de abril de 1312, bajo Clemente V, declaró hereje a los que no admitiesen la materialidad del alma. (El Espiritualismo en la Historia, de Rossi de Giustiniani).

Creemos deber recordar esas opiniones, porque constituyen otras tantas afirmaciones en favor de la existencia del perispiritu. Este no es realmente otra cosa sino ese cuerpo sutil, envoltorio inseparable del alma, indestructible, como ella, entrevisto por las autoridades eclesiásticas de todos los tiempos.

Esas afirmaciones son completadas por los testimonios de la ciencia actual. Las sucesivas pesquisas de la Sociedad de investigaciones Psíquicas, de Londres, evidenciaron mil seiscientos casos de apariciones de fantasmas de vivos y de muertos. La existencia del perispiritu ése, a mas de eso, demostrada por innumerables moldes de manos y de rostros fluídicos materializados, por los fenómenos de exteriorizaciones y desdoblamientos de vivos, por la visión de los médiums y sonámbulos, por fotografías de fallecidos, en una palabra, por un imponente conjunto de hechos debidamente comprobados. (166). (Ver nota número 12).

Ciertos escritores católicos confunden voluntariamente la acción del perispiritu y sus manifestaciones después de la separación del cuerpo humano con la idea de la "resurrección de la carne". Ya hicimos notar que esa expresión raramente se encuentra en las Escrituras. Ahí de preferencia se encuentra la de "resurrección de los muertos". (Ver, por ejemplo, I Corintios;, XV, y siguientes).

La resurrección de la carne se torna imposible por el hecho de que las moléculas componentes de nuestro cuerpo actual pertenecieron en el pasado a millares de cuerpos humanos, como pertenecerán a millares de otros cuerpos en el futuro. En el día del juicio, ¿cual de estos podría reivindicar la posesión de esas moléculas errantes?

La resurrección es un hecho espirita, que solo el Espiritismo vuelve comprensible. Para explicarlo, son los católicos obligados a recurrir al milagro, o sea, a la violación, por Dios, de las leyes naturales por él mismo instituidas.

¿Cómo, sin la existencia del perispíritu, sin la doble corporeidad del hombre, se podrían explicar los numerosos casos de bilocación relatados en los anales del Catolicismo?

Alfonso de Liguóri fue canonizado por haberse mostrado simultáneamente en dos lugares diferentes.

San Antonio defiende su padre de una acusación de asesinato ante el Tribunal de Padua, y denuncia al verdadero culpado, en el momento mismo en que predicaba en España, en presencia de gran número de fieles.

(166) Ver A. de Rochas. "Exteriorización de la sensibilidad"

S. Francisco Javier se muestra varias veces a la misma hora en lugares muy distantes entre sí.

¿Es posible dejar de ver en esos casos de desdoblamiento del ser humano, y la acción, a la distancia, de su envoltorio fluidico?

Lo mismo sucede con los numerosos casos de apariciones de muertos, mencionados en las Escrituras. Ellos no son explicables sino por la existencia de una forma semejante a la otra que en la Tierra el Espíritu poseía, más sutil, sin embargo, y más tenue, y que sobrevive a la destrucción del cuerpo carnal. Sin perispíritu, sin forma, ¿cómo podrían los Espíritus hacerse reconocer por los hombres? ¿Cómo podrían ellos, en el espacio, reconocerse entre sí?

N. 10 - Galileo y la Congregación del Index

Aquí está un estracto del texto de la condenación de Galileo en 1633, fotografiado de los archivos del Vaticano por un fervoroso católico, el conde Henrique de l'Epinois:

"Fuiste denunciado en 1615 al Santo Oficio:

Porque sustentabas como verdadera una doctrina falsa, que muchos propagaban, a saber: "que el Sol es inmóvil en el centro del mundo y la Tierra tiene un movimiento diurno”;

Porque enseñabas esa doctrina a tus discípulos; porque mantenías a ese respecto correspondencia con matemáticos de Germanía; porque publicabas cartas sobre las manchas solares, en las cuales presentabas como verdad esa doctrina; porque a las objeciones que te eran dirigidas respondías explicando la Santa Escritura según tu idea...

El tribunal quiso poner un paradero a los inconvenientes y a los daños que de ahí provenían y se agravaban en detrimento de la fe.

Conforme la orden del papa y de los cardenales, los teólogos encargados de esa misión así calificaron las dos proposiciones:

"El Sol está en el centro del mundo y es inmóvil". Proposición absurda falsa en filosofía y herética en su expresión, porque es contraria a la Santa Escritura.

"La Tierra no es el centro del mundo; no es inmóvil, mas obedece a un movimiento diurno". Proposición igualmente absurda, falsa en filosofía y, considerada desde el punto de vista teológico, errónea en la fe...

Declaramos que te tornaste profundamente sospechoso de herejía:

Porque creíste y sustentaste una doctrina falsa y contraria a las santas y divinas Escrituras, a saber: "que el Sol es el centro del Universo y no se mueve de modo alguno del Oriente hacia el Occidente; que la Tierra se mueve y no es el centro del mundo."

Porque creíste poder sustentar, como probable, una opinión que fue declarada contraria a la Santa Escritura.

En consecuencia declaramos que incurriste en todas las censuras y penas conminatorias por los sagrados cánones y otras constituciones generales y particulares contra aquellos que desobedecen a los estatutos y otros decretos promulgados.

De las cuales censuras nos place absolverte una vez que previamente, de animo sincero y fe verdadera, abjures ante de nosotros, maldigas y detestes, según la fórmula que te presentamos, los dichos errores y herejías, y cualquier otro error y herejía contraria a la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Y, a fin de que tu error pernicioso y grave y tu desobediencia no queden impunes;

A fin de que, para el futuro, seas más cauteloso y sirvas de ejemplo a los otros para que eviten esos delitos:

Declaramos que, por edicto público, que el libro de los Diálogos, de Galileo, es prohibido.

Te condenamos a prisión ordinaria de este Santo Oficio por un tiempo que será limitado a nuestro arbitrio.

A titulo de penitencia saludable, te ordenamos que recites durante tres años, una vez por semana, los siete salmos de la Penitencia.

Nos reservamos el poder de ordenar, alterar y relevar en todo o en parte las penas y penitencias arriba."

Dictó un teólogo, hace quince años, al Sr. Henri Lasserre las siguientes líneas, que el autor de Nuestra Señora de Lourdes. Y de la Nueva traducción de los Evangelios (esta última obra condenada también por el Índex), reproduce en sus Memorias a Su Santidad.

"Ese decreto, que anatematizó el admirable descubrimiento del gran astrónomo y que lo punió con prisión, fue un doble y completo error.

Fue un error secundario y que incidía sobre la Astronomía; fue, antes de todo, un error principal sobre la doctrina.

Cosa notable: por todos los términos del decreto, la Sagrada Congregación se había, condenado a sí misma.

Calificando de absurdo, o sea, de contrario a la razón lo que le es conforme, la Sagrada Congregación estaba convencida de encontrarse fuera de la razón y opuesta a la razón.

Calificando de falso, o sea, de contrario a la verdad lo que le es conforme, ella estaba convencida de hallarse fuera de la verdad y opuesta a la verdad.

Calificando de herejía, o sea, de contrario a la ortodoxia lo que es una ley divina del Universo visible, estaba convencida de hallarse fuera de la ortodoxia y opuesta a la ortodoxia, porque, si es una herejía substraerse a la creencia en un dogma de la Iglesia, no es menor herejía querer imponer como dogma lo que no lo es, y particularmente el error, el cual es, en sí mismo, como la antinomia de todos los dogmas.

Calificando de contrario a las Escrituras un admirable decreto del Creador, la Sagrada Congregación estaba convencida de hallarse fuera de la ciencia de las Escrituras y opuesta a su verdadera interpretación.

Todos en Roma, individualmente, no tardaron en la intimidad de las conversaciones, a confesar y deplorar el error cometido por los eminentísimos jueces.

Lo que, sin embargo, hubo de más deplorable todavía, fue que, a pesar de las quejas y reclamaciones, a pesar de las pruebas y evidencias, de las ordenes de Bento XIV y de una sentencia de interdicción que ese pontífice hizo bajar el l0 de mayo de 1754, a pesar de un segundo decreto de la misma naturaleza, lanzado por Pío VII el 25 de setiembre de 1822, la repugnancia en revelarse ella misma, o ser controlada por el Papa, fue tan tenaz en la congregación romana que, durante mas de dos siglos y en oposición a la verdad conocida, ese tribunal mantuvo su decreto sobre el catálogo del Index librorum prohibitorum.

La obras que contienen los descubrimientos de Galileo y de Copérnico, condenadas el 23 de agosto de 1634 con el calificativo de absurdas, de falsas, de heréticas, de contrarias a las santas y divinas Escrituras, no fueron excluidas del Index sino en la edición de 1832. Ahí permanecieron 201 años."

N. l1 - Pío X y el Modernismo

El decreto Lamentabili sane exitu (3 de julio de 1907), dice objetivamente:

"Los escritores que, ultrapasando los limites fijados por los Padres y la misma Santa Iglesia, pretendan una mejoría de los dogmas con el pretexto de comprenderlos mejor y en nombre de pesquisas históricas, mas que en la realidad los corrompan."

Entre las proposiciones condenadas figuran las que sustentan que:

"11ª La inspiración divina no se extiende a tal punto a toda la santa Escritura que la preserve de cualquier error en todas y cada una de sus partes."

Así la idea de la estabilidad de la Tierra y todos los errores científicos de la Biblia serían inspirados, y es prohibido decir lo contrario.

"22ª Los dogmas que la Iglesia presenta como revelados, no son verdades bajadas del cielo, mas una cierta interpretación de los hechos religiosos que el espíritu humano llegó a adquirir con laborioso esfuerzo."

De la sentencia en esa proposición resulta que el espíritu humano es impotente para descubrir la menor verdad en el orden religioso y por sí mismo elevarse a la concepción de la existencia de Dios y de la inmortalidad da alma.

"53ª La constitución orgánica de la Iglesia no es inmutable, mas permanece la sociedad cristiana sometida, como toda sociedad humana, a una perpetua evolución."
Perturbada así por sus propias enseñanzas, la Iglesia nada puede modificar, mismo en "su constitución orgánica". Ahora, resulta de hechos patentes que ella ha muchas veces y considerablemente mudado. Explique quien pueda semejante anomalía. No se puede formular una sentencia más temeraria.

"56ª La Iglesia Romana se tornó la cabeza de todas las iglesias, no por una disposición de la divina Providencia, mas por el hecho de circunstancias puramente políticas."

Los hechos atestiguan la verdad de esa proposición rechazada. En los primeros tiempos las iglesias particulares eran independientes de Roma.

Es preciso no olvidar que la Iglesia Romana solo de muy lejos se prende, con su catolicismo, a la Iglesia cristiana, que saca su nombre de la estada de S. Barnabé y de S. Paulo en Antioquía. Aquí está lo que a ese respecto dicen los Hechos de los Apóstoles: "Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo; (S. Pablo); y, hallándole, le trajo a Antioquía. Y se congregaron allí todo un año y enseñaron a mucha gente, y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía." (Cap. XI, 25 y 26).

"57ª La Iglesia se muestra enemiga del progreso de las ciencias naturales y teológicas."

Ahí está, por ejemplo, una proposición que bien merecía ser condenada. La Ig1esia es enemiga del progreso, mas como tal no se muestra ella jamás. Desde ese punto de vista Pío X tiene razón. (Ver nota n. 10).

Epístola apostólica para la erección de un Instituto Bíblico en Roma el 7 de mayo de 1909: .

"Tiene por fin este Instituto defender, promulgar, aclarar la sana doctrina de los Libros santos, interpretados de conformidad con las reglas establecidas o a establecer por la Santa Sede apostólica, contra las opiniones falsas, erróneas, temerarias y heréticas, sobre todo las mas recientes".

Es inútil hacer notar que esos diversos reglamentos nos retrotraen a los tiempos de la Inquisición, por el hecho de imponerse a las conciencias en virtud de un pretendido poder divino.

N. 12 - Los fenómenos espiritas contemporáneos; pruebas de la identidad de los Espíritus

Gracias al espiritualismo experimental, el problema de la sobrevivencia, cuyas consecuencias morales y filosóficas son incalculables, recibió una solución definitiva. El alma se tornó objetiva,

a veces tangible; su existencia se reveló, después de la muerte como durante la vida, mediante manifestaciones de todo orden. Al comienzo no ofrecían los fenómenos físicos mas que una insuficiente base de argumentación; mas después los hechos se revistieron de un carácter inteligente y se acentuaron al punto de tornarse imposible cualquier negación.

Fue mediante pruebas positivas que la cuestión de la existencia del alma y su inmortalidad quedó resuelta. Se fotografiaron las radiaciones del pensamiento; el Espíritu, revestido de su cuerpo fluídico, de su envoltorio imperecible, aparece en la placa sensible. Su existencia se tornó tan evidente como la del cuerpo físico.

La identidad de los Espíritus se encuentra establecida por innumerables hechos. Creemos deber mencionar algunos de ellos:

El Sr. Oxon (alias Stainton Moses), profesor de la Universidad de Oxford, en su libro Spirit Idenitity, refiere el caso en que la mesa hace una larga y circunstanciada narrativa de la muerte, con la mención de la edad, hasta al número de meses, y los nombres familiares (cuatro en cuanto a uno de ellos y tres respecto al otro), de tres criaturitas, hijas de un mismo padre, que habían sido súbitamente arrebatadas por la muerte. "Nadie de entre nosotros tenía conocimiento de esos nombres poco comunes. Ellas habían muerto en la India, y cuando nos fue dictada la comunicación, no disponíamos de ningún medio aparente de verificación." Esa revelación fue, todavía, verificada y, mas tarde, reconocida como exacta por el testimonio de la madre de esas criaturas, que el Sr. Oxon vino a conocer posteriormente.

El mismo autor cita el caso de un cierto Abraham Florentino, fallecido en los Estados Unidos, enteramente desconocido por los experimentadores y cuya identidad fue rigurosamente comprobada.

La historia de Siegwart Lekebusch, a un joven sastre que murió destrozado por un tren, prueba todavía que es contrario a la verdad afirmar que las personalidades que se manifiestan por la mesa son siempre conocidas de los asistentes.

De acuerdo con Animismo y Espiritismo, de Aksakof, la identidad póstuma de los Espíritus se prueba:

1º. Por comunicaciones de la personalidad en la lengua vernácula, desconocida por el médium (Ver, página 538, el caso de Miss Edmonds, del Sr. Tuner, de Miss Scongall y de la señora Corvin, que conversa con un asistente por medio de gestos conforme al alfabeto de los sordomudos que en el estado de vigilia 1e era desconocido.

2º. Por medio de comunicaciones dadas en el estilo característico del difunto, o con expresiones que le eran familiares, recibidas en la ausencia de personas que lo hubiesen conocido (pág, 543)1 - terminación de un romance de Dickens, Edwin Drood, por un joven operario iletrado, sin que sea posible reconocer donde termina el manuscrito original y donde comienza la comunicación mediúnica.

Ver también la historia de Luis XI, escrita por la señorita Heemance Dufaux, a los catorce años de edad (Revue Spirite, 1858). Esa historia, muy documentada, contiene enseñanzas hasta entonces inéditas.

3º. Por fenómenos de escritura en que se reconoce al difunto (pág, 345): - carta de la Sra. Livermore, escrita por ella misma después de su muerte. Ese Espíritu estableció su identidad, mostrándose, escribiendo y conversando como cuando estaba en la Tierra. Hecho notable: El Espíritu escribió en francés, lengua ignorada por la médium, Kate Fox; - el caso en que el Sr. Owen obtiene una signatura del Espíritu que fue reconocida como idéntica por un banquero (ver Guldenstubbe. La Realidad de los Espíritus); - escritura directa de una parienta del autor, reconocida como idéntica su ortografía durante la vida. (Esos hechos fueron muchas veces obtenidos en nuestro propio circulo de experiencias).

4º. Por comunicaciones que encierran un conjunto de particularidades relativas a la vida del difunto y recibidas en ausencia de cualquier persona que la hubiese conocido (Ver pág, 436). Con la ayuda mediúnica de la Sra. Conant, muchos Espíritus desconocidos del médium fueron identificados por personas que habían vivido en diferentes países (págs. 559 y siguientes): el caso del viejo Chamberlain, el de Violette, el de Robert Dale Owen, etc.

5º. Por la comunicación de hechos conocidos únicamente por el desencarnado y que solo él pueda comunicar (ver pág.466): el caso del hijo del Dr. Davey, envenenado y robado en plena alta mar, hecho enseguida reconocido como exacto; - descubrimiento del testimonio del barón Korff; el Espíritu Jack, que indica lo que debe y lo que le deben, etc.

6º. Por comunicaciones que no son espontáneas, como las que preceden, mas provocadas por llamados directos al fallecido y recibidas en la ausencia ce personas que lo hayan conocido (Ver pag.585): - respuesta, por Espíritus, a cartas cerradas (médium Mansfield): - escritura directa dando respuesta a una pregunta ignorada por el médium, Sr. Watkins.

7º. Por comunicaciones recibidas en ausencia de cualquier persona que hubiese conocido al desencarnado, revelando ciertos estados psíquicos, o provocando sensaciones físicas que le eran peculiares (pag. 597): - el Espíritu de una loca aun perturbado, en el espacio; el caso del Sr. Elías Pond, de Woonsoket, etc.

(Esos fenómenos se produjeron en un número considerable de veces en las sesiones dirigidas por nosotros mismos.

8º. Por la aparición de la forma terrestre del desencarnado (pag. 605).

Los Espíritus se han, servido, a veces, de los defectos naturales de su organismo material para hacerse reconocer después de la desencarnación, reproduciendo, por medio de materializaciones, esos accidentes. Ahora es la mano con dos dedos torcidos hacia la palma, a consecuencia de una quemadura, ahora el índice doblado en la segunda falange, etc.

Podríamos extender indefinidamente esta lista de identidad de Espíritus, de los que un cierto número de casos figura también en nuestro libro En lo invisible, capítulo XXI.

Juzgamos deber acrecentar los tres siguientes, que nos parecen característicos y son afirmados en testimonios importantes.

El primero, relatado por Myers en su obra sobre la Conciensi Subliminal, concerniente a una persona muy conocida del autor, el Sr. Brown, cuya perfecta sinceridad él garante. Un día ese señor encuentra a un negro en quien reconoce africano; le habla en la lengua de sus padres y lo convida a visitarlo. En la ocasión en que ese negro africano se presenta en su casa, la familia del Sr. Brown hacía experiencias espiritas. Introducido el visitante, indagan si había amigos suyos presentes en la sesión. Inmediatamente la hija de la familia, que del idioma africano no conocía ni una palabra, escribe diversos nombres en esa lengua. Leídos al negro, provocan en este un vivo espanto. Viene después un mensaje escrito en lengua africana, cuya lectura él comprende perfectamente, con excepción de una palabra desconocida para el Sr. Brown. En vano la pronuncia este de varios modos: el visitante no le encuentra el sentido. De repente escribe el médium: "Da un chasquido con la lengua". Entonces se recuerda rápidamente el Sr. Brown del chasquido característico de lengua que acompaña el sonido de la letra t en el alfabeto africano. Pronuncia de ese modo y así se hace comprender.

Ignorando los africanos el arte de escribir, el Sr. Brown se admira de recibir el mensaje escrito. Le fue respondido que ese mensaje fuera dictado, a pedido de los amigos del africano, por un amigo de él que hablaba corrientemente esa lengua. El negro parecía aterrado con el pensamiento de que allí estuviesen muertos, invisibles.

El segundo caso se refiere a la aparición de un Espíritu, llamado Nefentes, en la sesión realizada en Cristiánia en la casa del profesor E., sirviendo de médium la Sra. d'Esperance. El Espíritu dio el molde de su propia mano en parafina. Llevando ese modelo hueco a un profesional, para reproducirlo en relieve, causó su estupefacción y la de sus operarios: ellos comprendían bien que la mano humana no habría podido producirla, porque se habría quebrado al ser retirada, y declararon que era cosa de hechicería.

En otra ocasión escribió Nefentes en la Agenda de un profesor En unos caracteres griegos. Traducidos, al día siguiente, del griego antiguo para la lengua moderna, decían estas palabras: "Yo soy Nefentes, tu amiga. Cuando tu alma se sienta oprimida por un intenso dolor, invócame, a mí Nefentes, y yo acudiré prontamente a aliviarte los sufrimientos."

El tercer caso, finalmente, es atestiguado como autentico por el Sr. Chedo Mijatovitch, ministro plenipotenciario de Servia en Londres, y de ninguna manera espirita en 1908, fecha de su comunicación al Light. Solicitado por espiritas húngaros para entrar en relación con un médium, a fin de resolver cierta cuestión relativa a un antiguo soberano servio, muerto en 1350, se dirigió él a la residencia del Sr. Vango, de quien mucho se hablaba en esa época y que él jamás viera antes. Adormecido, el médium anunció la presencia de un mozo que mucho deseaba hacerse oír, mas cuya lengua no entendía. Acabó, todavía, reproduciendo, algunas palabras, con la curiosa particularidad de comenzar cada una de ellas por la última sílaba, para enseguida, repetirla en el orden requerido, volviendo a la primera, así: "lim molim; te, shite, pishite; liyi, taliyi Nataliyi, etc." Era servio, siendo esta la traducción:

"Te pido que escribas a mi madre Natália y le digas que le suplico su perdón." El Espíritu era el del joven rey Alexandre. El Sr. Chedo Mijatovitch lo puso tanto menos en duda cuanto no tardaran nuevas pruebas de identidad a venir a juntarse a la primera: descripción de su apariencia, por el médium, y su pesar de no haber atendido a un consejo confidencial que, dos años antes de su asesinato, le había dado el diplomático consultante. (Ver, con relación a estos tres casos, los Annales des Sciencies Psychiques, 1º y 16 de Enero de 1910, págs. 7 y siguientes).

N. 13 - Sobre la telepatía

La Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres tomó la iniciativa de numerosas investigaciones sobre los fenómenos de telepatía, de apariciones y otras manifestaciones del mismo orden.

La primera de esas investigaciones permitió registrar en Inglaterra cerca de ochocientos casos de apariciones, relatados en la obra de Myers. Podmore y Gumey, intitulada Phantasms of the Living ("Fantasmas de los Vivos").

Una segunda investigación, mas reciente, reveló mas 1.652 casos. Todos esos hechos fueron asentados y publicados en dos volúmenes de procesos verbales: Proceedings of the society for Psychical Researches. Los relatórios y otros documentos que los acompañan están asignados por hombres de ciencia que ocupan eminentes posiciones en las academias y otras corporaciones doctas: astrónomos, matemáticos, físicos, químicos, etc. Entre las firmas se encuentran nombres como los de los Srs. Gladstone, Balfour, etc.

Esas apariciones ocurren casi siempre en el momento de la muerte, o después de la muerte de la persona cuya imagen reproducen.- Hay también casos en que un hombre vivo se aparece a otro sin saberlo. Pretendieron atribuir a esos fenómenos un carácter exclusivamente subjetivo; procuraron explicarlos por la alucinación, mas del examen atento de los procesos verbales resulta que esos hechos tienen un carácter objetivo y real, puesto que no impresionan solamente a criaturas humanas tanto así que, según puedo ser verificado por el movimiento de terror inexplicado, animales también los percibían.

En ciertos casos las mismas apariciones fueron vistas sucesivamente, en diversos pavimentos de una casa, por diferentes personas. Otros fenómenos de la misma naturaleza son acompañados por manifestaciones físicas: ruidos, golpes que resuenan, voces que se oyen, puertas que se abren, objetos desplazados por fantasmas.

Myers, autor de la obra antes citada, mucho tiempo titubeó en concluir por la existencia de los Espíritus; mas, ante la imposibilidad de encontrar en otro lugar la causa inteligente de esos fenómenos, llegó a decir esto (Annales des Sciences Phychiques, agosto de 1892, pág. 246): El método espirita es, por sí mismo, necesario y verdadero",

Esas investigaciones, hechas en Inglaterra y publicadas con el testimonio de personas cuya honorabilidad está por encima de toda sospecha, fueron proseguidas en Francia por el Dr. Dariex, por el profesor Richet, de la Academia de Medicina de París, por el coronel de Rochas. Los resultados, verdaderamente notables e idénticos a los obtenidos del otro lado de la Mancha se encuentran consignados en los Annales des Sciéncies Psychiques, citados arriba.

El Sr. C. Flammarion también relata un gran número de esos hechos en su obra L'Inconu et les Problémes Psychiques.

N. 14 - Sobre la sugestión
o la transmisión del pensamiento

En lo que se refiere a las teorías de la telepatía, de la transmisión del pensamiento o de la sugestión, el Dr. Roman Uricz jefe de clínica del Hospital de Bialy.Kamien, en Galicia, relata la siguiente experiencia hecha con una muchachita de catorce años, muy poco instruida:

"Tomé cien pequeños cartones blancos y en ellos escribí los algoritmos de 0 a 9; diez cartones con 0, diez con algoritmos, otros diez con 2 y así sucesivamente. Después de mezclarlos bien, se apagó la luz y yo saqué del mazo algunos cartones, colocándolos alineados, de izquierda para derecha, sobre la mesa. Pedí entonces a la Inteligencia que escribiese el número así formado. Obtenida la respuesta por escrito, se encendía de nuevo la lámpara y se leía el número: la respuesta siempre fue correcta. No podía ser eso lectura del pensamiento, puesto que ninguno de nosotros conocía el número en cuestión...

"Los conocimientos de la médium en aritmética son muy escasos, no habiendo ella aprendido en la escuela de su aldea mas que las cuatro principales operaciones. Podría sospecharse que fuese clarividente.

"Para garantizarme contra esa posibilidad, combiné la siguiente experiencia: en la mas completa oscuridad, coloqué veinte cartones uno al lado del otro y pedí a la Inteligencia que me diese la raíz cuadrada del número así formado. La respuesta fue dada en algunos minutos: 7.501.273.011. Era correcta, porque el número formado por los cartones era: 56.269.096.785.557.006.121

"Repetí doce veces esa experiencia. De tres no obtuve respuesta; una vez la respuesta vino errada, más ocho veces fue exacta.

"Semejantes operaciones de aritmética están absolutamente fuera de la capacidad del médium. Los resultados de mis experiencias no pueden ser, por tanto, atribuidos ni a la transmisión del pensamiento, ni a la clarividencia" (Ver Revue Spirite, abril, 1907).

Por otro lado, la Sra. Britten, escritora espiritualista de reputación, en Inglaterra, cita una experiencia decisiva de Robert Hare, profesor e la Universidad de Pennsylvania, que fue muchas veces referida, mas que ella narra como habiéndola oído personalmente del sabio profesor. Experimentaba él, como tantos otros, con el único fin de descubrir lo que a priori había considerado que no pasaba de una abominable farsa. Después de investigaciones continuadas durante largos meses, vino él por fin a concluir que los fenómenos revelaban la existencia de una fuerza hasta entonces desconocida, y que las enseñanzas transmitidas emanaban todas de la inteligencia, o, por decir de otro modo, de la transmisión de pensamiento; es lo que, contemporáneamente, fue presentado como un nuevo descubrimiento, al que dieron el nombre de telepatía.

Para neutralizar esa fuerza, el profesor inventó una especie de cuadrante percusor cuyos movimientos eran influenciados por médiums de efectos físicos, mientras una aguja, accionada por el poder mediúnico, indicaba las letras del alfabeto colocado al lado de la mesa, opuesto al médium, de modo que le fuese absolutamente imposible dirigir la aguja y que no pudiese ver ni conocer las comunicaciones dictadas. El cuadrante era entonces influenciado por el poder del médium, mas sin que este pudiese verificar la palabra deletreada, quedando también los asistentes en la imposibilidad de dirigir la fuerza que hacía mover el cuadrante.

Fue en el curso de una serie de experiencias hechas por ese medio que un Espíritu, que se decía el primogénito del profesor - un pequeño fallecido a los dos años de edad - venía constantemente a comunicarse.

Puesto que afirmase haberse tornado un hombre él se designaba habitualmente por el nombre de Pequeño Tarley, pretendiendo pronunciar Tarley en lugar de Charley, para dar, con esa designación infantil, una prueba de su identidad.

Un día en que el cuadrante desempeñaba lentamente su tarea bajo la mano de un poderoso médium, y el Pequeño Tarley se había anunciado, "pues bien, Pequeño Tarley, le dijo el profesor, se eres verdaderamente tú el que está ahí, pues que pareces saber tantas cosas, dime lo que tengo en un paquete que está en el bolsillo de mi saco.

- Tienes, padre - deletreó el Espíritu -, en un pedazo de papel amarillo descolorido, un retazo del velo de seda amarilla aun más descolorido, que me fue retirado del rostro cuando me encontraba acostado en el pequeño ataúd.

- Pequeño Tarley - respondió en tono de burla el profesor - veo que muy poco sabes, puesto que nada semejante tengo en el bolsillo.

Después, volviéndose hacia las personas que formaban el circulo, les dijo gravemente:

- Ved, amigos, lo que son las pretendidas comunicaciones de los Espíritus, cuando no hay un cerebro en el que puedan leer. Es un zapatito lo que tengo en el bolsillo; lo retiré, antes de que cerraran el féretro, de uno de los pies de ni hijo muerto y lo conservé cuidadosamente en una gaveta durante un cuarto de siglo, en memoria de mi primogénito, con sus juguetes y otros recuerdos de mi caro desaparecido. Confesad ahora que ese Espíritu se divierte con nosotros.

Diciendo estas palabras, saca del bolsillo un envoltorio y lo abre, uno después del otro, un cierto número de viejos pedazos de papel amarillo; llega finalmente al último que contenía... un velo de seda amarilla; en el envoltorio, la madre fallecida escribiera que había sido retirado de sobre el rostro de su pequeñito muerto...

El profesor errara, mas el Espíritu no se había engañado.

NOTA DE LA EDITORA - Diversos pasajes, susceptibles de interpretación de esta obra, en los cuales León Denis alude a la autenticidad de los Evangelios y a la presencia de Cristo en la Tierra, expresan la opinión personal del Autor, contagiado por el espíritu de la época en que fueron escritas y que, de cierta forma, aun hoy son objeto de controversia.

Indice

Notas complementarias

Fin del escaneo 12-julio-1.998 10,23 hs.
Fin de la traducción 26 de Septiembre de 1998, 19 y 45 hs.
Fin de la corrección 2000-03-18 12.22 P.M. 26-04-2000
3 de octubre 2.000